

LEGENDS

OF THE JEWS II

LOUIS GINZBURG

LAS LEYENDAS DE LOS JUDIOS II



-Gustav Dore

POR LOUIS GINZBERG
TRADUCIDO DEL MANUSCRITO ALEMÁN
DE HENRIETTA SZOLD
Volumen II
TIEMPOS BÍBLICOS Y PERSONAJES
DESDE JOSÉ HASTA EL ÉXODO

Las leyendas de los judíos II

© 2017 Louis Ginzberg

Esta información representa el trabajo que se encuentra y forma parte del dominio público. Esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación y / o transmitida por medio de medios electrónicos, mecánicos, fotocopia, grabación u otro medio especialmente con fines educativos, ya que es parte del dominio público. Este libro está diseñado para proporcionar información precisa y información autorizada con respecto al tema tratado.

Imagen de portada de Gustav Dore,

El triunfo de Cristo.

Diseño de portada Gerard H amdani.

<http://bookcloudcollective.com/>

Editado y F ormatizado por Zen Garcia

Para la publicación de Sacred Word

www.sacredWordpublishing.com

SacredWordPublishing@yahoo.com



1st Impresión: 1909

Edición moderna: 2017

978-1-387-46725-9

PREFACIO

El arreglo y la presentación del material en este volumen son los mismos que en el Volumen I. En ambos, mis esfuerzos se han dirigido a reunir lo más completo posible una colección de leyendas judías que tratan sobre personajes y eventos bíblicos. Las fuentes de esas leyendas y las explicaciones de algunas de ellas se darán en el último volumen de toda la obra, y los números a lo largo de la obra se refieren a las notas del volumen final.

Mi intención original era continuar el Volumen II hasta la muerte de Moisés, pero el material legendario que se agrupa alrededor de la vida y muerte de Moisés es tan abundante que las consideraciones prácticas exigieron la división de este material, para no hacer que el segundo volumen sea demasiado voluminoso. . La división elegida es natural. Este volumen se cierra con el Éxodo y contiene los hechos de Moisés en Egipto, mientras que el siguiente volumen tratará de Moisés en el desierto.

El hecho de que Job se coloque entre los hijos de Jacob y Moisés puede parecer extraño para algunos lectores, ya que en la Biblia Job es uno de los últimos libros; pero "la leyenda está por encima del tiempo y el espacio" y, por lo tanto, le he dado a Job el lugar que la leyenda le ha atribuido.

LOUIS GINZBERG. NUEVA YORK, 28 de marzo de 1910.

CONTENIDO

PREFACIO

I. JOSÉ

El hijo predilecto --- José odiado por sus hermanos --- José arrojado al hoyo - La venta - Los tres amos de José - La túnica de José traída a su padre - Judá y sus hijos - Las esposas de los hijos de Jacob --- José el esclavo de Potifar - José y Zuleika --- José resiste la tentación - José en prisión - Los sueños del faraón - José ante el faraón - El gobernante de Egipto - Los hermanos de José en Egipto - José se encuentra Sus hermanos - El segundo viaje a Egipto - José y Benjamín - El ladrón atrapado - Judá suplica y amenaza - José se da a conocer - Jacob recibe las buenas nuevas - Jacob llega a Egipto --- La bondad y la bondad de José Generosidad ~ El último deseo de Jacob --- La bendición de Efraín y Manasés - La bendición de las doce tribus - La muerte de Jacob - Los hijos de Jacob en guerra con los hijos de Esaú - Zefo, rey de Kittim - La Naciones en guerra - La magnanimidad de José - Asenath - El matrimonio de José - Hermanos amables y despiadados - La traición castigada - La muerte y el entierro de José.

II. LOS HIJOS DE JACOB

Nombres significativos - Testamento de Rubén - Admonición de Simón contra la envidia ~ La ascensión de Leví - Judá advierte contra la codicia y la falta de castidad - La unicidad de corazón de Isacar - Zabulón exhorta a la compasión - Confesión de Dan - Los sueños de Neftali sobre la división de los Tribus - El odio de Gad - Las últimas palabras de Aser - Benjamín ensalza a José.

III. TRABAJO

Job y los patriarcas - Las riquezas y los beneficios de Job - Satanás y Job - El sufrimiento de Job - Los cuatro amigos - Job restaurado.

IV. MOISÉS EN EGIPTO

El comienzo de la esclavitud egipcia - La astucia del faraón - Las parteras piadosas - Los tres consejeros - La matanza de los inocentes - Los padres de Moisés - El nacimiento de Moisés - Moisés rescatado del agua - La infancia de Moisés - Moisés rescatado por Gabriel - La juventud de Moisés - La huida - El rey de Etiopía - Jetro - Moisés se casa con Séfora - Un remedio sangriento - El pastor fiel - La espina ardiente - arbusto --La ascensión de Moisés - Moisés visita el paraíso y el infierno - Moisés rechaza la misión - Moisés es castigado por su terquedad - El regreso a Egipto - Moisés y Aarón ante el faraón - El sufrimiento aumenta - los

pliegues - La medida por medida - Las plagas causadas por Aarón - Las plagas causadas por Moisés - La primera Pascua - El azote del primogénito - La redención de Israel de la esclavitud egipcia - El Éxodo.



-Gustav Dore

I - JOSÉ - EL HIJO FAVORITO - JOSÉ ODIO POR SUS
 HERMANOS - JOSÉ EJÓ AL FISO - LA VENTA - LOS
 TRES MAESTROS DE JOSÉ - EL TUBO DE JOSÉ LLEVÓ
 A SU PADRE - JUDÁ Y SUS HIJOS - LAS ESPOSAS DE
 LOS HIJOS DE JACOB - JOSÉ EL ESCLAVO DE POTIFAR -
 JOSÉ Y ZULEIKA - JOSÉ RESISTE
 LA TENTACIÓN - JOSÉ EN LA PRISIÓN - LOS SUEÑOS DEL FARAÓN - JOSÉ ANTE EL FARAÓN - EL GOBERNANTE
 DE EGIPTO -
 LOS HERMANOS DE JOSÉ JÓVEN EN EGIPTO - se encuentra con su BRETHREN--
 EL SEGUNDO VIAJE A EGIPTO - JOSE Y
 BENJAMIN - EL LADRÓN CAPTURADO - JUDAH DECLARA Y
 AMENAZA - Joseph se da a conocer - JACOB
 recibe las BUENAS NUEVAS - JACOB llega a EGYPT--
 JOSÉ bondad y GENEROSIDAD - EL ÚLTIMO
 DESEO DE JACOB - LA BENDICIÓN DE EFRAÍN Y MANASÉS - LA
 BENDICIÓN DE LAS DOCE TRIBUS - LA MUERTE DE
 JACOB - LOS HIJOS DE JACOB EN GUERRA CON LOS HIJOS DE
 ESAU - ZEFO REY DE KITTIM - EL NACIONES EN GUERRA
 - LA MAGNANIMIDAD DE JOSÉ - ASENATH - EL MATRIMONIO DE
 JOSÉ - HERMANOS AMABLE Y NO AMABLE - TRATAMIENTO CASTIGADO
 - LA MUERTE Y ENTIERRO DE JOSÉ

CAPÍTULO 1 - JOSÉ - EL HIJO FAVORITO

Jacob no estaba exento de la suerte que corresponde a todos los piadosos. Siempre que esperan disfrutar de la vida en tranquilidad, Satanás se lo impide. Aparece ante Dios y dice: "¿No es suficiente que el mundo futuro esté apartado para los piadosos? ¿Qué derecho tienen ellos de disfrutar de este mundo, además?" Después de las muchas dificultades y conflictos que habían acosado el camino de Jacob, pensó que al fin descansaría, y luego vino la pérdida de José e infligió el sufrimiento más agudo. En verdad, pocos y malvados habían sido los días de los años de peregrinaje de Jacob, porque el tiempo pasado fuera de Tierra Santa le había parecido triste. Solo la parte de su vida que pasó en la tierra de sus padres, durante la cual se ocupó de hacer prosélitos, de acuerdo con el ejemplo que le dieron Abraham e Isaac, consideró que valía la pena haber vivido, y este tiempo feliz fue breve. duración. Cuando José fue secuestrado, pero habían pasado ocho años desde su regreso a la casa de su padre.

Y, sin embargo, era solo por el bien de José que Jacob había estado dispuesto a sufrir todos los problemas y la adversidad relacionados con su estancia en la casa de Labán. De hecho, la bendición de Jacob al tener su aljaba llena de hijos se debió a los méritos de José, y también la división del Mar Rojo y del Jordán para los israelitas fue la recompensa por la piedad de su hijo. Porque entre los hijos de Jacob, José era el que más se parecía a su padre en apariencia, y, además, era a quien Jacob transmitió la instrucción y el conocimiento que había recibido de sus maestros Sem y Heber. Todo el curso de la vida del hijo no es más que una repetición de la del padre. Así como la madre de Jacob permaneció sin hijos durante mucho tiempo después de su matrimonio, así también la madre de José. Así como Rebeca había sufrido severos sufrimientos al dar a luz a Jacob, así también Raquel al dar a luz a José. Como la madre de Jacob dio a luz dos hijos, así también la madre de José. Como Jacob, José nació circuncidado. Como el padre era pastor, así el hijo. Como el padre sirvió por causa de una mujer, así el hijo sirvió a las órdenes de una mujer. Como el padre, el hijo se apropió de la primogenitura de su hermano mayor. El padre era odiado por su hermano y el hijo era odiado por sus hermanos. El padre era el hijo favorito en comparación con su hermano, también lo era el hijo en comparación con sus hermanos. Tanto el padre como el hijo vivían en la tierra del extranjero. El padre se convirtió en siervo de un amo, también el hijo. El amo a quien servía el padre fue bendecido por Dios, al igual que el amo a quien servía el hijo. El padre y el hijo fueron acompañados por ángeles y ambos se casaron con sus esposas fuera de Tierra Santa. El padre y el hijo fueron bendecidos con riquezas. Grandes cosas le fueron anunciadas al padre en un sueño, y también al hijo. Como el padre fue a

Egipto y puso fin al hambre, así el hijo. Así como el padre exigió a sus hijos la promesa de enterrarlo en Tierra Santa, también el hijo. El padre murió en Egipto, allí murió también el hijo. El cuerpo del padre fue embalsamado, también el cuerpo del hijo. Así como los restos del padre fueron llevados a Tierra Santa para su entierro, también los restos del hijo. Jacob el padre proveyó para el sustento de su hijo José durante un período de diecisiete años, por lo que José el hijo proveyó para su padre Jacob durante un período de diecisiete años.

Hasta los diecisiete años, José frecuentó el Bet ha-Midrash, y se volvió tan erudito que pudo impartir a sus hermanos las Halakot que había escuchado de su padre, y de esta manera puede ser considerado su maestro. No se detuvo en la instrucción formal, también trató de darles buenos consejos, y se convirtió en el favorito de los hijos de las siervas, quienes lo besaban y abrazaban.

A pesar de su erudición, había algo juvenil en José. Se pintó los ojos, se peinó el cabello con cuidado y caminó con paso picado. Estas debilidades de la juventud no eran tan deplorables como su costumbre de llevar malas noticias de sus hermanos a su padre. Los acusó de tratar con crueldad a las bestias bajo su cuidado, dijo que comían carne arrancada de un animal vivo, y les acusó de mirar a las hijas de los cananeos y de dar un trato despectivo a los hijos de los cananeos. las siervas Bilha y Zilpa, a las que llamaron esclavas.

Por estas acusaciones infundadas, José tuvo que pagar muy caro. Él mismo fue vendido como esclavo, porque había acusado a sus hermanos de haber llamado esclavos a los hijos de las siervas, y la esposa de Potifar miró a José, porque él arrojó la sospecha sobre sus hermanos de que habían puesto sus ojos en los cananeos. mujer. Y cuán poco cierto era que eran culpables de crueldad con los animales, se desprende del hecho de que, en el mismo momento en que estaban contemplando su crimen contra José, todavía observaban todas las reglas y prescripciones del ritual al sacrificar al cabrito del pueblo. cabras con cuya sangre mancharon su túnica de muchos colores.

JOSÉ ODIÓ POR SUS HERMANOS

Las murmuraciones de José contra sus hermanos hizo que lo odiaran. Entre todos ellos, Gad estaba particularmente airado, y por una buena razón. Gad era un hombre muy valiente, y cuando una bestia de presa atacaba a la manada, sobre la que vigilaba por la noche, la agarraba por una de sus patas y la hacía girar hasta que quedaba aturdida, y luego la arrojaba. lejos a una distancia de dos estadios, y matarlo así. Una vez, Jacob envió a José a cuidar el rebaño, pero él permaneció fuera solo treinta días, porque era un

muchacho delicado y se enfermó con el calor, y se apresuró a regresar con su padre. A su regreso, le dijo a Jacob que los hijos de las siervas tenían la costumbre de sacrificar el ganado escogido de la manada y comérselo, sin obtener permiso de Judá y Rubén. Pero su informe no fue exacto. Lo que había visto era a Gad sacrificando un cordero, que había arrebatado de las fauces mismas de un oso, y lo mató porque no se lo podía mantener con vida después del susto. El relato de José sonaba como si los hijos de las siervas fueran habitualmente desconsiderados y descuidados al desperdiciar la sustancia de su padre.

Al resentimiento de los hermanos se sumó la envidia que sentían por José, porque su padre lo amaba más que a todos ellos. La belleza de la persona de José era igual a la de su madre Raquel, y Jacob no tuvo más que mirarlo para consolarse por la muerte de su amada esposa. Razón suficiente para distinguirlo entre sus hijos. Como muestra de su gran amor por él, Jacob le dio a José una túnica de muchos colores, tan ligera y delicada que podía aplastarse y ocultarse en la palma cerrada de una mano. El nombre hebreo de la prenda, Passim, transmite la historia de la venta de José. La primera letra, Pe, representa a Potifar, su maestro egipcio; Samek representa a Soharim, los comerciantes que compraron a José de la compañía de los ismaelitas a quienes sus hermanos lo habían vendido; Yod representa a estos mismos ismaelitas; y Mem, para los madianitas que lo obtuvieron de los mercaderes y luego lo entregaron a Potifar. Pero Passim. tiene otro significado, "fisuras". Sus hermanos sabían que el Mar Rojo se dividiría en dos en los próximos días por causa de José, y estaban celosos de la gloria que se le conferiría. Aunque estaban llenos de odio hacia él, hay que decir a su favor que no eran de naturaleza hosca ni rencorosa. No ocultaron sus sentimientos, proclamaron abiertamente su enemistad.

Una vez, José tuvo un sueño y no pudo evitar contárselo a sus hermanos. Él habló y dijo: "Te ruego que escuches este sueño que soñé. He aquí, recogiste fruto, y yo también. Tu fruto se pudrió, pero el mío permaneció sano. Tu semilla levantará imágenes mudas de ídolos, pero desaparecerán ante la aparición de mi descendiente, el Mesías de José. Tú mantendrás la verdad sobre mi destino del conocimiento de mi padre, pero yo permaneceré firme como recompensa por la abnegación de mi madre, y os postraréis cinco veces ante mí".

Los hermanos se negaron al principio a escuchar el sueño, pero cuando José los exhortó una y otra vez, le hicieron caso y dijeron: "¿Verdaderamente reinarás sobre nosotros? ¿O en verdad tendrás dominio sobre nosotros?" Dios puso en sus bocas una interpretación que se verificaría en la posteridad de José. Jeroboam y Jehú, dos reyes, y Josué y Gedeón, dos jueces, han estado entre sus descendientes, lo que corresponde

a las expresiones dobles y enfáticas empleadas por sus hermanos al interpretar el sueño.

Entonces José tuvo otro sueño, cómo el sol, la luna y once estrellas se inclinaban ante él, y Jacob, a quien se lo contó primero, se regocijó por ello, porque entendió su significado correctamente. Sabía que él mismo había sido designado por el sol, el nombre con el que Dios lo había llamado cuando pasó la noche en el lugar sagrado del Templo. Había oído a Dios decir a los ángeles en ese momento: "Ha salido el sol". La luna representaba a la madre de José, y las estrellas a sus hermanos, porque los justos son como las estrellas. Jacob estaba tan convencido de la verdad del sueño que se le animó a creer que viviría para ver la resurrección de los muertos, porque Raquel estaba muerta, y su regreso a la tierra estaba claramente indicado por el sueño. Se descarrió allí, porque no se mencionó a la propia madre de José, sino a su madre adoptiva Bilha, quien lo había criado.

Jacob escribió el sueño en un libro, registrando todas las circunstancias, el día, la hora y el lugar, porque el espíritu santo le advirtió: "Mira, estas cosas ciertamente sucederán". Pero cuando José repitió su sueño a sus hermanos, en presencia de su padre, Jacob lo reprendió, diciendo: "Yo y tus hermanos, eso tiene algún sentido, pero yo y tu madre, eso es inconcebible, porque tu madre ha muerto." " Estas palabras de Jacob provocaron una reprensión de Dios. Dijo: "Así, en el futuro, tus descendientes buscarán obstaculizar a Jeremías en la entrega de sus profecías". Jacob puede ser excusado, él había hablado de esta manera solo para evitar la envidia y el odio de sus hermanos hacia José, pero ellos lo envidiaron y lo odiaron porque sabían que la interpretación que Jacob le dio al sueño se haría realidad.

JOSÉ EN EL PISO

Una vez, los hermanos de José llevaron los rebaños de su padre a los pastos de Siquem, y tenían la intención de descansar y deleitarse allí. Estuvieron alejados mucho tiempo y no se supo nada de ellos. Jacob comenzó a preocuparse por el destino de sus hijos. Temía que hubiera estallado una guerra entre ellos y el pueblo de Siquem, y decidió enviarles a José y pedirle que les dijera si les iba bien a sus hermanos. Jacob deseaba saber también acerca de los rebaños, porque es un deber preocuparse por el bienestar de cualquier cosa de la que se obtenga beneficio. Aunque sabía que el odio de sus hermanos podría provocar aventuras desagradables, José, con filial reverencia, se declaró listo para cumplir la misión de su padre. Más tarde, cada vez que Jacob recordaba el espíritu dispuesto de su querido hijo, el recuerdo lo apuñalaba en el corazón. Se decía a sí mismo: "Conocías el odio de tus hermanos, y sin embargo dijiste: Aquí estoy".

Jacob despidió a José, con el mandato de que viajara sólo a la luz del día, diciendo además: "Ve ahora, mira si les va bien a tus hermanos y si les va bien al rebaño; y envíame un mensaje", una profecía inconsciente. No dijo que esperaba volver a ver a José, sino solo recibir noticias suyas. Desde el pacto de las piezas, Dios había resuelto, debido a la duda de Abraham, que Jacob y su familia debían bajar a Egipto para morar allí. La preferencia mostrada por su padre hacia José, y la envidia que despertó, lo que llevó finalmente a la venta de José y su establecimiento en Egipto, no fueron más que medios disfrazados creados por Dios, en lugar de ejecutar Su consejo directamente al llevar a Jacob a Egipto como un cautivo.

José llegó a Siquem, donde esperaba encontrar a sus hermanos. Siquem siempre fue un lugar de mal augurio para Jacob y su descendencia: allí Dina fue deshonrada, allí las Diez Tribus de Israel se rebelaron contra la casa de David mientras Roboam gobernaba en Jerusalén, y allí Jeroboam fue instalado como rey. Al no encontrar a sus hermanos y al rebaño en Siquem, José continuó su viaje en dirección al próximo lugar de pastoreo, no lejos de Siquem, pero se perdió en el desierto. Gabriel en forma humana apareció ante él y le preguntó, diciendo: "¿Qué buscas?" Y él respondió: "Busco a mis hermanos". A lo que el ángel respondió: "Tus hermanos han renunciado a las cualidades divinas del amor y la misericordia. A través de una revelación profética se enteraron de que los heveos se estaban preparando para hacerles la guerra, y por lo tanto partieron para ir a Dotán. abandona este lugar también por otras razones. Escuché, mientras todavía estaba de pie detrás de la cortina que vela el trono divino, que este día comenzaría la esclavitud egipcia, y tú serías el primero en ser sometido a ella ". Entonces Gabriel llevó a José a Dothan.

Cuando sus hermanos lo vieron de lejos, conspiraron contra él para matarlo. Su primer plan fue ponerle perros. Entonces Simón le habló a Leví: "He aquí, el maestro de los sueños viene con un nuevo sueño, aquel cuyo descendiente Jeroboam introducirá la adoración de Baal. Ven ahora, por tanto, y matémoslo, para que veamos qué será de su Sueños." Pero Dios habló: "Decís: Veremos qué será de sus sueños, y yo también digo: Veremos, y el futuro mostrará la palabra de quién permanecerá, la tuya o la mía".

Simón y Gad se dispusieron a matar a José, y él se postró sobre su rostro y les suplicó: Hermanos míos, ten misericordia de mí, ten compasión del corazón de mi padre Jacob. No pongas tus manos sobre mí para derramar sangre inocente, porque no os he hecho mal. Pero si os he hecho mal, repréndeme con castigo, pero tus manos no me impondrán por amor a nuestro padre Jacob ". Estas palabras conmovieron a Zabulón, y él comenzó a lamentarse y a llorar, y el llanto de José se elevó junto con el de

su hermano, y cuando Simón y Gad levantaron sus manos contra él para ejecutar su malvado designio, José se refugió detrás de Zabulón y suplicó a su hermano. que otros hermanos tengan misericordia de él. Entonces Rubén se levantó y dijo: Hermanos, no lo matemos, sino arrojémoslo en uno de los pozos secos que nuestros padres cavaron sin encontrar agua. Eso se debió a la providencia de Dios; Había impedido que el agua subiera en ellos para que se pudiera lograr el rescate de José, y los pozos permanecieron secos hasta que José estuvo a salvo en manos de los ismaelitas.

Rubén tenía varias razones para interceder a favor de José. Sabía que él, como el mayor de los hermanos, sería considerado responsable por su padre, si le ocurría algún mal. Además, Rubén estaba agradecido con José por haberlo contado entre los once hijos de Jacob al narrar su sueño del sol, la luna y las estrellas. Desde su comportamiento irrespetuoso hacia Jacob, no se había considerado digno de ser considerado uno de sus hijos. Primero Rubén trató de refrenar a sus hermanos de su propósito, y se dirigió a ellos con palabras llenas de amor y compasión. Pero cuando vio que ni las palabras ni las súplicas cambiarían su intención, les suplicó, diciendo: "Hermanos míos, al menos escúchenme en cuanto a esto, que no sean tan malvados y crueles como para matarlo. No pongan manos a la obra". sobre tu hermano, no derrames sangre, échalo en este pozo que está en el desierto, y que perezca así.

Entonces Rubén se alejó de sus hermanos y se escondió en las montañas, para poder regresar rápidamente en un momento favorable, sacar a José del pozo y devolverlo a su padre. Esperaba que su recompensa fuera el perdón por la transgresión que había cometido contra Jacob. Su buena intención se vio frustrada, sin embargo, Rubén fue recompensado por Dios, porque Dios da una recompensa no solo por las buenas obras, sino también por las buenas intenciones. Así como él fue el primero de los hermanos de José en intentar salvarlo, la ciudad de Bezer en la tribu de Rubén fue la primera de las ciudades de refugio designadas para salvaguardar la vida de los inocentes que buscan ayuda. Además, Dios le habló a Rubén, diciendo: "Así como tú fuiste el primero en esforzarte por devolver un hijo a su padre, así Oseas, uno de tus descendientes, será el primero en esforzarse por llevar a Israel de regreso a su Padre celestial".

Los hermanos aceptaron la propuesta de Rubén, y Simón agarró a José y lo arrojó a un pozo lleno de serpientes y escorpiones, junto al cual había otro pozo sin usar, lleno de despojos. Como si esto no fuera suficiente tortura, Simón ordenó a sus hermanos que arrojaran grandes piedras a José. En sus tratos posteriores con este hermano Simón, José mostró toda la caridad indulgente de su naturaleza. Cuando Simón fue retenido en Egipto como

rehén, José, lejos de guardarle rencor, ordenó que le pusieran delante de él aves de corral en todas sus comidas.

No satisfechos con exponer a José a las serpientes y escorpiones, sus hermanos lo desnudaron antes de arrojarlo al pozo. Le quitaron el abrigo de muchos colores, su prenda superior, sus calzones y su camisa. Sin embargo, los reptiles no podían hacerle daño. Dios escuchó su grito de angustia y los mantuvo escondidos en las hendiduras y agujeros, y no pudieron acercarse a él. Desde lo más profundo del pozo, José apeló a sus hermanos, diciendo: "Hermanos míos, ¿qué os he hecho y cuál es mi transgresión? ¿Por qué no teméis ante Dios por el trato que me dispensan? carne de tu carne y hueso de tus huesos? Jacob tu padre, ¿no es también mi padre? ¿Por qué actúas así conmigo? ¿Y cómo vas a poder levantar tu rostro delante de Jacob? Oh Judá, Rubén, Simón Leví, hermanos míos, líbrame, te ruego, del lugar oscuro en que me arrojaste. Aunque cometí una transgresión contra vosotros, sois hijos de Abraham, Isaac y Jacob, los cuales tuvieron compasión del huérfano. dio de comer a los hambrientos y vistió a los desnudos. ¿Cómo, pues, puedes negar tu compasión a tu propio hermano, a tu propia carne y huesos? Y aunque yo pequé contra ti, tú escucharás mi petición por causa de padre mío. ¡Ojalá mi padre supiera lo que mis hermanos me están haciendo, y lo que me han dicho! "

Para evitar escuchar el llanto y los gritos de angustia de José, sus hermanos salieron del pozo y se pararon a la distancia de un tiro de arco. El único entre ellos que manifestó lástima fue Zebulon. Durante dos días y dos noches no pasó comida de sus labios debido a su dolor por la suerte de José, que tuvo que pasar tres días y tres noches en el pozo antes de ser vendido. Durante este período, sus hermanos le encargaron a Zabulón que vigilara el pozo. Fue elegido para hacer guardia porque no participaba en las comidas. Parte del tiempo Judá también se abstuvo de comer con los demás, y se turnaba para mirar, porque temía que Simón y Gad pudieran saltar al pozo y poner fin a la vida de José.

Mientras José languidecía así, sus hermanos decidieron matarlo. Primero terminarían su comida, dijeron, y luego lo sacarían y lo matarían. Cuando terminaron de comer, intentaron dar las gracias, pero Judá les recriminó: "Estamos a punto de quitar la vida a un ser humano y, sin embargo, ¿bendeciríamos a Dios? Eso no es una bendición, eso es despreciar al Señor. ¿De provecho si matamos a nuestro hermano? Más bien descenderá sobre nosotros el castigo de Dios. Tengo un buen consejo que darte. Más allá pasa junto a una compañía itinerante de ismaelitas en su camino a Egipto. Venid y vendémoslo a los ismaelitas y no dejemos que nuestra mano esté sobre él. Los ismaelitas lo llevarán con ellos en sus viajes, y se perderá entre los pueblos de la tierra. Sigamos la costumbre de los días

pasados, porque también Canaán, el hijo de Cam, fue hecho esclavo por sus malas acciones, y lo mismo haremos con nuestro hermano José ".

LA VENTA

Mientras los hermanos de José deliberaban sobre su destino, siete mercaderes madianitas pasaron cerca del pozo en el que yacía. Notaron que muchos pájaros volaban en círculos por encima de él, por lo que supusieron que debía haber agua en el mismo y, teniendo sed, se detuvieron para refrescarse. Cuando se acercaron, escucharon a José gritar y lamentar, y miraron hacia el pozo y vieron a un joven de hermosa figura y apariencia atractiva. Lo llamaron, diciendo: "¿Quién eres tú? ¿Quién te trajo acá y quién te echó en este pozo en el desierto?" Todos se unieron y lo arrastraron hacia arriba, y lo llevaron consigo cuando continuaron su viaje. Tuvieron que pasar junto a sus hermanos, quienes gritaron a los madianitas: "¿Por qué habéis hecho tal cosa, robar a nuestro esclavo y llevárselo contigo? Tiramos al muchacho a la fosa, porque era desobediente. Ahora, entonces", devuélvenos nuestro esclavo ". Los madianitas respondieron: "¿Qué, dices, este muchacho es tu esclavo, tu sirviente? Es más probable que todos ustedes sean esclavos de él, porque en belleza de forma, apariencia agradable y hermosa apariencia, él los supera a todos. ¿Por qué, entonces, nos hablas mentiras? No escucharemos tus palabras, ni te creeremos, porque encontramos al muchacho en el desierto, en una fosa, y lo sacamos y lo llevaremos. con nosotros en nuestro viaje ". Pero los hijos de Jacob insistieron: "Devuélvenos nuestro esclavo, no sea que encuentres la muerte a filo de espada".

Sin inmutarse, los madianitas sacaron sus armas y, en medio de gritos de guerra, se prepararon para entrar en combate con los hijos de Jacob. Entonces Simón se levantó, y con la espada desnuda se lanzó sobre los madianitas, al mismo tiempo que lanzaba un grito que hizo reverberar la tierra. Los madianitas cayeron consternados y dijo: "Soy Simón, el hijo del hebreo Jacob, que destruí la ciudad de Siquem solo y sin ayuda, y junto con mis hermanos destruí las ciudades de los amorreos. Dios lo haga. y más aún, si no es cierto que todos los madianitas, tus hermanos, unidos a todos los reyes cananeos para pelear conmigo, no pueden resistir contra mí. Ahora devuélveme al muchacho que nos quitaste, de lo contrario, daré tu carne a las aves del cielo y las bestias del campo ".

Los madianitas temían mucho a Simón, y aterrorizados y avergonzados, hablaron a los hijos de Jacob con poco valor: "¿No dijisteis que echasteis a este muchacho en la fosa porque era de espíritu rebelde? ¿Qué haces con un esclavo insubordinado? Mejor véndenoslo, estamos dispuestos a pagar el precio que desees ". Este discurso fue parte del propósito de Dios. Había puesto en el corazón de los madianitas insistir en poseer a José, para que no

se quedara con sus hermanos y fuera asesinado por ellos. Los hermanos asintieron y José fue vendido como esclavo mientras ellos se sentaban a comer. Dios habló, diciendo: "Por una comida vendiste a tu hermano, y así Assuero venderá tu descendencia a Amán por una comida, y porque has vendido a José para ser un esclavo, por eso dirás año tras año, esclavos éramos al faraón en Egipto".

El precio que pagaron los madianitas por José fue de veinte piezas de plata, suficiente para un par de zapatos para cada uno de sus hermanos. Así, "vendieron a los justos por plata, y los necesitado de un par de zapatos". Para un joven tan guapo como José, la suma que pagaba era demasiado baja, pero su apariencia había cambiado mucho por la horrible angustia que había soportado en el pozo con las serpientes y los escorpiones. perdió su tez rubicunda y se veía pálido y enfermizo, y los madianitas estaban justificados en pagar una pequeña suma por él.

Los mercaderes habían encontrado a José desnudo en el pozo, porque sus hermanos lo habían despojado de toda su ropa. Para que no se presentara ante los hombres en una condición indecorosa, Dios envió a Gabriel hacia él, y el ángel agrandó el amuleto que golpeaba el cuello de José hasta que fue una prenda que lo cubrió por completo. Los hermanos de José lo estaban cuidando cuando se fue con los madianitas, y cuando lo vieron con sus ropas, gritaron tras ellos: "¡Dennos sus ropas! Lo vendimos desnudo, sin ropas". Sus dueños se negaron a ceder a su demanda, pero acordaron reembolsar a los hermanos con cuatro pares de zapatos, y José se quedó con su ropa, la misma con la que se vistió cuando llegó a Egipto y fue vendido a Potifar, la misma en la que se vistió. fue encerrado en la cárcel y se presentó ante el faraón, y el mismo que vestía cuando era gobernante de Egipto.

Como expiación por las veinte piezas de plata tomadas por sus hermanos a cambio de José, Dios ordenó que todo hijo primogénito fuera redimido por el sacerdote con una cantidad igual, y, además, todo israelita debe pagar anualmente al santuario como tanto como correspondía a cada uno de los hermanos como su parte del precio.

Los hermanos de José compraron zapatos por el dinero, porque dijeron: "No lo comeremos, porque es el precio por la sangre de nuestro hermano, pero lo pisotearemos, porque él dijo, él se enseñorearía de nosotros, y veremos qué será de sus sueños." Y por esta razón se ha ordenado la ordenanza, que el que se niega a levantar un nombre en Israel a su hermano que ha muerto sin haber a un hijo, se le desatará el zapato del pie y le escupirán en la cara. Los hermanos de José se negaron a hacer nada para preservar su vida, y por eso el Señor les soltó los zapatos de los pies, porque cuando descendieron a Egipto, los esclavos de José se quitaron los

zapatos al entrar por las puertas, y se postraron ante José como ante un faraón, y, mientras yacían postrados, fueron escupidos y avergonzados ante los egipcios.

Los madianitas prosiguieron su viaje a Galaad, pero pronto se arrepintieron de la compra que habían hecho. Temían que José hubiera sido robado en la tierra de los hebreos, aunque vendido a ellos como esclavo, y si sus parientes lo encontraban con ellos, se les infligiría la muerte por el secuestro de un hombre libre. La actitud prepotente de los hijos de Jacob confirmó su sospecha de que podrían ser capaces de cometer un robo. Su mala acción también explicaría por qué habían aceptado una suma tan pequeña a cambio de José. Mientras discutían estos puntos, vieron venir a la compañía de viajeros de los ismaelitas que habían sido observados anteriormente por los hijos de Jacob, y decidieron deshacerse de José para ellos, para que al menos no perdieran el precio que habían pagado. , pudiendo escapar al mismo tiempo del peligro de ser hechos cautivos por el delito de secuestro de un hombre. Y los ismaelitas compraron a José a los madianitas, y pagaron el mismo precio que sus antiguos dueños habían pagado por él.

LOS TRES MAESTROS DE JOSÉ

Por regla general, la única mercancía con la que los ismaelitas cargaban sus camellos era brea y pieles de animales. Por una dispensación providencial, esta vez llevaron bolsas de perfumería, en lugar de su carga maloliente habitual, para que José pudiera recibir una dulce fragancia en su viaje a Egipto. Estas sustancias aromáticas se adaptaron muy bien a José, cuyo cuerpo emitía un olor agradable, tan agradable y penetrante que el camino por el que viajaba tenía olor a eso, y a su llegada a Egipto el perfume de su cuerpo se extendió por toda la tierra, y el Las princesas reales, siguiendo el dulce aroma para rastrear su origen, llegaron al lugar en el que estaba José. Incluso después de su muerte, la misma fragancia se esparció por sus huesos, lo que permitió a Moisés distinguir los restos de José de todos los demás y cumplir el juramento de los hijos de Israel de enterrarlos en Tierra Santa.

Cuando José se enteró de que los ismaelitas lo llevaban a Egipto, comenzó a llorar amargamente ante la idea de ser alejado de Canaán y de su padre. Uno de los ismaelitas notó el llanto y el llanto de José, y pensando que le resultaba incómodo montar, lo levantó de la parte trasera del camello y le permitió caminar a pie. Pero José siguió llorando y sollozando, clamando incesantemente: "¡Oh padre, padre!" Otro de la caravana, cansado de sus lamentos, lo golpeó, provocando solo más lágrimas y lamentos, hasta que el joven, exhausto por su dolor, no pudo seguir adelante. Ahora todos los ismaelitas de la compañía le propinaron

golpes. Lo trataron con una crueldad implacable y trataron de silenciarlo con amenazas. Dios vio la angustia de José, y envió oscuridad y terror sobre los ismaelitas, y sus manos se pusieron rígidas cuando los levantaron para infligirles un golpe. Asombrados, se preguntaron por qué Dios les había tratado así en el camino. No sabían que era por el bien de José.

El viaje continuó hasta que llegaron a Efrata, el lugar del sepulcro de Raquel. José se apresuró a la tumba de su madre y, arrojándose sobre ella, gimió y lloró, diciendo: "Oh madre, madre, que me diste a luz, levántate, ven y mira cómo tu hijo ha sido vendido como esclavo, sin nadie que lo tome. ten piedad de él. Levántate, ve a tu hijo, y llora conmigo por mi desgracia, y observa la crueldad de mis hermanos. Despierta, oh madre, despierta de tu sueño, levántate y prepárate para el conflicto con mis hermanos, que se desnudaron incluso de mi camisa, y me vendieron como esclavo a mercaderes, quienes a su vez me vendieron a otros, y sin misericordia me apartaron de mi padre. Levántate, acusa a mis hermanos ante Dios, y mira a quién justificará en el juicio, ya quien hallará culpable. Levántate, oh madre, despierta de tu sueño, mira cómo está mi padre conmigo en su alma y en su espíritu, y consuélalo y tranquiliza su triste corazón ".

José lloró y lloró sobre la tumba de su madre, hasta que, cansado de dolor, quedó inmóvil como una piedra. Entonces oyó una voz cargada de lágrimas que le hablaba desde las profundidades, diciendo: "Hijo mío José, hijo mío, oí tus quejas y tus gemidos, vi tus lágrimas, y conocí tu miseria, hijo mío. Estoy apenado. por tu causa, y tu aflicción se añade a la carga de mi aflicción. Pero, hijo mío José, confía en Dios y espera en Él. No temas, porque el Señor está contigo, y te libraré de todo mal. Desciende a Egipto con tus amos, hijo mío; no temas, porque el Señor es contigo, hijo mío. Esto y mucho más parecido pronunció la voz, y luego se quedó en silencio. José escuchó con gran asombro al principio, y luego rompió a llorar de nuevo. Enfurecido por ello, uno de los ismaelitas lo expulsó de la tumba de su madre con patadas y maldiciones. Entonces José suplicó a sus amos que lo llevaran de regreso a su padre, quien les daría grandes riquezas como recompensa. Pero ellos dijeron: "¡Vaya, eres un esclavo! ¿Cómo puedes saber dónde está tu padre? Si hubieras tenido un hombre libre como padre, no te habrían vendido dos veces por una pequeña suma". Y luego su furia contra él aumentó, lo golpearon y maltrataron, y lloró lágrimas amargas.

Ahora Dios miró la angustia de José y envió tinieblas para envolver la tierra una vez más. Se desató una tormenta, destellaron los relámpagos, y de los relámpagos tembló toda la tierra, y los ismaelitas se perdieron en su

terror. Las bestias y los camellos se detuvieron y, golpeándolos como lo harían sus conductores, se negaron a moverse del lugar, pero se agacharon en el suelo. Entonces los ismaelitas se hablaron unos a otros y dijeron: "¿Por qué ha traído Dios esto sobre nosotros? ¿Cuáles son nuestros pecados, cuáles son nuestras ofensas, para que nos sucedan tales cosas?" Uno de ellos dijo a los otros: "Tal vez esto nos ha sobrevenido por el pecado que hemos cometido contra este esclavo. Rogámosle encarecidamente que nos conceda perdón, y si entonces Dios se apiadará, y deje que estas tormentas pasen de nosotros, sabremos que sufrimos daño a causa de la herida que infligimos a este esclavo".

Los ismaelitas hicieron de acuerdo con estas palabras, y le dijeron a José: "Hemos pecado contra Dios y contra ti. Ora a tu Dios y suplicale que quite esta plaga de muerte de nosotros, porque reconocemos que hemos pecado contra él." José cumplió su deseo, Dios escuchó su petición y la tormenta se calmó. Todo a su alrededor se calmó, las bestias se levantaron de su posición reclinada y la caravana pudo continuar su camino. Ahora los ismaelitas vieron claramente que todos sus problemas habían venido sobre ellos por causa de José, y se hablaron unos a otros, diciendo: "Ahora sabemos que todo este mal nos ha sucedido a causa de este pobre hombre, y por qué ¿Traemos la muerte sobre nosotros mismos por nuestras propias acciones? Vamos a consultar juntos, ¿qué haremos con el esclavo?". Uno de ellos aconsejó que se cumpliera el deseo de José y que lo llevaran de regreso con su padre. Entonces estarían seguros de recibir el dinero que habían pagado por él. Este plan fue rechazado porque habían cumplido gran parte de su viaje y no estaban dispuestos a volver sobre sus pasos. Por lo tanto, decidieron llevar a José a Egipto y venderlo allí. Se librarían de él de esta manera y también recibirían un gran precio por él.

Continuaron su viaje hasta las fronteras de Egipto, y allí se encontraron con cuatro hombres, descendientes de Medan, hijo de Abraham, a quienes vendieron a José por cinco siclos. Las dos compañías, los ismaelitas y los medanitas, llegaron a Egipto el mismo día. Este último, al oír que Potifar, un oficial del Faraón, el capitán de la guardia, estaba buscando un buen esclavo, se dirigió a él de inmediato, para tratar de deshacerse de José para él. Potifar estaba dispuesto a pagar hasta cuatrocientas piezas de plata, porque, por alto que fuera el precio, no parecía demasiado grande para un esclavo que le agradaba tanto como a José. Sin embargo, hizo una condición. Dijo a los medanitas: "Les pagaré el precio exigido, pero deben traerme a la persona que les vendió el esclavo, para que pueda estar en condiciones de averiguar todo sobre él, porque el joven me parece que no ser ni esclavo ni hijo de esclavo. Parece ser de sangre noble. Debo convencerme de que no fue robado". Los medanitas llevaron a los ismaelitas a Potifar, y testificaron que José era un esclavo, que lo habían

poseído y lo habían vendido a los medanitas. Potifar quedó satisfecho con este informe, pagó el precio solicitado por José, y los medanitas y los ismaelitas se fueron.

EL TUBO DE JOSÉ LE TRAJÓ A SU PADRE Tan pronto como la venta de José fue un hecho consumado, los hijos de Jacob se arrepintieron de su acto. Incluso se apresuraron tras los madianitas para rescatar a José, pero sus esfuerzos por alcanzarlos fueron en vano y tuvieron que aceptar lo inevitable. Mientras tanto, Rubén se había reunido con sus hermanos. Había estado tan absorto en las penitencias, en la oración y el estudio de la Torá, en expiación de su pecado contra su padre, que no había podido quedarse con sus hermanos y cuidar los rebaños, y así sucedió que no estaba en el lugar cuando José fue vendido. Su primer recado fue ir a la fosa, con la esperanza de encontrar a Joseph allí. En ese caso, se lo habría llevado y lo habría devuelto a su padre clandestinamente, sin el conocimiento de sus hermanos. Se paró en la entrada y llamó una y otra vez: "¡José, José!" Como no recibió respuesta, concluyó que José había perecido, ya sea a causa del terror o como resultado de la mordedura de una serpiente, y descendió al pozo, solo para descubrir que no estaba allí, ni vivo ni muerto. Volvió a subir a la cima, se rasgó la ropa y gritó: "El muchacho no está allí, y ¿qué responderé a mi padre si está muerto?" Entonces Rubén regresó a sus hermanos y les dijo que José había desaparecido del pozo, por lo que se entristeció profundamente, porque él, siendo el mayor de los hijos, era responsable ante su padre Jacob. Los hermanos dejaron en claro lo que habían hecho con José y le contaron cómo habían tratado de hacer buenas sus malas acciones y cómo sus esfuerzos habían sido en vano.

Ahora no quedaba nada por hacer más que inventar una explicación plausible de la desaparición de su hermano para darle a Jacob. En primer lugar, sin embargo, hicieron un juramento de no traicionar a su padre ni a ningún ser humano lo que realmente habían hecho con José. El que violara el juramento sería pasado a espada por los demás. Luego se reunieron en consejo sobre qué decirle a Jacob. Fue el consejo de Isacar rasgar la túnica de José de muchos colores y mojarla en la sangre de un cabrito de las cabras, para hacer creer a Jacob que su hijo había sido desgarrado por una bestia salvaje. La razón por la que sugirió un niño fue porque su sangre se parece a la sangre humana. En expiación por este acto de engaño, se ordenó que se usara un niño como sacrificio expiatorio cuando se dedicara el Tabernáculo.

Simon se opuso a esta sugerencia. No quería renunciar a la túnica de José y amenazó con cortar a cualquiera que intentara arrebatársela por la fuerza. La razón de su vehemencia fue que estaba muy enojado contra sus hermanos por no haber matado a José. Pero ellos lo amenazaron a su vez,

diciendo: "Si no renuncias a la túnica, diremos que tú mismo hiciste la maldad". En ese momento, Simón se lo entregó, y Neftalí se lo llevó a Jacob y se lo entregó con las palabras: "Cuando conducíamos nuestros rebaños hacia casa, encontramos esta prenda cubierta de sangre y polvo en la carretera, un poco más allá de Siquem. Saber ahora sea la túnica de tu hijo o no ". Jacob reconoció la túnica de José y, abrumado por el dolor, cayó postrado y permaneció largo rato en el suelo inmóvil, como una piedra. Luego se levantó, lanzó un gran clamor y lloró, diciendo: "Es la túnica de mi hijo".

Jacob se apresuró a enviar un esclavo a sus hijos para que fueran a él y supiera más sobre lo que había sucedido. Al anochecer vinieron todos, sus vestidos se rasgaron y el polvo se derramó sobre sus cabezas. Cuando confirmaron todo lo que Neftalí le había dicho, Jacob estalló en luto y lamento: "Es la túnica de mi hijo; una bestia maligna lo devoró; José sin duda está despedazado. Yo lo envié a ustedes para ver si era bien contigo, y bien con el rebaño. Él fue a hacer mi recado, y mientras yo pensaba que estaba contigo, la desgracia sobrevino ". A esto, los hijos de Jacob respondieron: "No vino a nosotros en absoluto. Desde que te dejamos, no hemos puesto los ojos en él".

Después de estas palabras, Jacob no pudo dudar más de que José había sido desgarrado por las fieras, y lloró por su hijo, diciendo: "Oh hijo mío José, hijo mío, te envié a preguntar por el bienestar de tus hermanos, y ahora eres desgarrado por fieras. Es mi culpa que esta mala oportunidad te haya llegado. Estoy angustiado por ti, hijo mío, estoy profundamente angustiado. ¡Cuán dulce fue tu vida para mí, y cuán amarga es tu muerte! Dios, yo había muerto por ti, oh José, hijo mío, porque ahora estoy angustiado por tu causa. Oh hijo mío José, ¿dónde estás y dónde está tu alma? Levántate, levántate de tu lugar, y mira mi dolor por Ven y cuenta las lágrimas que ruedan por mis mejillas, y lleva la historia de ellas ante Dios, para que su ira se aparte de mí. ¡Oh José, hijo mío, cuán dolorosa y espantosa fue tu muerte! Nadie ha muerto una muerte. como el tuyo desde que el mundo está. Sé bien que sucedió en razón de mis pecados. ¡Oh, que regresaras y vieras el amargo dolor de tu desgracia! me ha traído! Pero es verdad, no fui yo quien te creó y te formé. No te di espíritu ni alma, pero Dios te creó. Formó tus huesos, los cubrió de carne, sopló aliento de vida en tu nariz y luego te dio a mí. Y el Dios que te dio a mí, de mí te ha quitado, y de él ha venido sobre mí esta dispensación. ¡Bien hecho lo que hace el Señor! "En estas palabras y en muchas otras como ellas, Jacob lamentó y lamentó por su hijo, hasta que cayó al suelo postrado e inmóvil.

Cuando los hijos de Jacob vieron la vehemencia del dolor de su padre, se arrepintieron de su acto y lloraron amargamente. Especialmente Judá

estaba desconsolado. Puso la cabeza de su padre sobre sus rodillas y se secó las lágrimas que le caían de los ojos, mientras él mismo estallaba en un llanto violento. Los hijos de Jacob y sus esposas buscaron consolar a su padre. Organizaron un gran servicio conmemorativo y lloraron y lamentaron la muerte de José y el dolor de su padre. Pero Jacob se negó a ser consolado.

Las noticias de la muerte de su hijo provocaron la pérdida de dos miembros de la familia de Jacob. Bilhah y Dinah no pudieron sobrevivir a su dolor. Bilha falleció el mismo día en que llegó el informe a Jacob, y Dina murió poco después, por lo que tuvo que lamentar tres pérdidas en un mes.

Recibió las nuevas de la muerte de José en el séptimo mes, Tishri, y en el décimo día del mes, y por lo tanto, se les pide a los hijos de Israel que lloren y aflijan sus almas en este día. Además, en este día la ofrenda por el pecado de expiación será un macho cabrío, porque los hijos de Jacob transgredieron con un cabrito, en cuya sangre mojaron la túnica de José, y así trajeron dolor a Jacob.

Cuando se recuperó un poco del terrible golpe que le habían dado las noticias de la muerte de su hijo favorito, Jacob se levantó del suelo y se dirigió a sus hijos, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. "Levántate", dijo, "toma tus espadas y tus arcos, sal al campo y busca, tal vez encuentres el cuerpo de mi hijo y me lo traigas para que lo entierre. Esté atento también a las bestias de presa, y atrape al primero que encuentre. Agarre y tráemelo. Puede ser que Dios se apiade de mi dolor, y ponga entre sus manos la bestia que ha desgarrado a mi hijo. en pedazos, y me vengaré de él ".

Los hijos de Jacob partieron al día siguiente para cumplir la orden de su padre, mientras él permanecía en casa llorando y lamentándose por José. En el desierto encontraron un lobo, que capturaron y se lo llevaron vivo a Jacob, diciendo: "Aquí está la primera bestia salvaje que encontramos y te la hemos traído. Pero del cadáver de tu hijo no vimos ni rastro". Jacob agarró al lobo y, en medio de un fuerte llanto, le dirigió estas palabras: "¿Por qué devoraste a mi hijo José, sin ningún temor del Dios de la tierra, y sin pensar en el dolor que harías caer sobre ¿A mí? Tú devoraste a mi hijo sin razón, él no fue culpable de ningún tipo de transgresión, y cargaste con la responsabilidad de su muerte sobre mí. Pero Dios venga al que es perseguido ".

Para consolar a Jacob, Dios abrió la boca de la bestia y dijo: "Vive el Señor, que me creó, y vive tu alma, señor mío, no he visto a tu hijo, ni he roto él en pedazos. De una tierra lejana vine a buscar a mi propio hijo, que sufrió un destino similar al tuyo. Ha desaparecido, y no sé si está vivo o

muerto, y por eso vine aquí hace diez días para encontrar Este día, mientras lo estaba buscando, tus hijos me salieron al encuentro, y me agarraron, y, añadiendo más dolor a mi dolor por mi hijo perdido, me trajeron aquí a ti. Esta es mi historia, y ahora, Oh hijo de hombre, estoy en tus manos, puedes deshacerte de mí este día como mejor te parezca, pero te juro por el Dios que me creó, no he visto a tu hijo, ni lo he desgarrado. en pedazos, nunca ha entrado carne de hombre en mi boca ". Asombrado por el discurso del lobo, Jacob lo dejó ir, sin obstáculos, adonde quisiera, pero lloró a su hijo José como antes.

Es una ley de la naturaleza que, por mucho que uno pueda lamentar la muerte de un ser querido, al final de un año el consuelo llega al corazón del doliente. Pero la desaparición de un hombre vivo nunca podrá borrarse de la memoria. Por lo tanto, el hecho de que estaba inconsolable hizo que Jacob sospechara que José estaba vivo, y no dio total credibilidad al informe de sus hijos. Su vaga sospecha se vio reforzada por algo que le sucedió. Subió a las montañas, labró doce piedras de la cantera y escribió en ellas los nombres de sus hijos, sus constelaciones y los meses correspondientes a las constelaciones, una piedra para un hijo, así: "Rubén, Ram, Nisán, "y así para cada uno de sus doce hijos. Luego se dirigió a las piedras y les ordenó que se inclinaran ante la marcada con el nombre de Rubén, la constelación y el mes, y no se movieron. Dio la misma orden con respecto a la piedra marcada para Simón, y nuevamente las piedras se detuvieron. Y así lo hizo respetando a todos sus hijos, hasta que llegó a la piedra para José. Cuando habló de éste, "Te mando que te postras ante José", todos se postraron. Probó la misma prueba con otras cosas, con árboles y gavillas, y siempre el resultado fue el mismo, y Jacob no pudo evitar sentir que su sospecha era cierta, José estaba vivo.

Había una razón por la que Dios no le reveló el verdadero destino de José a Jacob. Cuando sus hermanos vendieron a José, su temor de que el informe de su iniquidad pudiera llegar a oídos de Jacob los llevó a pronunciar la proscripción sobre cualquiera que traicionara la verdad sin el consentimiento de todos los demás. Judá presentó la objeción de que una proscripción no es válida a menos que se decrete en presencia de diez personas, y había solo nueve de ellas, porque Rubén y Benjamín no estaban allí cuando se concluyó la venta de José. Para evadir la dificultad, los hermanos contaron a Dios como la décima persona y, por lo tanto, Dios se sintió obligado a abstenerse de revelar el verdadero estado de las cosas a Jacob. Tenía en cuenta, por así decirlo, la proscripción pronunciada por los hermanos de José. Y como Dios mantuvo la verdad en secreto para Jacob, Isaac no se sintió justificado en informarle sobre el destino de su nieto, que él conocía bien, porque era un profeta. Siempre que estaba en compañía de

Jacob, lloraba con él, pero tan pronto como lo dejó, dejó de manifestar dolor, porque sabía que José vivía.

Así, Jacob fue el único entre los parientes más cercanos de José que permaneció en la ignorancia de la verdadera fortuna de su hijo, y él fue el único de todos ellos que tuvo la mayor razón para lamentar su muerte. Él habló: "El pacto que Dios hizo conmigo con respecto a las doce tribus es nulo y sin efecto ahora. Me esforcé en vano por establecer las doce tribus, ya que ahora la muerte de José ha destruido el pacto. Todas las obras de Dios fueron hechas para corresponder al número de las tribus - doce son los signos del zodiaco, doce los meses, doce horas tiene el día, doce la noche y doce piedras están incrustadas en el pectoral de Aarón - y ahora que José se ha ido, el pacto de las tribus ha sido anulado".

No podía reemplazar al hijo perdido entrando en un nuevo matrimonio, porque le había hecho la promesa a su suegro de no tomar por esposa a nadie más que a sus hijas, y esta promesa, como él la interpretó, se mantuvo vigente después de la muerte. de las hijas de Labán, así como mientras vivían.

Además del dolor por su pérdida y el pesar por la ruptura del pacto de las tribus, Jacob tenía otra razón más para lamentar la muerte de José. Dios le había dicho a Jacob: "Si ninguno de tus hijos muere durante tu vida, puedes considerarlo como una señal de que no serás puesto en el Gehena después de tu muerte". Al pensar que José estaba muerto, Jacob también tuvo que lamentarse por su propio destino, porque ahora creía que estaba condenado al Gehena. Su duelo duró veintidós años, correspondiente a la cantidad de años que había vivido separado de sus padres, y no había cumplido con el deber de un hijo para con ellos.

En su duelo, Jacob se puso cilicio sobre sus lomos, y allí se convirtió en modelo para los reyes y príncipes de Israel, porque David, Acab, Joram y Mardoqueo hicieron lo mismo cuando una gran desgracia cayó sobre la nación.

Judá y sus hijos

Cuando los hijos de Jacob vieron lo inconsolable que era su padre, fueron a Judá y le dijeron: "Esta gran desgracia es tu culpa". Judá respondió: "Fui yo quien te preguntó: ¿De qué nos sirve matar a nuestro hermano y ocultar su sangre? Y ahora dices que el pecado está a mi puerta". Los hermanos continuaron discutiendo: "Pero tú dijiste: Venid y vendámoslo a los ismaelitas, y seguimos tu consejo. Si hubieras dicho: Devuélvenoslo a su padre, habíamos escuchado estas palabras tuyas. así como."

Entonces, los hermanos privaron a Judá de su dignidad, ya que hasta ese momento él había sido su rey, y también lo excluyeron de su compañerismo, y él tuvo que buscar fortuna solo. Por mediación de su pastor principal Hirah, conoció al rey cananeo de Adullam, de nombre Barsan. Aunque estaba muy consciente de la corrupción de las generaciones de Canaán, permitió que la pasión se apoderara de él y tomó a una cananea por esposa. El rey adullamita ofreció un banquete en su honor, en el que su hija Bat-shua sirvió el vino, y, embriagado por el vino y la pasión, Judá la tomó y se casó con ella. La acción de Judá puede compararse con la del león que pasa junto a una carroña y se la come, aunque un perro que lo precedió en el camino se negó a tocarla. Incluso Esaú llegó a tiempo para reconocer que las hijas de Canaán eran malvadas, y el león Judá tenía que tomar a una de ellas por esposa. El espíritu santo clamó contra Judá cuando se casó con la mujer cananea de Adullam, diciendo: "La gloria de Israel descendió en Adullam".

El primogénito de Judá de este matrimonio se llamó Er, "el sin hijos", un nombre adecuado para él que murió sin engendrar ningún problema. Por deseo de Judá, Er se casó con Tamar, una hija de Aram, el hijo de Sem, pero como ella no era una mujer cananea, su madre usó artificios contra ella, y él no la conocía, y un ángel del Señor lo mató en el tercer día después de su boda. Entonces Judá le dio a Tamar a su segundo hijo Onán, la boda tuvo lugar antes de que transcurriera la semana de las festividades de la boda de Er. Un año entero Onan vivió con Tamar sin conocerla, y cuando, finalmente, Judá pronunció amenazas contra él por ese motivo, sí tuvo relaciones sexuales con ella, pero, prestando atención a los mandatos de su madre, no se preocupó. para engendrar hijos con ella. Él también murió a causa de su iniquidad, y su nombre Onan "luto" fue bien elegido, porque muy pronto su padre fue llamado a llorar por él. Judá concibió el plan de casar a Tamar con su hijo menor, Sela, pero su esposa no lo permitió. Odiaba a Tamar porque no era de las hijas de Canaán como ella, y mientras Judá estaba fuera de casa, Bath-shua eligió una esposa para su hijo Sela entre las hijas de Canaán. Judá estaba muy enojada con Bath-shua por lo que había hecho, y también Dios derramó Su ira sobre ella, porque debido a su maldad tuvo que morir, y su muerte ocurrió un año después de la de sus dos hijos.

Ahora que Bath-shua había muerto, Judah podría haber cumplido su deseo y casarse con Tamar con su hijo menor. Pero esperó a que Sela creciera, porque temía por su vida, al ver que Tamar había llevado la muerte a dos maridos antes que él. Así que quedó viuda en la casa de su padre durante dos años. Dotada del don de profecía, Tamar sabía que había sido nombrada antepasada de David y del Mesías, y decidió aventurarse en una medida extrema para asegurarse de cumplir su destino. Por consiguiente,

cuando el espíritu santo le reveló que Judá iba a subir a Timna, se quitó las ropas de su viudez, se sentó a la puerta de la tienda de Abraham y allí se encontró con Judá. Todo el tiempo que ella vivió en la casa de su suegro, él nunca había visto su rostro, porque en su virtud y castidad siempre lo había mantenido cubierto, y ahora, cuando Judah la conoció, no la reconoció. Fue como recompensa por su modestia que Dios la convirtió en la madre de la línea real de David, y la madre de Isaías, y también su padre Amoz, ambos profetas y de sangre real.

Judá pasó junto a Tamar sin prestarle atención, y ella levantó los ojos hacia el cielo y dijo: "Señor del mundo, ¿saldré vacío de la casa de este piadoso?" Entonces Dios envió al ángel designado sobre la pasión del amor, y obligó a Judá a volverse. Con cautela profética, Tamar exigió que, como prenda de la recompensa que le había prometido, le dejara su sello, su manto y su báculo, los símbolos de la realeza, la judicatura y el mesianismo, las tres distinciones de los descendientes de Tamar. de su unión con Judá. Cuando Judá le envió la recompensa prometida, un macho cabrío, de la mano de su amigo, para recibir las prendas de su mano, Tamar no pudo ser encontrada, y él temió hacer más búsqueda de ella, para que no fuera así. poner en vergüenza. Pero Tamar, que pronto se dio cuenta de que estaba encinta, se sintió muy feliz y orgullosa, porque sabía que sería la madre de reyes y redentores.

Cuando se conoció su estado, fue arrastrada por la fuerza ante el tribunal, en el que Isaac, Jacob y Judá se sentaron como jueces. Judá, siendo el más joven de los jueces y el menos considerable en dignidad, fue el primero en tomar una decisión, porque así se prescribe en los casos penales, que los jueces prominentes no intimiden a los menores e influyen indebidamente en sus decisiones. Judá opinaba que la mujer podía ser castigada con la muerte por quemadura, porque era hija del sumo sacerdote Sem, y la muerte por fuego es el castigo ordenado por la ley para la hija de un sumo sacerdote que conduzca a un impío. la vida.

Se iniciaron los preparativos para su ejecución. En vano Tamar buscó las tres promesas que había recibido de Judá, no pudo encontrarlas y casi perdió la esperanza de poder arrancarle una confesión a su suegro. Levantó los ojos a Dios y oró: "Te suplico, oh Dios, tu gracia, tú que escuchas el clamor de los afligidos en la hora de su necesidad, respóndeme, para que me libren de dar a luz a los tres santos hijos, que estarán dispuestos a sufrir la muerte por fuego, por la gloria de tu Nombre ". Y Dios le concedió su petición y envió al ángel Miguel para socorrerla. Él puso las prendas en un lugar en el que Tamar no podía dejar de verlas, y ella las tomó y las arrojó a los pies de los jueces, con las palabras: "Por el hombre de quien son estas,

estoy encinta, pero aunque Perezco en las llamas, no lo traicionaré. Espero en el Señor del mundo, que él convertirá el corazón del hombre, para que lo confiese. " Entonces Judá se levantó y dijo: "Con vuestro permiso, hermanos míos, y vosotros los de la casa de mi padre, hago saber que con la medida que mida el hombre, le será medida, sea para bien o para mal. Pero feliz el hombre que reconoce sus pecados, porque tomé la túnica de José, la teñí con la sangre de un cabrito y la puse a los pies de mi padre, diciendo: Sabe ahora si es la túnica de tu hijo o No, por tanto, debo confesar ahora, ante la corte, a quién pertenece este sello, este manto y este báculo. Pero es mejor ser avergonzado en este mundo que avergonzado en el otro mundo, ante el rostro de mi piadoso padre. Es mejor que muera en un fuego que se puede apagar que que sea arrojado al infierno, que devora otros fuegos. Ahora, entonces, reconozco que Tamar es inocente. Por mí es ella estaba encinta, no porque se entregara a una pasión ilícita, sino porque reprimí su matrimonio con mi hijo Shelah ". Entonces se escuchó una voz celestial que decía: "¡Ambos sois inocentes! ¡Era la voluntad de Dios que sucediera!"

La confesión abierta de Judá indujo a su hermano mayor, Rubén, a reconocer públicamente el pecado que había cometido contra su padre, porque lo había mantenido en secreto hasta entonces.

Tamar dio a luz a dos hijos gemelos, Pérez y Zerah, ambos parecidos a su padre en valentía y piedad. Llamó al primer Pérez, "valiente", porque dijo: "Te mostraste de gran poder, y es conveniente y apropiado que seas fuerte, porque estás destinado a poseer el reino". El segundo hijo se llamó Zerah, porque apareció de la matriz antes que su hermano, pero se vio obligado a regresar para dejar paso a Pérez. Estos dos, Pérez y Zera, fueron enviados como espías por Josué, y la línea que Rahab ató en la ventana de su casa como señal para el ejército de los israelitas, la recibió de Zera. Era el hilo escarlata que la comadrona le había atado en la mano para marcarlo como el niño que apareció primero y se retiró.

LAS ESPOSAS DE LOS HIJOS DE JACOB

Judá fue el primero de los hijos de Jacob en contraer matrimonio. Después de la venta de José a los madianitas, sus hermanos le habían dicho a Judá: "Si las condiciones fueran las mismas que antes, nuestro padre nos proporcionaría esposas ahora. Tal como está, está completamente absorto en su dolor por José, y debemos mirar por esposas nosotros mismos. Tú eres nuestro jefe, y debes casarte primero ".

El matrimonio de Judá con Alit, hija del noble comerciante Shua, que se consume en Adullam, la residencia de su amigo Hirah, o, como se le llamó más tarde, Hiram, rey de Tiro, no fue feliz. Murieron sus dos hijos mayores y poco tiempo después también su esposa. Fue el castigo de Judá por haber

comenzado una buena acción y dejarla inconclusa, porque "el que comienza una buena acción y no la ejecuta hasta el final, trae la desgracia sobre su propia cabeza". Judá había rescatado a José de la muerte, pero fue su sugerencia venderlo como esclavo. Si les hubiera instado a devolver al muchacho a su padre, sus hermanos habrían obedecido sus palabras. Le faltaba la constancia para persistir hasta completar la obra de liberación de José, que había comenzado.

En el mismo año, el año de la desgracia de José, todos sus otros hermanos también se casaron. La esposa de Rubén se llamaba Elioram, hija del cananeo Uzzi de Timna. Simón se casó con su hermana Dinah primero y luego con una segunda esposa. Cuando Simón y Leví masacraron a los hombres de Siquem, Dina se negó a salir de la ciudad y seguir a sus hermanos, diciendo: "¿Adónde llevaré mi vergüenza?" Pero Simón juró que se casaría con ella, como lo hizo más tarde, y cuando ella murió en Egipto, llevó su cuerpo a Tierra Santa y lo enterró allí. Dina le dio a su hermano un hijo, y de su unión con Siquem, hijo de Hamor, le dio una hija, llamada Asenat, después esposa de José. Cuando esta hija le nació a Dina, sus hermanos, los hijos de Jacob, querían matarla, para que el dedo de los hombres no señalara el fruto del pecado en la casa de su padre. Pero Jacob tomó un trozo de hojalata, inscribió el Santo Nombre en él, lo ató al cuello de la niña, la puso debajo de un espino y la abandonó allí. Un ángel llevó al bebé a Egipto, donde Potifar la adoptó como su hija, porque su esposa era estéril. Años después, cuando José viajó por la tierra como virrey, las doncellas le arrojaron regalos para que volviera los ojos en su dirección y les diera la oportunidad de contemplar su belleza. Asenath no poseía nada que pudiera servir como regalo, por lo que se quitó colgó el amuleto de su cuello y se lo dio. Así José se familiarizó con su linaje y se casó con ella, viendo que ella no era egipcia, sino que estaba relacionada con la casa de Jacob a través de su madre.

Además del hijo de Dina, Simón tuvo otro hijo, cuyo nombre era Saúl, de Buna, la joven que había tomado cautiva en la campaña contra Siquem.

Levi e Isacar se casaron con dos hijas de Jobab, nieto de Eber; la esposa del primero se llamaba Adinah, la esposa del segundo, Aridah. La esposa de Dan era Elflalet, hija del moabita Hamudan. Durante mucho tiempo su matrimonio permaneció sin hijos, finalmente tuvieron un hijo, al que llamaron Hushim. Gad y Neftalí se casaron con mujeres de Harán, dos hermanas, hijas de Amoram, nieto de Nacor. La esposa de Neftali, Merimit, era la mayor de las dos, y la menor, la esposa de Gad, se llamaba Uzit.

La primera esposa de Aser fue Adon, la hija de Ephlal, nieto de Ismael. Ella murió sin hijos y él se casó con una segunda esposa, Hadora, hija de Abimael, nieto de Sem. Ella había estado casada antes, su primer

marido había sido Malchiel, también nieto de Sem, y el problema de este primer matrimonio fue una hija, llamada Serah. Cuando Aser llevó a su esposa a Canaán, la huérfana de tres años Serah vino con ellos. Ella fue criada en la casa de Jacob, y anduvo en el camino de los niños piadosos, y Dios le dio belleza, sabiduría y sagacidad.

La esposa de Zabulón era Marosa, hija de Molad, nieto de Madián, hijo de Abraham con Cetura.

Para Benjamín, cuando tenía sólo diez años, Jacob tomó a Mahlia por esposa, la hija de Aram, el nieto de Taré, y ella le dio cinco hijos. A la edad de dieciocho años se casó con una segunda esposa, Arbat, la hija de Zimrán, un hijo de Abraham por Cetura, y por ella también tuvo cinco hijos.

JOSÉ EL ESCLAVO DE POTIFAR

Cuando José fue vendido como esclavo a los ismaelitas, guardó silencio por respeto a sus hermanos y no les dijo a sus amos que era hijo de Jacob, un hombre grande y poderoso. Incluso cuando llegó a los madianitas con los ismaelitas, y el primero preguntó por su ascendencia, todavía dijo que era un esclavo, solo para no avergonzar a sus hermanos. Pero el más distinguido de los madianitas reprendió a José, diciendo: "Tú no eres esclavo, tu apariencia te traiciona", y lo amenazó de muerte a menos que reconociera la verdad. José, sin embargo, se mantuvo firme, no actuaría de manera traidora con sus hermanos.

Al llegar a Egipto, los dueños de José no pudieron llegar a ningún acuerdo con respecto a él. Cada uno deseaba tener posesión única y exclusiva de él. Por lo tanto, decidieron dejarlo con un comerciante hasta que regresaran de nuevo a Egipto con sus mercancías. Y Dios permitió que José encontrara gracia ante los ojos del comerciante. Todo lo que tenía, toda su casa, lo puso en la mano de José, y por eso el Señor lo bendijo con mucha plata y oro, y José permaneció con él durante tres meses y cinco días.

En ese momento vino de Menfis la esposa de Potifar, y puso sus ojos en José, de cuya gentileza de persona había escuchado de los eunucos. Ella le contó a su esposo que cierto comerciante se había enriquecido a través de un joven hebreo, y agregó: "Pero se dice que el joven fue robado de la tierra de Canaán. Ve, pues, y juzga a su dueño. y lleva al joven a tu casa, para que el Dios de los hebreos te bendiga, porque la gracia del cielo reposa sobre el joven ". Potifar llamó al comerciante, y cuando apareció ante él, le habló con dureza, diciendo: "¿Qué es esto que oigo? ¿Que robas almas de la tierra de Canaán y sigues traficando con ellas?" El tendero protestó por

su inocencia, y no se le podía obligar a desistir de su afirmación de que una compañía de ismaelitas había dejado a José a su cargo temporalmente, hasta que regresaran. Potifar lo desnudó y lo golpeó, pero continuó reiterando la misma declaración.

Entonces Potifar llamó a José. El joven se postró ante este jefe de los eunucos, porque era el tercero en el rango de los oficiales del Faraón. Y se dirigió a José y le dijo: "¿Eres esclavo o nacido libre?" y José respondió: "Un esclavo". Potifar continuó preguntándole: "¿De quién eres esclavo?" José: "Pertenezco a los ismaelitas". Potifar: "¿Cómo fuiste hecho esclavo?" José: "Me compraron en la tierra de Canaán".

Pero Potifar se negó a dar crédito a lo que dijo, y también lo desnudó y golpeó. La esposa de Potifar, parada junto a la puerta, vio cómo se abusaba de José, y le envió un mensaje a su esposo: "Tu veredicto es injusto, porque castigas al joven nacido libre que fue robado de su lugar como si fuera el uno que había cometido un delito ". Mientras José se aferraba firmemente a lo que había dicho, Potifar le ordenó ir a prisión hasta que sus amos regresaran. En su anhelo pecaminoso por él, su esposa quería tener a José en su propia casa, y ella reprendió a su esposo con estas palabras: "¿Por qué tienes prisionero al esclavo cautivo, nacido en la nobleza? Deberías más bien ponerlo en libertad. y que él te sirva ". Él respondió: "La ley de los egipcios no nos permite tomar lo que pertenece a otro antes de que todos los títulos estén claros", y José permaneció en prisión durante veinticuatro días, hasta el regreso de los ismaelitas a Egipto.

Mientras tanto, habían oído en alguna parte que José era el hijo de Jacob, y por eso le dijeron: "¿Por qué fingiste que eras un esclavo? Mira, tenemos información de que eres el hijo de un hombre poderoso en Canaán, y tu padre te llora en cilicio ". José estuvo a punto de divulgar su secreto, pero se mantuvo controlado por el bien de sus hermanos, y repitió que era un esclavo.

Sin embargo, los ismaelitas decidieron venderlo, para que no lo encontraran en sus manos, porque temían la venganza de Jacob, quien, sabían, estaba en gran favor con el Señor y con los hombres. El comerciante rogó a los ismaelitas que lo rescataran de la persecución legal de Potifar y lo despejaran de la sospecha de robo de personas. Los ismaelitas, a su vez, tuvieron una conferencia con José y le pidieron que testificara ante Potifar que lo habían comprado por dinero. Así lo hizo, y luego el jefe de los eunucos lo liberó de la prisión y despidió a todas las partes interesadas.

Con el permiso de su esposo, la esposa de Potifar envió un eunuco a los ismaelitas, pidiéndole que comprara a José, pero él regresó e informó que

exigían un precio exorbitante por el esclavo. Ella envió a un segundo eunuco, encargándole que concluyera el trato, y aunque le pidieron una mina de oro, o incluso dos, él no debía escatimar en dinero, debía asegurarse de comprar al esclavo y llevárselo. El eunuco le dio a los ismaelitas ochenta piezas de oro para José, pero le dijo a su señora que había pagado cien piezas. José notó el engaño, pero guardó silencio para que el eunuco no se avergonzara.

Así José se convirtió en esclavo del sacerdote idólatra Potifar, o Potifera, como a veces se le llamaba. Se había asegurado la posesión del apuesto joven con un propósito lascivo, pero el ángel Gabriel lo mutiló de tal manera que no pudo lograrlo. Su maestro pronto tuvo la ocasión de notar que José era tan piadoso como hermoso, porque siempre que estaba ocupado con sus ministraciones, susurraba una oración: "Oh Señor del mundo, Tú eres mi confianza, Tú eres mi protección. hallo gracia y favor en Tus ojos y en los ojos de todos los que me ven, y en los ojos de mi maestro Potifar ". Cuando Potifar notó el movimiento de sus labios, le dijo a José: "¿Te propones lanzar un hechizo sobre mí?" "No", respondió el joven, "le suplico a Dios que me permita hallar gracia ante tus ojos".

Su oración fue escuchada. Potifar se convenció a sí mismo de que Dios estaba con José. A veces ponía a prueba los poderes milagrosos de José. Si le traía una copa de hipocras, decía: "Preferiría tener vino mezclado con absenta", y de inmediato el vino especiado se transformaba en vino amargo. Cualquiera cosa que deseara, podía estar seguro de obtener de José, y vio claramente que Dios cumplió los deseos de su esclavo. Por tanto, puso todas las llaves de su casa en su mano, y no supo nada de lo que le acompañaba, y no ocultó nada a José sino a su esposa. Al ver que la Shekinah descansaba sobre él, Potifar trató a José no como a un esclavo, sino como a un miembro de su familia, porque dijo: "Este joven no está hecho para el trabajo de un esclavo, es digno del lugar de un príncipe". En consecuencia, le proporcionó instrucción en las artes y le ordenó que tuviera mejores tarifas que los otros esclavos.

José agradeció a Dios por su nuevo y feliz estado. Él oró: "Bendito eres, oh Señor, porque me has hecho olvidar la casa de mi padre". Lo que hizo que su suerte actual fuera tan agradable fue que se alejó de la envidia y los celos de sus hermanos. Él dijo: "Cuando estaba en la casa de mi padre, y me dio algo bonito, mis hermanos me envidiaron el presente, y ahora, oh Señor, te doy gracias porque vivo en medio de la abundancia". Libre de ansiedades, centró su atención en su apariencia externa. Se pintó los ojos, se peinó el cabello y apuntó a ser elegante en su caminar. Pero Dios le habló, diciendo: "Tu padre está de luto en cilicio y ceniza, mientras tú comes, bebes y te arreglas el cabello. Por tanto, incitaré a tu señora contra

ti, y serás avergonzado". Así se cumplió el deseo secreto de José de que se le permitiera demostrar su piedad bajo la tentación, como había sido probada la piedad de sus padres.

JOSÉ Y ZULEIKA

"Lanza el palo al aire, siempre volverá a su lugar original". Al igual que su madre Raquel, José era de una belleza deslumbrante, y la esposa de su amo estaba llena de una pasión invencible por él ". Su sentimiento se intensificó por el pronóstico astrológico de que estaba destinada a tener descendientes a través de José. Esto era cierto, pero no en el sentido en que ella entendió la profecía. José se casó más tarde con su hija Asenath, y ella le dio a luz hijos, cumpliendo así lo que se había leído en las estrellas ".

Al principio no le confesó su amor a José. Primero intentó seducirlo con artificios. Con el pretexto de visitarlo, acudía a él por la noche y, como no tenía hijos, fingía querer adoptarlo. José luego oró a Dios por ella y ella dio a luz un hijo. Sin embargo, ella continuó abrazándolo como si fuera su propio hijo, pero él no se dio cuenta de sus malvados designios. Finalmente, cuando reconoció su engaño desenfrenado, lamentó muchos días y se esforzó por apartarla de su pasión pecaminosa por la palabra de Dios. Ella, por su parte, a menudo lo amenazaba con la muerte y lo entregaba a castigos para hacerlo dócil a su voluntad, y cuando estos medios no surtían efecto en José, buscaba seducirlo con tentaciones. Ella decía: "Te lo prometo, gobernarás sobre mí y sobre todo lo que tengo, si te entregas a mí. Y serás para mí lo mismo que mi legítimo esposo". Pero José se acordó de las palabras de sus padres, y fue a su cámara, ayunó y rogó a Dios que lo librara de las fatigas de la mujer egipcia.

A pesar de las mortificaciones que practicaba, y aunque daba a los pobres y a los enfermos la comida que le correspondía, su maestro pensaba que llevaba una vida lujosa, porque los que ayunan para la gloria de Dios se vuelven hermosos de semblante.

La esposa de Potifar frecuentemente le hablaba a su esposo alabando la castidad de José para que él no sospechara el estado de sus sentimientos. Y, de nuevo, ella alentaría a José en secreto, diciéndole que no temiera a su esposo, que estaba convencido de la pureza de su vida, y aunque uno debería contarle historias sobre José y ella misma, Potifar no les daría crédito. Y cuando vio que todo esto era inútil, se le acercó y le pidió que le enseñara la palabra de Dios, diciendo: "Si es tu deseo que abandone la adoración de ídolos, entonces cumple mi deseo, y persuadiré a ese egipcio. esposo mío para abjurar de los ídolos, y caminaremos en la ley de tu Dios. " José respondió: "El Señor no desea que los que le temen anden en impureza, ni se complace en el adúltero".

En otra ocasión, ella se le acercó y le dijo: "Si no haces mi deseo, mataré al egipcio y me casaré contigo según la ley". Entonces José rasgó su manto y dijo: "Oh mujer, teme al Señor, y no hagas esta mala acción, para que no traigas destrucción sobre ti, porque yo proclamaré tus propósitos impíos a todos en público".

Nuevamente, le envió un plato preparado con hechizos mágicos, mediante los cuales esperaba ponerlo en su poder. Pero cuando el eunuco lo puso delante de él, vio la imagen de un hombre que le entregaba una espada junto con el plato y, advertido por la visión, tuvo mucho cuidado de no probar la comida. Unos días después, su ama se le acercó y le preguntó por qué no había comido de lo que le había enviado. Él la reprochó, diciendo: "¿Cómo puedes decirme que no me acerco a los ídolos, sino sólo al Señor? El Dios de mis padres me ha revelado tu iniquidad por medio de un ángel, pero para que sepas que el la malicia de los impíos no tiene poder sobre los que temen a Dios con pureza. Comeré tu pan delante de tus ojos, y el Dios de mis padres y el ángel de Abraham estará conmigo." La esposa de Potifar cayó de bruces a los pies de José y, entre lágrimas, prometió no volver a cometer este pecado.

Pero su impía pasión por José no se apartó de ella, y su angustia por su deseo incumplido la hizo parecer tan enferma que su esposo le dijo: "¿Por qué está decaído tu semblante?" Y ella respondió: "Tengo un dolor en mi corazón, y los gemidos de mi espíritu me oprimen".

Una vez, cuando estaba a solas con José, corrió hacia él, gritando: "Me estrangularé, o saltaré a un pozo o un pozo, si no te entregas a mí". Al darse cuenta de su extrema agitación, José se esforzó por calmarla con estas palabras: "Recuerda, si te deshaces de ti mismo, la concubina de tu marido, Asteho, tu rival, maltratará a tus hijos y extirpará tu memoria de la tierra". Estas palabras, dichas con suavidad, tuvieron el efecto contrario al pretendido. Solo inflamaron más su pasión al alimentar sus esperanzas. Ella dijo: "¡Mira, me amas ahora! Me basta con que te preocupes por mí y por la seguridad de mis hijos. Espero ahora que mi deseo se cumpla". Ella no sabía que José hablaba como lo hizo por Dios, y no por ella.

Su ama, o, como la llamaban, Zuleika, lo perseguía día tras día con su charla amorosa y sus halagos, diciéndole: "¡Qué hermosa es tu apariencia, qué hermosa tu figura! Nunca había visto una esclava tan favorecida como tú eres." José respondía: "Dios, que me formó en el vientre de mi madre, creó a todos los hombres".

Zuleika: "¡Qué hermosos son tus ojos, con los que has encantado a todos los egipcios, tanto hombres como mujeres!"

José: "Por hermosos que sean mientras yo esté vivo, tan espantosos serán para contemplarlos en la tumba".

Zuleika: "¡Cuán hermosas y agradables son tus palabras! Te ruego que tomes tu arpa, toques y también cantes, para que pueda escuchar tus palabras".

José: "Hermosas y agradables son mis palabras cuando proclamo la alabanza de mi Dios".

Zuleika: "¡Qué hermoso es tu cabello! Toma mi peine dorado y péinalo".

José: "¿Hasta cuándo seguirás hablándome así? ¡Déjalo! Más te valdría cuidar de tu casa".

Zuleika: "No hay nada en mi casa que me preocupe, salvo tú solo".

Pero la virtud de José fue inquebrantable. Mientras ella hablaba así, él ni siquiera levantó los ojos para mirar a su ama. Él permaneció igualmente firme cuando ella le prodigaba regalos, porque le proporcionó prendas de una clase para la mañana, otra para el mediodía y una tercera clase para la noche. Tampoco las amenazas podían conmovirlo. Ella decía: "Presentaré acusaciones falsas contra ti ante tu amo", y José respondía: "El Señor ejecuta juicio sobre los oprimidos". O, "te privaré de comida"; con lo cual José, "El Señor da de comer al hambriento". O, "haré que te echen a la cárcel"; con lo cual José, "El Señor desata a los presos". O: "Te pondré un trabajo pesado que te doblará"; después de lo cual José, "El Señor levanta a los abatidos". O "cegaré tus ojos"; con lo cual José, "El Señor abre los ojos a los ciegos".

Cuando ella comenzó a ejercer sus halagos sobre él, él los rechazó con las palabras: "Temo a mi amo". Pero Zuleika decía: "Lo mataré". José respondió con indignación: "¿No es suficiente que me conviertas en un adúltero, además quieres que sea un asesino?" Y habló además, diciendo: "¡Temo al Señor mi Dios!"

Zuleika: "¡Tonterías! ¡No está aquí para verte!"

José: "Grande es el Señor y muy digno de alabanza, y su grandeza es inescrutable".

Entonces llevó a Joseph a su habitación, donde un ídolo colgaba sobre la cama. Esto lo cubrió, para que no fuera un testigo de lo que estaba a punto de hacer. José dijo: "Aunque encubras los ojos del ídolo, recuerda, los ojos del Señor corren de un lado a otro por toda la tierra. Sí", continuó José, "tengo muchas razones para no hacer esto por el bien de Dios. Adán fue desterrado del Paraíso por violar una orden leve; ¡cuánto más tendría que temer el castigo de Dios si cometiera un pecado tan grave como el

adulterio! de nuestra familia como un sacrificio para Él. Quizás Él desee elegirme, pero si hago tu voluntad, me haré incapaz de ser un sacrificio a Dios. También el Señor tiene la costumbre de aparecer de repente, en visiones de la noche, a los que le aman. Así se apareció a Abraham, Isaac y Jacob, y temo que se me aparezca en el mismo momento en que me estoy contaminando contigo. Y como temo a Dios, así temer a mi padre, que retiró la primogenitura de su hijo primogénito Rubén, a causa de un acto inmoral, y se la dio a yo. Si cumpliera tu deseo, compartiría el destino de mi hermano Rubén " .

Con tales palabras, José se esforzó por curar a la esposa de su amo de la pasión desenfrenada que ella había concebido para él, mientras él se cuidaba de mantenerse lejos de un pecado atroz, no por temor al castigo que seguiría, ni por consideración a él. la opinión de los hombres, sino porque quiso santificar el Nombre de Dios, bendito sea, ante el mundo entero. Era este sentimiento suyo lo que Zuleika no podía comprender, y cuando, finalmente, llevada por la pasión, ella le dijo en un lenguaje inconfundible lo que deseaba, y él se apartó de ella, le dijo a José: "¿Por qué te niegas a cumplir? ¿Mi deseo? ¿No soy una mujer casada? Nadie se enterará de lo que has hecho ". José respondió: "Si las mujeres solteras de los paganos están prohibidas para nosotros, ¿cuánto más sus mujeres casadas? Viva el Señor, no cometeré el crimen que me mandaste". En esto, José siguió el ejemplo de muchos hombres piadosos, que pronuncian un juramento en el momento en que están en peligro de sucumbir a la tentación, y buscan así reunir valor moral para controlar sus instintos malignos " .

Cuando Zuleika no pudo convencerlo para persuadirlo, su deseo la arrojó a una grave enfermedad, y todas las mujeres de Egipto vinieron a visitarla, y le dijeron: "¿Por qué estás tan lánguida y consumida? ¿Nada? ¿No es tu marido un príncipe grande y estimado ante los ojos del rey? ¿Es posible que no te falte algo de lo que tu corazón desea? " Zuleika les respondió diciendo: "Este día se les dará a conocer de dónde viene el estado en el que me ven".

Ordenó a sus sirvientas que prepararan comida para todas las mujeres y les ofreció un banquete en su casa. Colocó cuchillos sobre la mesa para pelar las naranjas y luego ordenó a Joseph que apareciera, ataviado con ropas costosas, y atendiera a sus invitados. Cuando entró José, las mujeres no podían apartar la vista de él, y todas se cortaron las manos con los cuchillos, y las naranjas en sus manos estaban cubiertas de sangre, pero ellas, sin saber lo que estaban haciendo, continuaron mirando. la belleza de José sin apartar la vista de él.

Entonces Zuleika les dijo: "¿Qué habéis hecho? He aquí, pongo naranjas delante de vosotros para comer, y os habéis cortado las manos". Todas las mujeres se miraron las manos y, he aquí, estaban llenas de sangre, que corría y manchaba sus vestidos. Le dijeron a Zuleika: "Este esclavo en tu casa nos encantó, y no pudimos apartar la vista de él debido a su belleza". Ella entonces dijo: "¿Esto les sucedió a ustedes que lo miraron por un momento, y no pudieron contenerse! ¿Cómo, entonces, puedo controlarme en cuya casa él habita continuamente, que lo ven entrar y salir día tras día? ¿Cómo, entonces, no voy a consumirme, ni dejar de languidecer a causa de él!" Y las mujeres hablaron diciendo: "Es cierto, ¿quién puede contemplar esta belleza en la casa y contener sus sentimientos? ¡Pero él es tu esclavo!"

¿Por qué no le revelas lo que hay en tu corazón, en lugar de permitir que tu vida perezca a causa de esto?". Zuleika les respondió: "Todos los días me esfuerzo por persuadirlo, pero él no consiente mis deseos. Le prometí todo lo que es justo, pero no he vuelto a encontrarme con él y, por lo tanto, estoy enfermo, como puede ver".

Su enfermedad aumentó sobre ella. Su esposo y su familia no sospechaban la causa de su declive, pero todas las mujeres que eran sus amigas sabían que era a causa del amor que le tenía a José, y le aconsejaron todo el tiempo que tratara de seducir al joven. Cierta día, mientras José estaba haciendo el trabajo de su amo en la casa, Zuleika llegó y cayó de repente sobre él, pero José era más fuerte que ella y la presionó contra el suelo. Zuleika lloró, y con voz de súplica y con amargura de alma le dijo a José: "¿Has conocido, visto u oído alguna vez a una mujer que sea mi igual en belleza, y mucho menos a una mujer de belleza superior a la mía? Trato diariamente de persuadirte, caigo en declive por amor a ti, te confiero todo este honor, y tú no escuchas mi voz. ¿Es por temor a tu amo que te castiga? vive, ningún daño vendrá sobre ti de parte de tu amo a causa de esto. Ahora, por lo tanto, te ruego que me escuches y consientas en mi deseo por el honor que te he conferido, y toma este Muerte lejos de mí. Porque ¿por qué he de morir a causa de ti?" José permaneció tan firme como antes bajo estas importunidades. Sin embargo, Zuleika no se desanimó; continuó sus solicitudes incesantemente, día tras día, mes tras mes, durante todo un año, pero siempre sin el menor éxito, porque José en su castidad no se permitía ni siquiera mirarla, por lo que ella recurrió a la coacción. Le pusieron un grillete de hierro en la barbilla y él se vio obligado a mantener la cabeza erguida y mirarla a la cara".

JOSÉ RESISTE LA TENTACIÓN

Al ver que no podía alcanzar su objetivo con súplicas o lágrimas, Zuleika finalmente usó la fuerza, cuando juzgó que había llegado la oportunidad

favorable. No tuvo que esperar mucho. Cuando el Nilo se desbordó y, según la costumbre anual de los egipcios, todos se dirigieron al río, hombres y mujeres, personas y príncipes, acompañados de música, Zuleika se quedó en casa con el pretexto de estar enfermo. Esta era su oportunidad largamente buscada, pensó. Se levantó y ascendió al salón del estado, y se vistió con ropas principescas. Colocó en su cabeza piedras preciosas, piedras de ónice engastadas en plata y oro, embelleció su rostro y su cuerpo con todo tipo de cosas para la purificación de la mujer, perfumó el salón y toda la casa con casia e incienso, esparció mirra y aloes por todas partes, y luego se sentó a la entrada del vestíbulo, en el vestíbulo que conducía a la casa, por donde José tenía que pasar a su trabajo.

Y he aquí, José vino del campo y estaba a punto de entrar en la casa para hacer el trabajo de su amo, pero cuando llegó al lugar donde estaba sentada Zuleika y vio todo lo que ella había hecho, se volvió. Su señora, al darse cuenta de ello, le gritó: "¿Qué te pasa, José? Ve a tu trabajo, te haré lugar para que pases a tu asiento". José hizo lo que ella le ordenó, entró en la casa, tomó asiento y se dedicó a la obra de su amo como de costumbre. Entonces Zuleika se paró ante él de repente en toda su belleza de persona y magnificencia de vestimenta, y repitió el deseo de su corazón. Fue la primera y la última vez que la firmeza de José lo abandonó, pero solo por un instante. Cuando estuvo a punto de cumplir el deseo de su ama, apareció ante él la imagen de su madre Raquel, y la de su tía Lea, y la imagen de su padre Jacob. El último se dirigió a él así: "En el futuro, los nombres de tus hermanos serán grabados en el pectoral del sumo sacerdote. ¿Deseas que tu nombre aparezca junto con el de ellos? ¿O perderás este honor por conducta pecaminosa? El que se junta con las rameras, desperdicia sus bienes ". Esta visión de los muertos, y especialmente la imagen de su padre, hizo que José recobrara el sentido y su pasión ilícita se apartó de él.

Asombrado por el rápido cambio en su semblante, Zuleika dijo: "Mi amigo y verdadero amor, ¿por qué estás tan asustado que estás a punto de desmayar?

José: "¡Veo a mi padre!"

Zuleika: "¿Dónde está? Vaya, no hay nadie en la casa".

José: "Tú perteneces a un pueblo que es como el asno, que no percibe nada. Pero yo pertenezco a los que pueden ver las cosas".

José huyó, lejos de la casa de su ama, la misma casa en la que antes se habían hecho maravillas por Sara, mantenida cautiva allí por Faraón. Pero apenas estaba afuera cuando la pasión pecaminosa lo abruma nuevamente, y regresa a la habitación de Zuleika. Entonces el Señor se le apareció,

sosteniendo el Eben Shetiyah en Su mano, y le dijo: "Si la tocas, arrojaré esta piedra sobre la cual está fundada la tierra, y el mundo se arruinará". Sobrio de nuevo, José comenzó a escapar de su ama, pero Zuleika lo agarró por su manto, y ella dijo: "Vive el rey, si no cumples mi deseo, debes morir", y mientras ella hablaba así, dibujó Sacó una espada con la mano libre de debajo de su vestido y, presionándola contra el cuello de José, dijo: "Haz lo que te mando, o morirás". Joseph salió corriendo, dejando una pieza de su prenda en manos de Zuleika mientras se soltaba del agarre de la mujer con un movimiento rápido y enérgico.

La pasión de Zuleika por Joseph fue tan violenta que, en lugar de su dueño, a quien no logró someter a su voluntad, besó y acarició el fragmento de tela que le quedaba en la mano. Al mismo tiempo, no tardó en percibir el peligro en el que se había puesto, pues temía que Joseph pudiera traicionar su conducta, y consideró formas y medios de evitar las consecuencias de su insensatez.

Mientras tanto, sus amigas regresaron de la fiesta del Nilo y vinieron a visitarla y preguntar por su salud. La encontraron miserablemente enferma, debido a la excitación por la que había pasado y la ansiedad en la que estaba. Confesó a las mujeres lo que había sucedido con José, y le aconsejaron que lo acusara de inmoralidad ante su esposo, y luego él. sería arrojado a la cárcel. Zuleika aceptó su consejo y suplicó a sus visitantes que apoyaran sus cargos presentando también quejas contra Joseph, que los había estado molestando con propuestas inapropiadas.

Pero Zuleika no dependió completamente de la ayuda de sus amigos. Además, planeó una artimaña para asegurarse de convencer a su esposo de la culpabilidad de José. Dejó a un lado sus ricas túnicas de estado, se vistió con sus ropas ordinarias y se llevó a su lecho de enferma, en el que había estado acostada cuando la gente se fue para ir al festival. También tomó el manto rasgado de José y lo extendió a su lado. Luego envió a un niño a llamar a algunos de los hombres de su casa, y les contó la historia del presunto ultraje de José, diciendo: "Miren al esclavo hebreo, a quien su amo ha traído a mi casa, y que intentó ¡Hazme violencia hoy! Apenas te habías ido a la fiesta cuando entraste en la casa, y asegurándose de que no hubiera nadie aquí, trató de obligarme a ceder a su deseo lujurioso. Pero agarré sus ropas, las rasgué. , y lloró a gran voz. Cuando escuchó que yo alcé mi voz y lloré, se apoderó de él de miedo, y huyó, y lo sacó, pero dejó su manto junto a mí ". Los hombres de su casa no hablaron una palabra, pero, enfurecidos contra José, fueron a su amo y le contaron lo que había sucedido. Mientras tanto, los maridos de los amigos de Zuleika también habían hablado con Potifar, a instancias de sus

esposas, y se habían quejado de su esclavo de que las había abusado sexualmente.

Potifar se apresuró a volver a casa y encontró a su esposa de mal humor, y aunque la causa de su abatimiento fue el disgusto por no haber tenido éxito en ganarse el amor de José, ella fingió que era enojo por la conducta inmoral del esclavo. Ella lo acusó con las siguientes palabras: "Oh esposo, que no vivas ni un día más, si no castigas al esclavo malvado que ha deseado profanar tu cama, que no ha tenido en cuenta quién era cuando vino a nuestra casa. casa, para degradarse a sí mismo con modestia, ni ha tenido en cuenta los favores que ha recibido de tu generosidad.Él puso un plan secreto para abusar de tu esposa, y esto en el momento de observar un festival, cuando estarías ausente. " Estas palabras las pronunció en el momento de la intimidad conyugal con Potifar, cuando estaba segura de ejercer influencia sobre su esposo.

Potifar dio crédito a sus palabras e hizo azotar a José sin piedad. Mientras los crueles golpes caían sobre él, clamó a Dios: "Oh Señor, tú sabes que soy inocente de estas cosas, y ¿por qué moriría hoy a causa de una falsa acusación de manos de estos incircuncisos e impíos? ? " Dios abrió la boca del hijo de Zuleika, un bebé de sólo once meses, y habló a los hombres que golpeaban a José, diciendo: "¿Cuál es tu disputa con este hombre? ¿Por qué le infliges tanta maldad? Miente mi madre. hablar, y el engaño es lo que dice su boca. Esta es la verdadera historia de lo que sucedió ", y la niña procedió a contar todo lo que había pasado: cómo Zuleika había intentado primero persuadir a José para que actuara perversamente, y luego había intentado para obligarlo a hacer su voluntad. La gente escuchó con gran asombro. Pero el informe terminó, el niño no dijo una palabra, como antes.

Avergonzado por el discurso de su propio hijo pequeño, Potifar ordenó a sus alguaciles que dejaran de castigar a José, y el asunto fue llevado a la corte, donde los sacerdotes se sentaron como jueces. José protestó por su inocencia y relató todo lo que había sucedido de acuerdo con la verdad, pero Potifar repitió el relato que le había dado su esposa. Los jueces ordenaron traer la prenda de José que Zuleika tenía en su poder y examinaron el desgarró que tenía. Resultó estar en la parte delantera del manto, y llegaron a la conclusión de que Zuleika había intentado retenerlo y Joseph había frustrado su intento, contra quien ahora estaba presentando una acusación falsa. Decidieron que Joseph no había incurrido en la pena de muerte, pero lo condenaron a encarcelamiento porque era la causa de una mancha en el hermoso nombre de Zuleika ".

El mismo Potifar estaba convencido de la inocencia de José, y cuando lo echó a la cárcel, le dijo: "Sé que no eres culpable de un crimen tan vil, pero debo ponerte en espera, no sea que una mancha se adhiera a mis hijos. . "

JOSÉ EN PRISIÓN

Como castigo por haber calumniado a sus diez hermanos ante su padre, José tuvo que languidecer durante diez años en la prisión a la que a su vez lo condenaron las artimañas de los calumniadores. Pero, por otro lado, como había santificado el Nombre de Dios ante el mundo con su castidad y su constancia, fue recompensado. La letra ÉL, que aparece dos veces en el Nombre de Dios, se agregó a su nombre. Se le había llamado José, pero ahora también se le llamaba Jehoseph.

Aunque estaba encarcelado, José aún no estaba a salvo de las maquinaciones de su amante, cuya pasión por él no había disminuido de ninguna manera. En verdad, fue ella quien indujo a su esposo a cambiar su intención con respecto a José; ella lo instó a encarcelar al esclavo en lugar de matarlo, porque esperaba que, como prisionero, él pudiera ser más dócil a sus deseos. Ella le habló a su esposo, diciendo: "No destruyas tu propiedad. Echa al esclavo en la cárcel y mantenlo allí hasta que puedas venderlo y recibir el dinero que pagaste por él". Así tuvo la oportunidad de visitar a José en su celda y tratar de persuadirlo de que hiciera su voluntad. Ella decía: "Este y aquel ultraje he ejecutado contra ti, pero, mientras vives, haré otros ultrajes sobre ti si no me obedeces". Pero José respondió: "El Señor ejecuta juicio sobre los oprimidos".

Zuleika: "Llevaré las cosas tan lejos que todos los hombres te odiarán".

José: "El Señor ama a los justos".

Zuleika: "Te venderé a una tierra extraña".

José: "El Señor guarda a los extraños".

Entonces recurriría a las tentaciones para obtener su deseo. Prometería liberarlo de la prisión si él le concedía su deseo. Pero él decía: "Mejor es quedarse aquí que estar contigo y cometer una transgresión contra Dios". Estas visitas a Joseph en la cárcel Zuleika continuaron durante mucho tiempo, pero cuando, finalmente, vio que todas sus esperanzas eran vanas, lo dejó en paz.

Así como la amante persistía en su amor por José, su amo, su esposo, no podía separarse de su esclavo favorito. Aunque estaba prisionero, José continuó atendiendo las necesidades de Potifar y recibió permiso del guardián de la prisión para pasar parte de su tiempo en la casa de su amo. De muchas otras formas, el carcelero se mostró bondadoso con

José. Al ver el celo y la conciencia del joven en la ejecución de las tareas que se le imponían, y bajo el hechizo de su encantadora belleza, hizo que la vida en prisión fuera lo más fácil posible para su cargo. Incluso ordenó mejores platos para él que la tarifa común de la prisión, y consideró que era una precaución superflua vigilar a José, porque no veía nada malo en él, y observó que Dios estaba con él, en los días buenos y en los malos. Incluso lo nombró supervisor de la prisión y, como José ordenó, los demás prisioneros estaban obligados a hacer.

Durante mucho tiempo, la gente no habló de nada más que de la acusación que su ama levantaba contra José. Con el fin de desviar la atención del público de él, Dios ordenó que dos altos oficiales, el mayordomo y el panadero, ofendan a su señor, el rey de Egipto, y los pusieron en custodia en la casa del capitán de Egipto. el guardia. Ahora la gente dejó de hablar de José y solo habló del escándalo en la corte. Los cargos presentados a la puerta de los prisioneros nobles eran que habían intentado violentar a la hija del faraón y habían conspirado para envenenar al rey mismo. Además, se habían mostrado negligentes en su servicio. En el vino que el mayordomo le había entregado al rey para que bebiera, se había descubierto una mosca y el pan que el jefe de los panaderos había puesto sobre la mesa real contenía un guijarro. "A causa de todas estas transgresiones, fueron condenados a muerte por Faraón, pero por el bien de José, la providencia divina ordenó que el rey los detuviera en la cárcel antes de ordenar su ejecución. El Señor había encendido la ira del rey contra sus siervos solo para que el deseo de libertad de José pudiera ser cumplidos, porque eran los instrumentos de su liberación de la prisión, y aunque estaban condenados a muerte, sin embargo, en consideración del puesto exaltado que habían ocupado en la corte, el guardián de la prisión les otorgó privilegios, como, por ejemplo, un se designó a un hombre para que los atendiera, y el designado para ello fue José. 1]

El mayordomo y el panadero principal habían estado en prisión diez años, cuando soñaron un sueño, ambos, pero en cuanto a la interpretación, cada uno soñó solo el sueño del otro. Por la mañana, cuando José les trajo el agua para lavarse, los encontró tristes, deprimidos y, a la manera de los sabios, les preguntó por qué se veían diferentes ese día de otros días. Le dijeron: "Hemos tenido un sueño esta noche, y nuestros dos sueños se parecen en ciertos detalles, y no hay nadie que pueda interpretarlos". Y José les dijo: "Dios concede entendimiento al hombre para interpretar los sueños. Dímelo, te lo ruego". Fue como recompensa por atribuir grandeza y crédito a Aquel a quien le pertenece que José alcanzó más tarde su elevada posición.

El mayordomo procedió a contar su sueño: "En mi sueño, he aquí, una vid estaba delante de mí; y en la vid había tres sarmientos; y era como si hubiera reverdecido, y sus flores brotaban, y sus racimos brotaban. uvas maduras, y la copa de Faraón estaba en mi mano; y tomé las uvas, y las prensé en la copa de Faraón, y entregué la copa en la mano de Faraón ". El mayordomo principal no sabía que su sueño contenía una profecía sobre el futuro de Israel, pero José discernió el significado recóndito e interpretó el sueño así: Las tres ramas son los tres Padres, Abraham, Isaac y Jacob, cuyos descendientes en Egipto será redimido por tres líderes, Moisés, Aarón y Miriam; y la copa entregada en mano de Faraón es la copa de la ira que tendrá que drenar al final. Esta interpretación del sueño que José guardó para sí mismo, y no le dijo nada al mayordomo principal, pero en agradecimiento por las buenas nuevas de la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto, le dio una interpretación favorable de su sueño y le suplicó. para tenerlo en su recuerdo, cuando le conviene, y liberarlo del calabozo en el que estaba confinado.

Cuando el panadero jefe escuchó la interpretación del sueño del mayordomo, supo que José había adivinado su significado correctamente, porque en el suyo había visto la interpretación del sueño de su amigo, y procedió a decirle a José lo que había soñado en la noche: "Yo también estaba en mi sueño, y he aquí, tres cestas de pan blanco estaban sobre mi cabeza; y en la cesta superior había toda clase de embutidos para el Faraón; y los pájaros se los comieron del cesto sobre mi cabeza." También este sueño transmitía una profecía con respecto al futuro de Israel: Las tres cestas son los tres reinos a los que Israel estará sujeto, Babilonia, Media y Grecia; y la canasta superior indica el malvado gobierno de Roma, que se extenderá sobre todas las naciones del mundo, hasta que venga el pájaro, que es el Mesías, y aniquila a Roma. Una vez más, José mantuvo la profecía en secreto. Al panadero principal le dio solo la interpretación que se refería a su persona, pero era desfavorable para él, porque a través de su sueño, José había conocido el sufrimiento que Israel tendría que sufrir. Y todo sucedió, como José había dicho, al tercer día. El día en que les explicó el significado de sus sueños a los dos distinguidos prisioneros, le nació un hijo al faraón y para celebrar el feliz acontecimiento, el rey organizó una fiesta para sus príncipes y sirvientes que duraría ocho días. Los invitó a ellos y a todo el pueblo a su mesa, y los agasajó con real esplendor. La fiesta comenzó al tercer día después del nacimiento del niño, y en esa ocasión el mayordomo principal fue restaurado en honor a su mayordomía, y el principal panadero fue ahorcado, porque los consejeros del faraón habían descubierto que no era culpa del mayordomo. que la mosca había caído en el vino del rey, pero el panadero había sido culpable de descuido al permitir que la piedra se metiera en el pan. Asimismo,

parecía que el mayordomo no había participado en la conspiración para envenenar al rey, mientras que el panadero se reveló como uno de los conspiradores, y tuvo que expiar su crimen con su vida.

LOS SUEÑOS DEL FARAÓN

Hablando con propiedad, José debería haber salido libre de su mazmorra el mismo día que el mayordomo. Llevaba allí diez años para entonces y había enmendado la calumnia que había proferido contra sus diez hermanos. Sin embargo, permaneció en prisión dos años más. "Bienaventurado el hombre que confía en el Señor, y cuya esperanza es el Señor", pero José había puesto su confianza en carne y sangre. Le había pedido al mayordomo principal que lo recordara cuando le iría bien, y que lo mencionara al faraón, y el mayordomo olvidó su promesa, por lo que José tuvo que permanecer en la cárcel dos años más de los asignados originalmente. a él allí. El mayordomo no lo había olvidado intencionalmente, pero Dios ordenó que le fallara la memoria. Cuando se diría a sí mismo, si

así y así sucede, recordaré el caso de José, las condiciones que él había imaginado seguramente se revertirían, o si hacía un nudo como recordatorio, un ángel venía y lo deshacía, y José no entraba en su mente.

Pero "el Señor pone fin a las tinieblas", y la liberación de José no se retrasó ni un solo momento más allá del tiempo decretado para ella. Dios dijo: "Tú, oh mayordomo, te olvidaste de José, pero yo no", e hizo que el faraón tuviera un sueño que fue la ocasión para la liberación de José.

En su sueño, el faraón vio siete vacas, bien favorecidas y gordas, que subían del Nilo, y todas juntas pastaban pacíficamente al borde del río, en los años en que la mies es abundante, reina la amistad entre los hombres, y amor y armonía fraternal, y estas siete vacas gordas permanecieron durante siete años tan prósperos. Después de las vacas gordas, siete más salieron del río, mal favorecidas y flacas, y cada una estaba de espaldas a las demás, porque cuando prevalece la angustia, un hombre se aleja del otro. Por un breve espacio, el faraón se despertó, y cuando se volvió a dormir, tuvo un segundo sueño, sobre siete mazorcas de maíz buenas y buenas, y siete mazorcas delgadas y azotadas por el viento del este, los carros marchitos devorando las mazorcas llenas. . Se despertó de inmediato, y era de mañana, y los sueños soñados por la mañana son los que se hacen realidad.

Esta no era la primera vez que Faraón tenía estos sueños. Lo habían visitado todas las noches durante un período de dos años, y él los había olvidado invariablemente por la mañana. Era la primera vez que los recordaba, porque había llegado el día en que José saldría de su prisión. El corazón de Faraón latió violentamente cuando recordó sus sueños al despertar. Especialmente el segundo, sobre las mazorcas de maíz, lo

inquietaba. Reflexionó que todo lo que tiene boca puede comer y, por lo tanto, el sueño de las siete vacas flacas que se comieron las siete vacas gordas no le pareció extraño. Pero las mazorcas de maíz que se tragaban otras mazorcas de maíz turbaban su ánimo. Por tanto, llamó a todos los sabios de su tierra, quienes se esforzaron en vano por encontrar una interpretación satisfactoria. Explicaron que las siete vacas gordas significaban que le nacerían siete hijas a Faraón, y las siete vacas flacas, que enterraría a siete hijas; las mazorcas de maíz rancias significaban que Faraón conquistaría siete países, y las mazorcas arruinadas, que siete provincias se rebelarían contra él. Sobre las mazorcas de maíz no todos estaban de acuerdo. Algunos pensaron que los buenos oídos eran para el faraón que construiría siete ciudades, y los siete oídos secos indicaban que estas mismas ciudades serían destruidas al final de su reinado.

Sagaz como era, el faraón sabía que ninguna de estas explicaciones daba en el clavo. Emitió un decreto convocando a todos los intérpretes de sueños a comparecer ante él bajo pena de muerte, y ofreció grandes recompensas y distinciones a quien lograra encontrar el verdadero significado de sus sueños. En obediencia a su llamado, aparecieron todos los magos, los magos y los escribas sagrados que estaban en Mizraim, la ciudad de Egipto, así como los de Gosén, Ramsés, Zoán y todo el país de Egipto, y con ellos vinieron los príncipes, oficiales y siervos del rey de todas las ciudades del país.

A todos ellos el rey les narró sus sueños, pero ninguno pudo interpretarlos satisfactoriamente. Algunos decían que las siete vacas gordas eran los siete reyes legítimos que gobernarían sobre Egipto, y las siete vacas flacas presagiaban siete príncipes que se levantarían contra estos siete reyes y los exterminarían. Las siete buenas mazorcas de maíz eran los siete príncipes superiores de Egipto que se involucrarían en una guerra por su señor supremo, y serían derrotados por tantos príncipes insignificantes, que fueron presagiados por las siete malditas mazorcas.

Otra interpretación fue que las siete vacas gordas eran las siete ciudades fortificadas de Egipto, que en algún momento futuro caerían en manos de siete naciones cananeas, que fueron prefiguradas en las siete vacas flacas. Según esta interpretación, el segundo sueño complementó al primero. Significaba que los descendientes de Faraón recuperarían la autoridad soberana sobre Egipto en un período posterior y también someterían a las siete naciones cananeas.

Hubo una tercera interpretación, dada por algunos: Las siete vacas gordas son siete mujeres que el faraón tomaría por esposa, pero que morirían durante su vida, y su pérdida fue indicada por las siete vacas flacas. Además, el faraón tendría catorce hijos, y los siete fuertes serían

conquistados por los siete débiles, ya que las mazorcas de maíz arruinadas en su sueño se habían tragado las mazorcas de maíz rancias.

Y un cuarto: "Tendrás siete hijos, oh Faraón, estas son las siete vacas gordas. Estos hijos tuyos serán asesinados por los siete poderosos príncipes rebeldes. Pero luego vendrán siete príncipes menores, y matarán a los siete rebeldes. , venga a tu descendencia y devuelve el dominio a tu familia ".

El rey estaba tan poco complacido con estas interpretaciones como con las otras, que había escuchado antes, y en su ira ordenó que mataran a los magos, magos y escribas de Egipto, y los verdugos se prepararon para ejecutar a los magos. Decreto real.

Sin embargo, Mirod, el mayordomo principal del faraón, se asustó al ver que el rey estaba tan molesto por no haber logrado una interpretación de sus sueños que estuvo a punto de entregar el fantasma. Estaba alarmado por la muerte del rey, porque era dudoso que el sucesor del trono lo retendría en el cargo. Decidió hacer todo lo que estuviera en su mano para mantener vivo al faraón. Por lo tanto, se acercó a él y habló, diciendo: "Recuerdo dos faltas mías en este día, me mostré ingrato con José, en el sentido de que no presenté su petición ante ti, y también te vi angustiado por causa de tu sueño, sin que sepas que José puede interpretar sueños. Cuando el Señor Dios agradó a Faraón enojarse con sus siervos, el rey me puso en la cárcel en la casa del capitán de la guardia, yo y el panadero principal. Con nosotros estaba un joven sencillo, uno de la raza despreciada de los hebreos, esclavo del capitán de la guardia, y él nos interpretó nuestros sueños, y sucedió, como él nos interpretó, así fue. Por tanto, oh rey, detén la mano de los verdugos, que no ejecuten a los egipcios. El esclavo del que hablo todavía está en el calabozo, y si el rey consiente en llamarlo aquí, seguramente interpretará tus sueños ".

JOSÉ ANTE EL FARAÓN

"Malditos son los impíos que nunca hacen una obra del todo buena". El mayordomo principal describió a José con desdén como un "esclavo" para que le fuera imposible ocupar un lugar distinguido en la corte, porque era una ley en los estatutos de Egipto que un esclavo nunca podría sentarse en el trono como rey. ni siquiera puso el pie en el estribo de un caballo.

Faraón revocó el edicto de muerte que había emitido contra los sabios de Egipto, y envió y llamó a José. Él imprimió cuidado a sus mensajeros, no debían excitar y confundir a José, y hacerlo incapaz de interpretar correctamente el sueño del rey. Lo sacaron apresuradamente del calabozo, pero primero José, por respeto al rey, se afeitó y se vistió con ropa limpia que un ángel le trajo del Paraíso, y luego fue a ver al faraón.

El rey estaba sentado en el trono real, vestido con ropas principescas, vestido con un efod de oro sobre su pecho, y el oro fino del efod brillaba, y el carbunco, el rubí y la esmeralda ardían como una antorcha, y todos las piedras preciosas colocadas sobre la cabeza del rey resplandecían como un fuego ardiente, y José estaba muy asombrado por la aparición del rey. El trono en el que estaba sentado estaba cubierto de oro y plata y con piedras de ónice, y tenía setenta escalones. Si un príncipe u otra persona distinguida venía a tener una audiencia con el rey, era costumbre que él avanzara y subiera al trigésimo primer escalón del trono, y el rey bajaba treinta y seis escalones y le hablaba. Pero si uno del pueblo llegaba a hablar con el rey, sólo subía al tercer escalón, y el rey bajaba cuatro escalones de su asiento y se dirigía a él desde allí. También era costumbre que alguien que conocía los setenta idiomas subiera los setenta escalones del trono hasta la cima, pero si un hombre sabía solo algunos de los setenta idiomas, se le permitía ascender tantos escalones como idiomas supiera, ya sea eran muchos o pocos. Y otra costumbre de los egipcios era que nadie podía reinar sobre ellos a menos que dominara los setenta idiomas.

Cuando José llegó ante el rey, se postró en tierra y subió al tercer escalón, mientras que el rey se sentó en el cuarto desde lo alto y habló con José, diciendo: "Joven, mi siervo da testimonio acerca de a ti, que eres la mejor y más perspicaz persona con la que puedo consultar. Te ruego que me concedas los mismos favores que le diste a este sirviente mío, y dime qué eventos son los que las visiones de mis sueños presagian. . No deseo que reprimas nada por miedo, ni me adularás con palabras mentirosas, o con palabras que me agraden. Dime la verdad, aunque sea triste y alarmante ".

José preguntó primero al rey de dónde sabía que la interpretación dada por los sabios de su país no era cierta, y Faraón respondió: "Vi el sueño y su interpretación juntos, y por lo tanto no pueden burlarse de mí". En su modestia, José negó que fuera un experto en interpretar sueños. Él dijo: "No está en mí; está en la mano de Dios, y si es el deseo de Dios, Él me permitirá anunciar la paz al Faraón". Y por tal modestia fue recompensado con la soberanía sobre Egipto, porque el Señor honra a los que lo honran. Así también fue recompensado Daniel por su discurso a Nabucodonosor:

"Hay un Dios en el cielo que revela secretos, pero en cuanto a mí, este secreto no me es revelado por ninguna sabiduría que tenga más que por cualquier ser viviente, sino para que la interpretación se dé a conocer al rey, y para que conozcas los pensamientos de tu corazón ".

Entonces el faraón comenzó a contar su sueño, solo que omitió algunos puntos y narró otros de manera inexacta para poder poner a prueba los cacareantes poderes de José. Pero el joven lo corrigió y reconstruyó los

sueños exactamente como habían visitado al Faraón por la noche, y el rey quedó muy asombrado. José pudo lograr esta hazaña, porque había tenido el mismo sueño que el Faraón, al mismo tiempo que él. Entonces el faraón volvió a contar sus sueños, con todos los detalles y circunstancias, y precisamente como los había visto mientras dormía, excepto que omitió la palabra Nilo en la descripción de las siete vacas flacas, porque este río era adorado por los egipcios, y dudó en decir que algo malo había venido de su dios.

Ahora José procedió a darle al rey la verdadera interpretación de los dos sueños. Ambos fueron una revelación sobre los siete buenos años inminentes y los siete años de hambre que les seguirían. En realidad, había sido el propósito de Dios traer una hambruna de cuarenta y dos años de duración sobre Egipto, pero solo dos años de este período angustioso fueron infligidos a la tierra, por el bien de la bendición de Jacob cuando llegó a Egipto. Egipto en el segundo año de la hambruna. Los otros cuarenta años cayeron sobre la tierra en tiempos del profeta Ezequiel.

José hizo más que simplemente interpretar los sueños. Cuando el rey expresó sus dudas sobre la interpretación, le dijo señales y señales. Él dijo: "Sea esto una señal para ti de que mis palabras son verdaderas, y mi consejo es excelente: tu esposa, que está sentada en el taburete en este momento, dará a luz un hijo, y te regocijarás por él, pero en medio de tu gozo te llegarán las tristes nuevas de la muerte de tu hijo mayor, que te nació hace tan sólo dos años, y debes encontrar consuelo por la pérdida de uno en el nacimiento del otro. "

Apenas José se había retirado de la presencia del rey, cuando el informe del nacimiento de un hijo fue presentado al faraón, y poco después también el informe de la muerte de su primogénito, que de repente se había caído al suelo y había fallecido. . Entonces mandó llamar a todos los grandes de su reino y a todos sus sirvientes, y les habló diciendo: "Habéis oído las palabras del hebreo, y habéis visto que se cumplían las señales que él predijo, y yo también Sepa que ha interpretado el sueño con verdad. Avíseme ahora cómo se puede salvar la tierra de los estragos del hambre. Mire aquí y allá si puede encontrar un hombre de sabiduría y entendimiento, a quien pueda poner sobre la tierra, porque yo Estoy convencido de que la tierra sólo puede salvarse si prestamos atención al consejo de los hebreos ". Los grandes y los príncipes admitieron que la seguridad sólo podía garantizarse siguiendo los consejos dados por José, y propusieron que el rey, en su sagacidad, eligiera a un hombre a quien considerara apto para la gran tarea. Entonces el faraón dijo: "Si atravesáramos y escudriñáramos la tierra de un extremo a otro, no podríamos encontrar a nadie como José, un hombre en quien está el espíritu

de Dios. Si lo piensan bien, lo pondré sobre la tierra que él ha salvado con su sabiduría ".

Los astrólogos, que eran sus consejeros, objetaron, diciendo: "¿Un esclavo, a quien su dueño actual ha adquirido por veinte piezas de plata, propones poner sobre nosotros como amo?" Pero el faraón sostuvo que José no solo era un hombre nacido libre más allá de toda duda, sino también el vástago de una familia noble. Sin embargo, los príncipes de Faraón no fueron silenciados, continuaron expresando su oposición a José, diciendo: "¿No te acuerdas de la ley inmutable de los egipcios, que nadie puede servir como rey o virrey a menos que hable todos los idiomas? ¿Y este hebreo no conoce más que su propia lengua, y cómo es posible que un hombre que no puede ni hablar la lengua de nuestra tierra nos gobierne? Envía y haz que lo traigan aquí, y examínalo con respecto a todas las cosas que un gobernante debe saber y tener, y luego decidir lo que parezca prudente a tus ojos ".

El faraón cedió, prometió hacer lo que quisieran, y fijó el día siguiente como el momento para examinar a José, que había regresado a su prisión mientras tanto, porque, a causa de su esposa, su amo temía que se quedara en él. su casa. Durante la noche, Gabriel se apareció a José y le enseñó los setenta idiomas, y los adquirió rápidamente después de que el ángel cambió su nombre de José a Jehoseph. A la mañana siguiente, cuando llegó a la presencia del faraón y los nobles del reino, ya que conocía cada uno de los setenta idiomas, subió todos los escalones del trono real, hasta llegar al septuagésimo, el más alto, sobre el que estaba sentado el rey, y Faraón y sus príncipes se regocijaron de que José cumpliera con todos los requisitos necesarios para uno que iba a gobernar Egipto.

El rey dijo a José: "Tú me diste el consejo de buscar a un hombre prudente y sabio, y ponerlo sobre la tierra de Egipto, para que en su sabiduría pueda salvar la tierra del hambre. Como Dios te ha mostrado todo esto, y como eres dueño de todos los idiomas del mundo, no hay nadie tan discreto y sabio como tú. Por tanto, serás el segundo en la tierra después de Faraón, y según tu palabra todo mi pueblo entrará e irá fuera; mis príncipes y mis siervos recibirán de ti su vestimenta mensual; delante de ti se postrará el pueblo, sólo en el trono seré yo más grande que tú ".

EL GOBERNANTE DE EGIPTO

José recogió la mies de sus virtudes y, según la medida de sus méritos, Dios le concedió la recompensa. La boca que rechazó el beso de la pasión ilícita y el pecado recibió el beso del homenaje del pueblo; el cuello que no se inclinó ante el pecado estaba adornado con el collar de oro que Faraón le puso; las manos que no tocaron el pecado llevaban el anillo de sello que Faraón tomó de su propia mano y puso sobre la de José; el cuerpo que no

entró en contacto con el pecado estaba vestido con vestiduras de byssus; los pies que no daban ningún paso en dirección al pecado reposaban en el carro real, y los pensamientos que se mantenían inmaculados por el pecado fueron proclamados como sabiduría.

José fue instalado en su alto cargo y investido con la insignia de su cargo, con solemne ceremonia. El rey se quitó el anillo de sello de su mano y lo puso sobre la mano de José, y lo vistió con ropas principescas, le puso una corona de oro en la cabeza y le puso un collar de oro al cuello. Luego ordenó a sus siervos que hicieran montar a José en su segundo carro, que iba al costado del carro en el que estaba sentado el rey, y también lo hizo montar en un caballo grande y fuerte de los caballos del rey, y sus siervos condujeron él por las calles de la ciudad de Egipto. Músicos, nada menos que mil platillos que tocan y mil flautas que tocan, y cinco mil hombres con espadas desenvainadas relucientes en el aire formaban la vanguardia. Veinte mil de los grandes del rey ceñidos con cinturones de cuero bordados en oro marcharon a la derecha de José, y otros tantos a la izquierda de él. Las mujeres y las doncellas de la nobleza miraron por las ventanas para contemplar la belleza de José, y derramaron sobre él cadenas, anillos y joyas para que pudiera dirigir sus ojos hacia ellas. Sin embargo, no miró hacia arriba y, como recompensa, Dios lo puso a prueba contra el mal de ojo, que nunca ha tenido el poder de infligir daño a ninguno de sus descendientes. Los siervos del rey, que lo precedían y lo seguían, quemaban incienso en su camino, casia y toda clase de especias aromáticas, y esparcían mirra y áloe dondequiera que iba. Veinte heraldos caminaron delante de él, y proclamaron: "Este es el hombre que el rey ha elegido para ser el segundo después de él. Todos los asuntos de estado serán administrados por él, y cualquiera que se resista a sus órdenes o se niegue a inclinarse ante él. el suelo delante de él, morirá la muerte del rebelde contra el rey y el diputado del rey ".

Sin demora, el pueblo se postró y gritó: "¡Viva el rey, y viva el diputado del rey!" Y José, mirando desde su caballo a la gente y su júbilo, exclamó, sus ojos dirigidos hacia el cielo: "El Señor levanta del polvo al pobre, y al menesteroso levanta del muladar. Oh Señor de los ejércitos, bendito es el hombre que en ti confía ".

Después de que José, acompañado por los oficiales y príncipes de Faraón, viajó por toda la ciudad de Egipto y vio todo lo que había allí, regresó al rey en el mismo día, y el rey le dio campos y viñedos como regalo, y también tres mil talentos de plata, mil talentos de oro, piedras de ónice, bedelio y muchas otras cosas costosas. El rey ordenó, además, que cada egipcio le diera un regalo a José, de lo contrario sería ejecutado. Se erigió una plataforma en la calle abierta, y allí todos depositaron sus regalos, y

entre las cosas había muchos de oro y plata, así como piedras preciosas, que el pueblo y también los grandes llevaron allí, porque vieron que José disfrutaba del favor del rey. Además, José recibió cien esclavos del faraón, y ellos debían cumplir con todas sus órdenes, y él mismo adquirió muchos más, porque residía en un espacioso palacio. Tres años se necesitaron para construirlo. Se prodigó una magnificencia especial al salón del estado, que era su sala de audiencias, y al trono formado de oro y plata e incrustado de piedras preciosas, en el que había una representación de toda la tierra de Egipto y del río Nilo. Y así como José se multiplicó en riquezas, también aumentó en sabiduría, porque Dios añadió a su sabiduría para que todos lo amaran y lo honraran. Faraón lo llamó Zaphenath-paneah, el que puede revelar cosas secretas con facilidad, y con ello alegra el corazón del hombre. Cada letra del nombre Zaphenath-paneah también tiene un significado. El primero, Zafde, significa Zofeh, vidente; Pe por Pofeh, redentor; Monja de Nabi, profeta; Taw para Tomek, seguidor; Pe de Poter, intérprete de sueños; Ain for Arum, inteligente; Monja de Nabón, discreta; y Het para Hakam, sabio.

El nombre de la esposa de José señaló su historia de la misma manera. Asenath era la hija de Dina y Hamor, pero fue abandonada en las fronteras de Egipto, solo para que la gente pudiera saber quién era. Jacob grabó la historia de su parentesco y su nacimiento en una placa de oro sujeta alrededor de su cuello. El día en que Asenath fue expuesta, Potifar fue caminando con sus sirvientes cerca de la muralla de la ciudad, y escucharon la voz de un niño. A pedido del capitán, le llevaron a la bebé, y cuando leyó su historia en la placa de oro, decidió adoptarla. La llevó a casa con él y la crió como su hija. El Alef en Asenath significa On, donde Potifar era sacerdote; el Samek para Setirah, Oculto, porque se mantuvo oculta debido a su extraordinaria belleza; la monja de Nohemet, porque lloró y suplicó que la liberaran de la casa de los paganos Potifar; y el Taw para Tammah, el perfecto, debido a sus obras piadosas y perfectas.

Asenath le había salvado la vida a Joseph cuando todavía era un bebé en brazos. Cuando José fue acusado de conducta inmoral por la esposa de Potifar y las otras mujeres, y su amo estaba a punto de hacer que lo ahorcaran, Asenath se acercó a su padre adoptivo y ella le aseguró bajo juramento que la acusación contra José era falsa. Entonces dijo Dios: "Vives, porque trataste de defender a José, serás la mujer que dará a luz a las tribus que él está designado para engendrar.

Asenath le dio dos hijos, Manasés y Efraín, durante los siete años de abundancia, porque en tiempos de hambre, José se abstuvo de toda complacencia en los placeres de la vida. Fueron criados en castidad y temor de Dios por su padre, y fueron sabios y bien instruidos en todos los

conocimientos y en los asuntos del estado, de modo que se convirtieron en los favoritos de la corte y fueron educados con los príncipes reales.

Antes de que la hambruna estallara en la tierra, José encontró la oportunidad de prestar un gran servicio al rey. Él equipó a un ejército de cuatro mil seiscientos hombres, proporcionando a todos los soldados escudos y lanzas y escudos y cascos y hondas. Con este ejército, y ayudado por los sirvientes y oficiales del rey, y por el pueblo de Egipto, llevó a cabo una guerra con Tarsis en el primer año después de su nombramiento como virrey. El pueblo de Tarsis había invadido el territorio de los ismaelitas, y estos últimos, pocos en número en ese momento, estaban muy presionados y solicitaron ayuda al rey de Egipto contra sus enemigos. A la cabeza de su hueste de héroes, José marchó a la tierra de Havilah, donde se unieron los ismaelitas, y con fuerzas unidas lucharon contra el pueblo de Tarsis, los derrotaron por completo, establecieron su tierra con los ismaelitas, mientras que los los hombres derrotados se refugiaron con sus hermanos en Javán. José y su ejército regresaron a Egipto, y ni un solo hombre habían perdido.

Al poco tiempo se confirmó la profecía de José: ese año y los seis años siguientes fueron años de abundancia, como él lo había predicho. La cosecha fue tan abundante que una sola espiga produjo dos montones de grano, y José hizo arreglos prudentes para proveer abundantemente para los años de hambre. Recogió todo el grano, y en la ciudad situada en el medio de cada distrito, almacenó el producto de los alrededores, y esparció cenizas y tierra sobre el alimento cosechado del mismo suelo en el que se había cultivado; también conservó el grano en la espiga; todas estas son precauciones tomadas para protegerse contra la pudrición y el moho. Los habitantes de Egipto también trataron, por su propia cuenta, de apartar una porción de la cosecha sobreabundante de los siete años fructíferos para la necesidad del futuro, pero cuando llegó el momento de la penosa escasez, fueron a sus almacenes para traer. Sacó el granopreciado; he aquí, se había podrido y se había vuelto inservible para la comida. La hambruna se apoderó de la gente con tal rapidez que el pan se les acabó inesperadamente mientras se sentaban a sus mesas, no tenían ni un bocado de pan de salvado.

Por lo tanto, se vieron impulsados a acudir a José y pedirle ayuda, y él los amonestó diciendo: "Dejad vuestra lealtad a vuestros ídolos engañosos y di: Bienaventurado el que da pan a toda carne". Pero ellos se negaron a negar a sus dioses mentirosos, y se entregaron al Faraón, solo para que él les dijera: "¡Ve a José; haz lo que él te diga!" Por esto, el faraón fue recompensado. Dios le concedió una larga vida y un largo reinado, hasta que se volvió arrogante y le sobrevino un merecido castigo.

Cuando los egipcios se acercaron a José con la petición de pan, él habló y dijo: "No doy de comer a los incircuncisos. Vayan de aquí, circuncidan, y luego vuelvan acá". Entraron en la presencia de Faraón y se quejaron con él acerca de José, pero él dijo como antes: "¡Ve a José!" Y ellos respondieron: "Venimos de José, y él nos ha hablado ásperamente, diciendo: ¡Id de aquí y circuncidaos! Os advertimos al principio que él es hebreo y que nos trataría de esa manera". Faraón les dijo: "¡Oh, necios! ¿No profetizó él por medio del espíritu santo y proclamó a todo el mundo que vendrían siete años de abundancia, seguidos de siete años de escasez? uno o dos años contra el día de su necesidad? "

Llorando, respondieron: "El grano que dejamos a un lado durante los años buenos se ha podrido".

Faraón: "¿No tenéis nada de la harina de ayer?"

Los egipcios: "¡Hasta el pan de la canasta se pudrió!" Faraón: "¿Por qué?"

Los egipcios: "¡Porque José quiso así!"

Faraón: "Oh insensatos, si su palabra tiene poder sobre el grano y lo hace pudrirse cuando él quiere que se pudra, entonces también debemos morir, si así lo desea con nosotros. Por tanto, vayan a él y hagan como él te pide ".

LOS HERMANOS DE JOSÉ EN EGIPTO

La hambruna, que primero infligió penurias a los ricos entre los egipcios, extendió gradualmente sus estragos hasta Fenicia, Arabia y Palestina. Aunque los hijos de Jacob, siendo jóvenes, frecuentaban las calles y las carreteras, ignoraban lo que sabía su viejo padre Jacob, que el maíz se podía conseguir en Egipto. Jacob incluso sospechó que José estaba en Egipto. Su espíritu profético, que lo abandonó durante el tiempo de su dolor por su hijo, sin embargo, se manifestaba de vez en cuando en visiones oscuras, y estaba decidido a enviar a sus hijos a Egipto. Había otra razón. Aunque todavía no estaba necesitado, sin embargo, hizo que fueran allí para comer, porque no quería despertar la envidia de los hijos de Esaú e Ismael por su cómodo estado. Por la misma razón, para evitar fricciones con los pueblos circundantes, ordenó a sus hijos que no aparecieran en público con pan en la mano ni con los pertrechos de guerra. Y como sabía que probablemente llamarían la atención, debido a su estatura heroica y su hermosa apariencia, les advirtió que no fueran a la ciudad todos juntos por la misma puerta o, de hecho, se mostraran todos juntos en cualquier lugar en público, que no se les ponga mal de ojo.

La hambruna en Canaán inspiró a José con la esperanza de ver a sus hermanos. Para asegurarse de su llegada, emitió un decreto relativo a la compra de trigo en Egipto, como sigue: "Por orden del rey y su diputado, y

los príncipes del reino, se promulgó que el que desee comprar grano en Egipto no puede enviar a su esclavo aquí para que cumpla sus órdenes, pero debe encargarlo a sus propios hijos. Un egipcio o un cananeo que haya comprado grano y luego lo vuelva a vender, será condenado a muerte, porque nadie podrá comprar más de lo que necesita. las necesidades de su casa. Además, el que venga con dos o tres bestias de carga y las cargue de trigo, morirá " .

A las puertas de la ciudad de Egipto, José colocó guardias, cuya oficina era investigar y anotar el nombre de todos los que debían venir a comprar maíz, y también el nombre de su padre y su abuelo, y todas las noches la lista de nombres. así hecho fue entregado a José. Estas precauciones debían llevar a los hermanos de José a Egipto y también informarlo de su llegada tan pronto como entraran a la tierra.

En su viaje, sus hermanos pensaban más en José que en su misión. Se dijeron unos a otros: "Sabemos que José fue llevado a Egipto, y lo buscaremos allí, y si lo encontramos, lo rescataremos de su amo, y si su amo se niega a venderlo". , usaremos la fuerza, aunque perezcamos nosotros mismos " .

A las puertas de la ciudad de Egipto, se preguntó a los hermanos de José cuáles eran sus nombres y los nombres de su padre y abuelo. El guardia de turno resultó ser Manasés, el hijo de José. Los hermanos se sometieron a ser interrogados, diciendo: "Vayamos al pueblo, y veremos si esta baja de nuestros nombres es una cuestión de impuestos. Si es así, no pondremos reparos; pero si es otra cosa, mañana veremos qué se puede hacer en el caso " .

La tarde del día en que entraron en Egipto, José descubrió sus nombres en la lista, que tenía la costumbre de examinar a diario, y ordenó que se cerraran todas las estaciones de venta de maíz, excepto una. Además, incluso en esta estación no se negociarían ventas a menos que primero se obtuviera el nombre del posible comprador. Sus hermanos, con cuyos nombres José proporcionó el superintendente del lugar, serían apresados y llevados ante él tan pronto como aparecieran.

Pero el primer pensamiento de los hermanos fue que José, y su primera preocupación, buscarlo. Durante tres días lo buscaron por todas partes, incluso en los barrios más deshonestos de la ciudad. Mientras tanto, José estaba en comunicación con el supervisor de la estación que se mantenía abierta para la venta de maíz y, al enterarse de que sus hermanos no habían aparecido allí, envió a algunos de sus sirvientes a buscarlos, pero no los encontraron ni en Mizraim, ni en ciudad de Egipto, ni en Gosén, ni en Ramsés. Entonces envió a dieciséis sirvientes a buscarlos casa por casa en

la ciudad, y encontraron a los hermanos de José en un lugar de mala fama y los llevaron ante su amo.

JOSÉ SE ENCUENTRA CON SUS HERMANOS

Una gran corona de oro en su cabeza, vestido de biso y púrpura, y rodeado por sus valientes hombres, José estaba sentado en su trono en su palacio. Sus hermanos se postraron ante él con gran admiración por su belleza, su majestuosa apariencia y su majestad. No lo conocían, porque cuando José fue vendido como esclavo, era un joven imberbe. Pero él conocía a sus hermanos, su apariencia no había cambiado en nada, porque eran hombres barbudos cuando se separó de ellos.

Estaba inclinado a darse a conocer a ellos como su hermano, pero se le apareció un ángel, el mismo que lo había traído de Siquem a sus hermanos en Dotán, y habló, diciendo: "Estos han venido aquí con la intención de matarte". Más tarde, cuando los hermanos regresaron a casa y contaron sus aventuras a Jacob, le dijeron que un hombre los había acusado falsamente ante el gobernante de Egipto, sin saber que el que incitó a José contra ellos era un ángel. Fue en referencia a este asunto, y refiriéndose a su acusador, que Jacob, cuando envió a sus hijos en su segunda expedición a Egipto, oró a Dios: "Dios Todopoderoso te conceda misericordia ante el hombre".

José se extrañó de sus hermanos, tomó su copa en la mano, golpeó contra ella y dijo: "Por esta copa mágica sé que sois espías". Ellos respondieron: "Tus siervos vinieron de Canaán a Egipto para comprar maíz".

José: "Si es verdad que vinieron aquí para comprar maíz, ¿por qué cada uno de ustedes entró en la ciudad por una puerta separada?"

Los hermanos: "TODOS somos hijos de un hombre en la tierra de Canaán, y él nos ordenó no entrar juntos en una ciudad por la misma puerta, para que no atraigamos la atención de la gente del lugar". Inconscientemente habían hablado como videntes, porque la palabra TODOS incluía a José como uno de ellos.

José: "¡En verdad, sois espías! Toda la gente que viene a comprar maíz regresa a casa sin demora, pero os habéis quedado aquí tres días, sin hacer ninguna compra, y todo el tiempo habéis estado deambulando por las zonas de mala reputación. ciudad, y sólo los espías suelen hacer esto".

Los hermanos: "Tus siervos somos doce hermanos, los hijos de Jacob, el hijo de Isaac, el hijo del hebreo Abraham. El menor está hoy con nuestro padre en Canaán, y uno ha desaparecido. A él lo buscamos en esta tierra, y lo buscamos hasta en las casas de mala reputación".

José: "¿Habéis buscado en todos los demás lugares de la tierra, y era Egipto la única tierra que quedaba? Y si es cierto que está en Egipto, ¿qué debería estar haciendo un hermano tuyo en una casa de mala fama? de hecho, ¿sois descendientes de Abraham, Isaac y Jacob? "

Los hermanos: "Oímos que algunos ismaelitas robaron a nuestro hermano y lo vendieron como esclavo en Egipto, y como nuestro hermano era sumamente hermoso en apariencia y rostro, pensamos que podría haber sido vendido para usos ilícitos, y por lo tanto registramos hasta las casas de mala reputación para encontrarlo ".

José: "Ustedes hablan palabras engañosas cuando se llaman a sí mismos hijos de Abraham. Por la vida de Faraón, ustedes son espías, y fueron de una casa de mala reputación a otra para que nadie los descubriera".

La expresión "por la vida de Faraón" podría haber traicionado el verdadero sentimiento de José hacia sus hermanos, si hubieran conocido su hábito de prestar este juramento solo cuando tenía la intención de evitar cumplir su palabra más tarde.

José continuó hablando con sus hermanos: "Supongamos que descubren a su hermano sirviendo como esclavo, y su amo debe exigir una suma alta por su rescate, ¿lo pagarían?"

Los hermanos: "¡Sí!"

José: "Pero supongamos que su amo se negara a entregarlo por cualquier precio en el mundo, ¿qué harías tú?"

Los hermanos: "Si no nos entrega a nuestro hermano, mataremos al maestro y nos llevaremos a nuestro hermano".

José: "Ahora vean cuán verdaderas fueron mis palabras, que ustedes son espías. Por su propia admisión han venido a matar a los habitantes de la tierra. El informe nos ha dicho que dos de ustedes masacraron a la gente de Siquem a causa del mal hecho a tu hermana, y ahora has descendido a Egipto para matar a los egipcios por causa de tu hermano. Solo estaré convencido de tu inocencia si consientes en enviar a uno de los tuyos a casa y traer a tu hermano menor aquí ".

Sus hermanos se negaron a obedecer, y José hizo que setenta de sus valientes los metiera en la cárcel, y allí permanecieron tres días. Dios nunca permite que los piadosos languidezcan en la angustia más de tres días, por lo que fue una dispensación divina que los hermanos de José fueran liberados al tercer día, y José les permitió regresar a casa, con la condición, sin embargo, de que uno de los ellos permanecen como rehenes.

La diferencia entre José y sus hermanos se puede ver aquí. Aunque retuvo a uno de ellos para que fuera encadenado en la prisión, todavía dijo: "Temo a Dios", y despidió a los demás, pero cuando estuvo en su poder, no pensaron en Dios. En este momento, sin duda, su conducta era la que conviene a los piadosos, que aceptan su destino con tranquila resignación y reconocen la justicia de Dios, porque Él da recompensa y castigo medida por medida. Reconocieron que su castigo actual era a cambio del trato despiadado que le habían dado a José, sin prestar atención a su angustia, aunque cayó a los pies de cada uno de ellos, llorando y suplicándoles que no lo vendieran como esclavo. Rubén les recordó a los demás que tenían dos agravios que expiar, el agravio contra su hermano y el agravio contra su padre, quien estaba tan afligido que exclamó: "Voy a bajar a la tumba a mi hijo en duelo".

Los hermanos de José no sabían que el virrey de Egipto entendía hebreo y podía seguir sus palabras, porque Manasés estaba de pie y era un intérprete entre ellos y él.

José decidió mantener a Simón como rehén en Egipto, porque él había sido uno de los dos - Leví era el otro - para aconsejar que José fuera ejecutado, y solo la intercesión de Rubén y Judá lo había salvado. No detuvo a Leví también, porque temía que, si ambos permanecían juntos, Egipto podría sufrir el mismo destino en sus manos que la ciudad de Siquem. Además, prefería a Simón a Leví, porque Simón no era un favorito entre los hijos de Jacob, y ellos no resistirían su detención en Egipto con demasiada violencia, mientras que podrían aniquilar a Egipto, como antes Siquem, si fueran privados de Leví, su sabio y sumo sacerdote. Además, era Simón quien había hecho bajar a José al abismo, por lo que le tenía un especial rencor.

Cuando los hermanos cedieron a la demanda de José y consintieron en dejar a su hermano como rehén, Simón les dijo: "¿Queréis hacer conmigo lo que hicisteis con José!" Pero ellos respondieron, desesperados: "¿Qué podemos hacer? Nuestros hogares morirán de hambre". Simón respondió: "Haz lo que quieras, pero en cuanto a mí, déjame ver al hombre que se aventurará a echarme en la cárcel". José envió un mensaje a Faraón para que le permitiera tener a setenta de sus valientes, para ayudarlo a arrestar a los ladrones. Pero cuando los setenta aparecieron en la escena y estaban a punto de poner las manos sobre Simón, lanzó un fuerte grito y sus asaltantes cayeron al suelo y les arrancaron los dientes. Los valientes de Faraón, así como toda la gente que estaba alrededor de José, huyeron asustados, solo José y su hijo Manasés permanecieron tranquilos e impassible. Manasés se levantó, le asestó un golpe a Simón en la nuca, le puso esposas en las manos y grilletas en los pies y lo echó en la cárcel. Los

hermanos de José estaban muy asombrados por la heroica fuerza del joven, y Simón dijo: "Este golpe no lo dio un egipcio, sino uno que pertenece a nuestra casa".

Fue atado y llevado a la cárcel ante los ojos de los otros hermanos de José, pero tan pronto como se perdieron de vista, José ordenó que le pusieran buena comida y lo trató con gran amabilidad.

José permitió que sus otros nueve hermanos se fueran, llevando maíz con ellos en abundancia, pero les inculcó que seguramente debían regresar y traer a su hermano menor con ellos. En el camino, Levi, que se sentía solo sin su constante compañero Simón, abrió su saco y vio el dinero que había pagado por el maíz. Todos temblaron, y sus corazones desfallecieron, y dijeron: "¿Dónde, pues, está la misericordia de Dios para con nuestros padres Abraham, Isaac y Jacob, viendo que nos ha entregado en manos del rey egipcio, que él puede levantar acusaciones falsas contra nosotros?" Y Judá dijo: "En verdad, somos culpables acerca de nuestro hermano, hemos pecado contra Dios, en cuanto vendimos a nuestro hermano, nuestra propia carne, y ¿por qué preguntáis: ¿Dónde, pues, está la misericordia de Dios para con nuestros padres?"

Rubén habló de la misma manera: "¿No os hablé yo, diciendo: No pequéis contra el niño, y no oiréis? Y ahora el Señor nos lo pide. ¿Cómo puedes decir: ¿Dónde, pues, está la misericordia de Dios para con nuestros padres, aunque habéis pecado contra él?"

Continuaron su viaje a casa y su padre los encontró en el camino. Jacob se asombró de no ver a Simón con ellos y, en respuesta a sus preguntas, le contaron todo lo que les había sucedido en Egipto. Entonces Jacob gritó: "¿Qué habéis hecho? Os envié a José para ver si os iba bien, y dijisteis: Una bestia maligna lo devoró. Salió con vosotros Simón a comprar trigo, y decís: El rey de Egipto lo ha echado en la cárcel. Y ahora llevarás a Benjamín y lo matarás también. Harás descender mis canas con dolor al sepulcro".

Las palabras de Jacob, que pronunció, "Me habéis privado de mis hijos", tenían la intención de insinuar a sus hijos que sospechaba de la muerte de José y de la desaparición de Simón, y sus informes sobre ambos que él consideraba como invenciones. Lo que lo hacía inconsolable era que ahora, habiendo perdido a dos de sus hijos, no podía esperar ver cumplida la promesa divina de ser el antepasado de doce tribus. Por lo tanto, estaba muy resuelto en su mente a no permitir que Benjamín se fuera con sus hermanos bajo ninguna condición, y no concedió a Rubén ninguna respuesta cuando dijo: "Mata a mis dos hijos, si no te lo traigo". Consideraba que estaba por debajo de su dignidad dar una

respuesta a semejante tontería. "Mi primogénito", se dijo a sí mismo, "es un tonto. ¿De qué me beneficiará si mato a sus dos hijos? ¿No sabe él que sus hijos son igualmente míos?" Judá aconsejó a sus hermanos que desistieran de instar a su padre en ese momento; él consentiría, pensó, en cualquier expediente que se considerara necesario, tan pronto como el pan se acabara, y un segundo viaje a Egipto se hizo imperativo.

EL SEGUNDO VIAJE A EGIPTO

Cuando se consumieron las provisiones compradas en Egipto, y la familia de Jacob comenzó a sufrir de hambre, los niños pequeños se le acercaron y le dijeron: "Danos pan, para que no muramos de hambre delante de ti". Las palabras de los pequeños hicieron que las lágrimas ardieran en los ojos de Jacob, y llamó a sus hijos y les ordenó que volvieran a Egipto y compraran comida. Pero Judá le dijo: "El hombre nos protestó solemnemente, diciendo que no veríamos su rostro, a menos que nuestro hermano Benjamín estuviera con nosotros, y no pudiéramos presentarnos ante él con pretextos vanos". Y Jacob dijo: "¿Por qué me trataste tan mal como para decirle al hombre si aún tenías un hermano?" Fue la primera y única vez que Jacob se entregó a una charla vacía, y Dios dijo: "Me propuse elevar a su hijo a la posición de gobernante de Egipto, y él se queja y dice: ¿Por qué me trataste tan mal? ? " Y Judá protestó contra el reproche de que él había iniciado al virrey egipcio en sus relaciones familiares, con las palabras: "¡Vaya, él conocía la madera misma de la que están hechos nuestros carruajes para bebés! Padre", continuó, "si Benjamín va con puede que nos lo quiten, pero también puede que no. Este es un asunto dudoso, pero lo cierto es que si no va con nosotros, todos moriremos de hambre. Es mejor no preocuparse tú mismo sobre lo que es dudoso, y guía tus acciones por lo que es seguro. El rey de Egipto es un rey fuerte y poderoso, y si vamos a él sin nuestro hermano, todos moriremos. ¿No has oído que este rey es muy poderoso y sabio, y que no hay otro como él en toda la tierra? Hemos visto a todos los reyes de la tierra, pero ninguno como el rey de Egipto. Entre todos los reyes de la tierra no hay nadie más grande que Abimelec, rey de los filisteos, pero el rey de Egipto es más grande y poderoso. tier que él, y Abimelec difícilmente puede compararse con uno de sus oficiales. Padre, no has visto su palacio y su trono, ni a todos sus siervos delante de él. No has visto a ese rey en su trono, con toda su magnificencia y con sus insignias reales, ataviado con sus ropas reales, con una gran corona de oro sobre su cabeza. No has visto el honor y la gloria que Dios le ha dado, porque no hay nadie como él en toda la tierra. Padre, no has visto la sabiduría, el entendimiento y el conocimiento que Dios ha dado en su corazón. Oímos su dulce voz cuando nos habló. No sabemos, padre, quién le dio a conocer nuestros nombres y todo lo que nos sucedió. También

preguntó acerca de ti, diciendo: ¿Vive aún tu padre, y le va bien? No has visto los asuntos del gobierno de Egipto regulados por él, porque nadie pregunta por ellos a su señor Faraón. No has visto el asombro y el temor que impone a todos los egipcios. Incluso salimos de su presencia amenazando con hacer a Egipto como a las ciudades de los amorreos, y muy enojados a causa de todas sus palabras que habló acerca de nosotros como espías, sin embargo, cuando volvimos ante él, su terror cayó sobre nosotros. todos, y ninguno de nosotros fue capaz de decirle una palabra, grande o pequeño. Ahora, pues, padre, envía al muchacho con nosotros, y nos levantaremos y descenderemos a Egipto, y compraremos comida para comer, para que no muramos de hambre ".

Judá ofreció su porción en el mundo venidero como garantía para Benjamín, y así solemnemente prometió traerlo de regreso sano y salvo, y Jacob accedió a su pedido y permitió que Benjamín descendiera a Egipto con sus otros hijos. También llevaban consigo obsequios selectos de su padre para el gobernante de Egipto, cosas que suscitan asombro fuera de Palestina, como el murex, que es el caracol que produce la púrpura de Tiro, y varios tipos de bálsamos y aceite de almendras, y aceite de pistacho y miel dura como una piedra. Además, Jacob puso el doble de dinero en su mano para evitar una subida de precios mientras tanto. Y después de que todos estos asuntos fueron atendidos, habló a sus hijos, diciendo: "Aquí hay dinero, y aquí hay un regalo, y también tu hermano. ¿Hay algo más que necesites?" Y ellos respondieron: Sí, necesitamos esto, además, que debes interceder por nosotros ante Dios ". Entonces su padre oró:“ ¡Oh Señor, Tú que en el tiempo de la creación llamaste Basta! al cielo y a la tierra cuando se estiran más y más hacia el infinito, pon un límite a mis sufrimientos, también, diles: ¡Basta! Dios Todopoderoso os conceda misericordia ante el gobernante de Egipto, para que os suelte a José, Simón y Benjamín ".

Esta oración fue una intercesión, no solo por los hijos de Jacob, sino también por sus descendientes, para que Dios liberara a las Diez Tribus en el futuro, como entregó a los dos, Judá y Benjamín, y después de que permitió la destrucción de dos Templos, Él concedería una continuidad sin fin al tercero.

Jacob también puso en manos de su hijo una carta dirigida al virrey de Egipto. La carta decía así: "Desde tu siervo Jacob, el hijo de Isaac, el nieto de Abraham, príncipe de Dios, hasta el poderoso y sabio rey Zaphenathpaneah, el gobernante de Egipto, ¡paz! Le doy a conocer a mi señor el rey que el El hambre nos ha agravado en la tierra de Canaán, y por eso te he enviado a mis hijos para que nos compren un poco de comida, para que vivamos y no muramos. Mis hijos me rodearon y me suplicaron algo de comer, pero Ay, soy muy viejo y no puedo ver con mis ojos,

porque están pesados por el peso de los años, y también debido a mis lágrimas incesantes por mi hijo Joseph, que me ha sido arrebatado. mis hijos no pasarían todos juntos por la puerta al mismo tiempo, cuando llegaran a la ciudad de Egipto, en consideración a los habitantes de la tierra, para que no los notaran indebidamente. También les ordené que subieran y en la tierra de Egipto y buscar a mi hijo José, tal vez lo encuentren allí.

"Esto hicieron, pero tú los tomaste por espías. Hemos escuchado el informe de tu sabiduría y sagacidad. ¿Cómo, entonces, puedes mirar sus rostros y, sin embargo, declararlos como espías? Especialmente como hemos escuchado. Tú interpretaste el sueño de Faraón y pronosticaste la llegada del hambre, nos asombra que, en tu discernimiento, no pudieras distinguir si eran espías o no.

"Y ahora, oh mi señor rey, te envió a mi hijo Benjamín, como pediste a mis otros hijos. Te ruego que lo cuides bien hasta que me lo envíes en paz con sus hermanos. ¿No has oído, y no sabes, lo que nuestro Dios hizo a Faraón cuando tomó para sí a nuestra madre Sara? ¿O qué le sucedió a Abimelec por causa de ella? ¿Y lo que hizo nuestro padre Abraham con los nueve reyes de Elam, cómo los mató y exterminó a sus ejércitos, aunque tenía pocos hombres con él ¿O no has oído lo que mis dos hijos Simón y Leví hicieron con las ocho ciudades de los amorreos, que destruyeron a causa de su hermana Dina? Benjamín los consoló. por la pérdida de José. ”¿Qué, pues, harán al que extiende la mano del poder para arrebatárselo?

"¿No sabes, oh rey de Egipto, que el poder de nuestro Dios está con nosotros, y que siempre escucha nuestras oraciones y nunca nos abandona? ¿Había pedido a Dios que se levantara contra ti cuando mis hijos me dijeron cómo si actuaste con ellos, tú y tu pueblo, todos habrías sido aniquilados antes de que Benjamín pudiera descender a ti. Pero pensé que Simón mi hijo vivía en tu casa,

y tal vez le estabas haciendo bondades, y por eso no invoqué el castigo de Dios sobre ti. Ahora mi hijo Benjamín desciende a ti con mis otros hijos. Ten cuidado de ti mismo, mantén tus ojos abiertos sobre él, y Dios dirigirá Su mirada sobre todo tu reino.

"Ya he dicho todo lo que está en mi corazón. Mis hijos se llevan a su hermano menor a Egipto con ellos, y tú los envías a todos de regreso a mí en paz".

Jacob puso esta carta en custodia de Judá, encargándole que se la entregara al gobernante de Egipto. Sus últimas palabras a sus hijos fueron una

advertencia para que cuidaran bien a Benjamín y no lo dejaran fuera de su vista, ni en el viaje ni después de su llegada a Egipto. Se despidió de ellos, y luego se volvió en oración a Dios, diciendo: "¡Oh Señor del cielo y de la tierra! Acuérdate de tu pacto con nuestro padre Abraham. Acuérdate también de mi padre Isaac, y concede gracia a mis hijos, y no los entregues en las manos del rey de Egipto. Oh Dios mío, hazlo por tu misericordia, redime a mis hijos y sálvalos de las manos de los egipcios, y devuélveles sus dos hermanos ".

También las mujeres y los niños de la casa de Jacob oraron a Dios en medio de lágrimas y le suplicaron que redimiera a sus maridos y a sus padres de las manos del rey de Egipto.

JOSÉ Y BENJAMÍN

Grande fue el gozo de José cuando sus hermanos estuvieron ante él y Benjamín estaba con ellos. En su hermano menor vio la verdadera contraparte de su padre. Ordenó a su hijo Manasés, el mayordomo de su casa, que trajera a los hombres al palacio y les preparara la comida. Pero estaba a tener cuidado de preparar los platos de carne en presencia de los invitados, para que puedan ver con sus propios ojos que el ganado ha sido sacrificado de acuerdo con las prescripciones rituales, y el tendón de la cadera que está en el hueco del muslo se había sido eliminado.

La cena a la que José invitó a sus hermanos fue una comida de sábado, porque él observó el séptimo día incluso antes de la revelación de la ley. Los hijos de Jacob rechazaron la invitación del mayordomo y se produjo una pelea. Mientras trataba de obligarlos a entrar en el salón de banquetes, ellos trataron de sacarlo a la fuerza, pues temían que no fuera más que una artimaña para apoderarse de ellos y de sus culos, por el dinero que habían encontrado en sus costales a su regreso de su primer viaje a Egipto. En su modestia, colocaron la pérdida de sus bestias al mismo nivel que la pérdida de su libertad personal. Para el hombre medio, la propiedad es tan preciosa como la vida misma.

Parados en la puerta de la casa de José, hablaron con el mayordomo y dijeron: "Estamos en circunstancias muy reducidas. En nuestro país apoyamos a otros, y ahora dependemos de ti para que nos apoyes". Tras estas palabras de presentación, le ofrecieron el dinero que habían encontrado en sus sacos. El mayordomo los tranquilizó acerca del dinero, diciendo: "Sea como sea, ya sea por sus propios méritos o por los méritos de sus padres, Dios les ha hecho encontrar un tesoro, por el dinero que pagó. porque el trigo llegó a mi mano ". Luego les llevó a Simon. Su hermano parecía una botella de cuero, tan gordo y rechoncho había crecido

durante su estadía en Egipto. Les contó a sus hermanos el trato amable que se le había dado. En el mismo momento en que dejaron la ciudad, fue liberado de la prisión y, a partir de entonces, fue entretenido con esplendor en la casa del gobernante de Egipto.

Cuando apareció José, Judá tomó a Benjamín de la mano y lo presentó al virrey, y todos se postraron ante él en tierra. José les preguntó acerca del bienestar de su padre y su abuelo, y ellos respondieron: "Tu siervo nuestro padre está bien; aún vive", y José supo por sus palabras que su abuelo Isaac ya no existía. Había muerto en el momento en que José fue liberado de la prisión, y el gozo de Dios por la liberación de José se vio empañado por su dolor por Isaac. Entonces Judá le entregó la carta de su padre a José, quien se sintió tan conmovido al ver la caligrafía tan conocida que tuvo que retirarse a su habitación y llorar. Cuando regresó, llamó a Benjamín para que se acercara a él, puso su mano sobre la cabeza de su hermano menor y lo bendijo con las palabras: "Dios tenga misericordia de ti, hijo mío". Su padre había mencionado una vez "los hijos que Dios ha dado en gracia a tu siervo", y como Benjamín no estaba entre los niños de los que se habla así, porque nació más tarde, José lo compensó ahora bendiciéndole con la gracia de Dios.

La mesa estaba dispuesta en tres partes, para José, para sus hermanos y para los egipcios. Los hijos de Jacob no se atrevieron a comer de los platos que tenían ante ellos, temían que no hubieran sido preparados de acuerdo con las prescripciones rituales, un castigo para José por haber calumniado a sus hermanos, a quienes una vez acusó de no ser puntilloso. en el cumplimiento de las leyes dietéticas. Los egipcios, nuevamente, no podían sentarse a la misma mesa con los hijos de Jacob, porque estos últimos comían la carne de los animales a los que los primeros rendían culto divino.

Cuando todo estuvo listo, y los invitados debían tomar asiento, José levantó su copa y, fingiendo inhalar su conocimiento de ella, dijo: "Judá es rey; por tanto, que se siente a la cabecera de la mesa y deje que Rubén el primogénito ocupa el segundo lugar ", y así asignó a todos sus hermanos los puestos correspondientes a su dignidad y edad. Además, sentó a los hermanos que eran hijos de la misma madre, y cuando llegó a Benjamín, dijo: "Sé que el menor de ustedes no tiene un hermano nacido de su propia madre, junto a quien pueda sentarse, y tampoco tengo ninguno, por lo tanto, él puede tomar su lugar junto a mí ".

Los hermanos se maravillaban unos con otros de todo esto. Durante la comida, José tomó su porción y se la dio a Benjamín, y su esposa Asenat siguió su ejemplo, y también Efraín y Manasés, de modo que Benjamín tuvo cuatro porciones además de lo que había recibido como los otros hijos de Jacob.

Se sirvió vino en la comida, y fue la primera vez en veintidós años que José y sus hermanos lo probaron, porque habían llevado la vida de los nazareos, sus hermanos porque lamentaban el mal que le habían hecho a José, y Joseph porque se entristeció por la suerte de su padre.

José entabló conversación con su hermano Benjamín. Le preguntó si tenía un hermano nacido de su propia madre, y Benjamín respondió: "Yo tuve uno, pero no sé qué ha sido de él". José continuó con sus preguntas: "¿Tienes esposa?"

Benjamín: "Sí, tengo esposa y diez hijos".

José: "¿Y cuáles son sus nombres?"

Benjamín: "Bela, Becher, Ashbel, Gera, Naamán, Ehi, Rosh, Muppim, Huppim y Ard".

José: "¿Por qué les diste nombres tan peculiares?"

Benjamín: "En memoria de mi hermano y de sus sufrimientos: Bela, porque mi hermano desapareció entre los pueblos; Becher, era el primogénito de mi madre; Ashbel, fue quitado de mi padre; Gera, él habita un forastero en tierra extraña; Naamán, era sumamente encantador; Ehi, era mi único hermano por mi padre y mi madre juntos; Rosh, estaba a la cabeza de sus hermanos; Muppim, era hermoso en todos los aspectos; Huppim, fue calumniado; y Ard, porque era tan hermoso como una rosa".

José ordenó que le trajeran su astrolabio mágico, con lo cual él sabía todas las cosas que suceden, y le dijo a Benjamín: "He oído que los hebreos conocen toda sabiduría, pero ¿tú sabes algo de esto?" Benjamín respondió: "También tu siervo es diestro en toda la sabiduría que me enseñó mi padre". Luego miró el astrolabio y, para su gran asombro, descubrió con la ayuda de él que el que estaba sentado en el trono frente a él era su hermano José. Al darse cuenta del asombro de Benjamín, José le preguntó: "¿Qué has visto y por qué estás asombrado?" Benjamín dijo: "Puedo ver en esto que José mi hermano está sentado aquí delante de mí en el trono". Y José dijo: "¡Soy José tu hermano! No reveles la cosa a nuestros hermanos. Te enviaré con ellos cuando se vayan, y les ordenaré que los traigan de regreso a la ciudad, y te llevaré a ti. Si arriesgan sus vidas y luchan por ti, entonces sabré que se han arrepentido de lo que me hicieron, y me daré a conocer a ellos. Pero si te abandonan, te guardaré, para que tú debes quedarte conmigo. Se irán, y yo no me daré a conocer a ellos".

Entonces José le preguntó a Benjamín qué le habían dicho sus hermanos a su padre después de venderlo como esclavo, y él escuchó la historia de la túnica empapada en la sangre de un cabrito. "Sí, hermano", dijo José, "cuando me despojaron de mi abrigo, me entregaron a los ismaelitas,

quienes me ataron un delantal a la cintura, me azotaron y me ordenaron que saliera corriendo. Pero un león atacó a uno. que me golpearon, y lo mataron, y sus compañeros se alarmaron, y me vendieron a otra gente ".

Despedido por José con palabras amables, sus hermanos comenzaron su viaje de regreso a casa tan pronto como amaneció, porque es una buena regla "dejar una ciudad después del amanecer y entrar en una ciudad antes del anochecer". Además, José tenía una razón específica para no dejar que sus hermanos salieran de la ciudad durante la noche. Temía un encuentro entre ellos y sus siervos, y que sus hombres pudieran sufrir lo peor, porque los hijos de Jacob eran como las bestias salvajes, que dominan por la noche.

EL LADRÓN ATRAPADO

Aún no estaban más allá de las puertas de la ciudad, cuando José envió a Manasés, el mayordomo de su casa, para que los siguiera y buscara la copa de plata que había escondido en el costal de Benjamín. Conocía bien a sus hermanos, no se atrevió a dejar que se alejaran demasiado de la ciudad antes de intentar forzarlos a regresar. Esperaba que la cercanía de la ciudad los intimidara y les hiciera obedecer sus órdenes. Por lo tanto, Manasés recibió la orden de detenerlos, con un discurso suave si podía, o con un discurso brusco si debía, y llevarlos de regreso a la ciudad. Él actuó de acuerdo con sus instrucciones. Cuando los hermanos oyeron la acusación de robo, dijeron: "A cualquiera de tus siervos se encuentre la copa, que muera, y también nosotros seremos siervos de mi señor". Y Manasés dijo: "Como usted dice, así sería apropiado, porque si diez personas son acusadas de robo y el objeto robado se encuentra con una de ellas, todas son responsables. Pero no seré tan duro. con quien se encuentre la copa será el siervo, y los demás serán irreprochables ".

Buscó en todos los sacos y, para no despertar la sospecha de que sabía dónde estaba la copa, empezó por Rubén, el mayor, y lo dejó en Benjamín, el menor, y la copa se encontró en el saco de Benjamín. Con rabia, sus hermanos gritaron a Benjamín: "¡Oh, ladrón e hijo de ladrón! Tu madre avergonzó a nuestro padre con su robo, y ahora tú nos traes vergüenza a nosotros". Pero él respondió: "¿Es este asunto tan malo como el asunto del cabrito, como la obra de los hermanos que vendieron a su propio hermano como esclavo?"

En su furor y disgusto, los hermanos rasgaron sus ropas. Dios les pagó con su propia moneda. Habían hecho que Jacob se rasgara la ropa en su dolor por José, y ahora ellos estaban obligados a hacer lo mismo debido a sus propios problemas. Y como se rasgaron la ropa por causa de su hermano Benjamín, así Mardoqueo, el descendiente de Benjamín, estaba destinado a

rasgar la suya a causa de sus hermanos, el pueblo de Israel. Pero debido a que la mortificación fue infligida a los hermanos a través de Manasés, el mayordomo de José, la asignación de territorio dada a la tribu de Manasés fue "dividida" en dos, la mitad de la tribu tuvo que vivir en un lado del Jordán, y la otra mitad del otro lado. Y José, que no había rehusado molestar a sus hermanos con tanta amargura que rasgaran sus ropas en su humillación, fue castigado, ya que su descendiente Josué fue llevado a tal desesperación después de la derrota de Hai que él también se rasgó la ropa.

Condenados por robo más allá de toda duda, los hermanos de José no tuvieron más remedio que cumplir con la orden del mayordomo y regresar a la ciudad. Lo acompañaron sin demora. Cada uno de ellos cargó su asno él mismo, levantando la carga con una mano desde el suelo hasta la espalda de la bestia, y luego volvieron sobre sus pasos hacia la ciudad, y mientras caminaban, golpearon a Benjamín con rudeza en el hombro, diciendo: "Oh tú ladrón e hijo de ladrón, nos has traído la misma vergüenza que tu madre trajo a nuestro padre ". Benjamín soportó los golpes y las palabras abusivas en un paciente silencio, y fue recompensado por su humildad. Por someterse a los golpes en su hombro, Dios designó que Su Shekinah debería "morar entre sus hombros", y también lo llamó "el amado del Señor".

Los hermanos de José regresaron a la ciudad sin temor. Aunque era una gran metrópoli, a sus ojos parecía una aldea de diez personas, que podían borrar con un giro de la mano. Fueron conducidos a la presencia de José, quien, contrariamente a su costumbre habitual, no estaba celebrando una sesión del tribunal en el foro ese día. Se quedó en casa para que sus hermanos no fueran expuestos a la vergüenza en público. Cayeron a tierra ante él, y así se hizo realidad su sueño de las once estrellas que le rindieron homenaje. Pero incluso mientras rendía homenaje a José, Judá estaba hirviendo por dentro de rabia reprimida, y dijo a sus hermanos: "En verdad, este hombre me ha obligado a volver acá sólo para destruir la ciudad en este día".

Guardado por sus valientes hombres a derecha e izquierda, José se dirigió a sus hermanos, gruñendo: "¿Qué acción es esta que habéis hecho de robar mi copa? Lo sé bien, lo tomasteis para descubrir con su ayuda. el paradero de tu hermano que ha desaparecido ". Judá fue el portavoz, y él respondió: "¿Qué diremos a mi señor acerca del primer dinero que halló en la boca de nuestros costales?

¿Qué diremos acerca del segundo dinero que también estaba en nuestros costales? ¿Y cómo nos limpiaremos de la copa? No podemos reconocernos culpables, porque sabemos que somos inocentes en todos estos asuntos. Sin embargo, no podemos declararnos inocentes, porque Dios ha descubierto la

iniquidad de tus siervos, como un acreedor que anda por ahí y trata de cobrar una deuda con él. Dos hermanos cuiden de no entrar juntos en una casa de alegría y fiesta, que no se expongan al mal de ojo, sino que todos fuimos atrapados juntos en un mismo lugar, a causa del pecado que cometimos en compañía " .

José: "Pero si tu castigo es por vender a José, ¿por qué debería sufrir este hermano tuyo, el más joven, el que no participó en tu crimen?"

Judá: "Un ladrón y sus compañeros son tomados juntos".

José: "Si pudieran convencerse a sí mismos de informar a su padre acerca de un hermano que no había robado, y que no había traído ninguna vergüenza para ustedes, que una bestia salvaje lo había desgarrado, fácilmente se convencerán de decirlo acerca de un hermano que ha robado y ha traído vergüenza sobre ti. Vete y dile a tu padre: "La cuerda sigue al balde de agua". Pero —continuó José, sacudiendo su manto púrpura—, Dios no permita que los acuse a todos de robo. Solo el joven que robó la copa para adivinar el paradero de su hermano permanecerá conmigo como mi siervo; pero en cuanto a usted, levántate en paz a tu padre " .

El espíritu santo gritó: "¡Mucha paz tienen los que aman tu ley!"

Todos los hermanos consintieron en entregar a Benjamín al gobernante de Egipto, pero Judá objetó y gritó: "¡Ahora todo ha terminado en paz!" y se preparó para usar la fuerza, si era necesario, para rescatar a Benjamín de la esclavitud.

JUDÁ HABLA Y AMENAZA.

José despidió a sus hermanos, se llevó a Benjamín por la fuerza principal y lo encerró en una cámara. Pero Judá abrió la puerta y se paró ante José con sus hermanos. Decidió utilizar a su vez los tres medios de liberar a Benjamín que tenía a su disposición. Estaba dispuesto a convencer a José con argumentos, o conmoverlo con súplicas, o recurrir a la fuerza, a fin de lograr su fin.

Él dijo: "Nos has hecho un mal. Tú que dijiste: 'Temo a Dios', te muestras semejante al Faraón, que no teme a Dios. Los juicios que pronuncias no están de acuerdo con nuestras leyes, ni están de acuerdo con las leyes de las naciones. Según nuestra ley, un ladrón debe pagar el doble del valor de lo que ha robado. Solo, si no tiene dinero, es vendido como esclavo, pero si tiene el dinero, él hace doble restitución. Y de acuerdo con la ley de las naciones, el ladrón es privado de todo lo que posee. Hazlo, pero déjalo ir libre. Si un hombre compra un esclavo, y luego descubre que es un ladrón , la transacción es nula. Sin embargo, deseas convertir en esclavo a uno a quien acusas de ladrón. Sospecho que quieres mantenerlo en tu poder con

fines ilícitos, y en esta lujuria te pareces al Faraón. También eres como Faraón en que haces una promesa y no la cumples. Dijiste a tus siervos: Traigan a su hermano menor a mí, para que pueda poner mis ojos sobre él. ¿A esto le llamas poner tus ojos sobre él? Si no desearas nada más que un esclavo, seguramente aceptarías nuestra oferta de servirte como siervo en lugar de Benjamín. Rubén es mayor que él y yo lo supero en fuerza. No puede sino ser como digo, tienes un propósito lujurioso en mente con nuestro hermano.

Por tanto, que estas palabras mías que voy a hablar entren en tu corazón: Por causa de la abuela de este muchacho, el faraón y su casa fueron azotados por plagas dolorosas, porque la detuvo en su palacio una sola noche contra ella. Su madre murió prematuramente, a causa de una maldición que su padre pronunció con desconsiderada prisa. Ten cuidado, pues, de que la maldición de este hombre no te golpee ni te mate. Dos de nosotros destruimos toda una ciudad a causa de una mujer, ¡cuánto más lo haríamos por el bien de un hombre, y ese hombre, el amado del Señor, en cuya asignación está establecido que Dios habite!

"Si pronuncio un sonido, la pestilencia mortífera acechará a través de la tierra hasta el No. En esta tierra, el faraón es el primero, y tú eres el segundo después de él, pero en nuestra tierra mi padre es el primero, y yo soy el segundo. Si no cumples con nuestra demanda, desenvainaré mi espada y te cortaré primero a ti, y luego a Faraón ".

Cuando Judá pronunció esta amenaza, José hizo una señal y Manasés golpeó el suelo con el pie y todo el palacio tembló. Judá dijo: "¡Sólo uno que pertenezca a nuestra familia puede sellar así!" e intimidado por esta demostración de gran fuerza, moderó su tono y sus modales. "Desde el principio —continuó hablando— recurriste a todo tipo de pretextos para avergonzarnos. Los habitantes de muchos países bajaron a Egipto para comprar maíz, pero ninguno de ellos hizo preguntas sobre sus relaciones familiares. En verdad, ¿no hemos venido aquí para buscar a tu hija en matrimonio, o tal vez deseas una alianza con nuestra hermana? No obstante, te dimos respuesta a todas tus preguntas ".

José respondió: "¡En verdad, puedes hablar con soltura! ¿Hay otro charlatán como tú entre tus hermanos? ¿Por qué hablas tanto, mientras tus hermanos mayores que tú, Rubén, Simón y Leví, callan?"

Judá: "Ninguno de mis hermanos tiene tanto en juego como yo, si Benjamín no vuelve a su padre. Yo fui fiador de mi padre por él, diciendo: Si no lo traigo a ti y lo pongo delante de ti, entonces déjame cargar con la culpa para siempre, en este mundo y en el mundo venidero.

Los otros hermanos se negaron intencionalmente a participar en la disputa entre Judá y José, diciendo: "Los reyes están llevando a cabo una disputa, y no nos conviene interferir entre ellos". Incluso los ángeles descendieron del cielo a la tierra para ser espectadores del combate entre José el toro y Judá el león, y dijeron: "Está en el curso natural de las cosas que el toro debe temer al león, pero aquí los dos están comprometidos. en igual y furioso combate ".

En respuesta a Judá, cuando explicó que su gran interés en la seguridad de Benjamín se debía a la promesa que le había hecho a su padre, José dijo: "¿Por qué no fuiste fiador de tu otro hermano, cuando lo vendiste por veinte piezas de Entonces no miraste el dolor que infligías a tu padre, sino que dijiste: Una bestia salvaje devoró a José. Y, sin embargo, José no había hecho mal mientras este Benjamín había cometido robo. Por tanto, sube y di a tu padre, la cuerda ha seguido al balde de agua ".

Estas palabras tuvieron tal efecto en Judá que estalló en sollozos y gritó en voz alta: "¿Cómo iré a mi padre sin que el muchacho esté conmigo?" Su clamor llegó a una distancia de cuatrocientos parasangs, y cuando Hushim el hijo de Dan lo escuchó en Canaán, saltó a Egipto de un solo salto y unió su voz a la de Judá, y toda la tierra estuvo a punto de derrumbarse del gran ruido que producían. Los valientes hombres de José perdieron los dientes y las ciudades de Pitom y Ramsés fueron destruidas, y permanecieron en ruinas hasta que los israelitas las reconstruyeron bajo el mando de capataces. También los hermanos de Judá, que habían estado callados hasta ese momento, se enfurecieron y patearon el suelo con los pies hasta que pareció como si una reja de arado hubiera abierto profundos surcos. Y Judá se dirigió a sus hermanos: "Sed valientes, humillaos como hombres, y que cada uno de vosotros muestre su heroísmo, porque las circunstancias exigen que hagamos nuestro mejor esfuerzo".

Entonces resolvieron destruir Mizraim, la ciudad de Egipto, y Judá dijo: "Alzaré mi voz y con ella destruiré Egipto".

Rubén: "Levantaré mi brazo y lo aplastaré hasta que deje de existir".

Simón: "Levantaré mi mano y devastaré sus palacios".

Levi: "Sacaré mi espada y mataré a los habitantes de Egipto".

Isacar: "Haré que la tierra sea semejante a Sodoma".

Zabulón: "Como a Gomorra lo daré".

Dan: "Lo reduciré a un desierto".

Entonces, la rabia de Judá comenzó a mostrar signos de estallar: su ojo derecho derramó lágrimas de sangre; el cabello sobre su corazón se puso tan rígido que traspasó y rasgó las cinco prendas con las que estaba vestido; y tomó varas de bronce, las mordió con los dientes y las escupió como polvo fino. Cuando José observó estas señales, se apoderó de él el miedo, y para demostrar que él también era un hombre de extraordinaria fuerza, empujó con el pie el pedestal de mármol sobre el que estaba sentado, y se rompió en astillas. Judá exclamó: "¡Este es un héroe igual a mí!" Luego trató de sacar la espada de la vaina para matar a José, pero no se pudo hacer que el arma se moviera, y Judá quedó convencido de que su adversario era un hombre temeroso de Dios, y se dedicó a la tarea de mendigar. que dejara libre a Benjamín, pero permaneció inexorable.

Entonces Judá dijo: "¿Qué diremos a nuestro padre, cuando vea que nuestro hermano no está con nosotros, y se entristecerá por él?"

José: "Di que la cuerda ha seguido al balde de agua".

Judá: "Tú eres un rey, ¿por qué hablas así, aconsejando falsedad? ¡Ay del rey como tú!"

José: "¿Hay mayor falsedad que la que dijiste acerca de tu hermano José, a quien vendiste a los madianitas por veinte piezas de plata, diciéndole a tu padre: Un baño de bestia maligna lo devoró?"

Judá: "El fuego de Siquem arde en mi corazón, ahora quemaré toda tu tierra con fuego".

José: "Seguramente, el fuego encendido para quemar a Tamar, tu nuera, que mató a tus hijos, extinguirá el fuego de Siquem".

Judá: "Si arranco un solo cabello de mi cuerpo, llenaré todo Egipto con su sangre".

José: "Tal es tu costumbre de hacer; así hiciste con tu hermano a quien vendiste, y luego mojaste su túnica en sangre, se la trajiste a tu padre y dijiste: Una bestia maligna lo devoró, y aquí está su sangre."

Al oír esto, Judá se enojó mucho, y tomó una piedra que pesaba cuatrocientos siclos que tenía delante, la arrojó al cielo con una mano, la tomó con la mano izquierda, se sentó sobre ella y la piedra se convirtió en polvo. . A la orden de José, Manasés hizo lo mismo con otra piedra, y José le dijo a Judá: "No solo a ti te ha sido dada la fuerza, nosotros también somos hombres poderosos. ¿Por qué, entonces, te jactarás todos delante de nosotros?" Entonces Judá envió a Neftalí, diciendo: "Ve y cuenta todas las calles de la ciudad de Egipto y ven y dime el número", pero Simón intervino, diciendo: "No dejes que esto te moleste, yo iré al monte, y toma

una piedra enorme del monte, échala sobre todo Mizraim, la ciudad de Egipto, y mata a todos en ella. "

Al oír todas estas palabras, que hablaban en voz alta, porque no sabían que él entendía hebreo, José le dijo a su hijo Manasés que se apresurara y reuniera a todos los habitantes de Egipto, y a todos los hombres valientes, y que vinieran a él a caballo. y andando. Mientras tanto Neftalí había ido rápidamente para ejecutar las órdenes de Judá, porque era como Rápido como el ágil ciervo, podía correr por un campo de maíz sin romperse una mazorca. Y regresó e informó que la ciudad de Egipto estaba dividida en doce barrios. Judá ordenó a sus hermanos que destruyeran la ciudad; él mismo se comprometió a arrasar tres cuartos, y asignó los nueve cuartos restantes a los demás, un cuarto a cada uno.

Mientras tanto, Manasés había reunido un gran ejército, quinientos hombres a caballo y diez mil a pie, entre ellos cuatrocientos héroes valientes, que podían luchar sin lanza ni espada, usando sólo sus manos fuertes y desarmadas. Para inspirar más terror a sus hermanos, José les ordenó que hicieran un ruido fuerte con todo tipo de instrumentos, y su apariencia y el alboroto que produjeron, de hecho, hicieron que el temor cayera sobre algunos de los hermanos de José. Judá, sin embargo, les preguntó: "¿Por qué están aterrorizados, viendo que Dios nos concede su misericordia?" Sacó su espada y lanzó un grito salvaje que consternó a todo el pueblo, y en su desordenada huida muchos cayeron unos sobre otros y perecieron, y Judá y sus hermanos siguieron al pueblo que huía hasta la casa de Faraón. Al regresar a José, Judá estalló nuevamente en fuertes rugidos, y las reverberaciones causadas por sus gritos fueron tan poderosas que todas las murallas de la ciudad en Egipto y en Gosén cayeron en ruinas, las mujeres embarazadas dieron a luz prematuramente y el Faraón fue expulsado de su casa. trono. Los gritos de Judá se escucharon a gran distancia, hasta Sucot.

Cuando el faraón se enteró de la razón del gran alboroto, envió un mensaje a José de que tendría que ceder a las demandas de los hebreos, de lo contrario la tierra sufriría la destrucción. "Puedes elegir", fueron las palabras de Faraón, "entre los hebreos y yo, entre Egipto y la tierra de los hebreos. Si no escuchas mi mandato, déjame y vete con ellos a su tierra".

JOSÉ SE DA A CONOCER

Al ver que sus hermanos estaban, de hecho, a punto de destruir Egipto, José resolvió darse a conocer a ellos, y buscó una apertura adecuada, lo que naturalmente conduciría a su anuncio. A su orden, Manasés puso su mano sobre el hombro de Judá, y su toque calmó la furia de Judá, porque notó que estaba en contacto con un pariente suyo, porque tal fuerza no existía en

ninguna otra familia. Entonces José se dirigió a Judá gentilmente, diciendo: "Me gustaría saber quién le aconsejó que robara la copa. ¿Pudo haber sido uno de ustedes?" Benjamín respondió: "Ni aconsejaron el robo, ni toqué la copa". "Haz un juramento", exigió José, y Benjamín cumplió con la petición de su hermano: "¡Juro que no toqué la copa! Tan cierto como mi hermano José está separado de mí; tan cierto como yo no tuve nada que ver con él. los dardos que le arrojaron mis hermanos; tan cierto como que yo no fui uno de los que se quitaron la chaqueta; tan cierto como que no participé en la transacción por la cual fue entregado a los ismaelitas; tan cierto como no lo hice. ayuda a los demás a mojar su túnica en sangre; tan cierto es mi juramento, que no aconsejaron el robo, y que yo no cometí robo".

José: "¿Cómo puedo saber que este juramento que has hecho sobre el destino de tu hermano es cierto?"

Benjamín: "Por los nombres de mis diez hijos, que les di en memoria de la vida y las pruebas de mi hermano, puedes ver cuánto lo amaba. Por lo tanto, te ruego que no derribes a mi padre con dolor a la tumba. . "

Al escuchar estas palabras de amor perdurable, José no pudo contenerse más. No pudo sino darse a conocer a sus hermanos. Les dijo estas palabras: "Habéis dicho que el hermano de este muchacho estaba muerto. ¿Vosotros mismos lo visteis muerto antes que vosotros?". Ellos respondieron: "¡Sí!"

José: "¿Estuviste junto a su tumba?"

Los hermanos: "¡Sí!"

José: "¿Arrojaste terrones de tierra sobre su cadáver?"

Los hermanos: "No."

Entonces José reflexionó, diciéndose a sí mismo: "Mis hermanos son tan piadosos como antes, y no dicen mentiras. Dijeron que estaba muerto, porque cuando me abandonaron, era pobre, y 'un hombre pobre es como un hombre muerto'. ; ' se pararon junto a mi tumba, que es la fosa en la que me arrojaron; pero no dijeron que me habían echado tierra con una pala, porque eso habría sido una falsedad".

Volviéndose a sus hermanos, dijo: "Mientes cuando dices que tu hermano está muerto. Él no está muerto. Ustedes lo vendieron y yo lo compré. Lo llamaré y lo pondré ante sus ojos", y él comenzó a gritar: "¡José, hijo de Jacob, ven acá! ¡José, hijo de Jacob, ven acá! Habla a tus hermanos que te vendieron". Los demás volvieron sus ojos de un lado a otro, a las cuatro esquinas de la casa, hasta que José los llamó: "¿Por qué miran aquí y allá? ¡He aquí, soy José su hermano!" Sus almas huyeron de ellos, y pudieron no respondieron, pero Dios permitió que sucediera un milagro, y sus almas regresaron a ellos.

José continuó: "Vosotros lo veis con vuestros propios ojos, y también mi hermano Benjamín lo ve con sus ojos, que yo os hablo en hebreo, y yo soy verdaderamente vuestro hermano". Pero ellos no le creerían. No solo se había transformado de un joven de rostro terso en un hombre barbudo desde que lo habían abandonado, sino que también el joven abandonado ahora se encontraba ante ellos, el gobernante de Egipto. Por tanto, José desnudó su cuerpo y les mostró que pertenecía a la descendencia de Abraham.

Avergonzados se quedaron allí, y en su rabia deseaban matar a José como el autor de su vergüenza y su sufrimiento. Pero apareció un ángel y los arrojó a las cuatro esquinas de la casa. Judá lanzó un clamor tan fuerte que los muros de la ciudad de Egipto se derrumbaron, las mujeres dieron a luz prematuramente, José y Faraón rodaron de sus tronos, y los trescientos héroes de José perdieron los dientes y sus cabezas permanecieron inmóviles para siempre. mirando hacia atrás, ya que los habían girado para descubrir la causa del tumulto. Sin embargo, los hermanos no se atrevieron a acercarse a José, estaban demasiado avergonzados de su comportamiento hacia su hermano. Él trató de calmarlos, diciendo: "Ahora no se entristezcan ni se enojen con ustedes mismos, porque me vendieron aquí, porque Dios me envió antes que ustedes para preservar la vida".

Incluso esas amables palabras de exhortación no disiparon su temor, y José continuó hablando: "Por poco que albergue pensamientos vengativos en mi corazón contra Benjamín, tan poco los albergo contra ti". Y José prosiguió: "¿Crees que es posible que yo te haga daño? Si el humo de diez velas no puede apagar una, ¿cómo se pueden apagar diez?".

Por fin los hermanos se tranquilizaron y se acercaron a José, que conocía a cada uno por su nombre, y llorando, los abrazó y besó a todos por turno. La razón por la que lloró fue porque su espíritu profético le mostró a los descendientes de sus hermanos esclavizados por las naciones. Especialmente lloró sobre el cuello de Benjamín, porque previó la destrucción decretada para que los dos templos estuvieran situados en la parcela de Benjamín. Y Benjamín también lloró sobre el cuello de José, por el santuario en Silo, en el territorio de José, que también estaba condenado a destrucción.

El faraón estaba muy complacido con el informe de la reconciliación entre José y los hebreos, porque había temido que sus disensiones pudieran causar la ruina de Egipto, y envió a sus siervos a José para que participaran en su gozo. También envió un mensaje a José diciéndole que le agradecería mucho que sus hermanos establecieran su morada en Egipto, y prometió asignarles las mejores partes de la tierra como lugar de residencia.

No todos los siervos de Faraón estaban de acuerdo con su amo en cuanto a esta invitación a los hebreos. Muchos de ellos estaban inquietos, diciendo: "Si uno de los hijos de Jacob vino acá y fue ascendido a una posición alta sobre nuestras cabezas, ¿qué mal nos sucederá cuando lleguen diez más?"

José les dio a todos sus hermanos dos mudas de ropa, una para usar en los días ordinarios de la semana y otra para usar en el día de reposo, porque, cuando se encontró la copa con Benjamín, ellos habían rasgado sus ropas y José no quiso recibir su ropa. los hermanos andan con vestidos rasgados. Pero a Benjamín le dio cinco mudas de ropa, aunque no para distinguirlo de sus hermanos. José recordaba muy bien el daño que había causado su padre al darle la túnica de muchos colores, lo que despertó la envidia de sus hermanos. Solo deseaba insinuar que Mardoqueo, un descendiente de Benjamín, se vestiría una vez con cinco vestimentas reales.

José presentó a sus hermanos, vestidos con sus ropas bordadas de oro y plata, ante el faraón, quien se complació en conocerlos cuando vio que eran hombres de estatura heroica y apariencia hermosa. Les dio carros para que llevaran a sus familias a Egipto, pero como estaban adornados con imágenes de ídolos, Judá los quemó, y José los reemplazó con otros once carros, entre ellos el que había montado en su ascenso al cargo, para ver la tierra de Egipto. Este iba a ser utilizado por su padre en su viaje a Egipto. Para cada uno de los hijos de sus hermanos envió vestidos, y también cien piezas de plata para cada uno, pero para cada uno de los hijos de Benjamín envió diez mudas de ropa. Y para las esposas de sus hermanos les dio ricas vestimentas elegantes, como las que usaban las esposas de los faraones, y también ungüentos y especias aromáticas. A su hermana Dina le envió ropas bordadas de oro y plata, mirra, áloe y otros perfumes, y obsequió también a la esposa y a las nueras de Benjamín. Para ellos y sus esposas, los hermanos recibieron toda clase de piedras preciosas y adornos con joyas, como los que usa la nobleza egipcia.

José acompañó a sus once hermanos a la frontera, y allí se despidió de ellos con el deseo de que ellos y todas sus familias bajaran a Egipto, y les impuso, además, tres máximas a ser observadas por los viajeros: No tomes demasiado grandes pasos; no hables de temas halakicos, para que no pierdas el rumbo; y entrar en la ciudad a más tardar con la puesta del sol.

JACOB RECIBE LAS BUENAS NUEVAS

Alegres, los hijos de Jacob subieron a la tierra de Canaán, pero cuando llegaron a la línea fronteriza, se dijeron unos a otros: "¿Cómo haremos? Si nos presentamos ante nuestro padre y le decimos que José está vivo, él estará muy asustado y no se sentirá inclinado a creernos ". Además, el

último mandato que les había dado José había sido que prestasen atención y no asustar a su padre con las nuevas de alegría.

Al acercarse a su habitación, vieron a Serah, la hija de Aser, una doncella muy hermosa y muy sabia, que era experta en tocar el arpa. La llamaron a ellos y le dieron un arpa, y la invitaron a tocar delante de Jacob y a cantar lo que debían decirle. Se sentó ante Jacob y, con agradable melodía, cantó las siguientes palabras, acompañándose con el arpa: "¡José, mi tío, vive, gobierna sobre todo Egipto, no ha muerto!" Ella repitió estas palabras varias veces, y Jacob se emocionó cada vez más placenteramente. Su gozo despertó el espíritu santo en él, y supo que ella decía la verdad. El espíritu de profecía nunca visita a un vidente cuando está en un estado de lasitud o en un estado de dolor; viene solo junto con la alegría. Todos los años de la separación de José de él, Jacob no había tenido visiones proféticas, porque siempre estaba triste, y solo cuando las palabras de Serah despertaron el sentimiento de felicidad en su corazón, el espíritu profético volvió a tomar posesión de él. Jacob la recompensó por ello con las palabras: "Hija mía, que la muerte nunca tenga poder sobre ti, porque tú reviviste mi espíritu". Y así fue. Serah no murió, entró viva al Paraíso. A su orden, ella repitió las palabras que había cantado una y otra vez, y le dieron a Jacob una gran alegría y deleite, de modo que el espíritu santo se fortalecía cada vez más dentro de él.

Mientras estaba sentado así conversando con Serah, sus hijos aparecieron vestidos con toda su magnificencia, y con todos los presentes que José les había dado, y le hablaron a Jacob, diciendo: "¡Buenas nuevas! ¡Vive José nuestro hermano! Él es el gobernante. sobre toda la tierra de Egipto, y te envía un mensaje de alegría ". Al principio, Jacob no les creyó, pero cuando abrieron sus paquetes y le mostraron los regalos que José les había enviado a todos, ya no podía dudar de la veracidad de sus palabras.

José había tenido la premonición de que su padre se negaría a dar crédito a sus hermanos, porque habían tratado de engañarlo antes, y "es el castigo del mentiroso que no se crea en sus palabras, incluso cuando dice la verdad". Por eso les había dicho: "Si mi padre no cree en tus palabras, dile que cuando me despedí de él, para ver si te iba bien, me había estado enseñando la ley de la novilla a la que se le rompió el cuello. en el valle." Cuando repitieron esto, desapareció hasta el último vestigio de la duda de Jacob, y dijo: "Grande es la perseverancia de mi hijo José. A pesar de todos sus sufrimientos ha permanecido constante en su piedad. Sí, grandes son los beneficios que el Señor me ha conferido. Él me salvó de las manos de Esaú, y de las manos de Labán, y de los cananeos que me perseguían. He probado muchas alegrías, y espero ver más, pero nunca

esperé poner ojos sobre José de nuevo, y ahora bajaré a él y lo contemplaré antes de mi muerte " .

Entonces Jacob y los miembros de su familia se puso la ropa de José habían enviado, entre ellos un turbante de Jacob, e hicieron todos los preparativos para el viaje hacia abajo a Egipto y morar allí con José y su familia. Al enterarse de su buena fortuna, los reyes y los grandes de Canaán fueron a esperar a Jacob y expresarle su simpatía en su gozo, y él preparó un banquete de tres días para ellos.

Sin embargo, Jacob no bajaría a Egipto sin antes preguntar si era la voluntad de Dios que abandonara Tierra Santa. Él dijo: "¿Cómo puedo dejar la tierra de mis padres, la tierra de mi nacimiento, la tierra donde habita la Shekinah, e ir a una tierra inmunda, habitada por esclavos de los hijos de Cam, una tierra donde no hay ¿Temor de Dios?" Luego trajo sacrificios en honor de Dios, con la expectativa de que una visión divina descendiera sobre él y le indicara si debía bajar a Egipto o hacer que José subiera a Canaán. Temía la estadía en Egipto, porque recordaba la visión que había tenido en Beth-el al salir de la casa de su padre, y le dijo a Dios: "Me parezco a mi padre. Como él era codicioso en llenar sus fauces, yo también, y por lo tanto bajaría a Egipto a consecuencia del hambre. Como mi padre prefería un hijo al otro, así tenía yo un hijo favorito, y por lo tanto bajaría a Egipto para ver a José. Pero en esto no me parezco mi padre, sólo tenía que mantener a sí mismo, y mi casa consta de setenta personas, y por eso me veo obligado a bajar a Egipto. La bendición que me dio mi padre no se cumplió en mí, sino en mi hijo José, a quien pueblos sirven, y ante quienes se postran naciones " .

Entonces la Shekinah se dirigió a Jacob, llamándolo por su nombre dos veces en señal de amor y pidiéndole que no temiera la esclavitud egipcia predicha para los descendientes de Abraham, porque Dios se apiadaría del sufrimiento de sus hijos y los libraría de la servidumbre. Dios además dijo: "Descenderé contigo a Egipto", y la Shekinah acompañó a Jacob allí, llevando el número de la compañía con la que entró en Egipto hasta setenta. Pero mientras Jacob temía que sus descendientes se quedaran allí para siempre, Dios le dio la seguridad de que lo conduciría junto con todos los piadosos que eran como él. Y Dios también le dijo a Jacob que José había permanecido firme en su piedad incluso en Egipto, y que él podría desechar todas las dudas de su mente a este respecto, porque era su ansiedad por este motivo lo que había inducido a Jacob a considerar la posibilidad de descender a Egipto; solo quería asegurarse de la fidelidad de José y luego regresar a casa, pero Dios le ordenó que fuera y se quedara allí.

Antes de que Jacob saliera de Canaán, fue a Beerseba, a talar los cedros que Abraham había plantado allí y llevárselos a Egipto. Durante siglos estos cedros permanecieron en posesión de sus descendientes; los llevaron con ellos cuando salieron de Egipto, y los usaron para construir el Tabernáculo.

Aunque José había puesto carros a disposición de sus hermanos para el traslado de su familia de Canaán a Egipto, todavía llevaban a Jacob en sus brazos, por lo que se dividieron en tres divisiones, una división tras otra asumiendo la carga. Como recompensa por su devoción filial, Dios redimió a sus descendientes de Egipto.

Judá fue enviado por su padre para que erigiera una morada en Gosén, y también un Bet ha-Midrash, para que Jacob pudiera comenzar a instruir a sus hijos inmediatamente después de su llegada. Encargó a Judá de esta honorable tarea para compensarlo por el daño que le había hecho. Durante todos los años de ausencia de José, había sospechado que Judá se había llevado al hijo de Raquel. Cuán poco justificada estaba la sospecha, se dio cuenta ahora cuando Judá en particular había sido asiduo en asegurar la seguridad de Benjamín, el otro hijo de Raquel. Jacob, por tanto, dijo a Judá: "Has hecho una obra piadosa, ordenada por Dios, y has demostrado ser un hombre capaz de llevar a cabo negociaciones con José. ¡Completa la obra que has comenzado! Ve a Gosén y, junto con José, prepara todas las cosas para nuestra venida. De hecho, "continuó Jacob", tú fuiste la causa de nuestra bajada a Egipto, porque fue por sugerencia tuya que José fue vendido como esclavo, y, también, a través de tus descendientes, Israel será conducido. fuera de Egipto ".

Cuando José fue informado de la llegada de su padre, se regocijó mucho, principalmente porque su llegada detendría la conversación de los egipcios, quienes constantemente se referían a él como el esclavo que tenía dominio sobre ellos. "Ahora", pensó José, "verán a mi padre ya mis hermanos, y estarán convencidos de que soy un hombre libre, de noble estirpe".

En su alegría por la anticipación de ver a su padre, José preparó su carro con sus propias manos, sin esperar a que sus siervos lo ministraran, y esta acción amorosa redundó más tarde en beneficio de los israelitas, ya que anuló el efecto del faraón. celo en preparar él mismo su carro, con sus propias manos, para perseguir a los israelitas.

JACOB LLEGA A EGIPTO

Cuando los nobles egipcios observaron a su virrey completando los preparativos para encontrarse con su padre, hicieron lo mismo. De hecho, José había emitido una proclamación por toda la tierra, amenazando de muerte a todos los que no salieran al encuentro de Jacob. La procesión que

lo acompañó estuvo compuesta por innumerables hombres, vestidos de biso y púrpura, y marchando al son de todo tipo de instrumentos musicales. Incluso las mujeres de Egipto participaron en las ceremonias de recepción. Subieron a los tejados de las casas y a los muros de las ciudades, dispuestos a recibir a Jacob con música de címbalos y panderos.

José llevaba la corona real sobre su cabeza, Faraón se la había entregado para la ocasión. Descendió de su carro cuando estaba a una distancia de unos cincuenta años de su padre, y recorrió el resto del camino a pie, y su ejemplo fue seguido por los príncipes y nobles de Egipto. Cuando Jacob vio la procesión que se acercaba, se regocijó, e incluso antes de reconocer a José, se inclinó ante él, pero por permitir que su padre le mostrara esta marca de honor, José recibió el castigo. Murió prematuramente, antes de que hubieran transcurrido los años de vida que le habían sido asignados.

Para que Jacob no sufriera ningún daño por un encuentro demasiado repentino con él, José envió a su hijo mayor con cinco caballos, y el segundo hijo lo siguió de cerca de la misma manera. A medida que cada hijo se acercaba, Jacob pensó que veía a José, por lo que se preparó gradualmente para verlo cara a cara.

Mientras tanto, Jacob había visto, desde donde estaba sentado, a un hombre con túnica real entre los egipcios, con una corona en la cabeza y un manto de púrpura sobre los hombros, y le preguntó a Judá quién podría ser. Cuando le dijeron que era José, su alegría fue grande por la gran dignidad alcanzada por su hijo.

Para entonces, José se había acercado a su padre, y él se postró ante él a tierra, y toda la gente que estaba con él también se postró. Entonces José se echó sobre el cuello de su padre y lloró amargamente. Estaba particularmente afligido por haber permitido que su padre se inclinara ante él un poco antes sin estorbarlo. En el mismo momento en que José abrazó a su padre, Jacob estaba recitando el Shemá', y no permitió que lo interrumpieran en su oración, pero luego dijo: "Cuando me trajeron el informe de la muerte de José, pensé Estaba condenado a una doble muerte: que perdería este mundo y el mundo venidero también. El Señor había prometido convertirme en el antepasado de doce tribus, y como la muerte de mi hijo hizo imposible que esta promesa se cumpliera. Me di cuenta, temía haber incurrido en la ruina por mis propios pecados, y como pecador no podía sino esperar perder también el mundo futuro. Pero ahora que te he visto vivo, sé que mi muerte será solo para el mundo aquí abajo ". Así fue como llegó Jacob a Egipto. Vino con toda su familia, sesenta y nueve personas en total, pero el número se elevó a setenta por el nacimiento de Jocabed, después la madre de Moisés, que tuvo lugar cuando la cabalgata había avanzado hasta el espacio entre el

uno y el otro. la otra muralla de la ciudad. Todos los varones de su familia eran hombres casados; incluso Pallu y Hezron, el último de los cuales tenía solo un año en el momento de su migración, y el primero solo dos, tenían las esposas que habían elegido para ellos por sus padres. En general, todos los hijos y nietos de Jacob se habían casado jóvenes, algunos de ellos habían sido padres a la edad de siete años.

José tomó algunos de entre sus hermanos y se los presentó al faraón. Eligió al más débil de ellos, para que el rey no se sintiera tentado a retenerlos en su servicio como guerreros. Y como no deseaba que su familia viviera cerca de los egipcios y tal vez se fusionara con ellos, los presentó como pastores. Los egipcios adoraban la constelación de la lluvia, rendían honores divinos a los animales y se mantenían alejados de los pastores. Por lo tanto, el faraón se inclinó a conceder el deseo de José, de darles la tierra de pasto de Gosén para su lugar de residencia, la tierra que era de ellos por derecho, porque el faraón que tomó a Sara de Abraham por la fuerza se la había dado como su posesión irrevocable. .

En su conversación con el faraón, los hermanos de José le dejaron en claro al rey egipcio que no era su intención permanecer en Egipto para siempre, sino que sería solo una morada temporal.

Entonces José presentó a su padre Jacob ante el faraón, y cuando el rey lo vio, le dijo a Og, que estaba con él en ese momento: "¿Ves tú? Solías llamar a Abraham mulo estéril, y aquí está su nieto. ¡con una familia de setenta personas! " Og no podía creer lo que veía, pensaba que Abraham estaba de pie frente a él, tan cercano era el parecido entre Jacob y su progenitor. Entonces el faraón preguntó acerca de la edad de Jacob, para averiguar si en realidad era Jacob y no Abraham. Y Jacob dijo a Faraón: "Los días de los años de mi peregrinaje son ciento treinta años", usando la palabra peregrinaje en referencia a la vida en la tierra, que los piadosos consideran como una estancia temporal en tierras extrañas. "Pocos y malos", continuó, "han sido los días de los años de mi vida. En mi juventud tuve que huir a una tierra extraña a causa de mi hermano Esaú, y ahora, en mi vejez, debo volver a Vete a tierra extraña, y mis días no han llegado a los días de los años de la vida de mis padres en los días de su peregrinaje ". Estas palabras bastaron para convencer al faraón y a Og de que el hombre que estaba frente a ellos no era Abraham, sino su nieto.

Cuando Jacob pronunció las palabras: "Los días de los años de mi peregrinaje han sido pocos y malos", Dios le dijo: "Jacob, te salvé de las manos de Esaú y Labán, te devolví a José y te hice que sea rey y gobernante, y sin embargo hablas de pocos y malos días. Debido a tu ingratitud, no llegarás a los días de los años de la vida de tus padres ", y

Jacob murió a la edad de treinta y cinco años. tres años menos que el de su padre Isaac.

Al salir de la presencia de Faraón, Jacob bendijo al rey con las palabras: "Que los años que aún me quedan guardados te sean dados, y que el Nilo vuelva a desbordar sus riberas de ahora en adelante y riegue la tierra". Sus palabras se cumplieron. Para mostrar que los piadosos son una bendición para el mundo, Dios hizo que el Nilo se elevara sobre su lecho y fructificara la tierra de Egipto.

BONDAD Y GENEROSIDAD DE JOSÉ

Jacob y su familia ahora se establecieron en la tierra de Gosén, y José les proporcionó todo lo necesario, no solo comida y bebida, sino también ropa, y en su amor y bondad entretuvo a su padre y a sus hermanos. todos los días en su propia mesa. Desterró de su mente el mal que le habían hecho sus hermanos y suplicó a su padre que orara a Dios por ellos para que perdonara su gran transgresión. Conmovido por este noble signo de amor, Jacob gritó: "Oh José, hijo mío, has conquistado el corazón de tu padre Jacob".

Además, José tenía otras virtudes. El título de "el temeroso de Dios", que solo lo llevaron él, Abraham, Job y Abdías, lo ganó por razón de su bondad de corazón y su generosidad. Todo lo que les dio a sus hermanos, lo dio con "buen ojo", un espíritu generoso. Si era pan para comer, seguro que sería lo suficientemente abundante, no solo para saciar el hambre de todos, sino también para que los niños se desmoronaran, como es su costumbre.

Pero José fue más que un ayudante para su familia. Como un pastor apacienta a su rebaño, así proveyó para el mundo entero durante los años de hambre. El pueblo maldijo a Faraón, que guardaba las provisiones de trigo en sus cámaras del tesoro para su propio uso, y bendijo a José, que se preocupó por el hambre y vendió grano a todos los que venían. La riqueza que adquirió con estas ventas fue una ganancia legítima, porque los precios fueron elevados, no por él, sino por los propios egipcios. José enterró una parte de sus posesiones, que consistían en oro, plata y piedras preciosas, en cuatro lugares diferentes, en el desierto cerca del Mar Rojo, a orillas del Éufrates, y en dos lugares del desierto en las cercanías de Persia y Medios de comunicación. Coré descubrió uno de los escondites y el emperador romano Antonino, hijo de Severo, otro. Los otros dos nunca se encontrarán, porque Dios ha reservado las riquezas que tienen para los piadosos, para que las disfruten en los últimos días, los días del Mesías. El resto de las posesiones de José lo regaló, en parte a sus hermanos y sus familias, y en parte a Faraón, quien las puso en su tesoro.

La riqueza de todo el mundo fluyó hacia Egipto en ese momento, y permaneció allí hasta el éxodo de los israelitas. Se lo llevaron, dejando a Egipto como una red sin peces. Los israelitas conservaron el tesoro hasta el tiempo de Roboam, quien fue privado de él por el rey egipcio Sisac, y él a su vez tuvo que entregárselo a Zera, rey de Etiopía. Una vez más entró en posesión de los judíos cuando el rey Asa conquistó a Zera, pero esta vez lo retuvieron por poco tiempo, porque Asa se lo entregó al rey arameo.

Ben-adad, para inducirlo a romper su alianza con Baasa, el rey de las Diez Tribus. Los amonitas, a su vez, lo capturaron de Ben-adad, solo para perderlo en su guerra con los judíos bajo Josafat. Nuevamente permaneció con los judíos, hasta la época del rey Acaz, quien lo envió a Senaquerib como dinero de tributo. Ezequías lo recuperó, pero Sedequías, el último rey de los judíos, lo perdió ante los caldeos, de quienes vino a Persia, de allí a los griegos, y finalmente a los romanos, y con el último quedó para siempre.

La gente pronto se quedó sin medios para comprar el maíz que necesitaban. En poco tiempo tuvieron que desprenderse de su ganado, y cuando se gastó el dinero así asegurado, vendieron su tierra a José, e incluso a sus personas. Muchos de ellos se cubrían de barro y se presentaban ante José y le decían: "¡Oh señor rey, mírame y mira mis posesiones!" Entonces José compró toda la tierra de Egipto, y los habitantes se convirtieron en sus arrendatarios, y dieron la quinta parte de sus cosechas a José.

La única clase del pueblo a la que se le permitió permanecer en posesión de su tierra fueron los sacerdotes. José les debía gratitud, porque habían hecho posible que él se convirtiera en el gobernante de Egipto. Los egipcios habían dudado en nombrarlo su virrey, porque se abstuvieron de elegir a un hombre acusado de adulterio para un cargo tan alto. Fueron los sacerdotes los que sugirieron examinar la prenda rasgada de José, que su amante había presentado como prueba de su culpabilidad, y ver si la rotura estaba por delante o por detrás. Si estaba en la parte de atrás, mostraría su inocencia: se había vuelto para huir y su tentadora lo había agarrado de modo que la prenda se rasgó. Pero si la lágrima estaba al frente, entonces sería una prueba de su culpa: había usado la violencia con la mujer y ella había rasgado el manto en sus esfuerzos por defender su honor. El ángel Gabriel vino y transfirió la rasgadura de la parte delantera a la trasera, y los egipcios se convencieron de la inocencia de José, y se les quitó los escrúpulos de elevarlo al reinado.

Tan pronto como los egipcios se enteraron de la posición ventajosa de los sacerdotes, todos trataron de demostrar que eran miembros de la casta. Pero

Joseph investigó las listas en los archivos y determinó el patrimonio de cada ciudadano.

Los sacerdotes fueron favorecidos de otra manera. Además de permanecer en posesión de su tierra, recibieron porciones diarias de Faraón, por lo que Dios dijo: "Los sacerdotes que sirven a los ídolos reciben todo lo que necesitan todos los días, cuánto más los hijos de Abraham, Isaac y Jacob, que son Mis sacerdotes. , merecen que les dé lo que necesitan todos los días ". Al resto de los habitantes de Egipto, que tuvieron que separarse de su tierra, no se les permitió permanecer en sus provincias nativas. José los sacó de sus propias ciudades y los instaló en otras. Su propósito aquí era evitar que los egipcios hablaran despectivamente de sus hermanos como "exiliados, hijos de exiliados"; los hizo a todos igualmente alienígenas. Por la misma razón, Dios más tarde, en el momento de la salida de los israelitas de Egipto, hizo que todas las naciones cambiaran sus lugares de residencia, de modo que no se pudiera reprochar a los israelitas haber tenido que abandonar su hogar. Y, finalmente, cuando Sermacherib se llevó a los judíos de su tierra al exilio, también sucedió que este rey confundió primero a los habitantes de todos los países del mundo.

EL ÚLTIMO DESEO DE JACOB

A cambio de los diecisiete años que Jacob había dedicado a la crianza de José, se le concedieron diecisiete años de estancia con su hijo favorito en paz y felicidad. Los malvados experimentan dolor tras gozo; los piadosos deben sufrir primero, y luego son felices, porque todo bien que termina bien, y Dios permite que los piadosos pasen los últimos años de su vida en la felicidad.

Cuando Jacob sintió que se acercaba su fin, llamó a José a su lado y le dijo todo lo que había en su corazón. Llamó a José en lugar de a uno de sus otros hijos, porque era el único en condiciones de ejecutar sus deseos.

Jacob dijo a José: "Si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que no me entierres en Egipto. Solo por tu bien bajé a Egipto, y por ti hablé: Ahora puedo morir. esto para mí como un verdadero servicio de amor, y no porque tengas miedo, o porque la decencia lo exija. Y cuando duerma con mis padres, tú me enterrarás en su sepultura. Sácame de la tierra de la idolatría, y entiérrame en la tierra donde Dios ha hecho morar Su Nombre, y ponme a descansar en el lugar donde serán enterrados cuatro esposos y esposas, yo el último de ellos ".

Jacob deseaba no ser enterrado en Egipto por varias razones. Sabía que el suelo de Egipto una vez estaría plagado de alimañas, y le repugnaba pensar en su cadáver expuesto a tal inmundicia. Temía, además, que sus descendientes pudieran decir: "Si Egipto no fuera una tierra santa, nuestro

padre Jacob nunca había permitido que lo enterraran allí", y podrían animarse con este argumento a elegir Egipto como vivienda permanente. lugar. Además, si su tumba estuviera allí, los egipcios podrían recurrir a ella cuando las diez plagas cayeran sobre ellos, y si fuera inducido a orar por ellos a Dios, estaría defendiendo la causa de los enemigos del Señor. Si, por el contrario, no intercediera por ellos, el Nombre de Dios sería profanado entre los paganos, quienes dirían: "¡Jacob es un santo inútil!" Además, era posible que Dios lo considerara, la "oveja esparcida" de Israel, como un sacrificio por los egipcios, y remitiera su castigo. Por su conocimiento del pueblo, se justificaba otro temor, que su tumba se convertiría en objeto de veneración idólatra, y Dios establece el mismo castigo para los ídolos adorados que para los idólatras que los adoran.

Si Jacob tenía buenas razones para no querer que su cuerpo descansara en el suelo de Egipto, tenía igualmente buenas razones para querer que descansara en Tierra Santa. En el tiempo mesiánico, cuando los muertos resucitarán, los enterrados en Palestina despertarán a una nueva vida sin demora, mientras que los enterrados en otros lugares primero tendrán que rodar de tierra en tierra a través de la tierra, ahuecada para ese propósito, hasta que alcancen el Tierra Santa, y solo entonces tendrá lugar su resurrección. Pero más allá de esto, Jacob tenía una razón especial para desear que su cuerpo fuera enterrado en Palestina. Dios le había dicho en Beth-el: "La tierra en que mientes, te la daré a ti y a tu descendencia", y por eso hizo todo lo posible por "mentir" en Tierra Santa, para asegurarse de que pertenecen a él y a sus descendientes. Sin embargo, le pidió a José que esparciera un poco de tierra egipcia sobre su cadáver.

Jacob expresó estos sus últimos deseos tres veces. Tal es el requisito de una buena crianza al preferir una solicitud.

En el último período de la vida de Jacob, uno puede ver cuán cierto es que "incluso un rey depende de los favores en una tierra extraña". Jacob, el hombre por cuyos méritos fue creado el mundo entero, por el cual Abraham fue liberado del horno de fuego, tuvo que pedir servicios a otros mientras estaba entre extraños, y cuando José prometió cumplir sus órdenes, se inclinó ante su propio hijo, porque es un dicho verdadero: "Inclínate ante el zorro en su día", el día de su poder.

No estaba satisfecho con una simple promesa de José de que cumpliría su deseo; ¡insistió en prestar juramento por la señal del pacto de Abraham, poniendo una mano debajo de su muslo de acuerdo con la ceremonia acostumbrada entre los Patriarcas! Pero José dijo: "Me tratas como a un esclavo. Conmigo no tienes necesidad de exigir un juramento. Tu mandato es suficiente". Jacob, sin embargo, lo instó diciendo: "Temo que Faraón te ordene que me entierres en el sepulcro con los reyes de Egipto. Insisto en

que haces un juramento, y entonces estaré en paz". José cedió, aunque no se sometió a la ceremonia que había usado Eliezer para confirmar el juramento que hizo a pedido de su maestro Abraham. El esclavo actuó de acuerdo con las reglas de la esclavitud, el hombre libre actuó de acuerdo con los dictados de la libertad. Y en un hijo habría sido indecoroso lo que se estaba convirtiendo en un esclavo.

Cuando José juró enterrar a su padre en Palestina, añadió las palabras: "Como me mandes que haga, así también rogaré a mis hermanos, en mi lecho de muerte, que cumplan mi último deseo y lleven mi cuerpo de Egipto a Palestina. . "

Jacob, notando la Shekinah sobre la cabecera de la cama, donde ella siempre descansa en la habitación de un enfermo, se inclinó sobre la cabecera de la cama y dijo: "Te doy gracias, oh Señor, Dios mío, que ninguno que no sea apto salió de mi cama, sino mi cama era perfecta ". Estaba particularmente agradecido por la revelación que Dios le había concedido acerca de su hijo primogénito Rubén, de que se había arrepentido de su ofensa contra su padre y la había expiado con penitencia. Así se le aseguró que todos sus

los hijos eran hombres dignos de ser los progenitores de las doce tribus, y él fue bendecido con una felicidad como la que ni Abraham ni Isaac habían conocido, porque ambos habían tenido hijos tanto indignos como dignos.

Hasta el momento de Jacob, la muerte siempre había sobrevenido a los hombres de repente y los había arrebatado antes de que se les advirtiera del inminente final de la enfermedad. Una vez Jacob le habló a Dios, diciendo: "Oh Señor del mundo, un hombre muere repentinamente, y no es abatido primero por la enfermedad, y no puede informar a sus hijos con sus deseos con respecto a todo lo que deja atrás. Pero si un hombre primero cayó enfermo y sintió que su fin se acercaba, tendría tiempo de poner su casa en orden ". Y Dios dijo: "En verdad, tu petición es sensata, y tú serás el primero en beneficiarte de la nueva dispensación", y así sucedió que Jacob se enfermó un poco antes de su muerte.

Su enfermedad le preocupaba mucho, porque había sufrido mucho durante su vida. Había trabajado día y noche mientras estaba con Labán, y sus conflictos con el ángel y con Esaú, aunque salió victorioso de ambos, lo habían debilitado y no estaba en condiciones de soportar las penalidades de la enfermedad.

LA BENDICIÓN DE EFRAÍN Y MANASÉS

Todos los años de la estadía de Jacob en Egipto, Asenat, la esposa de José, fue su nodriza constante. Cuando vio que su fin se acercaba, le habló a

José: "He oído que el que es bendecido por un justo es como si hubiera sido bendecido por la Shekinah. Por lo tanto, trae a tus hijos acá, para que Jacob les dé su bendición. . "

Aunque José era un hijo devoto y amoroso de su padre, no lo atendía constantemente, porque quería evitar darle la oportunidad de indagar sobre las circunstancias de su llegada a Egipto. Temía que Jacob pudiera maldecir a sus hijos y causarles la muerte si descubría los hechos relacionados con sus traicioneros tratos con José. Por lo tanto, tuvo mucho cuidado de no estar nunca a solas con su padre. Pero como deseaba estar informado de su bienestar, organizó un servicio de mensajería entre él y Jacob.

Cuando José recibió la noticia de que su padre se había enfermado, a través de su mensajero, así como a través de Efraín, a quien Jacob estaba instruyendo en la Torá, se apresuró a ir a la tierra de Gosén, llevándose a sus dos hijos con él. Deseaba tener certeza sobre cinco puntos: ¿Bendeciría su padre a sus dos hijos, que nacieron en Egipto y, de ser así, los nombraría jefes de tribus? ¿Se cedería a sí mismo los derechos del primogénito y, de ser así, despojaría a Rubén de esos derechos por completo? ¿Y por qué su padre enterró a su madre Raquel junto al camino y no llevó su cuerpo a la tumba familiar en Macpela?

Jacob también había albergado dudas sobre cinco puntos, cuando estaba a punto de emigrar de Canaán a Egipto: no sabía si sus descendientes se perderían entre el pueblo de Egipto; si moriría allí y sería enterrado allí; y si se le permitiría ver a José ya los hijos de José. Dios le dio la seguridad, diciendo: "Yo descenderé contigo a Egipto, y ciertamente te haré volver después de tu muerte, y también tu descendencia, y José pondrá su mano sobre tus ojos". Cuando se acercó el tiempo para el cumplimiento de la promesa divina, Dios se apareció a Jacob y le dijo: "Prometí cumplir tu deseo, y el tiempo de cumplimiento ha llegado".

El espíritu santo le dio a conocer a Jacob que José vendría a él, y él se fortaleció y se sentó en la cama para mostrar el debido respeto al representante del gobierno. Aunque José era su hijo, también era virrey y tenía derecho a marcas especiales de honor. Además, Jacob deseaba dar la impresión de ser un hombre con buena salud. Quería evitar la posibilidad de que se cuestionara su bendición de José y los hijos de José como el acto de una persona irresponsable.

Se fortaleció tanto espiritual como físicamente mediante la oración a Dios, en la que le suplicó que permitiera que el espíritu santo descendiera sobre él en el momento de dar la bendición a los hijos de José.

Cuando José apareció en compañía de sus dos hijos, su padre le dijo: "En todos los diecisiete años que me has estado visitando, nunca trajiste a tus hijos contigo, pero ahora han venido, y sé la razón. Si los bendigo, actuaré en oposición a la palabra de Dios, quien prometió hacerme el progenitor de doce tribus, porque si los adopto como mis hijos, habrá catorce tribus. Pero si no los bendigo, te hundirá en el dolor. Que así sea, los bendeciré. Pero no creas que lo hago porque me apoyaste todos estos años. Hay otra razón muy distinta. Cuando dejé la casa de mi padre para ir a Harán, ofrecí hice una oración en Bet-el, y prometí dar a Dios la décima parte de todo lo que poseía. En lo que respecta a mis posesiones materiales, cumplí mi voto, pero no pude dar el diezmo de mis hijos, porque de acuerdo con la ley tuve que retirar del cómputo a los cuatro hijos, Rubén, José, Dan y Gad, que son los primogénitos de sus madres. Cuando regresé, Dios se me apareció de nuevo en Beth-el y me dijo: Sé fructífero y multiplícate. Pero después de esta bendición no me nació ningún hijo excepto Benjamín solo, y no puede ser sino que Dios se refirió a Manasés y Efraín cuando habló de 'una nación y una compañía de naciones'. Si ahora he hallado gracia ante tus ojos, tus dos hijos Efraín y Manasés, como Rubén y Simón, serán míos, y entonces podré dar la décima parte de mis diez hijos al Señor, y dejaré este mundo libre del pecado de no cumplir mi voto al Señor con respecto a la entrega del diezmo ".

José consintió en hacer la voluntad de su padre, y Jacob diezmo a sus hijos, consagró a Leví al Santo y lo nombró jefe de sus hermanos. Ordenó a sus hijos que tuvieran cuidado de que nunca les falte un hijo de Leví en la sucesión sacerdotal. Y sucedió eso. de todas las tribus, Leví fue el único que nunca demostró ser infiel al pacto de los padres.

Así, Jacob adoptó a Manasés y Efraín para que fueran sus propios hijos, así como Rubén y Simón eran sus hijos. Tenían derecho, como los demás, a una parte en Tierra Santa y, como los demás, debían portar estandartes en su viaje por el desierto.

Satisfecho con las intenciones de Jacob con respecto a sus hijos, José le preguntó a su padre sobre el lugar del entierro de su madre, y Jacob habló, diciendo: "Vives, tu deseo de ver a tu madre acostada a mi lado en la tumba no excede al mío. Tuve gozo en la vida solo mientras ella viviera, y su muerte fue el golpe más fuerte que jamás me cayó ". José le preguntó: "¿Quizás tuviste que enterrarla en el camino, porque murió durante la temporada de lluvias, y no pudiste llevar su cuerpo a través de la lluvia al sepulcro de nuestra familia?" "No", respondió Jacob, "ella murió en la primavera, cuando las carreteras están limpias y firmes". José:

"Concédeme permiso para tomar su cuerpo ahora y colocarlo en el lugar de entierro de nuestra familia". Jacob: "No, hijo mío, para que no hagas. No quise enterrarla en el camino, pero el Señor lo ordenó". La razón del mandato era que Dios sabía que el Templo sería destruido, Israel sería llevado al destierro y los exiliados pedirían a los Patriarcas que intercedieran por ellos ante Dios, pero Dios no los escucharía. De camino a la tierra del forastero, pasaban por la tumba de Raquel, se arrojaban sobre ella y suplicaban a su madre que intercediera por ellos ante Dios. Y Raquel oraba a Dios por ellos: "Oh Señor del mundo, mira mis lágrimas y ten compasión de mis hijos. Pero si no te compadeces de ellos, entonces indemnízame por el mal que me han hecho". Dios escuchará su oración y tendrá misericordia de Israel. Por tanto, Raquel fue enterrada en el camino.

Ahora Jacob deseaba bendecir a los hijos de José, pero el espíritu santo le hizo ver a Jeroboam, el descendiente de Efraín, y a Jehú, el descendiente de Manasés, cómo iban a inducir a Israel a la idolatría, y la Shekinah lo abandonó cuando él estaba por allí. poner sus manos sobre la cabeza de sus nietos. Le dijo a José: "¿Es posible que no te hayas casado con la madre de tus hijos según la ley?" Entonces José llevó a su esposa Asenath a su padre, y señalando su contrato de matrimonio, dijo: "Esta es mi esposa, con quien me casé como es debido, con un contrato de matrimonio y la debida ceremonia. Te ruego, padre mío, que te bendigas. hijos míos, aunque sólo sea por el bien de esta mujer piadosa".

Jacob les pidió a sus nietos que se acercaran a él, y él los besó y abrazó, con la esperanza de que su gozo en ellos atrajera al espíritu santo, pero su esperanza fue vana.

José llegó a la conclusión de que el momento no era propicio para la bendición, y decidió irse hasta que se presentara una oportunidad más propicia; primero, sin embargo, le demostró a su padre que sus hijos habían sido iniciados en el pacto de Abraham.

Fuera de la cámara de su padre, a solas con sus hijos, se arrojó ante Dios y le suplicó que le mostrara misericordia, y les ordenó a sus hijos que hicieran lo mismo, diciendo: "No se contenten con su alta posición, porque los honores mundanos son sólo para un tiempo. Pida a Dios que sea misericordioso y deje que la Shekinah descienda sobre mi padre, para que los bendiga a ambos". Entonces habló Dios al espíritu santo: "¿Hasta cuándo sufrirá José? Revelarte pronto y entrar en Jacob, para que él pueda otorgar bendiciones".

En las palabras de Jacob, "Efraín y Manasés, como Rubén y Simón serán míos", José había notado la preferencia de su padre por su hijo menor Efraín. Lo puso muy ansioso por la primogenitura de su hijo mayor, y tuvo

cuidado de poner a los dos muchachos delante de su padre de tal manera que Manasés estuviera frente a la mano derecha de Jacob y Efraín frente a su mano izquierda. Pero Efraín, debido a su modestia, estaba destinado a cosas mayores que su hermano mayor Manasés, y Dios ordenó al espíritu santo que impulsara a Jacob a dar la primogenitura a Efraín. Ahora, cuando José observó que su padre ponía su mano derecha sobre la cabeza de Efraín, intentó acercarla a la cabeza de Manasés. Pero Jacob lo rechazó, diciendo: "¡Qué, si quisieras desplazar mi mano contra mi voluntad, la mano que venció al príncipe de las huestes de ángeles, que es tan grande como un tercio del mundo! Yo sé cosas que tú no conoces. Sé lo que Rubén le hizo a Bilha, y lo que Judá le hizo a Tamar, ¡cuánto más sé yo de lo que tú conoces!

¿Crees que no sé lo que te hicieron tus hermanos, porque no querías traicionar nada cuando te preguntaba? Lo sé, Manasés también se engrandecerá, el juez Gedeón descenderá de él, pero su hermano menor será el antepasado de Josué, quien paralizará el sol y la luna, aunque dominen toda la tierra desde Así puso Jacob a Efraín el menor por encima de Manasés el mayor, y así permaneció para todos los tiempos. En la lista de las generaciones, Manasés viene después de Efraín, y así fue en la distribución de las porciones en el Tierra Santa, y así fue en la colocación de los campamentos y los estandartes de las tribus, y en la dedicación del Tabernáculo, en todas partes Efraín precedió a Manasés.

La bendición conferida a sus nietos por Jacob fue la siguiente: "Ojalá sea la voluntad de Dios que andes en los caminos del Señor como mis padres Abraham e Isaac, y que el ángel que me redimió de todo mal me dé su ayuda a Josué y Gedeón, y revelarse a ellos. Que vuestros nombres sean nombrados en Israel, y como peces, crezcáis en multitud en medio de la tierra, y como los peces están protegidos por el agua, así podéis ser protegido por los méritos de José ".

Jacob usó las palabras "semejantes a los peces" con el propósito de insinuar la forma de muerte que aguardaba a los efraimitas, los descendientes de José. Así como los peces son atrapados por la boca, así los efraimitas en días posteriores invitarían a su perdición con su peculiar ceceo. Al mismo tiempo, las palabras de Jacob contenían la profecía de que Josué, el hijo del hombre Nun, el "pez", conduciría a Israel a Tierra Santa. Y en sus palabras hay otra profecía más, con referencia a los sesenta mil hijos varones engendrados en la misma noche que Moisés, todos arrojados al río con él, y guardados por sus méritos. El número de niños arrojados a los peces en el río esa noche fue igual al número de hombres en Israel sobre la tierra.

Efraín recibió una bendición especial y separada de su abuelo. Jacob le dijo: "Efraín, hijo mío, tú eres el director de la Academia, y en los días

venideros mis más excelentes y célebres descendientes se llamarán Efrati en tu honor".

José recibió dos regalos de su padre. La primera fue Siquem, la ciudad que Jacob había defendido, con espada y arco, contra las depredaciones de los reyes amorreos cuando intentaron vengarse de sus hijos por el ultraje cometido allí. Y el segundo regalo fueron las vestiduras hechas por Dios para Adán y pasaron de mano en mano, hasta que llegaron a la posesión de Jacob. Siquem fue su recompensa, porque, con su castidad, detuvo la marea de inmoralidad que estalló en Siquem en primer lugar. Además, tenía un derecho previo a la ciudad. Siquem, hijo de Hamor, el amo de la ciudad, se la había dado a Dina como presente, y Asenat, esposa de José, siendo la hija de Dina, la ciudad le pertenecía por derecho.

La ropa de Adán que Jacob había recibido de Esaú. No se los había quitado a su hermano por la fuerza, pero Dios había hecho que le fueran entregados como recompensa por sus buenas obras. Habían pertenecido a Nimrod. Una vez, cuando el poderoso cazador atrapó a Esaú en sus reservas y le prohibió ir a la caza, acordaron determinar mediante combate cuáles eran sus privilegios. Esaú había consultado a Jacob y le había aconsejado que nunca peleara con Nimrod mientras estuviera vestido con las vestiduras de Adán. Los dos ahora luchaban entre sí, y en ese momento Nimrod no estaba vestido con

La ropa de Adam. El final fue que Esaú lo mató. Así, las prendas que llevaba Adán cayeron en manos de Esaú, de él pasaron a las de Jacob, y él las legó a José.

Jacob también le enseñó a José tres señales mediante las cuales distinguir al verdadero redentor, que debería liberar a Israel de la esclavitud de Egipto. Proclamaría el Nombre Inefable, nombraría ancianos y usaría la palabra Pakod al dirigirse a la gente.

LA BENDICIÓN DE LAS DOCE TRIBUS

Cuando José y sus dos hijos dejaron a Jacob, sus hermanos, envidiosos de las abundantes bendiciones otorgadas a los tres, dijeron: "El mundo entero ama al favorito de la fortuna, y nuestro padre ha bendecido a José así porque es un gobernante de hombres ". Entonces habló Jacob: "Los que buscan al Señor no necesitarán ningún bien. Tengo suficientes bendiciones para todos". Jacob convocó a sus hijos de la tierra de Egipto y les ordenó que fueran a él en Ramsés, sin embargo, primero les ordenó que se limpiaran, para que la bendición que estaba a punto de otorgarles se

adhiriera a ellos. Otro de sus mandatos fue que iban a establecer una Academia, por cuyos miembros iban a ser gobernados.

Cuando sus hijos fueron llevados a su presencia por los ángeles, Jacob habló y dijo: "Mirad que no surjan disensiones entre vosotros, porque la unión es la primera condición para la redención de Israel", y estaba a punto de revelar el gran secreto. a ellos con respecto al fin de los tiempos, pero mientras estaban parados alrededor del lecho dorado en el que yacía su padre, la Shekinah lo visitó por un momento y se fue tan rápidamente, y con ella también se fue todo rastro del conocimiento del gran misterio del mente de Jacob. Él 136

Tuvo la misma experiencia que su propio padre Isaac, quien también sufrió la pérdida de la memoria infligida sobre él por Dios, para evitar que le revelara el secreto al final de los tiempos a Esaú, cuando lo convocó para recibir su bendición.

El accidente hizo que Jacob temiera que sus hijos no eran lo suficientemente piadosos como para ser considerados dignos de la revelación acerca de la era mesiánica, y les dijo: "Ismael y los hijos de Cetura eran los manchados de la descendencia de mi abuelo Abraham; mi padre Isaac engendró un problema defectuoso en Esaú, y ahora me temo que entre ustedes también hay uno que alberga la intención de servir a los ídolos ". Los doce hombres hablaron y dijeron: "Oye, Israel, padre nuestro, el Eterno nuestro Dios es el Único Dios. Como tu corazón es uno y unido en declarar al Santo, bendito sea Él en ser tu Dios, así también nuestros corazones son uno y unidos en declararlo ". A lo que Jacob respondió: "¡Alabado sea el Nombre de la gloria de Su majestad por los siglos de los siglos!" Y aunque todo el misterio del tiempo mesiánico no fue comunicado a los hijos de Jacob, la bendición de cada uno contenía alguna referencia a los eventos del futuro.

Estas fueron las palabras dirigidas por Jacob a su hijo mayor: "Rubén, tú eres mi primogénito, mi fuerza y el principio de mi fuerza. Tu porción debería haber sido tres coronas. Deberías haber tenido la doble herencia de tu primogenitura. , y la dignidad sacerdotal, y el poder real. Pero a causa de tu pecado, la primogenitura es conferida a José, la realeza a Judá y el sacerdocio a Leví. Hijo mío, no conozco ningún remedio curativo para ti, sino el hombre Moisés , que ascenderá a Dios, él te sanará, y Dios perdonará tu pecado. Te bendigo, que tus descendientes sean héroes en la Torá y héroes en la guerra. Aunque debas perder tu primogenitura, sin embargo, serás el primero en entrar en posesión de tu asignación en Tierra

Santa, y en tu territorio será la primera de las ciudades de refugio, y tu nombre siempre estará en primer lugar en la lista de las familias de las tribus. el primero cuya herencia será arrebatada por el enemigo, y el primero en ser transportado se fue a las tierras del exilio " .

Después de que a Rubén le "arrancaron las orejas", se retiró, y Jacob llamó a sus hijos Simón y Leví a su lado, y se dirigió a ellos con estas palabras: "Hermanos, erais de Dina, pero no de José, a quien vendisteis a La esclavitud. Las armas de violencia con que golpeaste a Siquem fueron armas robadas, porque no te convenía sacar la espada. Esa fue la porción de Esaú. A él se le dijo: Por tu espada vivirás. En el concilio de la tribu. de Simón, mi alma no vendrá cuando se reúnan en Sitim para hacer actos perversos, y mi gloria no se unirá a la asamblea de Coré, los descendientes de Leví. En su ira, Simón y Leví mataron al príncipe de Siquem, y en su obstinadamente vendieron a José el toro como esclavo. Maldita era la ciudad de Siquem cuando entraron para destruirla. Si permanecen unidos, ningún gobernante podrá hacer frente a ellos, ninguna guerra prosperará contra ellos. dividir y esparcir su posesión entre las posesiones de los otros tribus. Los descendientes de Simón serán muchos de ellos hombres pobres, que vagarán de tribu en tribu y mendigarán pan, y también la tribu de Leví recogerá sus diezmos y regalos de todos los demás " .

Las palabras de Jacob, "Yo los repartiré en Jacob", dichas por Simón y Leví, se cumplieron en Simón en particular. Cuando veinticuatro mil de Simón cayeron en Sitim, las viudas dejaron atrás a los maridos casados de todas las demás tribus. Sin embargo, Jacob no despidió a Simón y Leví sin bendecirlos; la tribu de Simón debía traer los maestros y los beadles que necesitaba todo Israel, y Leví, los eruditos que expondrían la Torá y tomarían decisiones de acuerdo con sus enseñanzas.

Cuando los restantes hijos de Jacob escucharon las reprimendas que su padre les había dado a estos tres, temieron escuchar como reproches y trataron de escapar de su presencia. Especialmente Judá estaba alarmado de que su padre pudiera burlarse de él con su ofensa de tocar a Tamar. Pero Jacob le habló así: "Judá, tú mereces tu nombre. Tu madre te llamó Jehuda, porque dio alabanza a Dios en tu nacimiento, y así te alabarán tus hermanos, y todos se llamarán por tu nombre. Y así como confesaste tu pecado abiertamente, así también tus descendientes, Acán, David y Manasés, declararán públicamente sus pecados, y el Señor escuchará su oración. Tus manos lanzarán dardos tras el enemigo que huye, y el de tu padre. hijos te respetarán. Tienes la insolencia de un perro y la valentía de un león. Salvaste a José de la muerte, y a Tamar y a sus dos hijos de las llamas. Ningún pueblo ni reino podrá enfrentarte a ti. . No cesarán gobernantes de la casa de Judá, ni maestros de la ley de su posteridad, hasta

que venga su descendiente el Mesías, y la obediencia de todos los pueblos sea para él. ¡Cuán glorioso es el Mesías de la casa de Judá! saldrá a la batalla con sus enemigos. Sin rey ni gobierno prevalecerá contra él. Los montes se teñirán de rojo con su sangre, y las vestiduras del Mesías serán como las vestiduras del que presiona vino. Los ojos del Mesías estarán más claros que el vino puro, porque nunca verán la falta de castidad y el derramamiento de sangre; y sus dientes serán más blancos que la leche, porque nunca morderán nada que se tome con violencia ".

Aunque Isacar era el mayor, Zabulón fue el siguiente en ser bendecido, como recompensa por el sacrificio que había hecho por el bien de su hermano, porque cuando Isacar eligió el estudio de la Torá como su vocación, Zabulón decidió dedicarse a los negocios y mantener a su hermano. hermano con las ganancias de su oficio, para que pudiera entregarse a la ley sin ser molestado. Su bendición fue que conquistaría la costa hasta Zidon.

"Isacar", dijo Jacob, "asumirá la carga del estudio de la Torá, y todas las demás tribus vendrán a él y le pedirán que decida sus dudas sobre cuestiones legales, y sus descendientes serán los miembros de la Sanedrín y los eruditos que se ocuparán de arreglar el calendario ". Jacob también bendijo a Isacar con la bendición de que los frutos de su tierra fueran excesivamente grandes, y esto trajo una ganancia tanto celestial como terrenal en su tren, porque cuando los paganos a quienes se vendían los frutos se maravillaban con ellos, los comerciantes judíos Explicó que su tamaño extraordinario se debía a los méritos de la tribu de Isacar, a quien Dios recompensó por su devoción a la Torá, y así muchos de los paganos fueron inducidos a convertirse al judaísmo.

Al bendecir a Dan, los pensamientos de Jacob se concentraron principalmente en su descendiente Sansón, quien, como Dios, sin ningún tipo de ayuda, confirió la victoria a su pueblo. Jacob incluso creyó que el hombre fuerte y heroico era el Mesías, pero cuando se le reveló la muerte de Sansón, exclamó: "Espero tu salvación, oh Señor, porque tu ayuda es para toda la eternidad, mientras que la ayuda de Sansón es sólo por un tiempo. La redención "continuó Jacob", no será realizada por Sansón el danita, sino por Elías el gadita, quien aparecerá al final de los tiempos ".

La bendición de Aser fue la belleza de sus mujeres, que serían buscadas en matrimonio por reyes y sumos sacerdotes.

En la tierra de Neftalí, todos los frutos madurarían rápidamente y serían llevados como regalos a los reyes y ganarían el favor real para los dadores. Esta bendición se cumplió en la llanura de Genesaret. Al mismo tiempo, la bendición de Neftalí era una profecía sobre su descendiente Débora, que era como una cierva suelta contra Sísara para conquistarlo, y

ella pronunció buenas palabras en su cántico de la victoria de Israel. El mismo Neftalí merecía la descripción aplicada a Débora, porque fue rápido como un ciervo para hacer la voluntad de Dios, y fue un mensajero veloz para su padre y las tribus. Lo enviaban a donde quisieran y él ejecutaba sus recados con rapidez. Sirvió a los hermanos de José como heraldo, para anunciar a Jacob las buenas nuevas: "José aún vive", y cuando el padre herido lo vio acercarse, dijo: "He aquí, aquí viene Neftalí el amable, que proclama la paz".

La bendición de José excedió la bendición de todos sus hermanos. Jacob habló: "Oh hijo a quien crié, José, a quien crié, y que fue fuerte para resistir las tentaciones del pecado, tú venciste a todos los magos y sabios de Egipto con tu sabiduría y tus obras piadosas. Las hijas de príncipes arrojaron sus joyas delante de ti, para atraer tus ojos sobre ellos cuando pasaras por la tierra de Egipto, pero tú no miraste en su camino, y por eso fuiste hecho padre de dos tribus. Los magos y los sabios de Egipto trató de difamarte ante el faraón y calumniarte, pero tú pusiste tu esperanza en el Todopoderoso. Por tanto, el que se me apareció como El Shaddai te bendiga y te conceda tierra fértil y mucho ganado. Que la bendición que tu padre te da ahora y la bendición que le dieron sus padres Abraham e Isaac, y que provocó la envidia de los grandes del mundo, Ismael, Esaú y los hijos de Cetura, que todas estas bendiciones sean una corona sobre la cabeza de José, y una cadena en el cuello del que era el gobernante de Egipto, y sin embargo, no disminuyó el honor debido a sus hermanos".

La calumnia de la que habló Jacob se refería a lo que Potifar había dicho de José ante el faraón. Él se había quejado, diciendo: "¿Por qué nombraste a mi esclavo, a quien compré por veinte piezas de plata, para que fuera gobernante de los egipcios?" José había tomado entonces su propia defensa, diciendo: "Cuando me compraste como esclavo, cometiste un crimen capital. Sólo un descendiente de Canaán puede ser vendido como esclavo, y yo soy un descendiente de Sem, y un príncipe además. Si quieres convencerte a ti mismo de la verdad de mis palabras, compárame con la semejanza de mi madre Sara que Faraón había hecho de ella." Trajeron la semejanza de Sara y, en verdad, parecía que José se parecía a su antepasado, y todos estaban convencidos de su noble linaje.

La bendición que Jacob otorgó a Benjamín contiene la profecía de que su tribu proporcionaría a Israel su primer gobernante y su último gobernante, y así fue, porque Saúl y Ester pertenecían a la tribu de Benjamín. Asimismo, la herencia de Benjamín en Tierra Santa alberga dos extremos: Jericó madura sus frutos antes que cualquier otra región de Palestina, mientras que Beth-el los madura más tarde. En la bendición de Benjamín, Jacob se refirió también al servicio en el templo, porque el

Lugar Santo estaba situado en el territorio de Benjamín. Y cuando Jacob llamó a su hijo menor lobo del barranco, estaba pensando en el juez Ehud, el gran erudito, un benjamita, que conquistó a Eglón, rey de Moab, y también tenía en mente a los benjamitas que capturaron a sus esposas con astucia y fuerza. .

Nuevamente, si llamaba lobo a Benjamín, león a Judá y toro a José, quería señalar los tres reinos conocidos como lobo, león y toro, cuya condenación fue y será sellada por los descendientes de sus tres hijos. hijos: Babilonia, el reino del león, cayó por manos de Daniel, de la tribu de Judá; Media, el lobo, encontró a su amo en el benjamita Mardoqueo; y el toro José someterá a la bestia cornuda, el reino de la maldad, antes del tiempo mesiánico.

LA MUERTE DE JACOB

Después de que Jacob bendijo a cada uno de sus hijos por separado, se dirigió a todos juntos y dijo: "Con mi poder los bendije, pero en los días futuros se levantará un profeta, y este hombre Moisés también los bendecirá a ustedes. y continuará mis bendiciones donde las dejé ". Añadió, además, que la bendición de cada tribu redundaría en el bien de todas las demás tribus: la tribu de Judá debería tener una parte del excelente trigo de la tribu de Benjamín, y Benjamín debería disfrutar de la buena cebada de Judá. Las tribus deben ayudarse mutuamente, unas a otras.

Además, les ordenó que no fueran culpables de idolatría en ninguna forma o forma y que no dejaran pasar por sus labios palabras blasfemas, y les enseñó el orden de transportar su féretro, así: "José, siendo rey, no ayudará a llevar Tampoco Leví, que está destinado a llevar el arca de la Shekinah. Judá, Isacar y Zabulón agarrarán su extremo delantero, Rubén, Simón y Gad su lado derecho, Efraín, Manasés y Benjamín el extremo trasero, y Dan, Asher y

Neftalí su lado izquierdo. "Y este era el orden en el que las tribus, llevando cada una su bandera, debían marchar a través del desierto, la Shekinah morando en medio de ellas.

Entonces Jacob habló a José, diciendo: "Y tú, hijo mío José, perdona a tus hermanos por su ofensa contra ti, no los abandones ni los entristezcas, porque el Señor los ha puesto en tus manos, para que los protejas a todos. tus días contra los egipcios ".

También amonestó a sus hijos, diciendo que el Señor estaría con ellos si andaban en sus caminos, y los redimiría de las manos de los egipcios. "Yo sé", continuó, "un gran sufrimiento sobrevendrá a tus hijos y nietos en esta tierra, pero si obedeces a Dios y enseñas a tus hijos a conocerlo, Él te

enviará un redentor que te traerá a la luz de Egipto y te llevarán a la tierra de tus padres " .

Resignado a la voluntad de Dios, Jacob esperó su fin y la muerte lo envolvió suavemente. No el Ángel de la Muerte terminó con su vida, pero la Shekinah tomó su alma con un beso. Además de los tres Patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob, solo Moisés, Aarón y Miriam dieron su último suspiro de esta manera, a través del beso de la Shekinah. Y estos seis, junto con Benjamín, son los únicos cuyos cadáveres no están expuestos a los estragos de los gusanos, y no se corrompen ni se pudren.

Así Jacob partió de este mundo y entró en el mundo venidero, un anticipo del que había disfrutado aquí abajo, como los otros dos Patriarcas, y ninguno más que entre los hombres. En otro aspecto, su vida en este mundo se parecía a su vida en el mundo venidero, la inclinación al mal no tenía poder sobre ellos, ni aquí ni allí, en lo que David se parecía a ellos. José ordenó que el cuerpo de su padre fuera colocado sobre un lecho de marfil, cubierto de oro, tachonado de gemas y colgado con cortinas de biso y púrpura. Se derramó vino fragante a un lado y junto a él se quemaron especias aromáticas. Héroe de la casa de Esaú, príncipes de la familia de Ismael, y el león Judá, el más valiente de sus hijos, rodearon el suntuoso féretro de Jacob. "Venid", dijo Judá a sus hermanos, "plantemos un alto cedro a la cabecera del sepulcro de nuestro padre; su copa llegará hasta los cielos, sus ramas darán sombra a todos los habitantes de la tierra, y sus raíces crecen profundamente en la tierra, hasta el abismo. Porque de él brotaron doce tribus, y de él surgirán reyes y gobernantes, capítulos de sacerdotes preparados para realizar el servicio de los sacrificios, y compañías de levitas listos para cantar salmos y tocar. sobre dulces instrumentos " .

Los hijos de Jacob rasgaron sus vestiduras y ciñeron sus lomos con cilicio, se arrojaron al suelo y esparcieron tierra sobre sus cabezas hasta que el polvo se levantó en una nube alta. Y cuando Asenat, la esposa de José, oyó la noticia de la muerte de Jacob, ella vino, y con ella vinieron las mujeres de Egipto, para llorar y lamentar por él. Y los hombres de Egipto que habían conocido a Jacob repararon allí, y lloraron día tras día, y también muchos viajaron a Egipto desde Canaán, para participar en el duelo de setenta días que se hizo por él.

Los egipcios se decían unos a otros, diciendo: "Lamentémonos por el piadoso Jacob, porque la aflicción del hambre se apartó de nuestra tierra a causa de sus méritos", porque en lugar de devastar la tierra durante cuarenta y dos años según el decreto de Dios, el hambre había durado solo dos años, y eso se debió a las virtudes de Jacob.

José ordenó a los médicos que embalsamaran el cadáver. Debería haberse abstenido de hacer esto, porque desagradó a Dios, que habló, diciendo: "¿No tengo el poder de preservar el cadáver de este piadoso de la corrupción? ¿No fui yo quien pronunció las palabras tranquilizadoras: No temas a la ¿gusano, Jacob, Israel muerto? El castigo de José por esta inútil precaución fue que él fue el primero de los hijos de Jacob en sufrir la muerte. Los egipcios, en cambio, que dedicaron cuarenta días a embalsamar el cadáver y prepararlo para el entierro, fueron recompensados por la veneración que mostraron. Antes de destruir su ciudad, Dios les dio a los ninivitas un respiro de cuarenta días a causa de su rey, que era el faraón de Egipto. Y por los treinta y diez días de luto que las gentes hicieron por Jacob, fueron recompensados en el tiempo de Asuero. Durante setenta días, desde el trece de Nisán, fecha del edicto de Amán ordenando el exterminio de los judíos, hasta el veintitrés de Siwan, cuando Mardoqueo lo recordó, se les permitió gozar de un poder absoluto sobre los judíos.

Cuando se completaron todos los preparativos para el entierro de Jacob, José pidió permiso al faraón para llevar el cuerpo a Canaán. Pero él mismo no fue a presentar su petición ante el faraón, porque no podía presentarse ante el rey con el atuendo de un doliente, ni estaba dispuesto a interrumpir su lamentación por su padre ni siquiera por un breve espacio y presentarse ante el faraón y pedir su petición. Pidió a la familia del faraón que intercediera por él ante el rey por la razón adicional de que deseaba obtener el favor de los parientes del rey, para que no le aconsejaran al faraón que no cumpliera su deseo. Actuó de acuerdo con la máxima: "Procura conquistar al acusador para que no te cause molestias".

José se dirigió primero al peluquero de la reina, y ella influyó en la reina para que lo favoreciera, y luego la reina habló en favor de él con el rey. Al principio, el faraón rechazó el permiso que ansiaba José, quien, sin embargo, lo instó a considerar el juramento solemne que le había hecho a su padre moribundo de enterrarlo en Canaán. El faraón deseaba que buscara la absolución del juramento. Pero José respondió: "Entonces solicitaré también la absolución del juramento que te hice", refiriéndose a un incidente de su historia anterior. Los grandes de Egipto habían aconsejado a Faraón que no nombrara a José como virrey, y no se apartaron de este consejo hasta que José, en su conversación con el rey egipcio, demostró ser dueño de los setenta idiomas del mundo, la condición necesaria para ser cumplido antes de que uno pudiera convertirse en gobernante de Egipto. Pero la conversación demostró algo más, que el propio Faraón no tenía derecho a la realeza egipcia, porque carecía de conocimiento del hebreo. Temía que si se conocía la verdad, José sería elevado a su propio lugar, porque sabía hebreo además de todas las demás lenguas. En su ansiedad y angustia, el faraón hizo que José jurara nunca

traicionar la ignorancia del hebreo por parte del rey. Ahora, cuando José amenazó con ser absuelto de este juramento, así como el de su padre moribundo, un gran terror lo invadió, y rápidamente le concedió permiso para ir a Canaán y enterrar a su padre allí.

Además, el faraón emitió un decreto en todas partes de la tierra amenazando de muerte a aquellos que no acompañaran a José y a sus hermanos en su viaje a Canaán con los restos de su padre, y en consecuencia, la procesión que siguió al féretro de Jacob estaba compuesta por los príncipes y nobles de Egipto, así como la gente común. El féretro fue llevado por los hijos de Jacob. Obedeciendo a su deseo, ni siquiera a sus hijos se les permitió tocarlo. Estaba hecho de oro puro, el borde del mismo estaba incrustado con piedras de ónice y bedelio, y la cubierta era de oro trenzado unido al féretro con hilos que se sujetaban con ganchos de piedras de ónice y bedelio. José colocó una gran corona de oro sobre la cabeza de su padre, y puso un cetro de oro en su mano, vistiéndolo como un rey viviente. El cortejo fúnebre se organizó en este orden: Primero vinieron los hombres valientes del Faraón y los hombres valientes de José, y luego el resto de los habitantes de Egipto. Todos estaban ceñidos con espadas y vestidos con cota de malla, y los atavíos de la guerra estaban sobre ellos. Los llorones y los dolientes caminaban, llorando y lamentándose, a cierta distancia del féretro, y el resto de la gente iba detrás de él, mientras José y su casa lo seguían juntos, descalzos y llorando, y los siervos de José estaban cerca de él, cada hombre con sus pertrechos y armas de guerra. Cincuenta de los siervos de Jacob precedieron al féretro, esparciendo mirra por el camino al pasar, y toda clase de perfumes, de modo que los hijos de Jacob pisaron las especias aromáticas mientras llevaban el cuerpo hacia adelante.

Así la procesión avanzó hasta llegar a Canaán. Se detuvo en la era de Atad, y allí se lamentaron con un lamento muy grande y doloroso. Pero el mayor honor conferido a Jacob fue la presencia de la Shekinah, que acompañó al cortejo.

Los cananeos no tenían la intención al principio de participar en el duelo hecho por Jacob, pero cuando vieron los honores que se le mostraban, se unieron a la procesión de los egipcios, desatando los cinturones de sus vestiduras en señal de dolor. También aparecieron los hijos de Esaú, Ismael y Cetura, aunque su plan al venir era aprovechar la oportunidad y hacer la guerra contra los hijos de Jacob, pero cuando vieron

La corona de José suspendida del féretro, los reyes y príncipes edomitas e ismaelitas siguieron su ejemplo, y también le adhirieron la suya, y estaba adornada con treinta y seis coronas.

Sin embargo, el conflicto no se evitó; estalló al final entre los hijos de Jacob y Esaú y sus seguidores. Cuando los primeros estaban a punto de bajar el cuerpo de su padre a la cueva de Macpela, Esaú intentó evitarlo, diciendo que Jacob había usado su porción asignada de la tumba para Lea, y que el único espacio que quedaba para una tumba le pertenecía a él. Porque, continuó Esaú, "aunque vendí mi primogenitura a Jacob, todavía tengo una porción en la tumba como hijo de Isaac". Los hijos de Jacob, sin embargo, eran muy conscientes del hecho de que su padre había adquirido la parte de Esaú en la Cueva, e incluso sabían que existía una factura de venta, pero Esaú, asumiendo correctamente que el documento se había dejado en Egipto, lo negó. que cualquiera de ellos se había hecho alguna vez, y los hijos de Jacob enviaron a Neftalí, el corredor de la flota, de regreso a Egipto para buscar el billete. Mientras tanto, mientras se producía este altercado entre Esaú y los demás, Hushim, hijo de Dan, se levantó y preguntó con asombro por qué no procedían al entierro de Jacob, porque era sordo y no había entendido las palabras que habían pasado entre los dos. disputantes. Cuando escuchó de qué se trataba, y que las ceremonias se interrumpían hasta que Neftalí regresara de Egipto con la factura de venta, exclamó con indignación: "¡Mi abuelo yacerá aquí sin enterrar hasta que regrese Neftalí!". y agarró un garrote y asestó a Esaú un fuerte golpe, de modo que murió, y sus ojos se salieron de sus órbitas y cayeron sobre las rodillas de Jacob, y Jacob abrió sus propios ojos y sonrió. Habiendo muerto Esaú, el entierro de su hermano podría continuar sin obstáculo, y José lo enterró en la cueva de Macpelah de acuerdo con su deseo.

Sus otros hijos habían dejado todos los arreglos relacionados con el entierro del cuerpo de su padre a su hermano José, porque reflexionaron que era un mayor honor para Jacob si un rey se preocupaba por sus restos en lugar de por simples individuos privados.

La cabeza de Esaú, mientras yacía muerto al lado de la tumba de Jacob, rodó hacia la cueva y cayó en el regazo de Isaac, quien oró a Dios para que tuviera misericordia de su hijo, pero sus súplicas fueron en vano. Dios habló, diciendo: "Vivo yo, que no verá la majestad del Señor".

LOS HIJOS DE JACOB EN GUERRA CON LOS HIJOS DE ESAU

Habiendo sido enterrado Jacob con pompa real, y el período de duelo de siete días, el conflicto entre los hijos de Jacob y los hijos de Esaú estalló de nuevo. En la escaramuza que siguió cuando Esaú reclamó un lugar en la Cueva de Macpela, mientras los restos de su hermano aún estaban insepultos, perdió a cuarenta de sus hombres y, después de su muerte, la fortuna favoreció a sus hijos como pocos. Ochenta de sus seguidores fueron asesinados, mientras que de los hijos de Jacob no se perdió ninguno. José

logró capturar a Zefo, hijo de Elifaz, ya cincuenta de sus hombres, los encadenó y los llevó a Egipto. Entonces el resto del ejército atacante dirigido por Elifaz huyó al monte Seir, llevándose consigo el cadáver decapitado de Esaú, para enterrarlo en su propio territorio. Los hijos de Jacob los persiguieron, pero no mataron a nadie, por respeto a los restos de Esaú.

Al tercer día se reunió un gran ejército, formado por los habitantes de Seir y los hijos de Oriente, y marcharon a Egipto con el propósito de hacer la guerra contra José y sus hermanos. En la batalla que se desencadenó, este ejército fue casi totalmente destruido, José y sus guerreros mataron a no menos de seiscientos mil hombres, y el pequeño remanente huyó precipitadamente. Al regresar a su propio país después de esta campaña fatal, los hijos de Esaú y los hijos de Seir empezaron a pelear entre ellos, y los hijos de Seir exigieron que sus antiguos aliados abandonaran el lugar, porque eran ellos los que habían traído la desgracia al país. .

Entonces, los hijos de Esaú enviaron un mensajero en secreto a su amigo Agnias, rey de África, pidiendo su ayuda contra los hijos de Seir. Accedió a su petición y les envió tropas formadas por soldados de infantería y hombres a caballo. Los hijos de Seir, por su parte, también buscaron aliados, y consiguieron la ayuda de los hijos de Oriente y de los madianitas, que pusieron guerreros a su disposición. En los enfrentamientos que siguieron entre las fuerzas hostiles, los hijos de Esaú fueron derrotados una y otra vez, en parte debido a la traición en sus propias filas, ya que sus hombres a veces desertaron al enemigo mientras se desarrollaba el combate. Sin embargo, finalmente, en la batalla que tuvo lugar en el desierto de Parán, los hijos de Esaú obtuvieron una victoria decisiva. Mataron a todos los guerreros de los hijos de Seir, y los madianitas y los hijos de Oriente fueron puestos en fuga.

Después de eso, los hijos de Esaú regresaron a Seir, y mataron a todos los habitantes del lugar, hombres, mujeres y niños, dejando solo a cincuenta muchachos y doncellas. A los primeros los utilizaron como esclavos y a los últimos los tomaron por esposa. También se enriquecieron con el botín, apoderándose de todas las posesiones de los hijos de Seir, y toda la tierra fue dividida entre los cinco hijos de Esaú. Ahora bien, estos descendientes de Esaú decidieron poner un rey sobre sí mismos, pero como consecuencia de la traición cometida durante la guerra, prevaleció tal odio y amargura entre ellos que decidieron nunca nombrar un gobernante de su propio pueblo. Su elección recayó en Bela, el hijo de Beor, uno de los guerreros que les envió el rey Agnias. Su compañero no se podía encontrar entre las tropas aliadas por su valentía, sabiduría y apariencia hermosa. Le pusieron la corona real en la cabeza, le construyeron un palacio y le dieron regalos

de plata, oro y gemas, hasta que vivió en gran opulencia. Reinó felizmente durante treinta años, y luego encontró su muerte en una guerra contra José y sus hermanos.

Esta guerra se produjo porque los hijos de Esaú no pudieron borrar de su memoria la desgracia de la derrota que les infligieron José y su pueblo. Habiendo conseguido la ayuda de Agnias, y de los ismaelitas y otras naciones del este, emprendieron una segunda campaña contra Egipto, con la esperanza de liberar a Zefo y sus seguidores de manos de José. A pesar de su enorme hueste —tenían no menos de ochocientos mil hombres de infantería y caballería— fueron derrotados en Ramsés por José y sus hermanos y su pequeña compañía de seiscientos hombres. Junto a su rey Bela, dejaron una cuarta parte de su ejército en el campo. La pérdida de su rey los desanimó profundamente, y huyeron, presionados por José, quien mató a muchos de los fugitivos.

Cuando regresó de la batalla, José ordenó que se pusieran esposas y grilletes sobre Zefo y sus seguidores, y su cautiverio se volvió más amargo para ellos que antes.

Los hijos de Esaú nombraron a Jobab de Bosra para suceder al rey muerto Bela. Su reinado duró diez años, pero desistieron de todos los intentos posteriores de hacer la guerra con los hijos de Jacob. Su última experiencia con ellos había sido demasiado dolorosa, pero la enemistad que abrigaban contra ellos era aún más feroz, y su odio nunca disminuyó.

Su tercer rey fue Husam, y los gobernó durante veinte años. Durante su reinado, Zefo logró escapar de Egipto. Fue recibido amablemente por Agnias, rey de África, y nombrado comandante en jefe de sus tropas. Usó todos los medios de persuasión para inducir a su señor soberano a entrar en una guerra con Egipto, pero fue en vano, porque Agnias conocía demasiado bien la fuerza y el heroísmo de los hijos de Jacob. Durante muchos años se resistió a los argumentos y halagos de Zepho. De hecho, tal como estaba, Agnias estaba ocupado con otras empresas bélicas. En esa época sucedió que un hombre de la tierra de Kittim, de nombre 'Uzi, a quien sus compatriotas veneraban como a un dios, murió en la ciudad de Pozimana, y dejó una hija hermosa e inteligente. Agnias se enteró de la belleza y la sabiduría de Yaniah, y él demandó su mano, y la gente de Kittim le concedió su pedido.

Los mensajeros de Agnias se alejaban apresuradamente de Kittim, llevando a su amo la promesa de los habitantes de que Yaniah se convertiría en su esposa, cuando Turnus, rey de Benevento, llegó con la misma misión. Su demanda fue rechazada, porque la gente de Kittim tenía miedo de romper la promesa dada a Agnias. En su ira, Turnus fue a Cerdeña para hacer la

guerra al rey Lucus, un hermano de Agnias, con la intención de lidiar con este último tan pronto como el otro se volviera inofensivo. Al enterarse del diseño ideado por Turnus, Agnias se apresuró a ir a Cerdeña para ayudar a su hermano, y tuvo lugar una batalla en el Valle de Campania. Contra Turno se alinearon Agnias, su hermano Lucus y el hijo de este último, Niblos, a quien su padre había nombrado comandante en jefe de las tropas sardas. En el primer encuentro, Turnus fue el vencedor y los sardos perdieron a su general Niblos. Pero en el segundo enfrentamiento, el ejército de Turno fue derrotado por completo, y él mismo quedó muerto en el campo. Su ejército huyó, perseguido de cerca por Agnias hasta el cruce entre Roma y Albano. El cuerpo de Niblos fue colocado dentro de una estatua de oro, y su padre erigió una torre alta sobre su tumba y otra sobre la tumba de Turno, y estos dos edificios, conectados por un pavimento de mármol, están uno frente al otro, en la cruz. -camino en el que dejó Agnias para seguir al ejército fugitivo.

El rey de África se dirigió a la ciudad de Benevento, pero no tomó medidas duras contra ella y sus habitantes, porque pertenecía a la tierra de Kittim en ese momento. A partir de entonces, sin embargo, bandas de soldados de África hicieron incursiones, de vez en cuando, en la tierra de Kittim, bajo la dirección de Zepho, el capitán del ejército africano. Mientras tanto, Agnias fue a Pozimana, para solemnizar su matrimonio con Yaniah, y regresó con ella a su capital en África.

ZEPHO REY DE KITTIM

Durante todo este tiempo, Zefo no dejó de instar a Agnias a invadir Egipto, y finalmente logró persuadir al rey para que considerara su deseo, y se equipó un gran ejército contra Egipto y los hijos de Jacob. Entre los escuderos estaba Balaam, el hijo de quince años de Beor, un joven sabio y experto en magia, y el rey le pidió que le informara sobre el asunto de la guerra en la que estaban entrando. Balaam tomó cera y moldeó las figuras de los hombres, para representar el ejército de Agnias y el ejército de los egipcios, y los sumergió en agua mágica y los dejó nadar, y pareció que el ejército africano fue sometido por los egipcios. En consecuencia, Agnias abandonó la campaña, y Zefo, viendo que su soberano no podía ser persuadido para la guerra con los hijos de Jacob, huyó del país y se trasladó a Kittim.

La gente de Kittim lo recibió con grandes honores y le ofrecieron mucho dinero para que se quedara con ellos y dirigiera sus guerras. Una vez, mientras Zefo estaba en las montañas de Koptiziah, donde los habitantes de Kittim se habían refugiado ante las tropas del rey africano, tuvo que ir a buscar un buey que se había extraviado, y descubrió una cueva en la cuya abertura estaba cerrada por una gran piedra. Hizo pedazos la piedra, y al

entrar en la cueva vio un animal formado como un hombre arriba y un macho cabrío abajo, y mató a la extraña bestia, que estaba en el mismo acto de devorar a su buey perdido. Hubo un gran regocijo entre la gente de Kittim, porque el monstruo había estado causando estragos entre su ganado durante mucho tiempo, y en gratitud apartaron un día del año, al que llamaron por el nombre de Zepho, en honor a su libertador, y a todos los la gente le traía presentes y le ofrecían sacrificios.

En este momento sucedió que Yaniah, la esposa del rey Agnias, cayó en una grave enfermedad, y los médicos atribuyeron su enfermedad al clima y al agua de África, a la cual ella, nativa de la tierra de Kittim, no pudo acostumbrarse, porque tenía la costumbre de usar el agua del río Forma, que sus antepasados habían llevado a su casa a través de un conducto. Agnias enviadas a la tierra de Kittim y trajeron algo del agua de la Forma a África. Al encontrarlo mucho más liviano que el agua de su propio país, construyó un enorme canal en la tierra de Kittim. a África, y la reina de ahora en adelante tenía toda el agua de Forma que necesitaba. Además, tomó tierra y piedra de Kittim, y construyó un palacio para Yaniah, y ella se recuperó de su enfermedad.

Mientras tanto, Zepho había obtenido una victoria decisiva sobre las tropas africanas que habían hecho una incursión en la tierra de Kittim, y la gente lo eligió como rey. Su primera empresa fue una campaña contra los hijos de Tubal y las islas del mar, y nuevamente tuvo éxito, los sometió por completo. A su regreso, la gente construyó un gran palacio para Zepho, y renovaron su reinado, y continuó hasta su muerte para reinar como rey de Kittim y de Italia.

Durante los primeros trece años de su reinado, los africanos no intentaron perturbar la paz de Kittim, pero luego invadieron la tierra, solo para ser severamente repelidos por Zepho, quien persiguió a las tropas hasta las mismas fronteras de África, y Agnias. el rey estaba tan consternado que no se atrevió a tomar represalias durante algún tiempo. Cuando finalmente hizo un segundo intento, sus tropas fueron aniquiladas por Zepho hasta el último hombre. Ahora Agnias, desesperado, reunió a todos los habitantes de África, tan numerosos como la arena en la orilla del mar, y unió a su gran ejército con el ejército de su hermano Lucus, y así hizo su tercer intento contra Zepho y el pueblo. de la tierra de Kittim.

Alarmado, Zepho escribió a sus hermanos en Seir y suplicó a su rey Hadad que le enviara ayuda. Pero la gente de Seir había concluido una alianza con Agnias ya bajo su

el primer rey Bela, y rechazaron la petición de Zefo, y el rey de Kittim tuvo que enfrentarse al ejército de ochocientos mil hombres reunidos por Agnias con su pequeño grupo de tres mil. Entonces la gente de Kittim habló a su rey Zefo, diciendo: "Ruega por nosotros al Dios de tus antepasados. Quizás Él nos libraré de la mano de Agnias y su ejército, porque hemos oído que Él es un gran Dios, y Él entrega todos los que confían en él ". Zefo oró al Señor, diciendo: "Oh Señor, Dios de Abraham e Isaac, mis padres, hoy se puede dar a conocer que Tú eres un Dios verdadero, y que todos los dioses de las naciones son vanos e inútiles. Recuerda ahora esto día conmigo tu pacto con Abraham nuestro padre, que nuestros antepasados nos relataron, y haz hoy misericordia de mí por amor a Abraham e Isaac, nuestros padres, y sálvame a mí y a los hijos de Kittim de la mano del rey de África, que ha venido contra nosotros para la batalla ".

Dios escuchó la oración de Zefo, y en el primer día de batalla cayó la mitad del ejército africano. Agnias envió de inmediato un decreto a su país, ordenando, bajo pena de muerte y confiscación de propiedades, que todos los hombres de la tierra, incluidos los niños que habían pasado los diez años, debían unirse al ejército y luchar contra la gente de Kittim. A pesar de estas nuevas incorporaciones, trescientos mil hombres, Agnias fue derrotado nuevamente por Zepho en la segunda batalla. Habiendo caído muerto el general africano Sosipater, las tropas se pusieron en fuga, a la cabeza Agnias con Lucus el hermano y Asdrubal el hijo de Agnias. Después de esta terrible derrota, los africanos no hicieron más intentos de perturbar la paz de Kittim, y sus incursiones cesaron para siempre.

A pesar de la gran victoria que Zefo había obtenido con la ayuda de Dios, el rey de Kitim anduvo en los caminos idólatras del pueblo que gobernaba, y en los caminos de los hijos de Esaú, porque, como dice el proverbio del antiguos, "De los impíos sale la maldad", y Zefo no era otro que el resto de los hijos de Esaú.

La severa derrota infligida a Agnias condujo a Balaam de África a Kittim, y fue recibido con grandes honores por Zefo, quien lo recibió debido a su profunda sabiduría.

Ahora Zefo pensó que había llegado el momento de llevar a cabo su plan de venganza contra la posteridad de Jacob, tanto más cuanto que mientras tanto José había muerto, y también sus hermanos y los valientes hombres de Faraón habían fallecido. A él se unieron en la empresa Hadad, rey de Edom, y las naciones de Oriente y los ismaelitas. El ejército aliado era tan vasto que el espacio que cubría mientras se encontraba en fila y fila equivalía a un viaje de tres días. Se formó en orden de batalla en el valle de Patros, y se encontró con trescientos mil egipcios y ciento cincuenta

israelitas de Gosén. Pero los egipcios no confiaban en los israelitas, temían su deserción a los hijos de Esaú e Ismael. Por lo tanto, llegaron a un acuerdo con ellos de que los israelitas no acudirían en ayuda de los egipcios hasta que pareciera que el enemigo estaba ganando terreno.

Zefo, que tenía una alta opinión de la habilidad de Balaam, deseaba que usara sus artes mágicas y averiguara cuál sería el resultado de la guerra, pero el conocimiento de Balaam le falló, no pudo satisfacer el deseo del rey. Los egipcios sufrieron lo peor del primer encuentro entre los dos ejércitos hostiles, pero el aspecto de las cosas cambió tan pronto como convocaron a los israelitas para que los ayudaran. Los israelitas oraron a Dios para que los apoyara con Su ayuda, y el Señor escuchó su oración. Entonces se lanzaron sobre Zefo y sus aliados, y después de haber matado a varios miles de hombres, tal consternación y confusión se apoderó del enemigo que huyeron apresuradamente, perseguidos por los israelitas hasta el límite del país. Los egipcios, en lugar de acudir en ayuda de los israelitas, se habían lanzado a la fuga, dejando que el pequeño grupo de sus aliados dispusiera de la enorme hueste de sus adversarios. Amargados por tal trato, los israelitas mataron hasta doscientos egipcios, con el pretexto de que pensaban que pertenecían al enemigo.

LAS NACIONES EN GUERRA

Hadad, el rey de Edom, que no había logrado ganar fama y honor en la campaña de Egipto, fue favorecido por la fortuna en otra guerra, una guerra contra Moab. Los moabitas rehuyeron encontrarse a solas con Hadad, e hicieron una alianza con los madianitas. En el fragor de la pelea, los moabitas huyeron del campo de batalla, dejando a los madianitas a su suerte, y estos aliados suyos abandonados fueron reducidos a un hombre por Hadad y sus edomitas. Los moabitas salvaron sus pieles y solo sufrieron el inconveniente de tener que pagar tributo. Para vengar la infidelidad practicada contra ellos, los madianitas, apoyados por sus parientes, los hijos de Cetura, reunieron un ejército poderoso y atacaron a los moabitas al año siguiente. Pero Hadad acudió en su ayuda, y nuevamente infligió una severa derrota a los madianitas, quienes tuvieron que renunciar a su plan de venganza contra Moab. Este es el comienzo de la enemistad inveterada entre los moabitas y los madianitas. Si un solo moabita es capturado en la tierra de Madián, lo matan sin piedad, y un madianita en Moab no le va mejor.

Después de la muerte de Hadad, los edomitas instalaron a Samla de Masreca como su rey, quien reinó dieciocho años. Era su deseo tomar la causa de Agnias, el viejo aliado de

los edomitas, y reprendieron a Zefo por haber ido a la guerra con él, pero su pueblo, los edomitas, no le permitieron emprender nada que fuera contrario

a su pariente, y Samlah tuvo que abandonar el plan. En el año catorce del reinado de Samla, Zefo murió, después de haber sido rey de Kitim durante cincuenta años. Su sucesor fue Janus, uno de los habitantes de Kittim, que disfrutó de un reinado igualmente largo.

Balaam había escapado a Egipto después de la muerte de Zefo, y allí fue recibido con grandes demostraciones de honor por el rey y todos los nobles, y el faraón lo nombró consejero real, porque había oído mucho acerca de su gran sabiduría. .

En el reino edomita, a Samla le sucedió Saúl de Petor, un joven de incomparable belleza, cuyo reinado duró cuarenta años. Su sucesor en el trono fue Baal Hamón, rey durante treinta y ocho años, período durante el cual los moabitas se levantaron contra los edomitas, a quienes habían estado pagando tributo desde la época de Hadad, y lograron deshacerse del yugo del extraño.

Los tiempos fueron turbulentos en todas partes. Agnias, el rey de África, murió, y también ocurrió la muerte de Jano, el rey de Kittim. Los sucesores de estos dos gobernantes, Asdrúbal, el hijo de Agnias, y Latinus, el rey de Kittim, entraron entonces en una guerra prolongada de muchos años. Al principio, la fortuna de la guerra favoreció a Latinus. Navegó a África en barcos e infligió una derrota tras otra a Asdrúbal, y finalmente este rey de África perdió la vida en el campo de batalla. Después de destruir el canal de Kittim a África construido muchos años antes por Agnias, Latinus regresó a su propio país, llevándose consigo como esposa a Ushpiziwnah, la hija de Asdrúbal, que era tan maravillosamente hermosa que sus compatriotas llevaban su semejanza en sus ropas. Latinus no disfrutó mucho de los frutos de su victoria. Aníbal, el hermano menor de Asdrúbal y su sucesor en el poder real, fue a Kittim en barcos y llevó a cabo una serie de guerras que duraron dieciocho años, en el transcurso de las cuales mató a ochenta mil habitantes de Kittim, sin perdonar a los príncipes y nobles. Al final de este prolongado período, regresó a África y reinó sobre su pueblo en paz y tranquilidad.

A los edomitas, durante los cuarenta y ocho años del reinado de Hadad, sucesor de Baal Hamon, no les fue mejor que al pueblo de Kitim. La primera empresa de Hadad fue reducir de nuevo a los moabitas bajo la soberanía de Edom, pero tuvo que desistir, porque no pudo ofrecer una resistencia exitosa a un rey recién elegido de ellos, uno de su propio pueblo, que reclutó la ayuda de sus parientes los Amonitas. Los aliados comandaban un gran ejército y Hadad estaba abrumado. A estas guerras siguieron otras entre Hadad de Edom. y Abimenes de Kittim. Este último fue el grupo atacante e invadió Seir con un poderoso ejército. Los hijos de Seir fueron derrotados abyectamente, su rey Hadad fue llevado cautivo y

luego ejecutado por Abimenes, y Seir se convirtió en una provincia sujeta a Quitim y gobernada por un gobernador.

Así terminó la independencia de los hijos de Esaú. A partir de entonces tuvieron que pagar tributo a Kittim, sobre el que gobernó Abimenes hasta su muerte, en el año treinta y ocho de su reinado.

MAGNANIMIDAD DE JOSÉ

Cuando José regresaba del entierro de su padre en la cueva de Macpela, pasó por la fosa en la que sus hermanos lo habían arrojado una vez, y miró dentro de ella y dijo: "Bendito sea Dios, que permitió que ocurriera un milagro". para mí aquí! " Los hermanos infirieron de estas palabras de gratitud, que José pronunció en cumplimiento de los mandatos de la ley, que apreciaba el recuerdo del mal que le habían hecho, y temían que ahora que su padre estaba muerto, su hermano le correspondería. ellos de acuerdo con sus hechos. Observaron, además, que desde que su padre ya no existía, José había abandonado la costumbre de recibirlos en su mesa, y lo interpretaron como una señal de su odio hacia ellos. En realidad, se debió al respeto y la estima de José por sus hermanos. "Mientras mi padre viviera", se dijo José, "me invitó a sentarme a la cabecera de la mesa, aunque Judá es el rey y Rubén el primogénito. Era el deseo de mi padre, y yo cumplí con Pero ahora no es correcto que yo tenga el primer asiento en su presencia y, sin embargo, siendo gobernante de Egipto, no puedo ceder mi lugar a ningún otro ". Por tanto, pensó que era mejor no tener la compañía de sus hermanos en sus comidas.

Pero ellos, sin comprender sus motivos, le enviaron a Bilha con el último mensaje de su padre, que debía perdonar la transgresión y el pecado de sus hermanos. Por el bien de los caminos de la paz, habían inventado el mensaje; Jacob no había dicho nada parecido. José, por su parte, se dio cuenta de que sus hermanos hablaban así solo porque temían que pudiera hacerles daño, y lloró porque pusieran tan poca confianza en su afecto. Cuando aparecieron, y se postraron ante él, y dijeron: "Querías hacer de uno de nosotros un esclavo para ti mismo. He aquí, todos estamos listos para ser tus siervos", les habló con dulzura y trató de convencerlos. a ellos que no abrigó ningún plan malo contra ellos. Él dijo: "No temas, no te haré daño, porque temo a Dios, y si piensan que no logré que se sentaran a mi mesa debido a la enemistad hacia ustedes, Dios conoce las intenciones de mi corazón, Él sabe que Actué así por consideración al respeto que le debo ".

Además, dijo: "Vosotros sois como el polvo de la tierra, la arena en la orilla del mar y las estrellas en el cielo. ¿Puedo hacer algo para eliminarlos del mundo? Diez estrellas no podrían hacer nada contra una estrella. ¿Cuánto

menos puede una estrella hacer algo contra diez? ¿Crees que tengo el poder de actuar en contra de las leyes de la naturaleza? Doce horas tiene el día, doce horas la noche, doce meses el año, doce constelaciones están en el cielos, y también hay doce tribus! Tú eres el tronco y yo soy la cabeza- - ¿De qué sirve la cabeza sin el tronco? Es para mi bien que te trate con afecto fraternal. Antes de tu advenimiento, estaba Considerado como un esclavo en este país, usted demostró que soy un hombre de noble cuna. Ahora, si lo matara, se demostraría que mis reclamos sobre un linaje aristocrático son una mentira. Los egipcios dirían, Él no era su hermano, eran extraños para él, pero los llamó sus hermanos para cumplir su propósito, y ahora ha encontrado un pretexto para apartarlos. O me considerarían un hombre sin probidad. ¿Quién juega en falso con sus propios parientes y parientes, cómo puede mantener la fe en los demás? Y, en verdad, ¿cómo puedo aventurarme a poner la mano sobre aquellos a quienes Dios y mi padre han bendecido? "

Como los tratos de José fueron amables y gentiles con sus hermanos, él fue el ayudante y consejero de los egipcios, y cuando el faraón partió de esta vida, siendo José entonces un hombre de setenta y un años de edad, el último deseo del rey fue que pudiera Sea un padre para su hijo y sucesor Magron, y administre los asuntos de estado por él. Algunos de los egipcios deseaban hacer rey a José después de la muerte del faraón, pero este plan encontró oposición por parte de otros. Se opusieron a un extranjero en el trono, por lo que el título real se dejó a Magron, llamado Faraón, según la costumbre establecida, el nombre dado a todos los reyes egipcios. Pero José fue nombrado gobernante real de la tierra, y aunque solo era virrey en Egipto, reinó como rey sobre las tierras fuera de Egipto hasta el Éufrates, partes de las cuales José había adquirido por conquista. Los habitantes de estos países le traían su tributo anual y otros regalos además, y así gobernó José durante cuarenta años, amado de todos y respetado por los egipcios y las otras naciones, y durante todo ese tiempo sus hermanos vivieron en Gosén. feliz y alegre en el servicio de Dios. Y en su propio círculo familiar, José también estaba feliz; vivió para actuar como padrino en la circuncisión de los hijos de su nieto Machir.

Su final fue prematuro en comparación con el de sus hermanos; a su muerte era más joven que cualquiera de ellos a su muerte. Es cierto, "el Dominio entierra al que lo ejerce". Murió diez años antes de su tiempo asignado, porque, sin ofenderse, había permitido que sus hermanos llamaran a su padre su "siervo" en su presencia.

ASENATH

Dios le da a cada hombre la esposa que se merece, por lo que Asenath era digna de ser la ayuda idónea de José el piadoso. Su padre era Potifar, uno

de los magnates del faraón, y se encontraba entre los más distinguidos por razón de sabiduría, riqueza y posición. Su hija era delgada como Sara, hermosa como Rebeca y de apariencia radiante como Raquel. Nobles y príncipes demandaron su mano cuando ella tenía dieciocho años. Incluso el sucesor designado por el faraón, su primogénito, la exigió en matrimonio, pero su padre se negó a cumplir su deseo porque lo hizo no la considero una esposa adecuada para alguien destinado a sentarse en el trono. La hija del rey moabita, insistió, era una pareja más adecuada para él. Pero Asenath rechazó todas las propuestas de matrimonio y evitó todas las relaciones sexuales con hombres. Con siete doncellas nacidas el mismo día que ella, vivía jubilada en un magnífico palacio contiguo al de sus padres.

Sucedió en el primero de los siete años de abundancia que José planeó visitar el lugar donde residía Potifar, y le envió un mensaje de que lo toleraría, en su casa. Potifar estaba encantado con el honor que le esperaba, y también con la oportunidad que le brindaría de llevar a cabo un matrimonio entre Asenath y José. Pero cuando le reveló su plan a su hija, ella lo rechazó con indignación. "¿Por qué querrías verme unida a un vagabundo, un esclavo", gritó, "uno que ni siquiera pertenece a nuestra nación, pero es el hijo de un pastor cananeo, un tipo que intentó violar el honor de su amante, y en castigo por este delito fue encarcelado, para ser liberado de allí por el faraón por interpretar su sueño? No, padre, nunca me convertiré en su esposa. Estoy dispuesta a casarme con el hijo del faraón, el futuro gobernante y rey de Egipto".

Potifar le prometió a su hija que no volvería a hablar del plan. En ese momento se anunció la llegada de Joseph, y Asenath dejó la presencia de sus padres y se retiró a sus propios apartamentos. De pie junto a la ventana, vio pasar a Joseph, y se sintió tan transportada con su belleza divina y su porte indescriptiblemente noble que rompió a llorar y dijo: "Pobre, tonta de mí, ¿qué voy a hacer? Me dejé engañar. amigos, que me dijeron que José era hijo de un pastor cananeo. Ahora contemplo el esplendor que emana de él como el esplendor del sol, iluminando nuestra casa con sus rayos. En mi audacia y locura había mirado hacia abajo él, y había dicho tonterías absurdas contra él. No sabía que era un hijo de Dios, como debe ser, porque entre los hombres no existe tal belleza como la suya. Te ruego, oh Dios de José, me concedas el perdón. Fue mi ignorancia lo que me hizo hablar como un tonto. Si mi padre me da en matrimonio a José, seré suyo para siempre".

Mientras tanto, José se había sentado a la mesa de Potifar y observó a una doncella que lo miraba desde una de las ventanas del palacio. Ordenó que se le ordenara que se fuera, porque nunca permitió que las mujeres lo miraran o se acercaran a él. Su belleza sobrenatural siempre fascinó a las

nobles damas egipcias, y fueron incansables en los esfuerzos que hacían para acercarse a él. Pero sus intentos fueron en vano. Apreciaba las palabras de su padre Jacob, quien había advertido a su hijo que se mantuviera apartado de las mujeres de los gentiles.

Potifar le explicó a José que la doncella de la ventana era su hija virgen, que nunca permitía que los hombres permanecieran cerca de ella; era el primer hombre al que había mirado en su vida. El padre continuó e hizo la petición de Joseph, que le permitiera a su hija presentarle sus respetos. José le concedió el favor que deseaba, y Asenath apareció y lo saludó con las palabras: "La paz sea contigo, bendito del Dios Altísimo", a lo que José devolvió el saludo: "Bendito seas del Señor, de quien fluyen todas las bendiciones. . "

Asenath deseaba también besar a José, pero rechazó el saludo íntimo con las palabras: "No conviene que un hombre temeroso de Dios, que bendice al Dios vivo, y come el pan bendito de la vida, que bebe de la copa bendita de inmortalidad e incorruptibilidad, y se unge con el aceite fragante de la santidad, debe besar a una mujer de pueblo extraño, que bendice ídolos muertos e inútiles, y come el pan podrido de la idolatría, que ahoga el alma del hombre, que bebe las libaciones de engaño, y se unge con aceite de destrucción ".

Estas palabras pronunciadas por José conmovieron a Asenath hasta las lágrimas. Por compasión con ella, le otorgó su bendición, pidiendo a Dios que derramara Su espíritu sobre ella y la hiciera miembro de Su pueblo y Su herencia, y le concediera una porción en la vida eterna.

EL MATRIMONIO DE JOSÉ

La aparición y el discurso de José causaron una impresión tan profunda en Asenath que, apenas llegó a su apartamento, se despojó de sus ropas de gala y se quitó las joyas, y en su lugar se vistió de cilicio, se echó cenizas en la cabeza y suplicó a Dios entre lágrimas que le concediera perdón por sus pecados. De esta manera pasó siete días y siete noches en su habitación. Ni siquiera a sus siete asistentes se les permitió entrar en su presencia durante el tiempo de su penitencia. La mañana del octavo día se le apareció un ángel y le ordenó que se quitara el cilicio y las cenizas y se arreglara, porque ese día había nacido de nuevo, dijo, para comer el pan bendito de la vida, para beber de la copa de la vida inmortal, y se unge con el aceite de la vida eterna. Asenath estaba a punto de poner comida y bebida ante su invitado, cuando percibió un panal de formas y fragancias maravillosas. El ángel le explicó que había sido producido por las abejas del Paraíso, para servir de alimento a los ángeles y los elegidos de Dios. Tomó una pequeña porción para sí mismo, y el resto lo puso en la

boca de Asenath, diciendo: "A partir de este día tu cuerpo florecerá como las flores eternas en el Paraíso, tus huesos engrosarán como sus cedros, la fuerza inagotable será sé tuya, tu juventud nunca se desvanecerá, y tu belleza nunca perecerá, y serás como una metrópoli rodeada por un muro ". A pedido de Asenath, el ángel bendijo también a sus siete asistentes con las palabras: "Que el Señor los bendiga y los haga ser siete pilares en la Ciudad de Refugio".

Entonces el ángel la dejó y ella lo vio ascender hacia el cielo en un carro de fuego tirado por cuatro caballos de fuego. Ahora sabía que no había estado entreteniéndolo a un ser humano, sino a un ángel.

Apenas había partido el mensajero celestial, cuando se anunció la visita de José, y ella se apresuró a vestirse y adornarse para su recepción. Cuando se lavó la cara, lo vio en el agua, y lo vio de una belleza como nunca antes, tan grande había sido la transformación que había producido el ángel. Cuando llegó José, no la reconoció. Él le preguntó quién era, a lo que ella respondió: "¡Soy tu sierva Asenath! He desechado mis ídolos, y este día vino a mí un visitante del cielo. Me dio de comer del pan de vida y de beber de la copa bendita, y me dijo estas palabras: "Te doy a José como su esposa prometida, para que sea tu esposo prometido para siempre". Y además dijo: "Tu nombre no se llamará más Asenath, sino que tu nombre será Ciudad de Refugio, adonde huirán las naciones en busca de seguridad". Y añadió: "Voy a ver a José para contarle todas estas cosas que se refieren a ti". Ahora, mi señor, sabes si el hombre estaba contigo y te habló en mi nombre ".

José confirmó todo lo que ella había dicho, y se abrazaron y besaron en señal de su compromiso, que celebraron con un banquete con Potifar y su esposa. La boda tuvo lugar más tarde en presencia del faraón, quien colocó una corona de oro sobre la cabeza del novio y la novia, les dio su bendición e hizo una fiesta de siete días en su honor, a la que invitó a los magnates y príncipes. de Egipto y de otros países. Y durante los siete días de las festividades nupciales se prohibió al pueblo, bajo pena de muerte, hacer cualquier tipo de trabajo; todos debían unirse a la celebración del matrimonio de José.

HERMANOS AMABLE Y NO AMABLE

El día veintiuno del segundo mes del segundo de los siete años de hambre, Jacob descendió a Egipto y lo visitó su nuera Asenat. Ella se maravilló no poco por su belleza y fuerza. Sus hombros y sus brazos eran como los de un ángel y sus lomos como los de un gigante. Jacob le dio su bendición y ella regresó a casa con su esposo, acompañada de los hijos de Lea, mientras que los hijos de las siervas, recordando el mal que una vez le habían hecho

a José, se mantuvieron al margen. Levi en particular había concebido un cariño por Asenath. Estaba especialmente cerca del Dios Viviente, porque era un profeta y un sabio, tenía los ojos abiertos y sabía leer los libros celestiales escritos por el dedo de Dios. Le reveló a Asenath que había visto su futuro lugar de descanso en el cielo, y que estaba construido sobre una roca y rodeado por un muro de diamantes.

En su viaje se encontraron con el hijo de Faraón, su sucesor en el trono, y estaba tan conmovido por la belleza de Asenath que trazó el plan de asesinar a José para asegurarse la posesión de su esposa. Llamó a Simón y Leví, y con halagos y promesas trató de inducirlos a apartar a José del camino. Simón estaba tan enfurecido que lo habría derribado de inmediato, si su hermano Levi, que estaba dotado con el don de profecía, no hubiera adivinado su propósito y lo hubiera frustrado al pisarle el pie mientras le susurraba: "¿Por qué estás tan enojado? ¿Y tan enojado con el hombre? Nosotros que tememos a Dios, no podemos pagar mal con mal.

" Volviéndose al hijo de Faraón, le dijo que nada los induciría a ejecutar la maldad que él había propuesto; más bien le aconsejó que no emprendiera nada contra José, de lo contrario lo mataría con la espada que le había servido en la matanza de los habitantes de Siquem. El culpable fue presa de una alarma frenética y se postró ante Simón y Levi para suplicar su misericordia. Levi le levantó la propina, diciendo: "No temas, pero abandona tu malvado plan, y no albergues ningún mal plan contra José".

Sin embargo, el hijo de Faraón no abandonó su propósito criminal. Se acercó a los hijos de Bilha y Zilpa, y trató de lograr a través de ellos lo que había fallado con Simón y Leví. Los llamó a su presencia y les contó de una conversación entre José y Faraón que él había escuchado. El primero había dicho que esperaba pero para enterarse de la muerte de su padre Jacob para acabar con los hijos de las siervas, porque ellos habían sido los que lo vendieron como esclavo. Con estas palabras excitado su ira contra José, los hijos de Bilha y Zilpah accedieron a la proposición del hijo de Faraón. Se dispuso que este último matara a Faraón, el amigo de José, mientras se arrojaban sobre su hermano y lo apartaban del camino. Fueron provistos con seiscientos guerreros capaces y cincuenta lanceros para ese propósito. La primera parte del plan, el asesinato del faraón, fracasó. La guardia del palacio no permitió que ni siquiera el sucesor del trono entrara en el dormitorio de su padre, y tuvo que marcharse sin haber cumplido su objetivo.

Ahora Dan y Gad le dieron el consejo de que ocupara su puesto con cincuenta arqueros en un lugar secreto que Asenath tenía que pasar en su viaje de regreso a casa. Desde allí podría atacar con éxito su suite y apoderarse de ella. A Neftalí y Aser no les importaba tener nada que ver

con esta empresa hostil contra José, pero Dan y Gad los obligaron a hacerlo, insistiendo en que todos los hijos de las siervas debían permanecer unidos como hombres y repeler el peligro que los amenazaba.

Traición castigado

Desde su emboscada, las fuerzas del hijo de Faraón cayeron sobre Asenath y sus seiscientos ayudantes. Lograron derribar a la vanguardia y Asenath tuvo que emprender la huida. Para su alarma, se encontró con el hijo de Faraón con cincuenta hombres a caballo. Benjamín, sentado en el mismo carro que ella, vino a rescatarla, porque a pesar de su juventud era sumamente valiente. Bajó del carro, recogió guijarros y, arrojándolos al hijo de Faraón, lo golpeó en la frente y le infligió una herida grave. El auriga lo ayudó manteniéndole provisto de guijarros, que arrojó a los cincuenta jinetes con una habilidad tan experta que mató a cuarenta y ocho de ellos con tantos proyectiles. Mientras tanto, los hijos de Lea llegaron al lugar y acudieron en ayuda de Asenath, porque Leví, con su espíritu profético, había visto lo que estaba sucediendo y, llamando a sus cinco hermanos, se apresuró a ir allí. Estos seis atacaron a las tropas en una emboscada y las mataron. Pero el peligro para Asenath no se eliminó de ninguna manera. En ese momento, los hijos de las siervas se lanzaron sobre ella y Benjamín con espadas desenvainadas. Su intención era matarlos a ambos y huir para refugiarse en las profundidades del bosque. Pero tan pronto como Asenath suplicó ayuda a Dios, las espadas cayeron de las manos de sus asaltantes, y vieron que el Señor estaba del lado de Asenath. Cayeron a sus pies y suplicaron su gracia. Ella apaciguó su ansiedad con las palabras: "Sed valientes y no temáis a vuestros hermanos, los hijos de Lea. Son hombres temerosos de Dios. Permaneced ocultos hasta que se apacigüe su ira".

Cuando aparecieron los hijos de Lea, Asenath se postró ante ellos, y en medio de lágrimas les imploró que perdonaran a los hijos de las siervas y no pagaran con maldad el mal que habían meditado. Simón no quiso oír hablar de hacer concesiones. Insistió en que la medida de sus pecados estaba completa, y que debían pagar por ellos con sus vidas, porque ellos habían sido los que habían vendido a José como esclavo y habían traído desgracias indecibles sobre Jacob y sus hijos. Pero Asenath no se detuvo y sus peticiones urgentes ganaron el día. Ella logró calmar la ira de Simón, y en Leví tenía un aliado secreto, porque este profeta conocía el escondite de los hijos de las siervas, y no se lo entregó a Simón, para que no aumentara su ira al verlo. de ellos. También fue Leví quien impidió que Benjamín diera el golpe mortal al hijo de Faraón gravemente herido. Lejos de permitir que le hicieran daño, se lavó las heridas, lo subió a un carro y lo llevó ante el faraón, quien agradeció a Leví de todo corazón por sus

servicios de bondad amorosa. Los esfuerzos de Leví fueron en vano, tres días después el hijo del Faraón murió a causa de las heridas infligidas por Benjamín, y del dolor por la pérdida de su primogénito, Faraón lo siguió poco después, dejando esta vida a la edad de ciento setenta y siete años. Su corona se la dejó a José, quien gobernó Egipto durante cuarenta y ocho años a partir de entonces. Él, a su vez, entregó la corona al nieto del faraón, un bebé en brazos en el momento de la muerte de su abuelo, hacia quien José había actuado en lugar de un padre durante toda su vida.

LA MUERTE Y EL ENTIERRO DE JOSÉ

En su lecho de muerte, José hizo un juramento a sus hermanos, y les ordenó en su lecho de muerte que también juraran a sus hijos para llevar sus huesos a Palestina, cuando Dios los visitaría y los sacaría de la tierra de Egipto. Él dijo: "Yo, que soy un gobernante, podría llevar el cuerpo de mi padre a Tierra Santa mientras aún estuviera intacto. De ustedes, solo les pido que se lleven mis huesos de aquí, y los pueden enterrar en cualquier lugar en Palestina, porque sé que el lugar de entierro de los padres fue designado para ser la tumba sólo de los tres Patriarcas y sus tres esposas".

José prestó juramento de llevar sus restos con ellos cuando salieran de Egipto, de sus hermanos, y no de sus hijos, para enterrarlo de inmediato en Palestina, porque temía que los egipcios no le dieran permiso a este último para transportar sus huesos. Incluso si recordaban lo que se le había permitido hacer a José con el cuerpo de su padre. Objetarían que José había sido el virrey, y no se podía negar un deseo preferido por alguien de tan alta posición. Además, exhortó a sus hermanos a que no salieran de Egipto hasta que apareciera un redentor y anunciara su mensaje con las palabras: "Pakod, seguramente te he visitado", una tradición que José había recibido de su padre, quien la recibió de Isaac. e Isaac, a su vez, se lo había llevado Abraham. Y les dijo que Dios redimiría a Israel a través de Moisés como a través del Mesías, en este mundo como en el mundo venidero, y que la redención egipcia comenzaría en Tishri, cuando Israel sería liberado del trabajo esclavo, y se completaría en el futuro. siguiendo a Nisán, cuando dejarían Egipto.

José también amonestó a sus hermanos a andar en los caminos del Señor, para que fueran dignos de Su gracia y ayuda. Especialmente inculcó en sus hermanos e hijos la virtud de la castidad y una vida moral firme. Les contó todo lo que le había sucedido, el odio de sus hermanos, las persecuciones de la esposa de Potifar, la calumnia, envidia y malicia de los egipcios, para mostrar cómo los que temen al Señor no son abandonados por Él en tinieblas, servidumbre, tribulación o angustia. "Fui vendido como esclavo", dijo, "pero el Señor me libró; fui arrojado a la cárcel, pero Su mano fuerte

me ayudó. Fui torturado por el hambre, pero el Señor mismo me dio sustento. Estaba solo, y Dios me consoló. Y en cuanto a ustedes, si andan por caminos de castidad y pureza con paciencia y humildad de corazón, el Señor morará entre ustedes, porque ama la vida casta, y si ustedes, hijos míos, observarán los mandamientos del Señor, Él te levantará aquí, en este mundo, y te bendecirá allá, en el mundo venidero. Si los hombres buscan hacerte mal, ora por ellos, y serás librado de todo mal por el Señor. Por mi paciencia, recibí a la hija de mi amo por esposa, y su dote fue de cien talentos de oro, y Dios también me dio belleza como la belleza de una flor, más que todos los hijos de Jacob. y me conservó hasta mi vejez en vigor y hermosura, porque en todo me parecía a Jacob ".

José continuó y les contó las visiones que había tenido, en las que se le revelaba el futuro de Israel, y luego cerró con las palabras: "Sé que los egipcios los oprimirán después de mi muerte, pero Dios ejecutará venganza por ustedes. por amor, y Él los conducirá a la tierra prometida de sus padres. Pero ciertamente llevarán mis huesos con ustedes de aquí, porque si mis restos son llevados a Canaán, el Señor estará con ustedes en la luz, y Behar quédate con los egipcios en las tinieblas. Toma también contigo los huesos de tu madre Zilpa, y entérralos cerca del sepulcro de Bilha y de Raquel ".

Estas palabras terminaron, estiró los pies y durmió su último sueño eterno, y todo Israel lo lloró, y todo Egipto estaba en gran dolor, porque también había sido un amigo compasivo de los egipcios, y él les había hecho bien y les había dado sabios consejos y ayuda en todas sus empresas.

El deseo de José, que sus huesos descansaran en Tierra Santa, se cumplió cuando los israelitas salieron de Egipto, y nada menos que un personaje que Moisés se dedicó a su ejecución. Tal fue la recompensa de José por la devoción que había mostrado en el entierro del cuerpo de su padre, porque él mismo había hecho todas las cosas necesarias, sin dejar nada a los demás. Por lo tanto, un hombre tan grande como Moisés se ocupó de la realización del deseo de José.

Durante tres días y tres noches antes del éxodo, Moisés buscó el ataúd de José por toda la tierra de Egipto, porque sabía que Israel no podía salir de Egipto sin prestar atención al juramento hecho a José. Pero su problema fue en vano; el ataúd no se encontraba por ninguna parte. Serah, la hija de Aser, se encontró con Moisés, cansada y exhausta, y en respuesta a su pregunta sobre la causa de su cansancio, él le contó su búsqueda infructuosa. Serah lo llevó al río Nilo y le dijo que el ataúd de plomo hecho para José por los egipcios había sido hundido allí después de haber sido escalado por todos lados. Los egipcios habían hecho esto por instigación y con la ayuda de los magos, quienes, sabiendo que Israel no podía salir del

país sin el ataúd, habían usado sus artes para ponerlo en un lugar de donde no pudiera ser removido.

Entonces Moisés tomó la copa de José, y le cortó cuatro piezas planas, y grabó un león en una de ellas, un águila en la segunda, un toro en la tercera y una figura humana en la cuarta. Él arrojó al primero, con el león, al río, diciendo al mismo tiempo: "José, José, la hora de la redención de Israel ha llegado, la Shekinah permanece aquí solo por tu bien, las nubes de gloria esperan tu venida". . Si te muestras, bien y bien; si no, entonces estamos libres de nuestro juramento ". Pero el ataúd no apareció.

Entonces Moisés arrojó al agua el segundo plato, que con la figura del águila, repitiendo las mismas palabras, pero nuevamente el ataúd no se elevó del lecho del Nilo, y allí quedó, también, cuando arrojó el tercer plato con la figura del toro, y llamó a José por tercera vez para que saliera. Pero el cuarto plato con la figura humana y la cuarta invocación a José llevaron el ataúd a la superficie del agua. Moisés la tomó y con alegría se la llevó. Mientras Israel había estado ocupado recolectando oro y plata de los egipcios, Moisés no había estado pensando en nada más que en el ataúd de José, y su felicidad era grande porque se le había permitido cumplir el deseo de José.

Durante los cuarenta años de vagar por el desierto, el ataúd estuvo en medio de Israel, como recompensa por la promesa de José a sus hermanos: "Os alimentaré y cuidaré". Dios había dicho: "Vives tú, durante cuarenta años cuidarán de tus huesos".

Durante todo este tiempo en el desierto, Israel llevó consigo dos santuarios, uno el ataúd que contenía los huesos del muerto José, el otro el Arca que contenía el pacto del Dios Viviente. Los caminantes que vieron los dos receptáculos se maravillaron y preguntaron: "¿Cómo es posible que el arca de los muertos se acerque al arca del Viviente Eterno?" La respuesta fue: "El muerto consagrado en uno cumplió los mandamientos consagrados en el otro. En el segundo está escrito: Yo soy el Señor tu Dios, y dijo: ¿Estoy yo en el lugar de Dios? Aquí está escrito , No tendrás dioses ajenos delante de mi rostro, y él dijo: Temo a Dios. Aquí está escrito: No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano, y por eso no juró por Dios, sino que dijo: Por la vida de Faraón. Aquí está escrito: Acuérdate del día de reposo, y dijo al mayordomo de su palacio el viernes: Mata y prepárate, es decir, para el día de reposo. Aquí está escrito: Honra a tu padre y a tu madre, y dijo, cuando su padre deseaba enviarlo a sus hermanos: Aquí estoy, aunque sabía que era peligroso para él ir. Aquí está escrito: No matarás, y se abstuvo de asesinar a Potifar cuando la esposa de Potifar le instó Aquí está escrito: No cometerás adulterio, y despreció las propuestas adúlteras de la esposa de Potifar. Está escrito: No hurtarás, y él no robó nada a Faraón,

sino que recogió todo el dinero y lo llevó a la casa de Faraón. Aquí está escrito: No darás falso testimonio contra tu prójimo, y él no le dijo a su padre nada de lo que le habían hecho sus hermanos, aunque lo que podría haber dicho era la verdad. Aquí está escrito: No codiciarás, y él no codició a la esposa de Potifar ".

A su llegada a Tierra Santa, los israelitas enterraron los huesos de José en Siquem, porque Dios habló a las tribus, diciendo: "De Siquem lo robaron, ya Siquem lo devolverán".

Dios, que es tan solícito con los cadáveres de los piadosos, es aún más solícito con sus almas, que están ante Él como ángeles y le prestan su servicio.



II - LOS HIJOS DE JACOB--

SIGNIFICATIVO NOMBRES - Reuben

TESTAMENTO - SIMON'S ADMONICIÓN

contra la envidia - LA ASCENSION DE

LEVI - JUDAH ADVIERTE CONTRA

codicia y UNCHASTITY--

'S SOLTERÍA issachar DE

CORAZÓN - exhorta ZEBULON a

Compasión - DAN'S CONFESSION--

Neftalí'S sueños de los

DIVISIÓN DE LAS TRIBUS - EL

ODIO DE GAD - ÚLTIMAS PALABRAS DE ASHER -

BENJAMIN EXTOLAS A JOSÉ

CAPÍTULO 2 - LOS HIJOS DE JACOB - NOMBRES SIGNIFICATIVOS

Jacob crió a todos sus hijos en el temor de Dios y les enseñó los caminos de una vida piadosa, usando la severidad cuando fue necesario para hacer que sus lecciones fueran impresionantes. Él cosechó los frutos de su trabajo, porque todos sus hijos eran hombres piadosos de carácter impecable. Los antepasados de las doce tribus se parecían a sus padres en piedad, y sus actos no fueron menos importantes que los de Abraham, Isaac y Jacob. Como estos tres, merecen ser llamados Padres de Israel. Dios hizo un pacto con ellos como lo había hecho con los tres Patriarcas, ya este pacto sus descendientes deben su conservación.

Los mismos nombres de las tribus apuntan a la redención de Israel. Rubén se llama así, porque Dios "ve" la aflicción de su pueblo; Simón, porque "oye" su gemido; Leví, Él "se une" a Su pueblo cuando Israel sufre; Judá, Israel "agradecerá" a Dios por su liberación; Isacar, será "recompensado" por su sufrimiento con una recompensa; Zabulón, Dios tendrá una "morada" en Israel; Benjamín, juró por su "diestra" socorrer a su pueblo; Dan, "juzgará" a la nación que subyuga a Israel; Neftalí, Él otorgó la Torá a Israel, y ella derrama dulzura como el "panal de miel"; Gad, el Señor le dio maná a Israel, y era como semilla de "cilantro"; Aser, todas las naciones llamarán "feliz" a Israel; y José, porque Dios "agregará" una segunda redención de Israel a la primera: la redención del reino inicuo al final como de Egipto en tiempos pasados.

No solo los nombres de los hijos de Jacob son importantes, sino también los nombres de sus hijos. Así, los nombres de los hijos de Isacar expresan las actividades de la tribu conocida por su conocimiento sobre todas las demás. La mayor se llamaba Tola, "gusano"; Como el gusano de seda se distingue por su boca con la que gira, así también los hombres de la tribu de Isacar por las sabias palabras de su boca. El segundo es Puah, "planta más loca"; así como esta planta colorea todas las cosas, así la tribu de Isacar colorea al mundo entero con sus enseñanzas. El tercero es Jashub, "el que regresa", porque a través de las enseñanzas de Isacar, Israel volverá a su Padre Celestial; y Shimron, el cuarto, es "el observador", para indicar que la tribu de Isacar observa la Torá.

Los nombres de los hijos de Gad también interpretan la historia de la tribu. Durante la estadía de Israel en Egipto, se había desviado del camino correcto, pero cuando Aarón apareció como profeta y monitor, y llamó a los israelitas para que desecharan las abominaciones de sus ojos y abandonaran los ídolos de Egipto, escucharon sus palabras. De ahí el doble nombre Ozni y Ezbon que lleva uno de los hijos de Gad, porque esta tribu "escuchó" la palabra de Dios y cumplió Su "voluntad".

Los nietos de Aser llevan los nombres de Heber y Malquiel, porque eran los "asociados" de los reyes, y su herencia produjo "delicias reales".

En parte, la historia de la tribu de Benjamín se puede leer en los nombres de sus jefes. Originalmente consistía en diez divisiones, descendientes de los diez hijos de Benjamín, pero cinco de ellos perecieron en Egipto a causa de sus caminos impíos, de los cuales no valió ninguna amonestación para desviarlos. De las cinco familias restantes, dos, los descendientes de Bela y los de Ashbel, siempre habían sido temerosos de Dios; los otros, los ahiramitas, los sefuphamitas y los hufamitas, se arrepintieron de sus pecados y, de acuerdo con el cambio de conducta, se había producido el cambio de nombre. Ehi se había convertido en Ahiram, porque la brecha con el "Exaltado" fue sanada; Muppira fue llamado Shephupham, porque se "afligieron" a sí mismos en su penitencia; y Huphim se convirtió en Hupham, para indicar que se habían "limpiado" del pecado. Como recompensa por su piedad, a la familia que surgió de Bela se le permitió tener dos subdivisiones, los Arditas y los Naamitas. Sus nombres los señalan como hombres que saben bien cómo ha de manifestarse el temor de Dios, cuyas obras son sumamente hermosas.

Neftalí era otra tribu de piedad constante, y los nombres de sus hijos lo atestiguan: Jahzeel, porque los miembros de la tribu levantaron una "pared divisoria" entre Dios y los ídolos, por cuanto confiaron en Dios y despreciaron a los ídolos; Guni, porque Dios era su "protección"; y Jezer y Silem designan a los neftalitas como hombres devotos a Dios con todo su corazón.

TESTAMENTO DE REUBEN

Dos años después de la muerte de José, Rubén se enfermó. Sintiendo que su fin estaba cerca, convocó a sus hijos, nietos y hermanos para darles sus últimas advertencias desde la plenitud de su experiencia. Él dijo: "Oíd, hermanos míos, y haced, hijos míos, escuchad a Rubén vuestro padre en los mandamientos que os ordeno. Y he aquí, os conjuro hoy por el Dios del cielo que no andéis en las locuras de la juventud y las fornicaciones a las que fui adicto, y con las cuales profané el lecho de mi padre Jacob. Porque les digo ahora que durante siete meses el Señor afligió mis lomos con una plaga terrible, y si mi padre Jacob no hubiera intercedió por mí, el Señor me habría barrido. Tenía veinte años cuando hice lo malo ante el Señor, y durante siete meses estuve enfermo hasta la muerte. Luego hice penitencia durante siete años en lo más profundo de mi alma. No bebí vino ni sidra, carne de animales no pasó por mis labios, no probé golosinas, porque me lamenté por mis pecados, porque eran grandes".

Él amonestó a los que se reunieron a su alrededor para que se cuidaran de los siete espíritus tentadores, que son el espíritu de fornicación, glotonería, contienda, amor a la admiración, arrogancia, falsedad e injusticia. Les advirtió especialmente contra la falta de castidad, diciendo: "No hagáis caso de las miradas de una mujer, y no os quedéis solos con una mujer casada, y no os ocupéis de los asuntos de las mujeres. ¿No habría visto a Bilhah bañarse en un lugar apartado? , No había caído en el gran pecado que cometí, porque después de que mis pensamientos hubieron captado una vez la desnudez de la mujer, no pude dormir hasta haber realizado el acto abominable. Porque cuando nuestro padre Jacob fue a su padre Isaac, mientras estábamos nosotros En Eder, no lejos de Efrata, que es Belén, Bilha estaba ebria de vino, y ella dormía, descubierta, en su dormitorio, y yo entré y vi su desnudez y cometí el pecado, y salí de nuevo. dejándola dormida. Pero un ángel de Dios reveló mi acto impío a mi padre Jacob de inmediato. Él regresó y se lamentó por mí, y nunca más se acercó a Bilhah. Hasta el último día de su vida, no tuve la seguridad mirar a mi padre a la cara o hablar con mis hermanos sobre mi deshonra, y aun ahora mi conciencia me tortura a causa de mi pecado. Sin embargo, mi padre me habló palabras de consuelo y oró a Dios por mí, para que la ira del Señor se apartara de mí, como Él me mostró ".

Rubén amonestó a sus hijos de manera impresionante a unirse a Leví, "porque conocerá la ley del Señor", dijo, "y dará ordenanzas para juicio y traerá sacrificios para todo Israel, hasta la consumación de los tiempos, como el sumo sacerdote ungido de quien habló el Señor ".

Después de anunciar su última voluntad a sus hijos, Rubén dejó esta vida a la edad de ciento veinticinco años. Su cuerpo fue puesto en un ataúd hasta que sus hijos se lo llevaron de Egipto y lo llevaron a Hebrón, donde lo enterraron en la Cueva Doble.

LA ADMONICIÓN DE SIMON CONTRA LA ENVIDIA

Así como Rubén confesó su pecado en su lecho de muerte y advirtió a sus hijos y a su familia que estuvieran en guardia contra la falta de castidad, el vicio que había provocado su caída, así Simón, cuando estaba a punto de morir, reunió a sus hijos a su alrededor. y confesó el pecado que había cometido. Él había sido culpable de envidia ilimitada de José, y dijo: "Yo fui el segundo hijo engendrado por mi padre Jacob, y mi madre Leah me llamó Simón, porque el Señor había escuchado su oración. manera de hacer, y no temía nada, porque mi corazón estaba endurecido, y mi hígado inflexible, y mis entrañas sin piedad. Y en los días de mi juventud tuve celos de José, porque nuestro padre lo amaba más que a todos los demás. el resto de nosotros, y resolví matarlo. Porque el príncipe de la tentación envió el espíritu de los celos a tomar posesión de mí, y me cegó de modo

que no consideraré a José como mi hermano, y no perdoné ni a mi padre. Jacob, pero su Dios y el Dios de sus padres envió a su ángel y lo salvó de mis manos.

Cuando fui a Siquem a buscar unguento para los rebaños, y Rubén estaba en Dotán, donde se guardaban todas nuestras provisiones y provisiones, nuestro hermano Judá vendió a José a los ismaelitas. A su regreso, cuando escuchó lo que había sucedido, Rubén se puso muy triste, porque había estado deseoso de salvar a José y traerlo de regreso a nuestro padre. Pero en cuanto a mí, se encendió mi ira contra Judá, porque lo había dejado escapar con vida. Mi ira permaneció conmigo durante los cinco meses. Pero el Señor me impidió usar el poder de mis manos, porque mi mano derecha se secó durante siete días. Entonces supe que lo que había sucedido era por el bien de José. Me arrepentí y oré a Dios para que me restaurara la mano y me apartara de todo tipo de impurezas, envidias y necedades. Durante dos años me entregué al ayuno y al temor de Dios, porque percibí que la redención de los celos solo podía venir a través del temor de Dios.

Mi padre, al verme abatido, pidió saber la causa de mi tristeza, y yo le respondí que sufría con mi hígado, pero en verdad estaba de luto más que todos mis hermanos, al ver que yo había sido la causa de la venta de José. Y cuando bajamos a Egipto, y José me ató como espía, no me entristeció, porque sabía en mi corazón que mi sufrimiento era solo una retribución. Pero José era bueno, el espíritu de Dios habitaba dentro de él. A pesar de lo compasivo y misericordioso que era, no me guardaba ningún resentimiento por mis malas acciones hacia él, pero me amaba con el mismo amor que mostraba a los demás. Nos honró a todos y nos dio oro, ganado y productos. Y ahora, mis queridos hijos, ámense los unos a los otros, cada uno a su hermano, con limpio corazón, y aparten de en medio de ustedes el espíritu de celos ".

Como Rubén, así también Simón exhortó a sus hijos a que se guardaran de la falta de castidad, porque este vicio es la madre de todos los males. Separa al hombre de Dios y lo abandona a Behar. Estas fueron las palabras finales de su exhortación: "En los escritos de Enoc vi que tus hijos serían corrompidos por la falta de castidad y maltratarían a los hijos de Leví con la espada.

Pero no podrán hacer nada contra Leví, porque la guerra que él libraré es la guerra del Señor, y vencerá a todos tus ejércitos. Como un pequeño remanente serás esparcido entre Leví y Judá, y ninguno de ustedes se levantará para ser juez o rey de nuestro pueblo, como mi padre Jacob profetizó en su bendición ".

Habiendo cumplido sus amonestaciones a sus hijos, Simón falleció y fue reunido con sus padres, a la edad de ciento veinte años. Sus hijos lo colocaron en un ataúd hecho de madera imperecedera, para que pudieran llevar sus huesos a Hebrón, como lo hicieron, en secreto, durante la guerra entre los egipcios y los cananeos. Así hicieron todas las tribus durante la guerra; se llevaron los restos de cada uno de sus fundadores de Egipto a Hebrón. Solo los huesos de José permanecieron en Egipto hasta que los israelitas salieron de la tierra, porque los egipcios los guardaban en sus cámaras reales del tesoro. Sus magos les habían advertido que siempre que los huesos de José fueran retirados de Egipto, una gran oscuridad envolvería toda la tierra, y sería una terrible desgracia para los egipcios, porque nadie sería capaz de reconocer a su vecino ni siquiera con la luz de un cielo. lámpara.

LA ASCENSIÓN DE LEVI

Cuando se le reveló a Leví que estaba a punto de morir, reunió a todos sus hijos a su alrededor, para contarles la historia de su vida, y también les profetizó lo que harían y lo que les sucedería hasta el juicio. día. Él habló: "Cuando estábamos apacentando los rebaños en Abel-Meholah, el espíritu de entendimiento del Señor vino sobre mí, y vi a toda la humanidad, cómo corrompen sus caminos, y que la injusticia construye muros para ella, y la impiedad se sienta entronizado sobre las torres. Y caí en duelo por las generaciones de hombres, y rogué al Señor que me salvara. El sueño me envolvió, y vi una montaña alta, y ¡he aquí! Los cielos se abrieron, y un ángel de Dios se dirigió yo, y dijo: 'Levi, entra!'

"Entré al primer cielo, y vi un gran mar suspendido allí, y más lejos vi un segundo cielo, más brillante y resplandeciente que el primero. Le dije al ángel: '¿Por qué es así?' Y el ángel me dijo: 'No te maravilles de esto, porque verás otro cielo, brillante sin comparación, y cuando hayas ascendido allí, estarás cerca del Señor, y serás Su ministro, y declararás Sus misterios a Dios. hombres, y de la porción del Señor será tu vida, y él será tu campo, tu viña, tus frutos, tu oro y tu plata.

"Entonces el ángel me explicó los usos de los diferentes cielos, y todo lo que sucede en cada uno, y proclamó el día del juicio. Abrió las puertas del tercer cielo, donde contemplé el santo templo, y Dios sentado en el trono. de Gloria. El Señor me dijo: "Leví, sobre ti he concedido la bendición del sacerdocio, hasta que llegue y habite en medio de Israel". Entonces el ángel me llevó de regreso a la tierra, y me dio un escudo y una espada, diciendo: "Ejecuta la venganza de Siquem por Dina, y estaré contigo, porque el Señor me ha enviado". Le pregunté al ángel cuál era su nombre, y él respondió: 'Soy el ángel que intercede por el pueblo de Israel, para que no sea destruido por completo, porque todo espíritu maligno lo ataca'.

Cuando desperté, me fui con mi padre, y en el camino, cerca de Gebal, encontré un escudo de bronce, como el que había visto en mi sueño. Entonces aconsejé a mi padre y a mi hermano Rubén que pidieran a los hijos de Hamor circuncidarse, porque yo temblaba de rabia a causa de la abominable acción que habían cometido. Primero maté a Siquem, y luego Simón mató a Hamor, y todos mis otros hermanos salieron y destruyeron toda la ciudad. Nuestro padre tomó esto en mal, y en su bendición se acordó de nuestra conducta. Aunque hicimos algo incorrecto al actuar así en contra de sus deseos, sin embargo reconocí que era el juicio de Dios sobre el pueblo de Siquem a causa de sus pecados, y le dije a mi padre: "No te enojés, mi señor, porque Dios exterminará a los cananeos a través de esto, y te dará la tierra a ti y a tu descendencia después de ti. De ahora en adelante, Siquem será llamada la ciudad de los imbéciles, porque como un necio es burlado, así que nos hemos burlado de ellos.

"Cuando viajamos a Belén, y habíamos estado allí durante setenta días, se me concedió otra visión, como la anterior. Vi a siete hombres vestidos de blanco, y me hablaron diciendo: 'Levántate y Vístete con las vestiduras sacerdotales, pon la corona de justicia sobre tu cabeza, y vístete con el efod del entendimiento, el manto de la verdad, la mitra de la fe, la mitra de la dignidad y las hombreras de la profecía.' Y cada uno de los hombres me trajo un manto y me revistió con él, y dijo: "De ahora en adelante sé sacerdote del Señor, tú y tu descendencia por la eternidad. Y comerás todo lo que es hermoso a la vista, y la mesa de el Señor se apropiará de tu descendencia, y de ellos saldrán sumos sacerdotes, jueces y eruditos, porque todo lo que es santo será guardado por su boca.

"Dos días después de que fui visitado por este sueño, Judá y yo fuimos a nuestro abuelo Isaac, quien me bendijo de acuerdo con las palabras que había escuchado. Jacob también tuvo una visión, y él también vio que yo estaba designado para ser sacerdote de Dios, y a través de mí apartó la décima parte de sus posesiones para el Señor. Y cuando nos establecimos en Hebrón, la residencia de Isaac, nuestro abuelo me enseñó la ley del sacerdocio y me exhortó a mantenerme apartado de la falta de castidad.

A la edad de veintiocho años tomé a Milcah por esposa, y ella me dio un hijo, y lo llamé Gershom, porque éramos extranjeros en la tierra. Pero percibí que no estaría en las primeras filas de hombres. Mi segundo hijo me nació a los treinta y cinco años, y vio la luz del mundo al amanecer, y lo vi en una visión de pie entre los orgullosos de la asamblea, y por eso le puse el nombre de Coat. Mi esposa me dio al tercer hijo a los cuarenta años de mi vida, y lo llamé Merari, porque amarga había sido su aflicción al darle a luz. Mi hija Jocabed nació en Egipto, cuando yo tenía sesenta y tres años, y

la llamé así porque me conocían honradamente entre mis hermanos en aquellos días. Y en mi nonagésimo cuarto año, Amram tomó por esposa a Jocabed, el que nació el mismo día que ella ".

Entonces Leví amonestó a sus hijos a andar en los caminos del Señor y a temerle con todo su corazón, y les dijo lo que había aprendido de los escritos de Enoc, que sus descendientes pecarían contra el Señor en los tiempos venideros, y sufrirían el castigo divino por su transgresión, y entonces Dios levantaría un nuevo sacerdote, a quien serían reveladas todas las palabras del Señor. Sus últimas palabras fueron: "Y ahora, hijos míos, habéis oído todo lo que tengo que decir. Escojan, ahora, la luz o las tinieblas, la ley del Señor o las obras de Beliar". Y sus hijos respondieron: "Delante del Señor caminaremos conforme a su ley". Entonces Leví dijo: "El Señor es testigo y los ángeles son testigos, yo soy testigo y vosotros testigos de la palabra de vuestra boca". Y sus hijos respondieron: "Somos testigos".

Así, Levi dejó de amonestar a sus hijos. Extendió los pies y fue reunido con sus padres a la edad de ciento treinta y siete años, una edad mayor que la de sus hermanos.

Judá advierte contra la codicia y la falta de castidad

Las últimas palabras dirigidas por Judá a sus hijos fueron las siguientes: "Yo fui el cuarto hijo engendrado por mi padre, y mi madre me llamó Judá, diciendo: 'Doy gracias al Señor porque me ha dado un cuarto hijo'. Fui celoso en mi juventud y obediente a mi padre en todo. Cuando crecí hasta la edad adulta, él me bendijo diciendo: "Tú serás rey y prosperarás en todos tus caminos". El Señor me concedió su gracia en todo lo que emprendiera, en el campo y en la casa. Podía correr tan rápido como la cierva, alcanzarla y preparar un plato para mi padre. Un ciervo que podía atrapar en la carrera. Y a todos los animales del valle. A una yegua salvaje podía adelantarla, sujetarla y frenarla. Maté a un león y le arrebaté un cabrito de las fauces. A un oso lo agarré por la garra y lo arrojé al acantilado, y yacía aplastado debajo. Podía seguir el paso del jabalí y alcanzarlo, y mientras corría lo agarré y lo hice pedazos. Un leopardo saltó sobre mi perro en Hebrón, y le agarré la cola, y lo arrojé lejos de mí, y su cuerpo estalló en la costa de Gaza. Un novillo salvaje que encontré pastando en el campo. Lo tomé por sus cuernos, lo balanceé y volteé hasta que quedó aturdido, y luego lo arrojé a la suelo y lo mató ".

Judá continuó y les contó a sus hijos de su heroísmo en las guerras que los hijos de Jacob habían librado con los reyes de Canaán y con Esaú y su familia. En todos estos conflictos tuvo un papel destacado, más allá de los

logros de los demás. Su padre Jacob estaba libre de toda ansiedad cuando Judá estaba con sus hermanos en sus combates, porque había tenido una visión que le mostraba a un ángel de fuerza que estaba al lado de Judá en todos sus caminos.

Judá tampoco ocultó sus defectos. Confesó cómo la embriaguez y la pasión lo habían traicionado primero al matrimonio con una mujer cananea, y luego a relaciones inapropiadas con su nuera Tamar. Les dijo a sus hijos:

"No andes en pos del deseo de tu corazón, ni te jactes de las valientes obras de tu juventud. Esto también es malo a los ojos del Señor. Porque mientras me jactaba de que el rostro de una mujer hermosa nunca me había seducido en durante las guerras, e injurié a mi hermano Rubén por su transgresión con Bilhah, el espíritu de pasión y falta de castidad se apoderó de mí, y tomé a Bath-shua por esposa, y violé a Tamar, aunque ella era la prometida de mi hijo. dijo al padre de Bath-shua: 'Consultaré a mi padre Jacob, para saber si debo casarme con tu hija', pero él era un rey, y me mostró un montón de oro incontable acreditado a su hija, y adornó ella con la magnificencia de las mujeres, en oro y perlas, y él le pidió que sirviera el vino en la comida. El vino desvió mis ojos y la pasión oscureció mi corazón. En un amor loco por ella, violé el mandato del Señor y la voluntad de mi padre, y la tomé por esposa. El Señor me dio una recompensa de acuerdo con el consejo de f mi corazón, porque no tuve gozo en los hijos que me dio a luz.

"Y ahora, hijos míos, les ruego que no se embriaguen con vino, porque el vino tuerce el entendimiento de la verdad y confunde la vista de los ojos. El vino me extravió, de modo que no sentí vergüenza ante la multitud. de gente en la ciudad, y me desvié y entré a Tamar en presencia de ellos, y cometí un gran pecado. Y aunque un hombre sea rey, si lleva una vida impía, pierde su reinado. mi cayado, que es el sostén de mi tribu, y mi cinto, que es poder, y mi diadema de sello, que es la gloria de mi reino. Me arrepintí de todo esto, y hasta la vejez no bebí vino. y no comió carne, ni conoció placer alguno. El vino hace que las cosas secretas de Dios y del hombre sean reveladas al extraño. Así revelé los mandamientos del Señor y los misterios de mi padre Jacob a la mujer cananea Bath -shua, aunque Dios me había prohibido traicionarlos. También te ordeno que no ames el oro, y no mires la belleza de las mujeres, por r por el dinero y por la belleza fui desviado a Bath-shua el cananeo. Sé que mi stirpe caerá en la miseria a causa de estas dos cosas, porque incluso los sabios entre mis hijos serán transformados por ellos, y la consecuencia será que el reino de Judá disminuirá, el dominio que el Señor me dio como una recompensa por mi conducta obediente hacia mi padre, porque nunca hablé en contradicción con él, sino que hice todas las cosas según sus palabras. E Isaac, el padre de

mi padre, me bendijo con la bendición de que yo fuera el gobernante de Israel, y sé que el reino se levantará de mí. En los libros de Enoc el justo leo todo el mal que haréis en los últimos días. Sólo tengan cuidado, hijos míos, de la falta de castidad y la codicia, porque el amor al oro conduce a la idolatría, haciendo que los hombres los llamen dioses que no lo son, y destruyendo la razón del hombre. A causa del oro perdí a mis hijos, y si no hubiera mortificado mi carne y humillado mi alma, y si mi padre Jacob no hubiera ofrecido oraciones por mí, habría muerto sin hijos. Pero el Dios de mis padres, el misericordioso y misericordioso, vio que había actuado sin darme cuenta, porque el gobernante del engaño me había cegado, y yo era ignorante, siendo de carne y hueso, y corrompido por los pecados, y en el momento en que me consideraba invencible, reconocí mi debilidad ".

Entonces Judá reveló a sus hijos, en palabras claras y breves, toda la historia de Israel hasta el advenimiento del Mesías, y su discurso final fue: "Hijos míos, guarden toda la ley del Señor; en ella hay esperanza para todo lo que guarda sus caminos. Hoy moriré a la edad de ciento diecinueve años delante de tus ojos. Nadie me enterrará en un vestido caro, ni me cortarás el cuerpo para embalsamarlo, sino que me llevarás a Hebrón ".

Habiendo dicho estas palabras, Judá se hundió en la muerte.

LA SOLICITUD DE CORAZÓN DE ISSACHAR

Cuando Isacar sintió que se acercaba su fin, llamó a sus hijos y les dijo: "Hijos míos, escuchen a su padre Isacar, y escuchen las palabras del amado del Señor. Yo nací a Jacob como su hijo. quinto hijo, como recompensa por los dudaim. Rubén trajo los dudaim del campo. Eran manzanas aromáticas, que crecían en la tierra de Harán sobre una eminencia debajo de un barranco. Raquel se encontró con Rubén, y ella le quitó los dudaim. El muchacho lloró, y sus gritos llevaron a su madre Leah a su lado, y ella se dirigió a Raquel así: "¿Es un asunto menor que te hayas llevado a mi marido? ¿Y también quitarías el dudaim de mi hijo?" Y dijo Raquel: Mira, Jacob será tuyo esta noche por el dudaim de tu hijo. Pero Lea insistió: "Jacob es mío, y yo soy la esposa de su juventud", a lo que Raquel dijo: "No seas jactanciosa ni arrogante. Para mí fue prometido primero, y por mí sirvió a nuestro padre catorce años. su esposa, fuiste llevada a él por astucia en lugar de mí, porque nuestro padre me engañó, y me echó de en medio la noche de tus nupcias, para que Jacob no pudiera verme. Sin embargo, dame las dudasim, y tú es posible que tenga a Jacob por una noche.

Entonces Lea me dio a luz, y me llamaron Isacar, a causa de la recompensa que Raquel le había dado a mi madre. En ese momento, un ángel del Señor se apareció a Jacob y le dijo: 'Raquel sólo dará a luz dos hijos, porque ella Rechazó el matrimonio de su marido y eligió la continencia. Pero Lea dio a

luz seis hijos, porque el Señor sabía que ella deseaba estar con su marido, no porque la incitara la inclinación al mal, sino por el bien de los hijos. También la oración de Raquel Se cumplió, a causa de los dudaim, porque aunque quiso comer de las manzanas, no las tocó, sino que las puso en la casa del Señor y se las dio al sacerdote del Altísimo que estaba en aquellos días. .

"Cuando crecí, hijos míos, caminé en la integridad de mi corazón, y me convertí en agricultor, cultivando la tierra para mi padre y mis hermanos, y recogí el fruto de los campos a su debido tiempo. Mi padre bendijo yo, porque vio que caminaba con sencillez de corazón. No estuve casado con una esposa hasta los treinta años, porque el trabajo duro que hice consumió mis fuerzas, y no tenía deseos de mujer, pero, abrumado por la fatiga, Me hundía en el sueño. Mi padre estaba muy complacido en todo momento con mi rectitud. Si mi trabajo se coronaba con buenos resultados, llevaba las primicias de mi trabajo al sacerdote del Señor, la próxima cosecha era para mi padre, y luego pensé en mí mismo. El Señor duplicó las posesiones en mi mano, y Jacob supo que Dios me ayudó por el bien de mi sencillez de corazón, porque en mi sinceridad di del producto de la tierra a los pobres y necesitados .

"Y ahora, hijos míos, oídme, y andad con sencillez de corazón, porque sobre él descansa el favor del Señor en todo tiempo. El simple no anhela el oro, no defrauda a su prójimo, no desea nada. carnes y manjares de muchas clases, no se preocupa por los vestidos suntuosos, no espera una larga vida, solo espera en la voluntad de Dios. Los espíritus del engaño no tienen poder sobre él, porque él no mira la belleza de la mujer, No sea que contamine su entendimiento con corrupción. Los celos no entran en sus pensamientos, la envidia no abrasa su alma, y la codicia insaciable no lo hace buscar en el exterior grandes ganancias. Ahora, pues, hijos míos, observen la ley del Señor, alcancen a la sencillez y andar con sencillez de corazón, sin entrometerse en los asuntos ajenos. Amen al Señor y amen a su prójimo, tengan piedad de los pobres y débiles, inclinen sus espaldas para labrar la tierra, obren la tierra y llevar regalos al Señor en agradecimiento. Para el Señor os ha bendecido con lo mejor de los frutos del campo, como ha bendecido a todos los santos desde Abel hasta nuestros días.

"Sepan, hijos míos, que en el último tiempo sus hijos abandonarán los caminos de la probidad y serán gobernados por la codicia. Abandonarán la rectitud y practicarán el oficio, se apartarán de los mandamientos del Señor y seguirán a Beliar, abandonarán la agricultura y seguirán sus malvados planes, serán esparcidos entre las naciones y servirán a sus enemigos. Dile esto a tus hijos, para que, si pecan, se arrepientan rápidamente y se vuelvan

al Señor, porque Él es misericordioso. y los sacaré para traerlos de regreso a su tierra.

"Tengo ciento veintidós años, y no puedo discernir ningún pecado en mí mismo. Salvo mi esposa, no he conocido a ninguna mujer. No fui culpable de falta de castidad por levantar los ojos. No bebí vino, eso No podía ser engañado, no codiciaba lo que era de mi prójimo, la astucia no tenía cabida en mi corazón, la mentira no pasaba por mis labios. Suspiré con todos los cargados, y a los pobres les di mi pan. Yo amé al Señor con todas mis fuerzas, y también amé a la humanidad. Haz lo mismo vosotros, hijos míos, y todos los espíritus de Beliar huirán de vosotros, ninguna acción hecha por los impíos tendrá poder sobre vosotros, y vence a todas las fieras, porque tienes contigo al Señor de los cielos ".

E Isacar ordenó a sus hijos que lo llevaran a Hebrón, y lo enterraran allí junto a sus padres en la cueva, y él estiró los pies y cayó en el sueño de la eternidad, lleno de años, sano de miembros y en posesión de todas sus facultades.

ZEBULON EXHORTA A LA COMPASIÓN

Cuando Zabalón alcanzó la edad de ciento catorce años, que fue dos años después de la muerte de José, reunió a sus hijos y les amonestó, con estas palabras, que llevaran una vida de piedad: "Yo soy Zabalón, un precioso regalo para mis padres, porque cuando yo nací, mi padre se hizo muy rico, por medio de las varas veteadas, en rebaños de ovejas y rebaños de ganado. No tengo conciencia de ningún pecado en mí, y recuerdo que no cometí ningún mal. , a menos que sea el pecado cometido involuntariamente contra José, en el sentido de que no le conté a mi padre, por consideración a mis hermanos, lo que le había sucedido a su hijo predilecto, aunque en secreto lo lamenté mucho. Temí a mis hermanos, porque ellos había acordado que el que traicionara el secreto fuera asesinado a espada. Cuando planeaban matar a José, les supliqué entre lágrimas que no pecaran así.

Y ahora, hijos míos, escúchenme. Los exhorto a que obedezcan los mandamientos del Señor, tengan misericordia de sus vecinos y actúen con compasión, no solo hacia los hombres, sino también hacia los brutos mudos. Porque a causa de mi misericordia el Señor me bendijo; todos mis hermanos se enfermaron en un momento u otro, pero yo escapé sin ninguna enfermedad. También los hijos de mis hermanos tuvieron que padecer enfermedades, y estaban al borde de la muerte por causa de José, porque no tenían compasión en sus corazones. Pero mis hijos se conservaron en perfecta salud, como bien saben. Y cuando yo estaba en Canaán, pescando en las orillas del mar para mi padre Jacob, muchos se ahogaron en las aguas del mar, pero Salí ileso, porque debéis saber que fui el primero en construir una barca para remar en el mar, y navegué por las costas en ella, y pesqué

para la casa de mi padre, hasta que bajamos a Egipto. Lástima que compartiera mi botín con el pobre extraño, y si él estuviera enfermo o bien en años, lo haría. Le preparaba un plato sabroso, y le daba a cada uno según sus necesidades, compadeciéndome de él en su angustia y teniendo piedad de él. Por tanto, el Señor trajo muchos peces a mis redes, porque el que da algo a su prójimo, lo recibe del Señor con gran ganancia. Durante cinco años pescaba en verano y en invierno apacentaba los rebaños con mis hermanos.

"Ahora, hijos míos, tened piedad y compasión de todos los hombres, para que el Señor tenga piedad y compasión de vosotros, porque en la medida en que el hombre se compadece de sus semejantes, Dios se compadece de él. En Egipto, José no nos visitó por el mal que había sufrido. Tómallo como tu modelo, y no recuerdes ningún mal que te hayan hecho, de lo contrario la unidad se rompe, los lazos de parentesco se rompen y el alma se inquieta. ¡Observa el agua! Si corre indivisa, arrastra piedra, madera y arena consigo. Pero si se divide y fluye por muchos canales, la tierra la succiona y pierde su fuerza. Si se separa, El uno del otro, seréis como aguas divididas. No os partáis en dos cabezas, porque todo lo que el Señor ha hecho tiene una sola cabeza. Él ha dado a sus criaturas dos hombros, dos manos y dos pies, pero todos estos los órganos obedecen a una cabeza ".

Zabulón terminó su exhortación a la unidad con un relato de las divisiones en Israel, de las cuales había leído en los escritos de los padres, que se producirían en los días futuros y traerían gran sufrimiento a Israel. Sin embargo, dirigió palabras de aliento a sus hijos, diciendo: "No os entristezcáis por mi muerte, y no os desaniméis por mi partida de vosotros, porque me levantaré de nuevo en medio de vosotros, y viviré gozosamente entre el pueblo. de mi tribu, los que observan la ley del Señor. En cuanto a los impíos, el Señor hará descender sobre ellos fuego eterno y los exterminará por todas las generaciones. Ahora me apresuro a mi descanso eterno con mis padres. Temed al Señor vuestro Dios con todas vuestras fuerzas todos los días de vuestra vida ".

Habiendo terminado de decir estas palabras, se hundió en el sueño de la muerte, y sus hijos lo metieron en un ataúd, donde más tarde lo llevaron a Hebrón, para enterrarlo allí junto a sus padres.

LA CONFESIÓN DE DAN

Cuando Dan reunió a su familia al final de su vida, dijo: "Les confieso hoy, hijos míos, que había resuelto matar a José, ese hombre bueno y recto, y me regocijé por su venta, por su padre. Lo amaba más de lo que amaba al resto de nosotros. El espíritu de envidia y jactancia me aguijoneó, diciendo: 'Tú también eres el hijo de Jacob', y uno de los espíritus de Behar me despertó,

diciendo: 'Toma esta espada, y mata a José, porque una vez que muera tu padre te amaré. Era el espíritu de ira el que buscaba persuadirme de que aplastara a José, como un leopardo aplasta a un cabrito entre los dientes. Pero el Dios de nuestro padre Jacob no lo entregó en mi mano, para dejarme encontrarlo solo, y Él no me permitió ejecutar este acto impío, para que dos tribus de Israel no fueran destruidas.

"Y ahora, hijos míos, estoy a punto de morir, y os lo digo en verdad, si no hacéis caso del espíritu de mentira y de ira, y si no amáis la verdad y la generosidad, pereceréis. El espíritu de ira arroja la red del error alrededor de su víctima, y ciega sus ojos, y el espíritu de mentira deforma su mente y nubla su visión. El mal es la ira, es la tumba del alma. Desiste de la ira y odia las mentiras, para que el Señor more entre vosotros, y Behar huya de vuestra presencia. Habla la verdad cada uno a su prójimo, y no caeréis en ira y angustia, sino que estaréis en paz, y el Señor de paz tendréis con vosotros. y ninguna guerra te vencerá.

"Hablo así, porque sé que en los últimos días te apartarás de Dios, encenderás la ira de Leví y te levantarás en rebelión contra Judá, pero no lograrás nada contra ellos, porque el ángel del El Señor es su guía, e Israel perecerá a través de ellos. Y si te vuelves rebelde al Señor, ejecutarás toda clase de maldad, y cometerás las abominaciones de los paganos, cometiendo infidelidad con las mujeres de los impíos, mientras que el tentador. los espíritus están obrando entre ustedes. Por lo tanto, serán llevados al cautiverio, y en las tierras del exilio sufrirán todas las plagas de Egipto y todas las tribulaciones de los paganos. Pero cuando regresen al Señor, encontrarán misericordia. Él te llevará a su santuario y te concederá la paz.

"Y ahora, hijos míos, teman al Señor y estén en guardia contra Satanás y su espíritu. Manténganse alejados de toda mala acción, arrojen la ira lejos de ustedes y toda clase de mentiras, amen la verdad y la paciencia, y lo que han oído. de tu padre, dile a tus hijos. Evita toda injusticia, aférrate a la integridad de la ley del Señor, y sepultame cerca de mis padres ".

Habiendo dicho estas palabras, besó a sus hijos y se durmió.

LOS SUEÑOS DE NAPHTALI DE LA DIVISIÓN DE LAS TRIBUS

En el año ciento treinta y dos de su vida, Neftalí invitó a todos sus hijos a un banquete. A la mañana siguiente, cuando se despertó, les dijo que se estaba muriendo, pero no le creyeron. Sin embargo, alabó al Señor y les aseguró de nuevo que su muerte se debía después del banquete del día anterior. Luego dirigió sus últimas palabras a sus hijos:

"Yo nací de Bilha, y debido a que Raquel había actuado con astucia y le había dado a Jacob Bilha en lugar de ella misma, me llamaron Neftalí. Raquel me amaba, porque nací de rodillas, y cuando aún era muy joven, ella tenía la costumbre de besarme y decirme: 'Ojalá tuviera un hermano para ti de mi propio cuerpo, uno a tu imagen'. Por tanto, José se parecía a mí en todos los aspectos, de acuerdo con la oración de Raquel. Mi madre Bilha era hija de Rotheus, hermano de Débora, la nodriza de Rebeca, y nació el mismo día que Raquel. En cuanto a Rotheus, era de la familia de Abraham, un caldeo, temeroso de Dios y un hombre libre de noble cuna, y cuando fue llevado cautivo, Labán lo compró y se casó con su esclava Aina. Ella le dio a Rotheus una hija, y él la llamó Zilpah, después de el nombre de la aldea en la que fue llevado cautivo. A su segunda hija la llamó Bilhah, diciendo: "Mi hija es impetuosa", porque apenas nació cuando se apresuró a mamar.

"Era ligero de pies como un ciervo, y mi padre Jacob me nombró para ser su mensajero, y en su bendición me llamó cierva suelta. Como el alfarero conoce la vasija que hace, cuánto debe contener, y usa arcilla en consecuencia, de modo que el Señor hace que el cuerpo esté en conformidad con el alma, y para que esté de acuerdo con la capacidad del cuerpo, planifica el alma.

El uno corresponde al otro hasta el tercio del ancho de un cabello, porque toda la creación fue hecha por peso, medida y dominio. Y así como el alfarero conoce el uso de cada vasija que elabora, así el Señor conoce el cuerpo de Su criatura, hasta qué punto se mantendrá firme en el bien y en qué punto caerá en los malos caminos. Ahora, pues, hijos míos, que vuestra conducta sea bien ordenada para bien en el temor de Dios, no hagáis nada que esté mal regulado o fuera de tiempo, porque aunque le digáis a vuestro ojo que oiga, no puede, y tan poco podéis vosotros. haz obras de luz mientras permanezcas en tinieblas ".

Además, Neftalí dijo a sus hijos: "No les doy ningún mandamiento sobre mi plata, ni mi oro, ni ninguna otra posesión que les dé. Y lo que les mando no es un asunto difícil, que no puedan hacer, pero yo hablo. a ti acerca de una cosa fácil, que puedes ejecutar ". Entonces sus hijos respondieron y dijeron: "Habla, padre, porque escuchamos tus palabras". Neftalí continuó: "No les doy ningún mandamiento excepto en cuanto al temor de Dios, que lo sirvan y sigan en pos de Él". Entonces los hijos de Neftalí preguntaron: "¿Por qué requiere nuestro servicio?" y él respondió, diciendo: "Él no necesita criatura, pero todas las criaturas lo necesitan de Él. Sin embargo, no ha creado el mundo para nada, sino para que los hombres le teman, y nadie haga a su prójimo lo que él no quisiera que otros le hicieran. él." Sus hijos volvieron a preguntar: "Padre, ¿has observado que nos desviamos de los caminos del Señor hacia la derecha o hacia la izquierda?" Neftalí

respondió: "Dios es testigo, y yo también soy testigo por ti, de que es como dices. Pero temo con respecto a los tiempos futuros, que te apartes de los caminos del Señor y sigas los ídolos del extranjero, y andad en los estatutos de los pueblos paganos, y únete a los hijos de José en lugar de los hijos de Leví y Judá ". Los hijos de Neftalí hablaron: "¿Qué razón tienes para mandarnos esto?" Neftalí: "Porque sé que los hijos de José algún día se volverán rebeldes al Señor, el Dios de sus padres, y serán ellos los que inducirán a los hijos de Israel al pecado y los expulsarán de su herencia. , su hermosa tierra, a una tierra que no es la nuestra, así como fue José quien trajo la esclavitud egipcia sobre nosotros.

"Les contaré, hijos míos, la visión que tuve cuando aún era pastor de rebaños. Vi a mis hermanos pastorear los rebaños conmigo, y nuestro padre se acercó y dijo: 'Levantaos, hijos míos, cada uno toma lo que sea ¡Él puede en mi presencia! Respondimos y le dijimos: "¿Qué tomaremos? No vemos más que el sol, la luna y las estrellas". Entonces nuestro padre dijo: "¡Estos tomaréis!" Leví, al oír esto, tomó una aguijón, saltó hacia el sol, se sentó sobre él y montó. Judá hizo lo mismo. Él saltó a la luna y montó sobre ella. Y las otras nueve tribus hicieron lo mismo, cada uno cabalgaba sobre su estrella o su planeta en los cielos. José se quedó solo en la tierra, y nuestro padre Jacob le dijo: " Hijo mío , ¿por qué no has hecho como tus hermanos?" José respondió: "¿Qué derecho tienen los hombres nacidos de mujer a estar en los cielos, si al final deben permanecer en la tierra?" Mientras José hablaba así, se le apareció un novillo alto, que tenía grandes alas como alas de cigüeña, y sus cuernos eran tan largos como los del arrecife. Jacob instó a su hijo: '¡Levántate, José, sube al novillo! ' José hizo lo que su padre le había dicho, y Jacob siguió su camino. Durante dos horas, José se exhibió sobre el novillo, a veces galopando, a veces volando, hasta que llegó a Judá. Entonces José desplegó el estandarte que tenía en la mano y comenzó a la lluvia cae sobre Judá con ella, y cuando su hermano le preguntó la razón de este tratamiento, dijo: "Porque tú tienes doce varas en tu mano, y yo tengo una sola. Dáme la tuya y la paz prevalecerá entre nosotros". ' Pero Judá se negó a cumplir su mandato, y José lo golpeó hasta que dejó caer diez varas, y solo dos quedaron en su mano. José ahora invitó a sus hermanos a abandonar a Judá y seguirlo. Todos lo hicieron, excepto Benjamín, que se mantuvo fiel. a Judá. Leví se entristeció por la deserción de Judá, y descendió del sol. Hacia el final del día estalló una tormenta que dispersó a los hermanos, de modo que no había dos juntos. visión a mi padre Jacob, dijo: "Es sólo un sueño, no puede ayudar ni dañar".

"Poco tiempo después se me reveló otra visión. Nos vi a todos junto con nuestro padre a orillas del mar, y un barco apareció en medio del mar, y no tenía marineros ni tripulación. Nuestro padre dijo: '¿Ves lo que yo veo?' Y cuando respondimos que sí, nos ordenó que lo siguiéramos. Se quitó la

ropa y se lanzó al mar, y nosotros saltamos tras él. Levi y Judá fueron los primeros en subir por el costado del barco. Nuestro padre lloró después de ellos, "Mira lo que está escrito en el mástil", porque no hay barco que no lleve el nombre del propietario en el mástil. Levi y Judah escudriñaron la escritura, y lo que leyeron fue esto: "Este barco y todo los tesoros que contiene pertenecen al hijo de Barachel. Jacob agradeció a Dios por haberlo bendecido, no solo en la tierra, sino también en el mar, y nos dijo: "Extiendan sus manos, y todo lo que agarre cada uno será suyo". Leví se agarró del gran mástil, Judá del segundo mástil, junto al de Leví, y los otros hermanos, con la excepción de José, tomaron los remos, y el propio Jacob tomó los dos timones para guiar el barco. Ordenó a José Tomó también un remo, pero él se negó a hacer las órdenes de su padre, y Jacob le dio uno de los timones. Después de que nuestro padre nos instruyó a cada uno en lo que teníamos que hacer, desapareció, entonces José tomó posesión del segundo timón. Todo salió bien por un tiempo, siempre y cuando Judá y José actuaran juntos en armonía entre sí, y Judá mantuvo informado a José en qué dirección tomar el rumbo. Pero estalló una pelea entre ellos, y José no guió el barco. en la forma en que su padre le había mandado, y Judá intentó dirigirlo, y el barco se hundió en una roca. Leví y Judá descendieron de los mástiles, y también los otros hermanos dejaron el barco y escaparon a la orilla. Jacob apareció y nos encontró esparcidos por todas instrucciones, y le informamos cómo José había hecho que el barco encallara, porque se había negado, por celos de Judá y Leví, a dirigirlo de acuerdo con sus instrucciones. Entonces Jacob nos pidió que le mostráramos el lugar donde habíamos perdido el barco, del cual solo los mástiles eran visibles sobre el agua. Emitió un silbido llamándonos a todos, nadó hacia el agua y levantó la embarcación como antes. Volviéndose a José, le dijo así: 'Hijo mío, nunca vuelvas a hacer eso, nunca permitas que los celos de tus hermanos te dominen. Casi sucedió que todos tus hermanos perecieron a causa de ti. '

"Cuando le conté a mi padre lo que había visto en esta visión, juntó las manos, y las lágrimas brotaron de sus ojos, y dijo: 'Hijo mío, porque la visión se te duplicó dos veces, estoy consternado, y Temblo por mi hijo José. Lo amé más que a todos ustedes, pero a causa de su perversidad seréis llevados al cautiverio y esparcidos entre las naciones. Tu primera y tu segunda visión tenían el mismo significado, la visión es una .

"Por tanto, hijos míos, os mando que no os unáis a los hijos de José, sino que os uniréis a los hijos de Leví y Judá. También os digo que mi herencia será de lo mejor de Palestina, el comerás, y los deliciosos regalos de mi porción te saciarán. Pero te advierto que no patees en tu prosperidad y no te vuelvas perverso, resistiendo los mandamientos de Dios, quien te satisface con lo mejor de Su tierra, y no olvidar a su Dios, a quien su padre Abraham

eligió cuando las familias de la tierra se dividieron en los días de Peleg. El Señor descendió con setenta ángeles, a la cabeza de ellos Miguel, y les ordenó que enseñaran los setenta idiomas a las setenta familias de Noé. Los ángeles hicieron según el mandato de Dios, y el santo idioma hebreo permaneció solo en la casa de Sem y Heber, y en la casa de su descendiente Abraham. En este día de la enseñanza de idiomas, Miguel vino a cada nación por separado, y le dijo el mes sabio que Dios le había acusado, diciendo: 'Sé la rebelión y la confusión que habéis cometido contra Dios. Ahora, elige a quién servirás y a quién tendrás como mediador en el cielo ". Entonces dijo Nimrod el malvado: "A mis ojos, no hay nadie más grande que el que me enseñó el idioma de Cus". Las otras naciones también respondieron con palabras como estas, cada una designó a su ángel. Pero Abraham dijo: 'No escojo a nadie más que a Aquel que habló y el mundo fue. En él tendré fe y mi descendencia por los siglos de los siglos. Desde entonces, Dios puso a cada nación al cuidado de su ángel, pero se quedó con Abraham y su descendencia.

Por tanto, te conjuro que no te extravíes y sirvas a otros dioses además de Aquel a quien nuestros padres eligieron. Puedes percibir algo de Su poder en la creación del hombre. De la cabeza a los pies el hombre está maravillosamente hecho. Con sus oídos oye: con sus ojos ve, con su cerebro comprende, con su nariz huele, con los conductos de su garganta emite sonidos, con su garganta traga comida, con su lengua articula, con su boca forma palabras, con su garganta con las manos hace su trabajo, con el corazón medita, con el bazo ríe, con el hígado se enfurece, con el estómago aplasta la comida, con los pies camina, con los pulmones respira y con los riñones hace resuelve, y ninguno de sus órganos sufre un cambio de función, cada uno realiza la suya propia. Por lo tanto, corresponde al hombre tomar en serio quién lo ha creado, y quién lo ha desarrollado a partir de una gota maloliente en el útero de mujer, que lo ha traído a la luz del mundo, que le ha dado vista a sus ojos, y quién ha otorgado poder de movimiento a sus pies, quién lo hace estar de pie, quién le ha infundido aliento de vida y quién le ha impartido de Su propio espíritu puro. Bienaventurado el hombre, por tanto, que no contamina el espíritu santo de Dios dentro de él haciendo malas acciones, y bien para él si lo devuelve a su Creador como lo recibió ".

Después de que Neftalí había encargado a sus hijos así, y con muchas otras lecciones como estas, les ordenó que llevaran sus restos a Hebrón, para ser enterrados allí cerca de sus padres. Luego comió y bebió con regocijo, se cubrió el rostro y murió, y sus hijos hicieron conforme a todo lo que su padre Neftalí les había mandado.

EL ODIO DE GAD

En el año ciento veinticinco de su vida, Gad reunió a sus hijos y les dijo: "Soy el noveno hijo de Jacob, y fui un valiente pastor de los rebaños. Yo cuidaba los rebaños, y cuando un león o cualquier otro animal salvaje se acercó, lo perseguí, lo agarré por el pie, lo arrojé a un tiro de piedra de mí y lo maté así. Una vez, durante treinta días, José cuidaba los rebaños con nosotros, y cuando regresaba a nuestro padre, le dijo que los hijos de Zilpa y Bilha mataron lo mejor de los rebaños, y usaron la carne sin el conocimiento de Rubén y Judá. Él me había visto arrebatar un cordero de las fauces de un oso, matar al dar a luz y degollar el cordero, porque estaba demasiado gravemente herido para vivir. Estaba enojado con José por su charla, hasta que fue vendido a Egipto. No quise mirarlo ni escuchar nada de él, porque en nuestras propias caras él , nos culpó, porque habíamos comido el cordero sin pedir primero el permiso de Judá. Y lo que sea que José le dijo a nuestro padre, él creía.

"Ahora confieso mi pecado, que muchas veces deseaba matarlo, porque lo odiaba desde el fondo de mi corazón, y debido a sus sueños lo odiaba aún más, y deseaba destruirlo de la tierra del Pero Judá lo vendió furtivamente a los ismaelitas, y así el Dios de nuestros padres lo salvó de nuestras manos, y no permitió que cometiéramos un ultraje abominable en Israel.

"Escuchen ahora, hijos míos, las palabras de la verdad, para que practiquen la justicia y toda la ley del Altísimo, y no se dejen tentar por el espíritu del odio. El mal es odio, porque es el compañero constante de engaño, siempre contradice la verdad. Lo pequeño lo magnifica en algo grande, la luz toma por oscuridad, lo dulce lo llama amargo, y enseña calumnia, enciende la ira, trae guerra y violencia, y llena el corazón de demonios Veneno. Os cuento mi propia experiencia, hijos míos, para que apartéis el odio de vuestros corazones y os aferráis al amor del Señor. La justicia destierra el odio y la humildad lo mata, porque el que teme ofender al Señor , no desea obrar mal ni siquiera en sus pensamientos. Esto es lo que reconocí al final, después de haber hecho penitencia a causa de José, porque la verdadera expiación, agradable a Dios, ilumina los ojos, ilumina el alma con conocimiento y crea un consejo de salvación. Mi penitencia vino en consecuencia e de una enfermedad del hígado que Dios me infligió. Sin las oraciones de mi padre Jacob, mi espíritu se habría apartado de mí, porque a través del órgano con el que el hombre transgrede, es castigado. Como mi hígado no había sentido piedad por José, mi hígado me causó un sufrimiento despiadado. Mi juicio duró once meses, mientras mi enemistad hacia Joseph.

"Y ahora, hijos míos, cada uno de ustedes amará a su hermano, y desarraigarán el odio de sus corazones amándose unos a otros de palabra, obra y pensamientos del alma. Porque hablé pacíficamente con José en

presencia de nuestro padre. pero cuando salí de delante de él, el espíritu de odio oscureció mi entendimiento y movió mi alma para asesinarlo. Si ves a alguien que tiene más buena fortuna que tú, no te entristezcas, sino ora por él, para que su la felicidad puede ser perfecta, y si uno de los malvados se enriquece en sustancia, como Esaú, el hermano de mi padre, no le envidies, espera el fin del Señor.

"Di esto también a tus hijos, que honrarán a Judá y a Leví, porque de ellos el Señor hará que se levante un salvador a Israel. Porque yo sé que al final tus hijos se apartarán de Dios, y ellos tomarán parte con toda maldad, malicia y corrupción delante del Señor ".

Después de que Gad hubo descansado un poco, volvió a hablar: "Hijos míos, oíd a vuestro padre y sepultadme con mis padres". Luego levantó los pies y durmió en paz. Después de cinco años, sus hijos llevaron sus restos a Hebrón a sus padres.

LAS ÚLTIMAS PALABRAS DE ASHER

En el año ciento veinticinco de su vida, mientras aún gozaba de buena salud, Aser llamó a sus hijos y los amonestó a caminar por los caminos de la virtud y el temor de Dios. Él dijo: "Oíd, hijos de Aser, a vuestro padre, y yo os mostraré todo lo que es recto delante de Dios. Dos caminos ha puesto Dios ante los hijos de los hombres, y dos inclinaciones les ha concedido, dos clases de acciones y dos propósitos. Por lo tanto, todas las cosas son de dos en dos, el uno opuesto al otro. Pero vosotros, hijos míos, no seréis dobles, persiguiendo tanto el bien como la maldad. Sólo os aferraréis a los caminos del bien, porque el Señor se deleita en ellos, y los hombres los anhelan. Y huye de la maldad, porque así destruirás la inclinación al mal. Presta atención a los mandamientos del Señor, siguiendo la verdad con un solo propósito. no te preocupes lo mismo por las cosas malas que por las buenas, sino más bien mantén tus ojos en lo que es verdaderamente bueno y cuídalo con todos los mandamientos del Señor.

El fin del hombre, cuando se encuentra con los mensajeros de Dios y de Satanás, muestra si fue justo o injusto en su vida. Si su alma se agota, será atormentada por el espíritu maligno, a quien sirvió con sus lujurias y sus malas acciones; pero si se marcha tranquilamente, el ángel de la paz la conducirá a la vida eterna.

"No seáis como Sodoma, hijos míos, que no reconoció a los ángeles del Señor, para que no seáis entregados en manos de vuestros enemigos, y vuestra tierra sea maldita, y vuestro santuario destruido, y vosotros seréis esparcidos por los cuatro ángulos de la ciudad. la tierra, y escarnecido en la confusión como agua estancada, hasta que el Altísimo visite la tierra y quebrante las cabezas de los dragones en las aguas. Di esto, hijos míos, a

tus hijos, que no sean desobedientes a Dios, porque leí en las tablas de los cielos que serás contumaz y actuarás impiamente con Él, en el sentido de que no te preocuparás por la ley de Dios, sino que obedecerás las leyes humanas, y están corrompidas por causa de la impiedad del hombre. Por tanto, seréis dispersos como Gad y Dan, hermanos míos, y no conoceréis ni vuestra tierra, ni vuestra tribu, ni vuestra lengua. Sin embargo, el Señor os reunirá en su fidelidad, por causa de su misericordia, y por amor a Abraham, Isaac y Jacob ".

Y cuando terminó de decir estas palabras, les ordenó que lo enterraran en Hebrón. Y se hundió en un dulce sueño y murió. Sus hijos hicieron lo que les había mandado, lo llevaron y lo sepultaron con sus padres.

BENJAMIN EXTOLES A JOSÉ

Benjamín tenía ciento veinticinco años y llamó a sus hijos para que fueran a él. Cuando aparecieron, los besó y dijo: "Como Isaac nació a

Abraham en su vejez, así le nació a Jacob cuando fue herido en años. Por eso me llamaron Benjamín, 'el hijo de días'. Mi madre Raquel murió cuando yo nací y Bilha, su esclava, me amamantó. Raquel no tuvo hijos durante doce años después de dar a luz a José. Por tanto, oró a Dios y ayunó doce días, y me concibió y me dio a luz. Nuestro padre amaba con cariño a Rachel y había deseado mucho tener dos hijos con ella.

"Cuando bajé a Egipto, y mi hermano José me reconoció, me preguntó: '¿Qué le dijeron mis hermanos a mi padre acerca de mí?' Y le dije que habían enviado a Jacob su túnica manchada de sangre, y que habían dicho: 'Sepa ahora si esta es la túnica de su hijo o no'. Y José dijo: 'Esto es lo que me pasó: mercaderes cananeos me robaron con violencia, y en el camino querían esconder mi abrigo, para que pareciera que una bestia salvaje me había encontrado y me había matado. estaba a punto de ocultarlo, fue despedazado por un león, por lo que sus compañeros, con gran temor, me vendieron a los ismaelitas. Mis hermanos, como ves, no engañaron a mi padre con una mentira. De esta manera, José trató de mantenerme en secreto la obra de nuestros hermanos. También llamó a mis hermanos y les ordenó que no le contaran a nuestro padre lo que le habían hecho, y les ordenó que repitieran la historia que él me había contado. .

"Ahora, hijos míos, amen al Señor, Dios del cielo y de la tierra, y guarden sus mandamientos, tomando a ese hombre bueno y piadoso José como modelo. Hasta el día de su muerte no habría divulgado lo que habían hecho sus hermanos. a él, y aunque Dios le reveló su acción a Jacob, él continuó negándola. Solo después de muchos esfuerzos, cuando Jacob lo conjuró para que confesara la verdad, fue inducido a hablar. Incluso entonces le suplicó a nuestro padre

Jacob para orar por nuestros hermanos, para que Dios no tenga en cuenta el mal que le habían hecho como un pecado. Y Jacob exclamó: "¡Oh mi buen hijo José, te has mostrado más misericordioso que yo!"

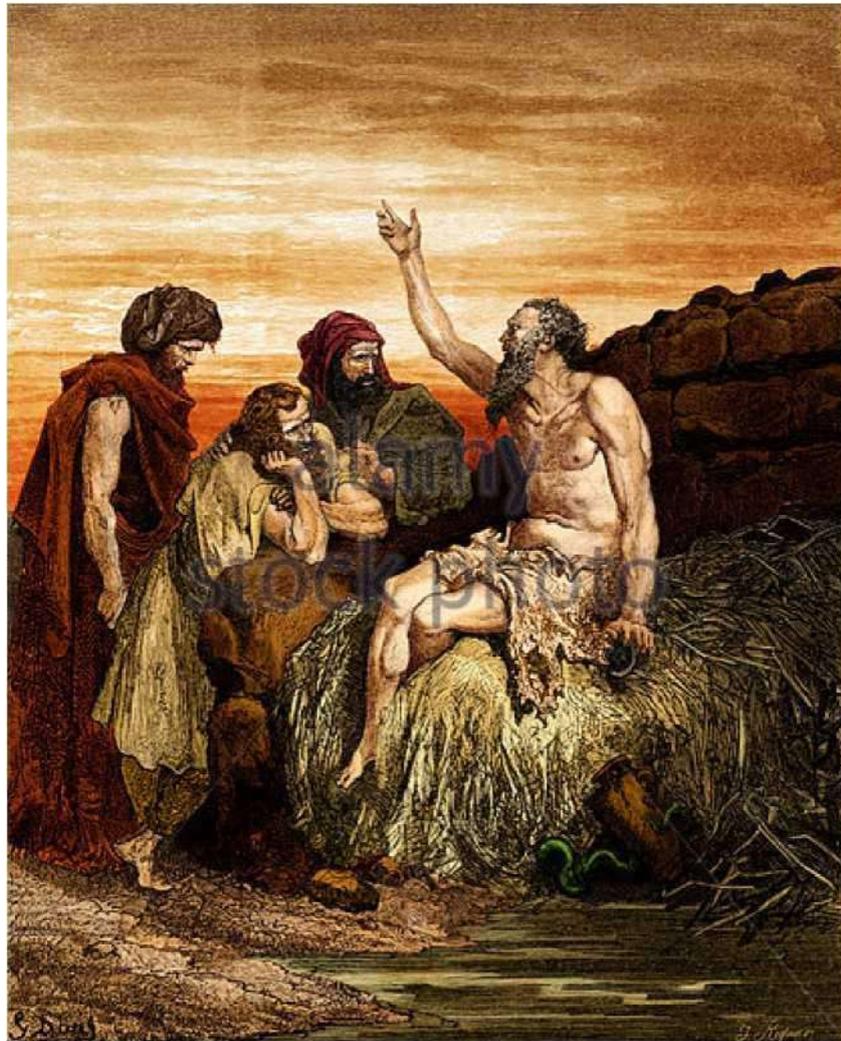
"Hijos míos, ¿habéis observado la misericordia del buen hombre? Imitadla con pura intención, para que vosotros también os llevéis coronas de gloria. El buen hombre no tiene ojos envidiosos, tiene misericordia de todos, incluso de los pecadores, aunque sus malos designios se dirijan contra él, y con sus buenas obras venza el mal, ya que fue ordenado por Dios. Si haces el bien, los espíritus inmundos se apartarán de ti, y hasta las fieras te temerán. La inclinación de un buen hombre no radica en el poder del espíritu tentador Behar, porque el ángel de la paz guía su alma. Huye ante la malicia de Beliar, cuya espada está desenvainada para matar a todos los que le obedecen, y su espada es madre de siete males, derramamiento de sangre, corrupción, error, cautiverio, hambre, pánico y devastación. Por tanto, Dios entregó a Caín a siete castigos. Una vez en cien años, el Señor le castigó. Sus aflicciones comenzaron cuando tenía doscientos años, y en su novecientos años fue destruido por el diluvio, por haber matado a su justo hermano Abel. Y los que son como Caín serán castigados para siempre con los mismos castigos que él.

"Sepan ahora, hijos míos, que estoy a punto de morir. Practiquen la verdad y la justicia, y observen la ley del Señor y también sus mandamientos. Esto les dejo como su única herencia, y la dejarán a sus hijos como una posesión eterna. Así lo hicieron Abraham, Isaac y Jacob, nos lo transmitieron, diciendo: "Guardad los mandamientos de Dios, hasta que el Señor revele su salvación a los ojos de todas las naciones". Entonces verás a Enoc, Noé, Sem,

Abraham, Isaac y Jacob se levantan con regocijo a una nueva vida a la diestra de Dios, y nosotros hermanos, los hijos de Jacob, también nos levantaremos, cada uno de nosotros a la cabeza de su tribu, y rendiremos homenaje a la Rey de los cielos".

Después de que Benjamín terminó de hablar así, dijo: "Os mando, hijos míos, que saquéis mis huesos de Egipto y me enterrad junto a mis padres".

Y cuando hubo terminado de decir estas cosas, se durmió en una buena vejez, y pusieron su cuerpo en un ataúd, y en el año noventa y uno de su estancia en Egipto, sus hijos y los hijos de su los hermanos llevaron los huesos de su padre, en secreto, y los sepultaron en Hebrón, a los pies de sus padres. Luego volvieron de la tierra de Canaán y vivieron en Egipto hasta el día del éxodo de la tierra.



www.alamy.com - ERFYFP

**III - EL TRABAJO - EL TRABAJO Y LOS PATRIARCAS LA RIQUEZA DEL TRABAJO Y
BENEFACCIONES - SATANÁS Y
EL SUFRIMIENTO DEL TRABAJO - LOS CUATRO
AMIGOS - TRABAJO RESTAURADO
CAPÍTULO 3 - EL TRABAJO Y LOS PATRIARCAS**

Job, el gentil más piadoso que jamás haya vivido, uno de los pocos en llevar el título de honor de "siervo de Dios", era de doble parentesco con Jacob. Era nieto de Esaú, el hermano de Jacob, y al mismo tiempo yerno del mismo Jacob, porque se había casado con Dina como su segunda esposa. Era completamente digno de ser miembro de la familia del Patriarca, porque era perfectamente recto, temía a Dios y evitaba el mal. Si no hubiera vacilado en su renuncia a la voluntad divina durante la gran prueba a la que fue sometido y murmurado contra Dios, se le habría

conferido la distinción de que su nombre se uniera al Nombre de Dios en oración, y los hombres han invocado al Dios de Job como ahora invocan al Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Pero no fue encontrado firme como los tres Padres, y perdió el honor que Dios había querido para él.

El Señor lo reprendió por su falta de paciencia, diciendo: "¿Por qué murmuraste cuando te sobrevinió el sufrimiento? ¿Te crees más valioso que Adán, la creación de Mis propias manos, sobre quien junto con sus descendientes decreté la muerte? ¿A causa de una sola transgresión? Y, sin embargo, Adán no murmuró. Seguramente no eres más digno que Abraham, a quien tenté con muchas pruebas, y cuando preguntó: "¿En qué conoceré que heredaré la tierra?" y yo le respondí: "Sabed con certeza que tu descendencia será extranjera en una tierra que no es de ellos, y les servirá; y los afligirán durante cuatrocientos años", pero él no murmuró. No te estimarás más a ti mismo. Digno que Moisés, ¿verdad? A él no le concedería el favor de entrar en la tierra prometida, porque dijo las palabras: "Oíd ahora, rebeldes; ¿os sacaremos agua de esta peña?" Y, sin embargo, no murmuró: ¿Eres tú más digno que Aarón, a quien mostré mayor honor que a cualquier ser creado, porque envié a los mismos ángeles del Lugar Santísimo cuando él entró en el lugar? Sin embargo, cuando sus dos hijos murieron, no murmuró".

El contraste entre Job y los Patriarcas surge de las palabras pronunciadas por él y las palabras pronunciadas por Abraham. Dirigiéndose a Dios, Abraham dijo: "Que esté lejos de ti hacer así, matar al justo con el impío, para que así el justo sea como el impío", y Job exclamó contra Dios: "Todo es uno; por tanto, Yo digo: Él destruye al perfecto y al impío". Ambos recibieron su debida recompensa, Abraham fue recompensado y Job fue castigado.

Convencido de que su sufrimiento era inmerecido e injusto, Job tuvo la osadía de decirle a Dios: "Oh Señor del mundo, Tú creaste el buey de patas hendidas y el asno de pezuña abierta, Tú creaste el Paraíso y el infierno, Tú creaste el justos y también impíos. No hay quien se lo impida; puedes hacer lo que bien te parezca". Los amigos de Job respondieron: "Es cierto, Dios ha creado la inclinación al mal, pero también le ha dado al hombre la Torá como remedio contra ella. Por lo tanto, los malvados no pueden quitarse la culpa de sus hombros y ponerla sobre Dios".

La razón por la que Job no rehuyó declaraciones tan extravagantes fue porque negó la resurrección de los muertos. Juzgaba de la prosperidad de los impíos y las aflicciones de los piadosos solo por sus fortunas terrenales. Partiendo de esta falsa premisa, sostuvo que era posible que el castigo que le correspondía no fuera en absoluto destinado a él. Dios había caído en un error, le impuso el sufrimiento que le había sido asignado a un

pecador. Pero Dios le habló, diciendo: "Muchos cabellos he creado sobre la cabeza del hombre, pero cada cabello tiene su propio saco, porque si dos cabellos se alimentaran del mismo saco, el hombre perdería la vista de sus ojos. Nunca ha sucedido que un saco se haya extraviado. ¿Debería, entonces, haber confundido a Job con otro? Dejé que muchas gotas de lluvia descendieran del cielo, y por cada gota hay un moho en las nubes, porque si fueran dos gotas para salido del mismo molde, el suelo se volvería tan fangoso que no podría producir ningún crecimiento. Nunca ha sucedido que se haya extraviado un molde. ¿Debería, entonces, haber confundido a Job con otro? Muchos rayos lanzo desde el cielos, pero cada uno viene de su propio camino, porque si dos siguieran el mismo camino, destruirían el mundo entero. Nunca ha sucedido que un camino se haya extraviado. ¿Debería, entonces, haber confundido a Job con otro? La gacela da a luz a sus crías en el punto más alto de una roca, y caería en th El abismo y moriría aplastado, si no enviaba un águila allá para que lo recogiera y se lo llevara a su madre. Si el águila apareciera un minuto antes o después de la hora señalada, la pequeña gacela perecería. Nunca ha sucedido que se haya perdido el minuto adecuado. ¿Debería, entonces, haber confundido a Job con otro? La cierva tiene el útero contraído y no podría dar a luz a sus crías si no le enviara un dragón en el momento adecuado, para que mordiera su útero y lo ablande, porque entonces podrá soportar. Si el dragón viniera un segundo antes o después del momento adecuado, la cierva perecería. Nunca sucedió que me perdiera el segundo correcto. ¿Debería, entonces, haber confundido a Job con otro? "

A pesar de las imperdonables palabras de Job, Dios estaba disgustado con sus amigos por juzgarlo con dureza . "Un hombre no puede ser considerado responsable de lo que hace en su angustia", y la agonía de Job fue realmente grande.

RIQUEZA Y BENEFACCIONES DEL TRABAJO

En una ocasión le preguntaron a Job cuál consideraba la aflicción más severa que podía golpearle, y él respondió: "El gozo de mis enemigos en mi desgracia, y cuando Dios exigió saber de él, después de las acusaciones hechas por Satanás, qué prefería, la pobreza o sufrimiento físico, eligió el dolor, diciendo: "Oh Señor del mundo entero, castiga mi cuerpo con todo tipo de sufrimiento, sólo protégeme de la pobreza". La pobreza parecía el mayor flagelo, porque antes de sus pruebas había ocupado una posición brillante en Dios graciosamente le concedió este anticipo del tiempo mesiánico. La cosecha siguió de cerca al arado de su campo; tan pronto como las semillas se esparcieron en los surcos, brotaron y crecieron y maduraron los productos. exitoso con su ganado. Sus ovejas mataban lobos, pero ellos mismos nunca fueron dañados por las bestias salvajes. De ovejas

tenía no menos de ciento treinta mil, y necesitaba ochocientos perros para vigilarlos, sin mencionar el Se necesitaban doscientos perros para garantizar la seguridad de su casa. Además, sus rebaños estaban formados por trescientos cuarenta mil asnos y tres mil quinientas parejas de bueyes. Todas estas posesiones no fueron utilizadas para placeres autoindulgentes, sino para el bien de los pobres y necesitados, a quienes vistió, alimentó y proporcionó todo lo necesario. Para hacer todo esto, incluso tuvo que emplear barcos que transportaran provisiones a todas las ciudades y a las viviendas de los indigentes. Su casa estaba amueblada con puertas en los cuatro lados, para que los pobres y los caminantes pudieran entrar, sin importar en qué dirección se acercaran. En todo momento había en su casa treinta mesas cargadas de viandas, y doce además sólo para viudas, de modo que todos los que llegaban encontraban lo que deseaban. La consideración de Job por los pobres era tan delicada que mantuvo a los sirvientes para que los atendieran constantemente. Sus invitados, embelesados por su caridad, con frecuencia se ofrecían como asistentes para ministrar a los pobres en su casa, pero Job siempre insistía en pagarles por sus servicios. Si se le pedía un préstamo de dinero para utilizarlo con fines comerciales, y el prestatario prometía dar una parte de sus ganancias a los pobres, no exigiría más garantía que una mera firma. Y si sucedía que por alguna desgracia u otra el deudor no podía cumplir con su obligación, Job le devolvería la nota o la rompería en pedazos en su presencia.

No se conformaba con suplir las necesidades materiales de quienes se dirigían a él. También se esforzó por transmitirles el conocimiento de Dios. Después de una comida, tenía la costumbre de tocar música con instrumentos, y luego invitaba a los presentes a unirse a él en cánticos de alabanza a Dios. En tales ocasiones no se consideraba por encima de tocar el cithern mientras los músicos descansaban.

En particular, Job se preocupó por la prosperidad y la aflicción de las viudas y los huérfanos. Solía visitar a los enfermos, tanto ricos como pobres, y cuando era necesario, traía consigo un médico. Si el caso resultaba desesperado, apoyaría a la afligida familia con consejos y consuelo. Cuando la esposa del enfermo incurable comenzaba a afligirse y llorar, él la animaba con palabras como estas: "Confía siempre en la gracia y la misericordia de Dios. Él no te ha abandonado hasta ahora, y no te abandonará de ahora en adelante. . Tu esposo recuperará la salud y podrá mantener a su familia como hasta ahora. Pero si - lo cual Dios pueda prevenir - su esposo muere, llamo al cielo para que sea testigo de que proporcionaré sustento para ti y tu niños." Habiendo hablado así, mandaría llamar a un notario y le haría redactar un documento, que firmó en presencia de testigos, comprometiéndose a cuidar de la familia, en caso de

que ésta fuera privada de su cabeza. Así se ganó para sí mismo la bendición del enfermo y la gratitud de la esposa afligida.

A veces, en caso de necesidad, Job también podía ser severo, especialmente cuando se trataba de ayudar a un pobre a obtener lo que le corresponde. Si se sabía que una de las partes de una demanda citada ante su tribunal era un hombre violento, se rodearía de su ejército y lo inspiraría miedo, de modo que el culpable no podría sino mostrarse dispuesto a aceptar su decisión.

Se esforzó por inculcar sus caminos benévolos a sus hijos, acostumbrándolos a atender a los pobres. Al día siguiente, después de una fiesta, sacrificaría generosamente a Dios, y junto con los pedazos sobre el altar, sus ofrendas se repartirían entre los necesitados. Él decía: "Tomen y ayúdenos y oren por mis hijos. Puede ser que hayan pecado y hayan renunciado a Dios, diciendo en la presunción de su corazón: 'Somos los hijos de este hombre rico. Todas estas cosas son nuestras posesiones. ¿Por qué deberíamos ser siervos de los pobres?' "

SATANÁS Y EL TRABAJO

La vida feliz y agradable a Dios que llevó Job durante muchos años despertó el odio de Satanás, quien tenía un viejo rencor contra él. Cerca de la casa de Job había un ídolo adorado por la gente. De repente, las dudas asaltaron el corazón de Job, y se preguntó: "¿Es este ídolo realmente el creador del cielo y de la tierra? ¿Cómo puedo averiguar la verdad sobre él?" A la noche siguiente percibió una voz que gritaba: "¡Jobab! ¡Jobab! Levántate, y te diré quién es el que deseas conocer. Aquel a quien el pueblo ofrece sacrificios no es Dios, es obra del tentador. , con el que engaña a los hombres ". Cuando oyó la voz, Job se tiró al suelo y dijo: "Oh Señor, si este ídolo es obra del tentador, concédeme que lo destruya. Nadie me puede estorbar, porque yo soy el rey de este mundo. tierra."

Job, o, como se le llama a veces, Jobab, era, en verdad, rey de Edom, la tierra donde se tramaban planes perversos contra Dios, por lo que también se le llama Uz, "consejo".

La voz siguió hablando. Se dio a conocer como el de un arcángel de Dios, y le reveló a Job que derribaría la enemistad de Satanás sobre sí mismo mediante la destrucción del ídolo y mucho sufrimiento con él. Sin embargo, si permanecía firme ante ellos, Dios cambiaría sus problemas en gozos, su nombre sería celebrado a lo largo de las generaciones de la humanidad y él participaría en la resurrección a la vida eterna. Job respondió a la voz: "Por amor a Dios estoy dispuesto a soportar todas las cosas hasta el día de mi muerte. Me retractaré de la nada". Job se levantó y, acompañado de cincuenta hombres, se dirigió al ídolo y lo destruyó.

Sabiendo que Satanás intentaría acercarse a él, ordenó a su guardia que no le diera acceso a nadie, y luego se retiró a su habitación. Lo había adivinado correctamente. Satanás apareció de inmediato, disfrazado de mendigo, y exigió hablar con Job. El guardia ejecutó sus órdenes y le prohibió entrar. Entonces el mendicante le pidió que intercediera por él ante Job por un trozo de pan. Job lo sabía

era Satanás, y le envió un mensaje de la siguiente manera: "No esperes comer de mi pan, porque te está prohibido", y al mismo tiempo puso un pedazo de pan quemado en la mano de la guardia de Satanás. El criado se avergonzó de darle pan quemado a un mendigo, y lo sustituyó por un buen trozo. Sin embargo, Satanás, sabiendo que el siervo no había ejecutado el encargo de su amo, se lo dijo a la cara, y él fue a buscar el pan quemado y se lo entregó, repitiendo las palabras de Job. Entonces Satanás devolvió esta respuesta: "Como se quema el pan, así desfiguraré tu cuerpo". Job respondió: "Haz lo que desees y ejecuta tu plan. En cuanto a mí, estoy dispuesto a sufrir lo que sea que me hagas".

Ahora Satanás se acercó a Dios y le rogó que pusiera a Job en su poder, diciendo: "Yo anduve de un lado a otro por la tierra, anduve de un lado a otro, y no vi a ningún hombre tan piadoso como Abraham. Tú prometiste él toda la tierra de Palestina, y sin embargo no tomó en mala parte que no tenía ni siquiera un lugar de entierro para Sara. En cuanto a Job, es cierto, no encontré a nadie que te ame como él, sino si lo pusieres en mi mano, lograré apartar su corazón de ti ". Pero Dios dijo: "Satanás, Satanás, ¿qué piensas hacer con mi siervo Job, como quien no hay en la tierra?" Satanás persistió en su petición de tocar a Job, y Dios se lo concedió, le dio todo el poder sobre las posesiones de Job.

Este día de la acusación de Job fue el día de Año Nuevo, en el que las buenas y las malas obras del hombre se presentan ante Dios.

EL SUFRIMIENTO DEL TRABAJO

Equipado con un poder ilimitado, Satanás se esforzó por privar a Job de todo lo que poseía. Quemó parte de su ganado y los enemigos se llevaron la otra parte. Lo que le dolió más a Job fue que los destinatarios de su recompensa se volvieron contra él y le quitaron sus pertenencias.

Entre los adversarios que lo asaltaron estaba Lilith, la reina de Saba. Ella vivía a una gran distancia de su residencia, le tomó a ella y a su ejército tres años viajar de su casa a la de él. Ella cayó sobre sus bueyes y sus asnos, y se apoderó de ellos, después de matar a los hombres a cuyo cuidado Job los había confiado. Un hombre escapó solo. Herido y magullado, solo tenía la vida suficiente para contarle a Job la historia de sus pérdidas, y luego cayó muerto. Las ovejas, que no habían sido molestadas por la reina de Saba,

fueron llevadas por los caldeos. La primera intención de Job era ir a la guerra contra estos merodeadores, pero cuando le dijeron que algunas de sus propiedades habían sido consumidas por el fuego del cielo, desistió y dijo: "Si los cielos se vuelven contra mí, no puedo hacer nada".

Insatisfecho con el resultado, Satanás se disfrazó de rey de Persia, sitió la ciudad de la residencia de Job, la tomó y habló a los habitantes, diciendo: "Este Job se ha apropiado de todos los bienes del mundo, sin dejar nada para los demás, y también derribó el templo de nuestro dios, y ahora yo le pagaré por sus maldades. Ven conmigo y saqueemos su casa. " Al principio, la gente se negó a escuchar las palabras de Satanás. Temían que los hijos e hijas de Job pudieran levantarse contra ellos más tarde y vengar los agravios de su padre. Pero después de que Satanás derribó la casa donde estaban reunidos los hijos de Job, y ellos yacieron muertos en las ruinas, el pueblo hizo lo que les ordenó y saqueó la casa de Job.

Al ver que ni la pérdida de todo lo que tenía ni la muerte de sus hijos podían cambiar su corazón piadoso, Satanás se apareció ante Dios por segunda vez y pidió que Job mismo, su persona, fuera puesto en sus manos. Dios concedió la súplica de Satanás, pero limitó su poder al cuerpo de Job, su alma que no podía tocar. En cierto sentido, Satanás estaba peor que Job. Estaba en la posición del esclavo al que su amo le ha ordenado romper el cántaro y no derramar el vino.

Satanás ahora provocó que una terrible tormenta estallara sobre la casa de Job. Las reverberaciones lo arrojaron de su trono y permaneció tirado en el suelo durante tres horas. Entonces Satanás hirió su cuerpo con lepra desde la planta del pie hasta la coronilla. Esta plaga obligó a Job a dejar la ciudad y sentarse afuera sobre un montón de cenizas, porque sus miembros inferiores estaban cubiertos de úlceras que supuraban y el flujo fluía sobre las cenizas. La parte superior de su cuerpo estaba incrustada de forúnculos secos, y para aliviar el picor que le producían usaba sus uñas, hasta que se le caían junto con las yemas de los dedos, y le tomaba un tiesto para rasparse con él. Su cuerpo estaba lleno de alimañas, pero si una de las pequeñas criaturas intentaba alejarse de él, lo obligaba a retroceder, diciendo: "Quédate en el lugar adonde fuiste enviado, hasta que Dios te asigne otro". Su esposa, temerosa de que no soportara con firmeza su horrible sufrimiento, le aconsejó que orara a Dios por la muerte, para que pudiera estar seguro de irse de allí como un hombre recto. Pero él rechazó su consejo, diciendo: "Si en los días de la buena fortuna, que por lo general tienta a los hombres a negar a Dios, me mantuve firme y no me rebelaba contra Él, seguramente podré permanecer firme ante la desgracia que obliga a los hombres ser obediente a Dios ". Y Job se mantuvo firme a pesar de todo el sufrimiento, mientras que su esposa no fue lo

suficientemente fuerte para soportar su destino con resignación a la voluntad de Dios.

Su suerte era amarga, de hecho, porque había tenido que tomar el servicio como aguatera con un mozo común, y cuando su amo se enteró de que ella compartía su pan con Job, la despidió. Para evitar que su esposo se muriera de hambre, se cortó el cabello y compró pan con él. Era todo lo que tenía que pagar el precio cobrado por el comerciante de pan, nada menos que el mismísimo Satanás, que quería ponerla a prueba. Él le dijo: "Si no hubieras merecido esta gran miseria, no te habría sobrevenido". Este discurso fue más de lo que la pobre mujer pudo soportar. Entonces fue cuando ella se acercó a su esposo y, entre lágrimas y gemidos, lo instó a renunciar a Dios y morir. Job, sin embargo, no se perturbó por sus palabras, porque adivinó de inmediato que Satanás estaba detrás de su esposa y la sedujo para que hablara así. Volviéndose hacia el tentador, le dijo: "¿Por qué no me encuentras con franqueza? Abandona tus caminos tacaños, miserable". Entonces Satanás apareció ante Job, admitió que había sido vencido y se fue avergonzado.

LOS CUATRO AMIGOS

Los amigos de Job vivían en diferentes lugares, a intervalos de trescientas millas el uno del otro. Sin embargo, todos fueron informados de la desgracia de su amigo al mismo tiempo, de esta manera: cada uno tenía las imágenes de los demás engastadas en su corona, y en cuanto alguno de ellos encontraba reveses, se manifestaba en su imagen. Así, los amigos de Job se enteraron simultáneamente de su desgracia y se apresuraron a ayudarlo.

Los cuatro amigos estaban relacionados entre sí, y cada uno estaba relacionado con Job. Elifaz, rey de Temán, era hijo de Esaú; Bildad, Zofar y Eliú eran primos; sus padres, Shua, Naamat y Barachel, eran los hijos de Buz, que era hermano de Job y sobrino de Abraham.

Cuando los cuatro amigos llegaron a la ciudad en la que vivía Job, los habitantes los sacaron de las puertas y, señalando una figura reclinada sobre un montón de cenizas a cierta distancia, dijeron: "Allí está Job". Al principio, los amigos no les dieron crédito y decidieron mirar más de cerca al hombre para asegurarse de su identidad. Pero el olor nauseabundo que emanaba de Job era tan fuerte que no podían acercarse a él. Ordenaron a sus ejércitos que esparcieran perfumes y sustancias aromáticas por todos lados. Solo después de haber hecho esto durante horas, pudieron acercarse al paria lo suficiente para reconocerlo.

Elifaz fue el primero en dirigirse a Job: "¿Eres tú realmente Job, un rey de igual rango que nosotros?" Y cuando Job dijo Sí, estallaron en lamentos y

lágrimas amargas, y todos juntos cantaron una elegía, y los ejércitos de los tres reyes, Elifaz, Bildad y Zofar, se unieron al coro. De nuevo Elifaz comenzó a hablar, y lamentó la triste fortuna de Job, y describió la antigua gloria de su amigo, agregando el estribillo a cada frase: "¿A dónde se ha ido el esplendor de tu trono?"

Después de escuchar largamente los lamentos y lamentos de Elifaz y sus compañeros, Job habló diciendo: "Silencio, y te mostraré mi trono y el esplendor de su gloria. Los reyes perecerán, los gobernantes desaparecerán, su orgullo y brillo pasarán como una sombra sobre un espejo, pero mi reino perdurará por los siglos de los siglos, porque la gloria y la magnificencia están en el carro de mi Padre ".

Estas palabras provocaron la ira de Elifaz, quien pidió a sus asociados que abandonaran a Job a su suerte y siguieran su camino. Pero Bildad apaciguó su enojo, recordándole que se debe hacer alguna concesión para alguien tan duramente probado como Job. Bildad hizo una serie de preguntas a la víctima para establecer su cordura. Quería obtener de Job cómo sucedió que Dios, en quien seguía poniendo sus esperanzas, pudiera infligir un sufrimiento tan espantoso. Ni siquiera un rey de carne y hueso permitiría que un guardia suyo que le había servido lealmente llegara al duelo. Bildad deseaba recibir información de Job también sobre los movimientos de los cuerpos celestes.

Job tenía una sola respuesta que dar a estas preguntas: el hombre no puede comprender la sabiduría divina, ya sea que se revele en la naturaleza inanimada y bruta o en relación con los seres humanos. "Pero", prosiguió Job, "para demostrarte que estoy en mi sano juicio, escucha la pregunta que te haré. Los alimentos sólidos y los líquidos se combinan dentro del hombre, y se vuelven a separar cuando salen de su cuerpo". efectúa la separación? " Y cuando Bildad admitió que no podía responder la pregunta, Job dijo: "Si no puedes comprender los cambios en tu cuerpo, ¿cómo puedes esperar comprender los movimientos de los planetas?"

Zofar, después de que Job le había hablado así a Bildad, estaba convencido de que su sufrimiento no había tenido ningún efecto en su mente, y le preguntó si permitiría que lo trataran los médicos de los tres reyes, sus amigos. Pero Job rechazó la oferta, diciendo: "Mi curación y mi restauración vienen de Dios, el Creador de todos los médicos".

Mientras los tres reyes conversaban así con Job, apareció su esposa Zifod vestida de harapos, y se arrojó a los pies de los amigos de su esposo, y entre lágrimas habló, diciendo: "Oh Elifaz, y los demás amigos de Job. , recuerda lo que fui en otros días, y cómo he cambiado ahora, llegando delante de ti en harapos y harapos ". La vista de la infeliz mujer los

conmovió tan profundamente que solo pudieron llorar, y ni una palabra pudieron sacar de su boca.

sus bocas. Sin embargo, Elifaz tomó su manto real de púrpura y se lo puso sobre los hombros de la pobre mujer. Zitidos solo pidió un favor, que los tres reyes ordenaran a sus soldados que despejaran las ruinas del edificio bajo el cual estaban enterrados sus hijos, para que ella pudiera dar un entierro decente a sus restos. En consecuencia, se dio la orden a los soldados, pero Job dijo: "No se pongan en problemas por nada. Mis hijos no serán encontrados, porque están a salvo con su Señor y Creador". Una vez más, sus amigos estaban seguros de que Job estaba desprovisto de sus sentidos. Sin embargo, se levantó, oró a Dios y, al final de sus devociones, pidió a sus amigos que miraran hacia el este, y cuando cumplieron su mandato, vieron a sus hijos junto al Gobernante del cielo, con coronas de gloria sobre sus cabezas. Zitidos se postró y dijo: "Ahora sé que mi memorial reside con el Señor". Y volvió a la casa de su amo, de donde se había ausentado durante algún tiempo contra su voluntad. Le había prohibido que lo dejara, porque temía que los tres reyes se la llevaran con ellos.

Por la noche se acostó a dormir junto al pesebre del ganado, pero no volvió a levantarse, allí murió de cansancio. La gente de la ciudad hizo un gran duelo por ella, y la elegía compuesta en su honor fue escrita y registrada.

TRABAJO RESTAURADO

Cada vez más, los amigos de Job llegaban a la conclusión de que había incurrido en el castigo divino a causa de sus pecados, y mientras afirmaba su inocencia una y otra vez, se preparaban airadamente para dejarlo a su suerte. Especialmente Eliú fue animado por Satanás a hablar palabras difamatorias contra Job, reprendiéndolo por su inquebrantable confianza en Dios. Entonces el Señor se les apareció, primero a Job, y 230

le reveló que Eliú estaba equivocado, y sus palabras fueron inspiradas por Satanás. Luego se apareció a Elifaz, y le dijo así: "Tú y tus amigos Bildad y Zofar habéis cometido un pecado, porque no habéis dicho la verdad acerca de mi siervo Job. Levántate y deja que te traiga una ofrenda por el pecado. Sólo por él me abstengo de destruirte".

El sacrificio ofrecido por Job a favor de sus amigos fue aceptado con gracia por Dios, y Elifaz estalló en un himno de acción de gracias al Señor por haber perdonado la transgresión de él y sus dos amigos. Al mismo tiempo, anunció la condenación de Eliú, el instrumento de Satanás.

Dios se apareció a Job una vez más y le dio un cinto compuesto de tres tiras, y le pidió que se lo atara a la cintura. Apenas se lo había puesto cuando todo su dolor desapareció, su recuerdo mismo se desvaneció y, más que esto, Dios le hizo ver todo lo que fue y todo lo que será.

Después de sufrir siete veces el dolor durante siete años, Job recuperó sus fuerzas. Regresó a la ciudad con sus tres amigos, y los habitantes hicieron una fiesta en su honor y para la gloria de Dios. Todos sus antiguos amigos se le unieron nuevamente, y retomó su antigua ocupación, el cuidado de los pobres, para lo cual obtuvo los medios de la gente de alrededor. Les dijo: "Dadme cada uno de vosotros una oveja para la ropa de los pobres, y cuatro dracmas de plata o de oro para sus otras necesidades". El Señor bendijo a Job, y en unos pocos días su riqueza había aumentado al doble de la que poseía antes de que la desgracia lo alcanzara. Habiendo muerto Zitidos durante los años de sus pruebas, se casó con una segunda esposa, Dina, la hija de Jacob, y ella le dio siete hijos y tres hijas. Nunca había tenido más de una esposa a la vez, porque solía decir: "Si hubiera sido la intención que Adán tuviera diez esposas, Dios se las habría dado. Sólo una esposa le fue otorgada, por lo que Dios indicó que no iba a tener más que una, y por lo tanto, una sola esposa me basta también".

Cuando Job, después de una vida larga y feliz, sintió que se acercaba su fin, reunió a sus diez hijos a su alrededor y les contó la historia de sus días. Habiendo terminado la narración, les amonestó con estas palabras: "Mira, estoy a punto de morir, y tú estarás en mi lugar. No abandones al Señor, sé generoso con los pobres, trata a los débiles con consideración y no te cases con las mujeres de los gentiles".

Entonces repartió sus posesiones entre sus hijos, y entregó a sus hijas lo que es más precioso que todos los bienes terrenales, a cada uno de ellos una banda del cinto celestial que había recibido de Dios. La virtud mágica de estas bandas era tal que apenas sus poseedores las ataron alrededor de sus cinturas, se transformaron en seres superiores, y con voces seráficas estallaron en himnos a la manera de los ángeles.

Durante tres días, Job estuvo acostado en su cama, enfermo aunque no sufriendo, porque el cinturón celestial lo hacía a prueba de dolor. Al cuarto día vio a los ángeles descender para buscar su alma. Se levantó de la cama, le entregó un cithern a su hija mayor Jemimah, "Day", un incensario al segundo, Keziah, "Perfume", y un címbalo al tercero, Amaltheas, "Horn", y

les dio la bienvenida a la ángeles con sonido de música. Tocaron, cantaron y alabaron al Señor en la lengua santa. Entonces apareció el que estaba sentado en el gran carro, besó a Job y se fue con su alma hacia el este. Nadie los vio partir, excepto las tres hijas de Job.

El dolor de la gente, especialmente de los pobres, las viudas y los huérfanos, fue muy grande. Durante tres días dejaron el cadáver sin enterrar, porque no podían albergar la idea de separarse de él.

Así como el nombre de Job permanecerá imperecedero para siempre, debido a la piedad del hombre, así sus tres amigos fueron recompensados por Dios por su simpatía por él en su angustia. Sus nombres fueron preservados, el castigo del infierno les fue remitido y, lo mejor de todo, Dios derramó el espíritu santo sobre ellos. Pero Satanás, la causa de la angustia de Job, el Señor lo arrojó del cielo, porque Job lo había vencido, quien en medio de su agonía había agradecido y alabado a Dios por todo lo que le había hecho.



-Gustav Dore

IV - Moses en Egipto - INICIO DEL
cautiverio egipcio - faraón CUNNING - LA
PÍA MATRONAS - LOS TRES CONSEJEROS - LA
MASACRE de los inocentes - LOS PADRES
de Moisés - el nacimiento de Moisés - Moses
RESCUED DEL AGUA - LA INFANCIA DE
MOISÉS - MOISÉS RESCATADO POR GABRIEL - LA
JUVENTUD DE MOISÉS - EL VUELO - EL REY DE
ETIOPÍA - JETHRO - MOISÉS SE CASEA CON ZIPPORAH - UN
REMEDIO SANGRE - EL PASTOR FIEL - LA
ARBUJA ARDIENTE - LA ASCENSIÓN DE
MOISÉS - MOISÉS VISITA EL PARAÍSO Y EL INFIERNO -

MOISÉS DECLINA LA MISIÓN - MOISÉS CASTIGADO
POR SU OBSTINENCIA - EL REGRESO A EGIPTO -
MOISÉS Y AARÓN ANTE EL FARAÓN - EL
SUFRIMIENTO AUMENTO --MEASURE PARA MEASURE--
las plagas llevado a través de AARON - LAS
plagas enviadas a través de Moisés - LA PRIMERA
PASCUA - LA golpea violentamente DE LA PRIMERA-Born - LA
redención de Israel DE EGIPCIO
BONDAGE - ÉXODO

CAPÍTULO 4 - MOISÉS EN EGIPTO - EL COMIENZO DEL BONDAGE EGIPCIO

Tan pronto como Jacob murió, los ojos de los israelitas se cerraron, así como sus corazones. Comenzaron a sentir el dominio del extraño, aunque la verdadera servidumbre no los esclavizó hasta algún tiempo después. Mientras uno de los hijos de Jacob estaba vivo, los egipcios no se atrevieron a acercarse a los israelitas con malas intenciones. Fue solo cuando Levi, el último de ellos, dejó esta vida que comenzó su sufrimiento. De hecho, se había notado un cambio en la relación de los egipcios con los israelitas inmediatamente después de la muerte de José, pero no se quitaron la máscara por completo hasta que Levi ya no existía. Entonces la esclavitud de los israelitas sobrevino en serio.

El primer acto hostil de parte de los egipcios fue privar a los israelitas de sus campos, sus viñedos y los regalos que José había enviado a sus hermanos. No contentos con estas animosidades, buscaron hacerles daño de otras formas. La razón del odio de los egipcios fue la envidia y el miedo. Los israelitas habían aumentado a un grado milagroso. A la muerte de Jacob, las setenta personas que había traído consigo habían aumentado a seiscientos mil, y su fuerza física y heroísmo eran extraordinarios y, por lo tanto, alarmantes para los egipcios. Hubo muchas ocasiones en ese momento para la demostración de destreza. No mucho después de la muerte de Leví, ocurrió la del rey egipcio Magrón, quien había sido criado por José y, por lo tanto, no estaba del todo sin un agradecido recuerdo de lo que él y su familia habían logrado por el bienestar de Egipto. Pero su hijo y sucesor Malol, junto con toda su corte, no conocían a los hijos de Jacob ni sus logros, y no tuvieron escrúpulos en oprimir a los hebreos.

La ruptura final entre ellos y los egipcios tuvo lugar durante las guerras libradas por Malol contra Zefo, el nieto de Esaú. En el transcurso de la misma, los israelitas habían salvado a los egipcios de una aplastante derrota, pero en lugar de estar agradecidos, solo buscaban la ruina de sus benefactores, por temor a que la gigantesca fuerza de los hebreos pudiera volverse contra ellos.

ASUNTOS DEL FARAÓN

Los consejeros y los ancianos de Egipto vinieron a Faraón y le hablaron, diciendo: "He aquí, el pueblo de los hijos de Israel es más grande y más poderoso que nosotros. Tú has visto su gran poder, que han heredado de sus padres, porque algunos de ellos se levantaron contra un pueblo tan grande como la arena del mar, y ninguno ha caído. Ahora, por tanto, danos un consejo sobre qué hacer con ellos, hasta que los destruyamos gradualmente de entre nosotros, para que no se conviertan en demasiado numerosos en la tierra, porque si se multiplican y se produce alguna guerra, también se unirán con su gran fuerza a nuestros enemigos, y lucharán contra nosotros, nos destruirán de la tierra y los sacarán de la tierra. . "

El rey respondió a los ancianos, diciendo: "Este es el plan aconsejado por mí contra Israel, del cual no partiremos. He aquí, Pitom y Ramsés son ciudades no fortificadas contra la batalla. Nos corresponde fortificarlas. Ahora, id y actúen astutamente contra los hijos de Israel, y proclamen en Egipto y en Gosén, diciendo: '¡Todos los hombres de Egipto, Gosén y Patros! El rey nos ha ordenado que construyamos Pitom y Ramsés y los fortalezcamos contra la batalla. a todo Egipto, de los hijos de Israel y de todos los habitantes de las ciudades, que estén dispuestos a construir con nosotros, se les dará su salario cada día por orden del rey.

"Entonces vayan ustedes primero y comiencen a edificar Pitom y Ramsés, y hagan que la proclamación del rey se haga todos los días, y cuando algunos de los hijos de Israel vengan a construir, les darán su salario cada día, y después de que hayan edificado. con vosotros por su salario diario, apartaos de ellos día a día, y uno a uno, en secreto. Entonces os levantaréis y llegaréis a ser sus capataces y sus oficiales, y después los tendréis para construir sin salario. si se niegan, entonces oblígalos con todas tus fuerzas a construir. Si haces esto, nos irá bien, porque haremos que nuestra tierra sea fortificada de esta manera, y con los hijos de Israel se enfermará, porque disminuirán en número a causa del trabajo, porque les impedirás estar con sus mujeres "

Los ancianos, los consejeros y todo Egipto hicieron conforme a la palabra del rey. Durante un mes, los siervos de Faraón construyeron con Israel, luego se retiraron gradualmente, mientras los hijos de Israel continuaban trabajando, recibiendo su salario diario, porque algunos hombres de Egipto todavía estaban haciendo el trabajo con ellos. Después de un tiempo, todos los egipcios se habían retirado y se habían convertido en oficiales y capataces de los israelitas. Entonces se abstuvieron de darles paga alguna, y cuando algunos de los hebreos se negaron a trabajar sin salario, sus capataces los golpearon y los obligaron a regresar a la fuerza para trabajar con sus hermanos. Y los hijos de Israel tuvieron mucho miedo de los egipcios, y volvieron y trabajaron sin paga, todos excepto la tribu de Leví,

que no estaban ocupados en el trabajo con sus hermanos. Los hijos de Leví sabían que la proclamación del rey se hacía para engañar a Israel, por eso se abstuvieron de escucharla, y los egipcios no los molestaron después, ya que no habían estado con sus hermanos al principio, y aunque los egipcios amargaron la vida de los demás israelitas con trabajos serviles, no molestaron a los hijos de Leví. Los israelitas llamaban a Malol, el rey de Egipto, Maror, "Amargura", porque en sus días los egipcios amargaban sus vidas con todo tipo de servicio riguroso.

Pero el faraón no se quedó satisfecho con su proclamación y la aflicción que impuso a los israelitas. Colgó una prensa de ladrillos de su propio cuello y él mismo participó en el trabajo en Pithom y Raamses. Después de esto, cada vez que un hebreo se negaba a venir a ayudar con el edificio, alegando que no era apto para un servicio tan duro, los egipcios respondían diciendo: "¿Quieres hacernos creer que eres más delicado que el faraón?"

El mismo rey exhortó a los israelitas con palabras amables, diciendo: "Hijos míos, les ruego que hagan esta obra y levanten estos pequeños edificios para mí. Les daré una gran recompensa por ello". Por medio de tales artificios y palabras astutas, los egipcios lograron dominar a los israelitas, y una vez que los tuvieron en su poder, los trataron con brutalidad manifiesta. Las mujeres se vieron obligadas a realizar el trabajo de los hombres y los hombres el trabajo de las mujeres.

La edificación de Pitón y Ramsés no resultó ventajosa para los egipcios, pues apenas se terminaron las estructuras, cuando se derrumbaron, o fueron tragadas por la tierra, y los obreros hebreos, además de tener que sufrir penurias durante su erección, perdieron su vida al ser precipitado desde enormes alturas, cuando los edificios se derrumbaron en un montón.

Pero a los egipcios no les preocupaba mucho si obtenían beneficios del trabajo forzado de los hijos de Israel. Su objetivo principal era obstaculizar su crecimiento, por lo que el faraón emitió una orden de que no se les permitiera dormir en sus propias casas, para que pudieran verse privados de la oportunidad de tener relaciones sexuales con sus esposas. Los oficiales ejecutaron la voluntad del rey, diciendo a los hebreos que la razón era la pérdida de demasiado tiempo en ir y venir, lo que les impediría completar la historia requerida de ladrillos. Así, los maridos hebreos se mantuvieron separados de sus esposas y se vieron obligados a dormir en el suelo, lejos de sus habitaciones.

Pero Dios habló, diciendo: "A su padre Abraham le di la promesa de que haría que sus hijos fueran tan numerosos como las estrellas en los cielos, y tú tramabas planes para evitar que se multipliquen. Veremos de quién es la palabra que se mantendrá. , Mio o tuyo." Y sucedió que cuanto más los

afligían los egipcios, más se multiplicaban y más se extendían. Y continuaron aumentando a pesar de la orden de Faraón, que aquellos que no completaran la historia requerida de ladrillos fueran encerrados en los edificios entre las capas de ladrillos, y grande fue el número de los israelitas que perdieron la vida de esta manera. . Además, muchos de sus hijos fueron sacrificados como sacrificio a los ídolos de los egipcios. Por esta razón, Dios castigó a los ídolos en el momento de la salida de los israelitas de Egipto. Habían causado la muerte de los niños hebreos y, a su vez, fueron destrozados y se convirtieron en polvo ".

LAS PIOAS PARTEAS

Cuando ahora, a pesar de todas sus tribulaciones, los hijos de Israel continuaron multiplicándose y extendiéndose, de modo que la tierra se llenó de ellos como de maleza espesa, porque las mujeres dieron a luz muchos hijos al nacer, aparecieron los egipcios. otra vez ante el faraón, y lo instó a idear alguna otra forma de librar la tierra de los hebreos, viendo que estaban aumentando poderosamente, aunque se les obligó a trabajar y trabajar duro. El faraón no pudo inventar ningún diseño nuevo; pidió a sus consejeros que le dieran su opinión al respecto. Entonces habló uno de ellos, Job de la tierra de Uz, que está en Aram-naharaim, como sigue: "El plan que inventó el rey, de poner una gran carga de trabajo sobre los israelitas, era bueno en su tiempo, y debería ser ejecutado de ahora en adelante también, pero para protegernos contra el temor de que, si llegara a ocurrir una guerra, pudieran abrumarnos por razón de su número, y echarnos de la tierra, que el rey emita un decreto, que todo hijo varón de los israelitas morirá al nacer. Entonces no debemos tener miedo de ellos si nos alcanza la guerra. Ahora que el rey llame a las parteras hebreas, que vengan acá, y que él las mande en de acuerdo con este plan ".

El consejo de Job gozó de gracia ante los ojos de Faraón y de los egipcios. "Preferían que las parteras asesinaran a los inocentes, porque temían el castigo de Dios si les imponían las manos. Faraón citó a las dos parteras de los hebreos antes que él: y les ordenó que mataran a todos los niños varones, pero que salvaran con vida a las hijas de las hebreas, "porque los egipcios estaban tan interesados en preservar a las niñas como en provocar la muerte de los varones. Eran muy sensuales y estaban deseosas de tener tantas mujeres como fuera posible a su servicio ".

Sin embargo, el plan, incluso si se hubiera llevado a la práctica, no era prudente, porque aunque un hombre puede casarse con muchas esposas, cada mujer puede casarse con un solo marido. Así, una disminución en el número de hombres y el correspondiente aumento en el número de mujeres no constituían una amenaza tan seria para la continuidad de la nación de los israelitas como lo hubiera sido el caso inverso.

Las dos parteras hebreas eran Jocabed, la madre de Moisés, y Miriam, su hermana. Cuando se presentaron ante el faraón, Miriam exclamó: "¡Ay de este hombre cuando Dios castigue su maldad!". El rey la habría matado por estas audaces palabras, si Jocabed no hubiera calmado su ira diciendo: "¿Por qué escuchas sus palabras? Es sólo una niña y no sabe lo que habla". Sin embargo, aunque Miriam tenía solo cinco años en ese momento, acompañó a su madre y la ayudó con sus oficios a las mujeres hebreas, dando de comer a los recién nacidos mientras Jocabed los lavaba y bañaba.

La orden del faraón decía lo siguiente: "En el nacimiento del niño, si es un hijo varón, mávalo; pero si es una niña, no es necesario que lo mates, pero puedes salvarlo con vida". Las parteras volvieron: "¿Cómo saber si el niño es hombre o mujer?" porque el rey les había ordenado que lo mataran mientras estaba naciendo. El faraón respondió: "Si el niño sale del útero con el rostro hacia delante, es un niño varón, porque mira a la tierra, de donde fue tomado el hombre; pero si sus pies aparecen primero, es una hembra, porque mira hacia la costilla de la madre, y de una costilla se hizo una mujer".

El rey usó todo tipo de dispositivos para hacer que las parteras estuvieran dispuestas a cumplir sus deseos. Se acercó a ellos con propuestas amorosas, que ambos repelieron, y luego los amenazó de muerte por fuego. Pero ellos dijeron para sí: "Nuestro padre Abraham abrió una posada para alimentar a los caminantes, aunque eran paganos, y nosotros descuidamos a los niños, ¿no, los mataremos? No, tendremos cuidado de mantenerlos con vida." Por lo tanto, fallaron en ejecutar lo que el Faraón había ordenado. En lugar de asesinar a los bebés, suplieron todas sus necesidades. Si una madre que había dado a luz a un niño no tenía comida ni bebida, las parteras acudían a las mujeres acomodadas y realizaban una colecta para que el bebé no sufriera necesidad. Hicieron aún más por los más pequeños. Ellos suplicaron a Dios, orando: "Tú sabes que no estamos cumpliendo las palabras del Faraón, pero nuestro objetivo es cumplir Tus palabras. Oh, que sea Tu voluntad, Señor nuestro, dejar que el niño venga sano y salvo al mundo. y sonido, no sea que caigamos bajo la sospecha de que intentamos matarlo y lo mutilamos en el intento". El Señor escuchó su oración, y ningún niño nacido bajo el ministerio de Sifra y Puá, o Jocabed y Miriam, como también se llama a las parteras, vino al mundo cojo, ciego o afligido de cualquier otra imperfección.

Al ver que su mandato era ineficaz, convocó a las parteras por segunda vez y las llamó a rendir cuentas por su desobediencia. Ellos respondieron: "Esta nación se compara con un animal y otro, y, en verdad, los hebreos son como los animales. Tan pequeños como los animales necesitan los oficios

de parteras". Estas dos mujeres temerosas de Dios fueron recompensadas de muchas maneras por sus buenas obras. No solo que Faraón no les hizo daño, sino que fueron hechos los antepasados de sacerdotes y levitas, reyes y príncipes. Jocabed fue madre del sacerdote Aarón y del levita Moisés, y de la unión de María con Caleb nació la casa real de David. La mano de Dios se hizo visible en su vida matrimonial. Ella contrajo una grave enfermedad, y aunque todos los que la vieron pensaron que la muerte ciertamente la alcanzaría, se recuperó y Dios restauró su juventud y le otorgó una belleza inusual, de modo que una renovada felicidad aguardaba a su esposo, quien había sido privada de los placeres de la vida conyugal durante su larga enfermedad. Sus inesperados gozos fueron la recompensa de su piedad y confianza en Dios. Y otra recompensa fue otorgada a Miriam: tuvo el privilegio de dar a luz a Bezalel, el constructor del Tabernáculo, quien fue dotado de sabiduría celestial.

LOS TRES CONSEJEROS

En el año ciento treinta después de la bajada de Israel a Egipto, el faraón soñó que estaba sentado en su trono, y alzó los ojos, y vio a un anciano delante de él con una balanza en la mano, y lo vio tomando todos los ancianos, nobles y grandes de Egipto, atándolos y poniéndolos en una balanza, mientras él ponía un tierno cabrito en la otra. El cabrito derribó la cacerola en la que estaba hasta que colgó más bajo que el otro con los egipcios atados. Faraón se levantó temprano por la mañana y llamó a todos sus siervos y sabios para que interpretaran su sueño, y los hombres tuvieron mucho miedo a causa de su visión. Balaam, hijo de Beor, entonces habló y dijo: "Esto no significa más que que un gran mal estallará contra Egipto, porque un hijo nacerá a Israel, que destruirá toda nuestra tierra y todos sus habitantes, y él sacará a los israelitas de Egipto con mano poderosa. Ahora, pues, oh rey, consulta este asunto, que la esperanza de Israel sea frustrada antes de que surja este mal contra Egipto ".

El rey dijo a Balaam: "¿Qué haremos con Israel? Hemos probado varios ardidés contra este pueblo, pero no pudimos vencerlos. Ahora déjame escuchar tu opinión".

A instancias de Balaam, el rey mandó llamar a sus dos consejeros, Reuel el madianita y Job el uzita, para escuchar sus consejos. Reuel habló: "Si le parece bien al rey, que desista de los hebreos, y no extienda su mano contra ellos, porque el Señor los escogió en los días de antaño, y los tomó por suerte de Su herencia de entre todas las naciones de la tierra, ¿y quién se atrevió a extender su mano contra ellas con impunidad, sino que su Dios vengó el mal que les había hecho? " Reuel luego procedió a enumerar algunas de las maravillas que Dios había realizado por Abraham, Isaac y Jacob, y cerró su amonestación con las palabras: "En verdad, tu abuelo, el

faraón de tiempos pasados, elevó a José, hijo de Jacob, por encima de todos. los príncipes de Egipto, porque discernió su sabiduría, porque a través de su sabiduría rescató a todos los habitantes de la tierra del hambre, después de lo cual invitó a Jacob y a sus hijos a bajar a Egipto, que la tierra de Egipto y la tierra de Gosén sea librado del hambre por sus virtudes. Ahora, por tanto, si a tus ojos te parece bien, deja de destruir a los hijos de Israel, y si no es tu voluntad que moren en Egipto, envíalos de aquí, para que vayan a la tierra de Canaán, la tierra donde residieron sus antepasados ".

Cuando Faraón escuchó las palabras de Jetro-Reuel, se enojó mucho con él, y fue despedido en desgracia de delante del rey, y se fue a Madián.

Entonces el rey habló con Job y le dijo: "¿Qué dices, Job, y cuál es tu consejo respecto a los hebreos?" Job respondió: "He aquí, todos los habitantes de la tierra están en tu poder. Que el rey haga lo que bien le parezca". Balaam fue el último en hablar por orden del rey, y dijo: "De todo lo que el rey pueda planear contra los hebreos, serán librados. Si piensas disminuirlos con el fuego llameante, no prevalecerás sobre ellos, porque su Dios libró a Abraham su padre del horno en que los caldeos lo arrojaron. Quizás piensas matarlos con una espada, pero su padre Isaac fue librado de ser degollado a espada. Y si piensas reducirlos por trabajo duro y riguroso, tú tampoco prevalecerás, porque su padre Jacob sirvió a Labán en toda clase de trabajos arduos, y sin embargo él prosperó. Si le place al rey, que ordene a todos los hijos varones que nacerán en Israel de este día en adelante para ser arrojado al agua, así podrás borrar su nombre, porque ni ninguno de ellos ni ninguno de sus padres fue juzgado de esta manera.

LA MATANZA DE LOS INOCENTES

El consejo de Balaam fue aceptado por el faraón y los egipcios. Sabían que Dios paga medida por medida, por lo tanto, creían que el ahogamiento de los niños varones sería el medio más seguro de exterminar a los hebreos, sin incurrir en daño para ellos mismos, porque el Señor le había jurado a Noé que nunca más destruiría el mundo con agua. Por lo tanto, asumieron que estarían exentos de castigo, sin embargo, en lo que estaban equivocados. En primer lugar, aunque el Señor había jurado no traer un diluvio sobre los hombres, no había nada en el camino de llevar a los hombres a un diluvio. Además, el juramento de Dios se aplicaba a toda la humanidad, no a una sola nación. El fin de los egipcios fue que encontraron su muerte en las olas del Mar Rojo. "Medida por medida" - como habían ahogado a los hijos varones de los israelitas, así fueron ahogados.

El faraón ahora tomó medidas para la fiel ejecución de su decreto. Envío a sus alguaciles a las casas de los israelitas para descubrir a todos los niños recién nacidos, dondequiera que estuvieran. Para asegurarse de que los hebreos no lograran mantener a los niños escondidos, los egipcios tramaron un plan diabólico. Sus mujeres debían llevar a sus pequeños a las casas de las mujeres israelitas sospechosas de tener bebés. Cuando los niños egipcios comenzaban a llorar o arrullar, los niños hebreos que estaban escondidos se unían, a la manera de los bebés, y delataban su presencia, por lo que los egipcios los agarraban y se los llevaban.

Además, el faraón ordenó que las mujeres israelitas no emplearan más que parteras egipcias, que debían obtener información precisa sobre la hora de su parto, y debían tener mucho cuidado y no dejar que ningún hijo varón escapase vivo de su vigilancia. Si hubiera padres que eludieran la orden y preservaran en secreto a un niño recién nacido, ellos y todos los que les pertenecían serían asesinados.

¿Es de extrañar, entonces, que muchos de los hebreos se mantuvieran alejados de sus esposas? Sin embargo, los que confiaron en Dios no fueron abandonados por él. Las mujeres que quedaban unidas a sus maridos salían al campo cuando llegaba el momento del parto, y daban a luz a sus hijos y los dejaban allí, mientras ellos mismos regresaban a casa. El Señor, que había jurado a sus antepasados multiplicarlos, envió a uno de sus ángeles para lavar a los niños, ungielos, estirar sus miembros y envolverlos. Luego les daría dos guijarros lisos, de uno de los cuales chupaban leche y del otro miel. Y Dios hizo que el cabello de los niños creciera hasta las rodillas y les sirviera de prenda protectora, y luego ordenó a la tierra que recibiera a los niños, que se refugiaron en ella hasta el momento de su crecimiento, cuando se abriera su boca y vomitaban los niños, y brotaban como la hierba del campo y la hierba del bosque. A partir de entonces, cada uno volvería a su familia y a la casa de su padre.

Cuando los egipcios vieron esto, salieron, cada uno a su campo, con su yunta de bueyes, y araron la tierra como se ara en la época de la siembra. Sin embargo, no pudieron hacer daño a los infantes de los hijos de Israel que habían sido tragados y yacían en el seno de la tierra. Así el pueblo de Israel aumentó y creció en gran manera. Y el faraón ordenó a sus oficiales que fueran a Gosén, a buscar a los niños varones de los hijos de Israel, y cuando encontraron uno, lo arrancaron del pecho de su madre a la fuerza y lo arrojaron al río. tan valiente como para poder frustrar los propósitos de Dios, aunque ideó diez mil sutiles artilugios con ese fin. El niño predicho por los sueños del faraón y por sus astrólogos fue criado y mantenido oculto a los espías del rey. conducta.

LOS PADRES DE MOISÉS

Cuando se emitió la proclamación del faraón, decretando que los hijos varones de los hebreos serían arrojados al río, Amram, que era el presidente del Sanedrín, decidió que, dadas las circunstancias, lo mejor para los maridos era vivir completamente separados de sus esposas. Él dio el ejemplo. Se divorció de su esposa, y todos los hombres de Israel hicieron lo mismo, porque ocupaba un lugar de gran consideración entre su pueblo, una de las razones era que pertenecía a la tribu de Leví, la tribu que era fiel a su Dios incluso en la tierra de Egipto, aunque las otras tribus vacilaron en su lealtad e intentaron aliarse con los egipcios, llegando incluso a renunciar a la señal del pacto de Abraham. Para castigar a los hebreos por su impiedad, Dios transformó el amor de los egipcios por ellos en odio, de modo que decidieron destruirlos. Consciente de todo lo que él y su pueblo debían al sabio gobierno de José, el faraón se negó al principio a considerar los planes maliciosos propuestos por los egipcios contra los hebreos. Le habló a su pueblo: "Necios, estamos en deuda con estos hebreos por lo que nos gusta, ¿y ahora desean levantarse contra ellos?" Pero los egipcios no podían apartarse de su propósito de arruinar a Israel. Derrocaron a su rey y lo encarcelaron durante tres meses, hasta que se declaró listo para ejecutar con determinación lo que habían resuelto, y trató de provocar la ruina de los hijos de Israel por todos los medios imaginables. Tal era la retribución que se habían impuesto a sí mismos con sus propios actos.

En cuanto a Amram, no solo pertenecía a la tribu de Leví, distinguida por su piedad, sino que por su extraordinaria piedad era prominente incluso entre los piadosos de la tribu. Él era uno de los cuatro que estaban inmaculados, no manchados por el pecado, sobre quienes la muerte no habría tenido poder, si no se hubiera decretado la mortalidad contra cada ser humano debido a la caída del primer hombre y la primera mujer. Los otros tres que llevaron la misma vida sin pecado fueron Benjamín, Isaí el padre de David y Chileab el hijo de David. Si la Shekinah se acercó de nuevo a la morada de los mortales, se debió a la piedad de Amram. Originalmente, la verdadera residencia de la Shekinah estaba entre los hombres, pero cuando Adán cometió su pecado, ella se retiró al cielo, al principio al más bajo de los siete cielos. De allí fue desterrada por el crimen de Caín y se retiró al segundo cielo. Los pecados de la generación de Enoc la alejaron aún más de los hombres, ella estableció su morada en el tercer cielo; luego, sucesivamente, en el cuarto, a causa de los malhechores en la generación del diluvio; en el quinto, durante la construcción de la torre de Babel y la confusión de lenguas; en el sexto, a causa de los malvados egipcios en tiempos de Abraham; y, finalmente, en el séptimo, a consecuencia de las abominaciones de los habitantes de Sodoma. Seis hombres justos, Abraham, Isaac, Jacob, Leví, Coat y Amram, hicieron retroceder a la Shekinah, uno por uno, desde el séptimo al primer cielo, y a

través del séptimo justo, Moisés, se le hizo descender a la tierra y habite entre los hombres como antes.

La sagacidad de Amram siguió el ritmo de su piedad y su saber. Los egipcios lograron esclavizar a los hebreos con promesas seductoras. Al principio les dieron un shekel por cada ladrillo que fabricaban, tentándolos a realizar esfuerzos sobrehumanos con la perspectiva de ganar mucho dinero. Más tarde, cuando los egipcios los obligaron a trabajar sin salario, insistieron en tener tantos ladrillos como los hebreos habían hecho cuando se les pagó el trabajo, pero solo pudieron exigir un solo ladrillo diario de Amram, porque él había sido el único a quienes no habían descarriado con su artificio. Se había conformado con un solo shekel diario y, por lo tanto, había hecho solo un ladrillo al día, que luego tuvieron que aceptar como la medida de su trabajo diario.

Amram eligió como compañera de vida a su tía Jocabed, que nació el mismo día que él. Ella era la hija de Levi, y debía su nombre, "Esplendor Divino", a la luz celestial que irradiaba de su rostro. Ella era digna de ser la ayuda idónea de su esposo, porque era una de las parteras que había puesto en peligro sus propias vidas para rescatar a los pequeños hebreos. De hecho, si Dios no hubiera permitido que ocurriera un milagro, ella y su hija Miriam habrían sido asesinadas por el faraón por haberse resistido a sus órdenes y haber salvado con vida a los niños hebreos. Cuando el rey envió a sus verdugos por las dos mujeres, Dios hizo que se volvieran invisibles y los alguaciles tuvieron que regresar sin cumplir su misión.

El primer hijo de la unión entre Amram y Jocabed, su esposa, que tenía ciento veintiséis años en el momento de su matrimonio, era una niña, y la madre la llamaba Miriam, "Amargura", porque era en el momento de su nacimiento cuando los egipcios comenzaron a envenenar la vida de los hebreos. El segundo hijo era un niño, llamado Aarón, que significa: "¡Ay de este embarazo!" porque las instrucciones de Faraón a las parteras, de matar a los hijos varones de los hebreos, fueron proclamadas durante los meses antes del nacimiento de Aarón.

EL NACIMIENTO DE MOISÉS

Cuando Amram se separó de su esposa debido al edicto publicado contra los hijos varones de los hebreos, y todos los israelitas siguieron su ejemplo, su hija Miriam le dijo: "Padre, tu decreto es peor que el decreto del faraón. Los egipcios Intenta destruir solo a los niños varones, pero también incluye a las niñas. El faraón priva a sus víctimas de la vida en este mundo, pero tú evitas que nazcan niños y, por lo tanto, los privas también de la vida futura. Él resuelve la destrucción, pero ¿quién sabe si la intención de los malvados puede persistir? Tú eres un hombre justo, y

las promesas de los justos son ejecutadas por Dios, por lo tanto tu decreto será confirmado ".

Amram reconoció la justicia de su súplica, se dirigió al Sanedrín y planteó el asunto ante este organismo. Los miembros de la corte hablaron y dijeron: "Fuiste tú quien separó esposos y esposas, y de ti debía salir el permiso para volver a casarse". Entonces Amram hizo la propuesta de que cada uno de los miembros del Sanedrín regresara con su esposa y se casara con ella clandestinamente, pero sus colegas repudiaron el plan, diciendo: "¿Y quién lo dará a conocer a todo Israel?"

En consecuencia, Amram se paró públicamente bajo el palio nupcial con su esposa divorciada Jocabed, mientras Aarón y Miriam bailaban y los ángeles proclamaban: "¡Que la madre de los hijos se alegre!" Su nuevo matrimonio fue solemnizado con gran ceremonia, con el fin de que los hombres que habían seguido su ejemplo al divorciarse de sus esposas pudieran imitarlo ahora al volver a tomarlas para sí. Y así sucedió.

A pesar de la edad de Jocabed, recuperó su juventud. Su piel se volvió suave, las arrugas de su rostro desaparecieron, los cálidos matices de la belleza de una doncella regresaron y en poco tiempo quedó embarazada.

Amram estaba muy inquieto por el hecho de que su esposa estuviera embarazada; no sabía qué hacer. Se volvió a Dios en oración y le suplicó que tuviera compasión de aquellos que de ninguna manera habían transgredido las leyes de su adoración, y les concediera la liberación de la miseria que soportaron, mientras hacía abortar la esperanza de sus enemigos, que anhelaban la destrucción de su nación. Dios tuvo misericordia de él, y estuvo a su lado mientras dormía, y lo exhortó a no desesperar por sus favores futuros. Dijo además, que no olvidaba su piedad, y que siempre los recompensaría por ello, como había concedido Su favor en otros días a sus antepasados. "Sabed, por tanto," continuó hablando el Señor, "que yo os proveeré a todos juntos lo que sea para vuestro bien, y para vosotros en particular lo que os hará festejar; para el niño por temor a cuya natividad los egipcios Condenó a los hijos israelitas a la destrucción, será este hijo tuyo, y permanecerá escondido de los que vigilan para destruirlo, y cuando haya sido criado, de manera milagrosa, libraré a la nación hebrea de la angustia. están bajo a causa de los egipcios. Su memoria será celebrada mientras dure el mundo, y no solo entre los hebreos, sino también entre los extraños. Y todo esto será el efecto de Mi favor hacia ti y tu posteridad. También su hermano será tal que obtendrá Mi sacerdocio para sí mismo, y para su posteridad después de él, hasta el fin del mundo ".

Después de haber sido informado de estas cosas por la visión, Amram se despertó y le contó todo a su esposa Jocabed.

Su hija Miriam también tuvo un sueño profético, y se lo contó a sus padres, diciendo: "En esta noche vi a un hombre vestido de lino fino. 'Dile a tu padre y a tu madre', dijo, 'que el que será les nacerá, será arrojado a las aguas, y por él las aguas se secarán, y se realizarán maravillas y milagros a través de él, y salvará a mi pueblo Israel, y será su líder para siempre'".

Durante su embarazo, Jocabed observó que el niño en su vientre estaba destinado a grandes cosas. Todo el tiempo ella no sufrió ningún dolor, y tampoco sufrió ninguno al dar a luz a su hijo, porque las mujeres piadosas no están incluidas en la maldición pronunciada sobre Eva, que decreta el dolor en la concepción y en la maternidad.

En el momento de la aparición del niño, toda la casa se llenó de un resplandor igual al esplendor del sol y la luna. Siguió un milagro aún mayor. El infante aún no tenía un día cuando comenzó a caminar y hablar con sus padres, y como si fuera un adulto, se negó a beber leche del pecho de su madre.

Jocabed dio a luz al niño seis meses después de la concepción. Los alguaciles egipcios, que vigilaban estrictamente a todas las mujeres embarazadas para estar en el lugar a tiempo para llevarse a sus hijos recién nacidos, no esperaban su parto durante tres meses más. Estos tres meses los padres lograron mantener al bebé oculto, aunque cada casa israelita estaba custodiada por dos mujeres egipcias, una dentro y otra afuera. Al final de este tiempo, decidieron exponer al niño, porque Amram temía que tanto él como su hijo se dedicaran a la muerte si se filtraba el secreto, y pensó que era mejor confiar el destino del niño a la Divina Providencia. Estaba convencido de que Dios protegería al niño y cumpliría Su palabra en verdad.

MOISÉS RESCATADO DEL AGUA

En consecuencia, Jocabed tomó un arca hecha de juncos, la embadurnó con brea por fuera y la revistió con arcilla por dentro. La razón por la que usó juncos fue porque flotan en la superficie del agua, y ella puso brea solo en el exterior, para proteger al niño lo más posible de la molestia de un olor desagradable. Sobre el niño, que yacía en el arca, extendió un pequeño dosel, para dar sombra al bebé, con las palabras: "Quizás no viviré para verlo bajo el palio nupcial". Y luego abandonó el arca a orillas del Mar Rojo. Sin embargo, no se quedó sin vigilancia. Su hija Miriam se quedó cerca para descubrir si se cumpliría una profecía que ella había pronunciado. Antes del nacimiento del niño, su hermana había predicho que su madre daría a luz un hijo que redimiría a Israel. Cuando nació, y la

casa se llenó de luz brillante, Amram la besó en la cabeza, pero cuando se vio obligado a exponer a la niña, la golpeó en la cabeza, diciendo: "Hija mía, ¿en qué se ha convertido? de tu profecía? " Por lo tanto, Miriam se quedó y se paseó por la orilla para observar cuál sería el destino del bebé y lo que sucedería con su profecía acerca de él.

El día que el niño fue expuesto fue el veintiuno del mes de Nisán, el mismo en el que los hijos de Israel más tarde, bajo el liderazgo de Moisés, cantaron el cántico de alabanza y gratitud a Dios por la redención de las aguas del río. mar. Los ángeles se aparecieron ante Dios y hablaron: "Oh Señor del mundo, ¿el que ha sido designado para cantarte un cántico de alabanza en este día de Nisán, para darte gracias por rescatarlo a él y a su pueblo del mar? encontrar su muerte en el mar hoy? " El Señor respondió: "Sabéis bien que Yo veo todas las cosas. Las maquinaciones del hombre no pueden hacer nada para cambiar lo que se ha resuelto en Mi consejo. No logran su fin los que utilizan la astucia y la malicia para asegurar su propia seguridad, y se esfuerzan para traer la ruina a sus semejantes. Pero el que confía en Mí en su peligro, pasará de la más profunda angustia a la felicidad inesperada. Así Mi omnipotencia se revelará en la suerte de este bebé.

En el momento del abandono del niño, Dios envió un calor abrasador para plagar a los egipcios, y todos sufrieron lepra y úlceras. Thermutis, la hija del faraón, buscó alivio del dolor ardiente en un baño en las aguas del Nilo. Pero la incomodidad física no fue la única razón por la que abandonó el palacio de su padre. Estaba decidida a limpiarse a sí misma también de la impureza del culto a los ídolos que prevalecía allí.

Cuando vio el arca flotando entre las banderas en la superficie del agua, supuso que contenía uno de los niños pequeños expuestos por orden de su padre, y ordenó a sus siervas que la trajeran. Pero ellos protestaron, diciendo: "Oh señora nuestra, a veces sucede que un decreto emitido por un rey es desoído, pero al menos sus hijos y los miembros de su casa lo observan, y ¿deseas transgredir el edicto de tu padre? " Inmediatamente apareció el ángel Gabriel, tomó a todas las doncellas menos una, a quien permitió que la princesa se quedara para su servicio, y las enterró en las entrañas de la tierra.

La hija de Faraón procedió ahora a hacer su propia voluntad. Estiró el brazo y, aunque el arca nadaba a sesenta metros de distancia, logró agarrarla, porque su brazo se alargó milagrosamente. Tan pronto como lo tocó, la lepra que la afligía se apartó de ella. Su repentina restauración la llevó a examinar el contenido del arca, y cuando la abrió, su asombro fue grande. Contempló a un niño exquisitamente hermoso, porque Dios había modelado el cuerpo del niño hebreo con especial cuidado, y junto a él

percibió la Shekinah. Al darse cuenta de que el niño llevaba la señal del pacto abrahámico, supo que él era uno de los hijos hebreos y, consciente del decreto de su padre sobre los hijos varones de los israelitas, estaba a punto de abandonar al bebé a su suerte. En ese momento llegó el ángel Gabriel y le dio al niño un

golpe fuerte, y se puso a llorar en voz alta, con voz de joven. Su llanto vehemente y el llanto de Aarón, que estaba acostado a su lado, tocaron a la princesa y, en su compasión, resolvió salvarlo. Ella ordenó que trajeran a una egipcia para que amamantara al niño, pero el pequeño se negó a tomar leche de su pecho, ya que se negó a tomarla de una tras otra de las mujeres egipcias que fueron a buscar allí. Así había sido ordenado por Dios, que ninguno de ellos pudiera jactarse más tarde y decir: "Yo amamantaba al que ahora conversa con la Shekinah". La boca tampoco estaba destinada a hablar con Dios para nutrirse del cuerpo inmundo de una mujer egipcia.

Entonces Miriam entró en presencia de Thermutis, como si hubiera estado allí por casualidad para mirar al niño, y le habló a la princesa, diciendo: "Es en vano para ti, oh reina, llamar a las enfermeras que están en ningún pariente del niño, pero si ordenas que traigan a una mujer de los hebreos, él puede aceptar su pecho, ya que ella es de su propia nación ". Thermutis, por tanto, le pidió a Miriam que fuera a buscar a una mujer hebrea, y con pasos alados, veloz como un joven vigoroso, se apresuró y trajo a su propia madre, la madre del niño, porque sabía que ninguno de los presentes la conocía. El bebé, sin resistirse, tomó el pecho de su madre y lo apretó con fuerza. La princesa entregó al niño al cuidado de Jocabed, diciendo estas palabras, que contenían una adivinación inconsciente: "Aquí está lo que es tuyo". De ahora en adelante, amamanta al niño y te daré dos piezas de plata como salario.

El regreso de su hijo, sano y salvo, después de que ella lo expuso, fue la recompensa de Dios para Jocabed por sus servicios como una de las parteras que había desafiado el mandato de Faraón y había salvado con vida a los niños hebreos.

Al exponer a su hijo al peligro, Amram y Jocabed habían efectuado la retirada del mandato de Faraón que ordenaba el exterminio de los niños hebreos. El día que Moisés fue dejado a la deriva en el arca pequeña, los astrólogos habían ido a ver al faraón y le habían contado las buenas nuevas de que el peligro que amenazaba a los egipcios a causa de un niño, cuya perdición estaba en el agua, había sido evitado. Entonces el faraón gritó que se detuviera el ahogamiento de los muchachos de su imperio. Los astrólogos habían visto algo, pero no sabían qué, y anunciaron un mensaje cuyo significado no comprendieron. El agua fue, de hecho, la condenación de Moisés, pero eso no significaba que perecería en las aguas del Nilo. Se

refería a las aguas de Meriba, las aguas de la contienda, y cómo causarían su muerte en el desierto, antes de que hubiera completado su tarea de guiar al pueblo a la tierra prometida. El faraón, engañado por la oscura visión de sus astrólogos, pensó que el futuro redentor de Israel iba a perder la vida por ahogamiento, y para asegurarse de que el niño cuya aparición fue predicha por los astrólogos no escapara a su destino, había ordenado a todos muchachos, incluso los hijos de los egipcios, nacidos durante un período de nueve meses para ser arrojados al agua.

Debido a los méritos de Moisés, los seiscientos mil hombres hijos de los hebreos engendrados en la misma noche con él, y arrojados al agua el mismo día, fueron rescatados milagrosamente junto con él, y por lo tanto no fue una vana jactancia. , si dijo más tarde: "La gente que salió del agua por mis méritos son seiscientos mil hombres".

LA INFANCIA DE MOISÉS

Durante dos años, el niño rescatado por la hija del faraón se quedó con sus padres y parientes. Le dieron varios nombres. Su padre lo llamaba Heber, porque era por el bien de este niño que se había "reunido" con su esposa. El nombre de su madre para él era Jekuthiel, "porque", dijo, "puse mi esperanza en Dios, y Él me lo devolvió". Para su hermana Miriam era Jered, porque ella había "descendido" al arroyo para averiguar su destino. Su hermano Aarón lo llamó Abi Zanoa, porque su padre, que había "desechado" a su madre, la había llevado de regreso por el bien del niño que iba a nacer. Su abuelo Coat lo conocía como Abi Gedor, porque el Padre Celestial había "construido" la brecha en Israel, cuando lo rescató, y así impidió que los egipcios arrojaran a los niños hebreos al agua. Su enfermera lo llamó Abi Soco, porque había estado escondido en una "tienda" durante tres meses, escapando de la persecución de los egipcios. E Israel lo llamó Semaías ben Natanael, porque en su día Dios "oiría" los suspiros del pueblo, y los libraría de sus opresores, y por medio de él les "daría" su propia ley.

Su parentela y todo Israel sabían que el niño estaba destinado a grandes cosas, porque apenas tenía cuatro meses cuando comenzó a profetizar, diciendo: "En los días venideros recibiré la Torá de la antorcha encendida".

Cuando Jocabed llevó al niño al palacio al cabo de dos años, la hija de Faraón lo llamó Moisés, porque lo había "sacado" del agua, y porque él "sacaría" a los hijos de Israel de la tierra de Egipto. en un día por venir. Y este fue el único nombre con el que Dios llamó al hijo de Amram, el nombre que le confirió la hija de Faraón. Él le dijo a la princesa: "Moisés no era tu hijo, pero tú lo trataste como tal. Por eso te llamaré mi hija, aunque tú no eres mi hija", y por lo tanto la princesa, la hija de Faraón, da a

luz a la nombre Bitías, "la hija de Dios". Más tarde se casó con Caleb y él era un marido adecuado para ella. Así como ella se opuso a los malos consejos de su padre, Caleb se opuso al consejo de sus compañeros mensajeros enviados a reconocer la tierra de Canaán. Por rescatar a Moisés y por sus otras obras piadosas, se le permitió entrar viva al Paraíso.

Para que Moisés pudiera recibir en la corte el trato que generalmente se otorga a un príncipe, Bitiah fingió que estaba embarazada durante algún tiempo antes de que lo llevaran a la casa de sus padres. Su madre adoptiva real lo acariciaba y besaba constantemente, y así sucesivamente. Dada su extraordinaria belleza, no le permitiría salir jamás del palacio, quienquiera que lo viera no podía dejar de mirarlo, por lo que Bithiah temía perderlo de vista.

El entendimiento de Moisés estaba mucho más allá de sus años; sus instructores observaron que revelaba una comprensión más aguda de lo habitual a su edad. Todas sus acciones en su infancia prometieron otras más importantes después de que llegara a la condición del hombre, y cuando tenía solo tres años, Dios le otorgó un tamaño notable. En cuanto a su belleza, era tan atractiva que con frecuencia los que lo encontraban mientras lo llevaban por la carretera se veían obligados a volverse y mirarlo. Dejarían lo que estaban haciendo y se quedarían quietos un buen rato, cuidándolo, porque la hermosura del niño era tan maravillosa que atraía la mirada del espectador. La hija del Faraón, percibiendo a Moisés como un muchacho extraordinario, lo adoptó como su hijo, porque no tenía un hijo propio. Ella le informó a su padre de su intención con respecto a él, con estas palabras: "He criado a un niño, que es divino en forma y de una mente excelente, y como lo recibí a través de la generosidad del río de una manera maravillosa, pensé que era apropiado adoptarlo como hijo mío y heredero de tu reino ". Y cuando ella hubo hablado así, puso al niño entre las manos de su padre, y él lo tomó y lo abrazó contra su pecho.

MOISÉS RESCATADO POR GABRIEL

Cuando Moisés estaba en su tercer año, Faraón estaba cenando un día, con la reina Alfar'anit a su derecha, su hija Bitías con el niño Moisés en su regazo a su izquierda, y Balaam el hijo de Beor junto con sus dos hijos. y todos los príncipes del reino sentados a la mesa en presencia del rey. Sucedió que el infante quitó la corona de la cabeza del rey y la colocó sobre la suya. Cuando el rey y los príncipes vieron esto, se aterrorizaron y cada uno expresó su asombro. El rey dijo a los príncipes: "¿Qué habláis y qué decís, oh príncipes, sobre este asunto, y qué se le hará a este muchacho hebreo por este hecho?"

Balaam habló, diciendo: "Acuérdate ahora, oh mi señor y rey, del sueño que soñaste hace muchos días, y cómo te lo interpretó tu siervo. Este es un hijo de los hebreos en quien está el espíritu de Dios. No se imagine mi señor el rey en su corazón que siendo niño hizo las cosas sin conocimiento; porque es un niño hebreo, y la sabiduría y el entendimiento están con él, aunque todavía es un niño, y con sabiduría ha hecho esto. y escogido para sí el reino de Egipto: porque esta es la costumbre de todos los hebreos: engañar a los reyes y sus magnates, hacer todas las cosas con astucia para hacer tropezar a los reyes de la tierra y a sus hombres.

"Seguramente sabes que Abraham su padre actuó así, quien hizo tropezar a los ejércitos de Nimrod rey de Babel y de Abimelec rey de Gerar, y se apoderó de la tierra de los hijos de Het y de todo el reino de Canaán. Su padre Abraham descendió a Egipto y dijo de Sara su esposa: Es mi hermana, para hacer tropezar a Egipto y a su rey.

Su hijo Isaac hizo lo mismo cuando fue a Gerar, y habitó allí, y su fuerza prevaleció sobre el ejército de Abimelec, y tenía la intención de hacer tropezar al reino de los filisteos, diciendo que Rebeca su esposa era su hermana.

"Jacob también traicionó a su hermano, y le quitó su primogenitura y su bendición. Luego fue a Padán-aram, a Labán, el hermano de su madre, y con astucia obtuvo de él sus hijas, y también su ganado y todos sus bienes. pertenencias, y huyó y regresó a la tierra de Canaán, a su padre.

"Sus hijos vendieron a su hermano José, y él descendió a Egipto y se hizo esclavo, y fue encarcelado durante doce años, hasta que el ex Faraón lo liberó de la prisión y lo exaltó sobre todos los príncipes de Egipto a causa de su interpretación de los sueños del rey. Cuando Dios hizo descender una hambruna sobre todo el mundo, José envió a buscar a su padre, y lo llevó a Egipto, su padre, sus hermanos y toda la casa de su padre, y les suministró alimentos. sin paga ni recompensa, mientras adquirió Egipto y esclavizó a todos sus habitantes.

"Ahora, pues, mi señor rey, he aquí este niño se ha levantado en su lugar en Egipto, para hacer conforme a sus obras y burlarse de todo hombre, sea rey, príncipe o juez. Si le place al rey, derramemos ahora su sangre sobre la tierra, no sea que crezca y arrebatara el gobierno de tu mano, y la esperanza de Egipto sea cortada después de su reinado. Además, llamemos a todos los jueces y sabios de Egipto. , para que sepamos si el juicio de la muerte es debido a este niño, como he dicho, y luego lo mataremos ".

Faraón envió y llamó a todos los sabios de Egipto, y ellos vinieron, y el ángel Gabriel se disfrazó como uno de ellos. Cuando se les preguntó su opinión al respecto, Gabriel habló y dijo: "Si le place al rey, que ponga una

pedra de ónice delante del niño, y un carbón de fuego, y si extiende la mano y agarra el piedra de ónice, entonces sabremos que el niño ha hecho con sabiduría todo lo que hizo, y lo mataremos. Pero si extiende su mano y agarra el carbón de fuego, entonces sabremos que no fue con conciencia. que hizo la cosa, y vivirá. "

El consejo pareció bueno a los ojos del rey, y cuando pusieron la piedra y el carbón delante del niño, Moisés extendió su mano hacia la piedra de ónice e intentó agarrarla, pero el ángel Gabriel apartó su mano de ella. y lo colocó sobre el carbón encendido, y el carbón quemó la mano del niño, y él lo levantó y se lo llevó a la boca, y quemó parte de sus labios y parte de su lengua, y durante toda su vida se volvió lento para hablar. y de lengua lenta.

Al ver esto, el rey y los príncipes sabían que Moisés no había actuado con conocimiento al quitar la corona de la cabeza del rey, y se abstuvieron de matarlo. Dios

Él mismo, que protegió a Moisés, volvió la mente del rey a la gracia, y su madre adoptiva se lo arrebató, y lo educó con gran cuidado, de modo que los hebreos dependían de él y abrigaban la esperanza de que grandes cosas serían hechas por él. él. Pero los egipcios sospechaban de lo que se derivaría de una educación como la suya.

Se invitó a maestros de tierras vecinas a un gran costo para que vinieran a Egipto para educar al niño Moisés. Algunos vinieron por su propia voluntad, para instruirlo en las ciencias y las artes liberales. Debido a sus admirables dotes mentales, pronto superó a sus maestros en conocimiento. Su aprendizaje parecía un proceso de mero recuerdo, y cuando había una diferencia de opinión entre los eruditos, seleccionaba instintivamente la correcta, porque su mente se negaba a almacenar cualquier cosa que fuera falsa.

Pero merece más elogios por su inusual fuerza de voluntad que por su capacidad natural, ya que logró transformar una disposición originalmente malvada en un carácter noble y exaltado, un cambio al que contribuyó aún más su resolución, como él mismo reconoció más tarde. Después del maravilloso éxodo de los israelitas de Egipto, un rey de Arabia envió a un artista a Moisés para que pintara su retrato, a fin de que siempre tuviera la semejanza del hombre divino ante él. El pintor regresó con su obra, y el rey reunió a sus sabios, en particular a los que estaban familiarizados con la ciencia de la fisonomía. Mostró el retrato ante ellos e invitó a juzgarlo. La opinión unánime fue que representaba a un hombre codicioso, altivo, sensual, en fin, desfigurado por todos los posibles rasgos de fealdad. El rey estaba indignado de que fingieran ser maestros en fisonomía, al ver

que declaraban que la imagen de Moisés, el hombre santo y divino, era la imagen de un villano. Se defendieron acusando al pintor a su vez de no haber realizado un verdadero retrato de Moisés, de lo contrario no habrían caído en el juicio erróneo que habían expresado. Pero el artista insistió en que su trabajo se parecía mucho al original.

Incapaz de decidir quién tenía razón, el rey árabe fue a ver a Moisés y no pudo menos que admitir que el retrato que le había pintado era una obra maestra. Moisés, al verlo en la carne, era el Moisés sobre el lienzo. No cabía duda de que el conocimiento altamente ensalzado de sus expertos en fisonomía era una tontería. Le contó a Moisés lo que había sucedido y lo que pensaba de ello. Él respondió: "Tanto tu artista como tus expertos son maestros, cada uno en su línea. Si mis excelentes cualidades fueran producto de la naturaleza, yo no sería mejor que un tronco de madera, que permanece para siempre como la naturaleza lo produjo al principio. Te confieso que poseía por naturaleza todos los rasgos reprobables que tus sabios leyeron en mi cuadro y me atribuyeron, tal vez en mayor grado incluso de lo que piensan. Pero dominé mis impulsos malignos con mi fuerte voluntad, y la el carácter que adquirí a través de una severa disciplina se ha convertido en lo opuesto a la disposición con la que nací. A través de este cambio, forjado en mí por mis propios esfuerzos, he ganado honor y elogios tanto en la tierra como en el cielo.

LA JUVENTUD DE MOISÉS

Un día, fue después de que creció y había pasado más allá de los años de la niñez, Moisés fue a la tierra de Gosén, en la que vivían los hijos de Israel. Allí vio las cargas bajo las cuales su pueblo gemía, y preguntó por qué se les había impuesto el pesado servicio.

Los israelitas le contaron todo lo que había sucedido, le contaron del cruel edicto que Faraón había emitido poco antes de su nacimiento, y le contaron los malos consejos dados por Balaam contra ellos mismos y contra su persona cuando era un niño pequeño y había pon la corona de Faraón sobre su cabeza. La ira de Moisés se encendió contra el consejero rencoroso, y trató de pensar en la manera de hacerlo inofensivo. Pero Balaam, al enterarse de su malestar, huyó de Egipto con sus dos hijos y se dirigió a la corte de Kikanos, rey de Etiopía.

La visión de su pueblo esclavizado conmovió a Moisés hasta las lágrimas, y habló diciendo: "¡Ay de mí por tu angustia! Preferiría morir antes que verte sufrir tan gravemente". No desdeñó ayudar a sus desafortunados hermanos en sus pesadas tareas tanto como estuviera en su poder. Descartó todo pensamiento sobre su alta posición en la corte, cargó con una parte de las cargas impuestas a los israelitas y se afanó en su lugar. El resultado fue

que no solo brindó alivio a los obreros cargados, sino que también se ganó el favor del faraón, quien creía que Moisés participaba en el trabajo para promover la ejecución de la orden real. Y Dios dijo a Moisés: "Dejaste todas tus otras ocupaciones y te uniste a los hijos de Israel, a quienes tratas como hermanos; por tanto, yo también dejaré de lado ahora todos los asuntos celestiales y terrenales, y conversaré contigo."

Moisés continuó haciendo todo lo posible para aliviar el sufrimiento de sus hermanos lo mejor que pudo. Les dirigió palabras de aliento, diciendo: "Mis queridos hermanos, lleven su suerte con fortaleza. No pierdan el valor, y no permitan que su espíritu se canse con el cansancio de su cuerpo. Vendrán tiempos mejores, cuando la tribulación se convertirá en alegría. A las nubes le sigue el sol, a las tormentas la calma, todas las cosas del mundo tienden hacia sus opuestos, y nada es más inconstante que la suerte del hombre".

El favor real, que el rey le concedía en medida cada vez mayor, lo utilizó para aligerar la carga impuesta sobre los hijos de Israel. Un día llegó a la presencia de Faraón y dijo: "Oh mi señor, tengo una petición que hacerte, y mi esperanza es que no la niegues". "Habla", respondió el rey. "Es un hecho admitido", dijo Moisés, "que si un esclavo no tiene descanso por lo menos un día a la semana, morirá de sobreesfuerzo. Tus esclavos hebreos seguramente perecerán, a menos que les concedas un día de cesación de trabajo." Faraón cumplió la petición preferida por Moisés, y el edicto del rey se publicó en todo Egipto y en Gosén, como sigue: "¡A los hijos de Israel! Así dice el rey: Hagan su trabajo y cumplan su servicio durante seis días, pero en el séptimo día descansarás; en él no trabajarás. Así harás en todo tiempo, según el mandato del rey y el mandato de Moisés, hijo de Bitías". Y el día señalado por Moisés como día de descanso fue el sábado, que luego Dios dio a los israelitas como día de reposo.

Mientras Moisés residía en Gosén, ocurrió un incidente de gran importancia. Para supervisar el servicio de los hijos de Israel, se asignaba un oficial de entre ellos cada diez, y diez de esos oficiales estaban bajo la vigilancia de un capataz egipcio. Uno de estos oficiales hebreos, de nombre Datán, tenía una esposa, Shelomit, la hija de Dibri, de la tribu de Dan, que era de extraordinaria belleza, pero inclinada a ser muy locuaz. Siempre que el capataz egipcio encargado de su marido llegaba a su casa por asuntos relacionados con su oficina, ella se acercaba a él amablemente y entablaba conversación con él. La hermosa mujer israelita encendió una loca pasión en su pecho, y buscó y encontró una manera astuta de satisfacer su deseo lujurioso. Un día apareció al amanecer en la casa de Datán, lo despertó de su sueño y le ordenó que apresurara su destacamento de hombres a su trabajo. El marido apenas se perdió de vista, ejecutó la villanía que había

planeado y deshonró a la mujer, y el fruto de esta relación ilícita fue el blasfemo del Nombre a quien Moisés ordenó ejecutar en la marcha por el desierto.

En el momento en que el egipcio salió de la habitación de Shelomith, Dathan regresó a casa. Molesto porque su crimen había llegado a conocimiento del marido herido, el capataz lo incitó a trabajar con excesivo vigor y lo asestó golpe tras golpe con la intención de matarlo. El joven Moisés visitó por casualidad el lugar en el que trabajaba el hebreo tan maltratado y torturado. Datán corrió hacia él y se quejó de todo el mal y el sufrimiento que el egipcio le había infligido. Lleno de ira, Moisés, a quien el Espíritu Santo había informado sobre el daño causado al oficial hebreo por el capataz egipcio, gritó a este último, diciendo: "No es suficiente que hayas deshonrado a la esposa de este hombre, tú también pretendes matarlo. ? " Y volviéndose a Dios, habló más: "¿Qué será de tu promesa a Abraham de que su posteridad será tan numerosa como las estrellas, si sus hijos son entregados a la muerte? ¿Y qué será de la revelación en el Sinaí, si los hijos de Israel son exterminados? "

Moisés quería ver si alguien daba un paso adelante y, impulsado por el celo por la causa de Dios y por la ley de Dios, se declararía dispuesto a vengar el ultraje. Él esperó en vano. Entonces decidió actuar él mismo. Naturalmente, dudó en quitarle la vida a un ser humano. No sabía si el malhechor no podía ser llevado al arrepentimiento y luego llevar una vida piadosa. También consideró que quizás habría algunos entre los descendientes que surgirían del egipcio por cuyo bien su malvado ancestro podría legítimamente reclamar el indulto. El Espíritu Santo disipó todas sus dudas. Se le hizo ver que no existía la menor esperanza de que el bien vendría del malhechor mismo o de cualquiera de sus descendientes. Entonces Moisés estuvo dispuesto a pagarle por sus malas acciones. Sin embargo, primero consultó a los ángeles para escuchar lo que tenían que decir, y estuvieron de acuerdo en que el egipcio merecía la muerte, y Moisés actuó de acuerdo con su opinión.

No se necesitaba ni fuerza física ni un arma para llevar a cabo su propósito. Simplemente pronunció el Nombre de Dios, y el egipcio era un cadáver. A los transeúntes, los israelitas, Moisés les dijo: "El Señor los comparó con la arena de la orilla del mar, y como la arena se mueve silenciosamente de un lugar a otro, así les ruego que mantengan en secreto el conocimiento de lo que ha sucedido en su interior. ustedes mismos. No se oiga nada al respecto ".

El deseo expresado por Moisés no fue cumplido. El asesinato del egipcio no permaneció en secreto, y los que lo traicionaron fueron los israelitas, Datán y Abiram, los hijos de Pallu, de la tribu de Rubén, conocidos por su

descaro y contienda. El día después de que sucedió lo que sucedió con los egipcios, los dos hermanos comenzaron a pelearse con malicia de antemano, solo para atraer a Moisés a la pelea y crear una ocasión para su traición. El plan tuvo un éxito admirable. Al ver a Datán levantar la mano contra Abiram para asestarle un golpe, Moisés exclamó: "¡Oh, tú eres un villano! Alzar tu mano contra un israelita, aunque no sea mejor que tú". Datán respondió: "Joven, ¿quién te ha hecho juez sobre nosotros, tú que aún no has alcanzado la madurez? Sabemos muy bien que eres el hijo de Jocabed, aunque la gente te llame el hijo de la princesa. Bithiah, y si intentas desempeñar el papel de nuestro maestro y juez, publicaremos en el extranjero lo que le hiciste al egipcio. O, tal vez, albergas la intención de matarnos como lo mataste a él, pronunciando el Nombre. ¿de Dios?"

No satisfechos con estas burlas, la noble pareja de hermanos se acercó a Faraón y le dijo: "Moisés deshonra tu manto real y tu corona", a lo que Faraón regresó diciendo: "¡De mucho le sirva!" Pero siguieron adelante con el tema. "Él ayuda a tus enemigos, Faraón", prosiguieron, a lo que él respondió, como antes, "¡Que le haga mucho bien!" Sin embargo, prosiguieron: "No es hijo de tu hija". Estas últimas palabras no dejaron de impresionar al faraón. Se emitió una orden real para el arresto de Moisés, y fue condenado a muerte a espada.

Los ángeles se acercaron a Dios y le dijeron: "Moisés, el familiar de Tu casa, está sujeto a restricciones", y Dios respondió: "Yo defenderé su causa". "Pero", instaron los ángeles, "su veredicto de muerte ha sido pronunciado; sí, lo están llevando a la ejecución", y nuevamente Dios respondió, como antes, "defenderé su causa".

Moisés subió al cadalso, y una espada, afilada sin comparación, fue puesta sobre su cuello diez veces, pero siempre se le escapó, porque su cuello era tan duro como el marfil. Y ocurrió un milagro aún mayor. Dios envió al ángel Miguel, disfrazado de verdugo, y el humano

verdugo acusado por el faraón de la ejecución fue cambiado a la forma de Moisés. A este falso Moisés lo mató el ángel con la misma espada con la que el verdugo se había propuesto matar a la víctima prevista. Mientras tanto, Moisés se puso en fuga. El faraón ordenó su persecución, pero fue en vano. Las tropas del rey estaban parcialmente cegadas y parcialmente mudas. Los mudos no podían dar información sobre el lugar donde moraba Moisés, y los ciegos, aunque sabían dónde estaba, no podían llegar a él.

EL VUELO

Un ángel de Dios llevó a Moisés a un lugar alejado de Egipto a cuarenta días de viaje, tan lejos que todo temor desapareció de su mente. De hecho, su ansiedad nunca había sido por su propia persona, sino solo por el futuro de Israel. La subyugación de su pueblo siempre había sido un enigma sin resolver para él. ¿Por qué iba a sufrir Israel, se preguntaba a sí mismo, más que todas las demás naciones? Pero cuando sus apuros personales lo iniciaron en la murmuración y la murmuración que prevalecía entre los israelitas, entonces se preguntó: ¿Merece este pueblo ser redimido? Las condiciones religiosas entre los hijos de Israel eran tales en ese momento que no les permitía esperar la asistencia divina. Se negaron a escuchar a Aarón y a los cinco hijos de Zera, que trabajaban entre ellos como profetas y los amonestaban al temor de Dios. Fue a causa de su impiedad que la mano dura de Faraón cayó sobre ellos cada vez más opresivamente, hasta que Dios tuvo misericordia de ellos y envió a Moisés para librarlos de la esclavitud de Egipto.

Cuando logró escapar de las manos del verdugo, Moisés no tenía idea de que le esperaba un trono real. Sin embargo, fue así. Una guerra estalló en este 270

tiempo entre Etiopía y las naciones del Este que habían estado sujetas hasta ese momento. Kikanos, el rey, avanzó contra el enemigo con un gran ejército. Dejó atrás a Balaam y a los dos hijos de Balaam, Jannes y Jambres, para vigilar su capital y hacerse cargo de la gente que se quedaba en casa. La ausencia del rey le dio a Balaam la oportunidad de ganar a sus súbditos para su lado, y fue puesto en el trono, y sus dos hijos fueron puestos al mando del ejército como generales. Para aislar a Kikanos de su capital, Balaam y sus hijos invirtieron la ciudad, de modo que nadie pudiera entrar en ella contra su voluntad. En dos lados elevaron los muros, en el tercero cavaron una red de canales, en los que condujeron las aguas del río que rodeaba toda la tierra de Etiopía, y en el cuarto lado sus artes mágicas recogieron un gran enjambre de serpientes y escorpiones. Por tanto, nadie podía salir y nadie podía entrar.

Mientras tanto, Kikanos logró subyugar a las naciones rebeldes. Cuando regresó a la cabeza de su ejército victorioso, y espionó la alta muralla de la ciudad desde lejos, él y sus hombres dijeron: "Los habitantes de la ciudad, viendo que la guerra nos detuvo en el exterior durante mucho tiempo, han levantado las murallas y los fortificó, para que los reyes de Canaán no pudieran entrar ". Al acercarse a las puertas de la ciudad, que estaban cerradas, gritaron a los guardias que las abrieran, pero por instrucciones de Balaam no se les permitió pasar. Siguió una escaramuza, en la que Kikanos

perdió ciento treinta hombres. Al día siguiente, el combate continuó, el rey con sus tropas estacionadas en la orilla del río. Este día perdió a sus treinta jinetes, quienes, montados en sus corceles, habían intentado nadar el arroyo. Entonces el rey ordenó que se construyeran balsas para el transporte de sus hombres. Cuando los barcos llegaron a los canales, se sumergieron, y las aguas, dando vueltas y vueltas como impulsadas por ruedas de molino, arrastraron a doscientos hombres, veinte de cada balsa. Al tercer día se dispusieron a asaltar la ciudad desde el lado en el que pululaban las serpientes y los escorpiones, pero no pudieron alcanzarla, y los reptiles mataron a ciento setenta hombres. El rey desistió de atacar la ciudad, pero durante nueve años la rodeó, para que nadie pudiera entrar ni salir.

Mientras el asedio estaba en curso, Moisés apareció en el campamento del rey en su huida ante el faraón, y de inmediato encontró el favor de Kikanos y todo su ejército. Ejercía una atracción sobre todos los que lo veían, porque era delgado como una palmera, su rostro brillaba como el sol de la mañana y su fuerza era igual a la de un león. Tan profundo era el afecto del rey por él que lo nombró comandante en jefe de sus fuerzas.

Al final de los nueve años, Kikanos cayó presa de una enfermedad mortal y murió al séptimo día de su enfermedad. Sus siervos lo embalsamaron, lo enterraron frente a la puerta de la ciudad hacia la tierra de Egipto, y sobre su tumba erigieron una estructura magnífica, fuerte y alta, sobre los muros en los que grabaron todas las hazañas y batallas del rey muerto.

Ahora, después de la muerte de Kikanos, sus hombres estaban muy afligidos por la guerra. Uno le dijo al otro: "Avísanos, ¿qué haremos en este momento? Hemos estado viviendo en el desierto, lejos de nuestros hogares, durante nueve años. Si luchamos contra la ciudad, muchos de nosotros caeremos muertos; y si permanecemos aquí sitiándola, también moriremos. Porque ahora todos los príncipes de Aram y de los hijos de Oriente oirán que nuestro rey ha muerto, y nos atacarán de repente, y lucharán con nosotros hasta que no quedará remanente. Ahora, pues, vayamos y pongamos un rey sobre nosotros, y permaneceremos aquí sitiando la ciudad hasta que se nos rinda".

EL REY DE ETIOPIA

No pudieron encontrar a nadie, excepto a Moisés, apto para ser su rey. Se apresuraron y despojaron a cada uno de su manto superior, y los arrojaron todos en un montón en el suelo, haciendo un lugar alto, sobre el cual pusieron a Moisés. Entonces tocaron las trompetas y gritaron delante de él: "¡Viva el rey! ¡Viva el rey!" Y todo el pueblo y los nobles le juraron que le

daría por mujer a Adoniah, la reina de Etiopía, viuda de Kikanos. Y nombraron a Moisés por rey sobre ellos en ese día.

También emitieron una proclama, ordenando a cada uno que le diera a Moisés lo que poseía, y sobre el lugar alto extendieron una sábana, en la que cada uno arrojó algo, este un anillo de oro en la nariz, otro una moneda, y piedras de ónice, bedelio, perlas, oro y plata en abundancia.

Moisés tenía veintisiete años cuando comenzó a reinar sobre Etiopía, y reinó cuarenta años. En el séptimo día de su reinado, todo el pueblo se reunió y se presentó ante él para pedirle consejo sobre qué se debía hacer con la ciudad que estaban sitiando. El rey les respondió y dijo: "Si escucháis mis palabras, la ciudad será entregada en nuestras manos. Proclamad a gran voz en todo el campamento, a todo el pueblo, diciendo: '¡Así ha dicho el rey! Ve al bosque y trae acá de las crías de la cigüeña, cada uno con una cría en su mano. Y si hay algún hombre que transgrede la palabra del rey de no traer un pájaro, morirá, y el rey tomará todos pertenecientes a él'. Y cuando los hayas traído, estarán bajo tu custodia. Los criarás hasta que crezcan, y les enseñarás a volar como vuela el halcón". Todo el pueblo hizo conforme a la palabra de Moisés, y después de que las cigüeñas crecieron a su tamaño completo, ordenó que las mataran de hambre durante tres días. Al tercer día, el rey les dijo: Cada uno se ponga su armadura y se ciña su espada. Cada uno montará en su caballo, y cada uno pondrá su cigüeña en su mano, y nos levantaremos y peharemos contra la ciudad frente al lugar de las serpientes". Cuando llegaron al lugar señalado, el rey les dijo: "Que cada uno envíe su cigüeña para que descienda sobre las serpientes". Así lo hicieron, y los pájaros se abalanzaron y devoraron a todos los reptiles y los destruyeron. Después que las serpientes fueron removidas de esta manera, los hombres pelearon contra la ciudad, la sometieron y mataron a todos sus habitantes, pero de la gente que la sitiaba allí no murió uno.

Cuando Balaam vio que la ciudad había caído en manos de los sitiadores, ejerció sus artes mágicas, que le permitieron volar por los aires, y llevó consigo a sus dos hijos, Jannes y Jambres, y a sus ocho hermanos, y ellos todos se refugiaron en Egipto.

Al ver que habían sido salvados por el rey y que la ciudad había sido tomada por su buen consejo, la gente se unió a él más que nunca. Le pusieron la corona real en la cabeza y le dieron por esposa a Adonia, la viuda de Kikanos. Pero Moisés temió al Dios de popa de sus padres, y no entró a Adonia, ni volvió sus ojos hacia ella, porque se acordó de cómo Abraham había hecho jurar a su siervo Eliezer, diciéndole: "No tomarás mujer para mi hijo de las hijas de los Cananeos, entre los cuales yo habito. También recordó lo que Isaac hizo cuando Jacob huyó ante su hermano

Esau, cómo le ordenó a su hijo, diciendo:" No tomarás esposa de las hijas de Canaán, ni te aliarás por matrimonio con ninguna de los hijos de Cam, porque el Señor nuestro Dios dio a Cam, hijo de Noé y toda su descendencia, como esclavos de los hijos de Sem y Jafet para siempre " .

En ese momento, Aram y los hijos de Oriente oyeron que Kikanos, el rey de Etiopía, había muerto, y se levantaron contra los etíopes, pero Moisés salió con un poderoso ejército para luchar contra las naciones rebeldes, y las sometió, primero el hijos de Oriente y luego Aram.

Moisés continuó prosperando en su reino. Dirigió el gobierno con justicia, rectitud e integridad, y su pueblo lo amaba y lo temía.

En el cuadragésimo año de su reinado, mientras él estaba sentado en su trono un día, rodeado de todos los nobles, Adoniah la reina, que estaba sentada delante de él, se levantó y dijo: "¿Qué es esto que ustedes, el pueblo de Etiopía, ¿has hecho estos muchos días? Seguramente sabes que durante los cuarenta años que este hombre reinó sobre ti, no se ha acercado a mí, ni ha adorado a los dioses de Etiopía. más, porque no es de nuestra carne. He aquí, Monarco mi hijo ha crecido, que reine sobre ti. Mejor te es servir al hijo de tu señor que a un forastero, un esclavo del rey de Egipto " .

Durante todo un día, el pueblo y los nobles se disputaron entre sí, si se debía prestar atención a las palabras de la reina. Los oficiales del ejército permanecieron fieles a Moisés, pero la gente de las ciudades estaba a favor de coronar como rey al hijo de su antiguo señor. A la mañana siguiente se levantaron e hicieron rey sobre ellos a Monarco, el hijo de Kikanos, pero tuvieron miedo de extender la mano contra Moisés, porque el Señor estaba con él. También se acordaron del juramento que le habían hecho a Moisés y, por tanto, no le hicieron ningún daño. Además, le hicieron muchos regalos y lo despidieron con gran honor.

Cuando Moisés salió de Etiopía, a los sesenta y siete años de su edad, fue el tiempo señalado por Dios en los días antiguos para sacar a Israel de la aflicción de los hijos de Cam. Pero temiendo regresar a Egipto a causa del faraón, Moisés viajó a Madián.

JETHRO

En la ciudad de Madián, llamada así por un hijo de Abraham por Cetura, el hombre Jetro había vivido durante muchos años, haciendo el servicio de un sacerdote ante los ídolos. Con el paso del tiempo, se convenció cada vez más de la vanidad de la adoración de ídolos. Su sacerdocio se volvió repugnante para él y decidió renunciar a su cargo. Se paró ante sus habitantes y dijo: "Hasta ahora he realizado tu servicio ante los ídolos, pero he envejecido demasiado para los deberes del cargo. Elige, por lo tanto, a

quien quieras elegir en mi lugar". Hablando así, entregó al pueblo toda la parafernalia perteneciente al culto a los ídolos, y les ordenó que los transfirieran a aquel a quien a su discreción debían confiar su puesto. Ante la sospecha de los motivos ocultos de Jethro, la gente lo prohibió y nadie se atrevió a hacerle el menor servicio. Ni siquiera los pastores apacentaban sus rebaños, y él no podía hacer otra cosa que imponer este trabajo a sus siete hijas.

La transformación de Jetro de un sacerdote idólatra a un hombre temeroso de Dios se transmite por sus siete nombres. Fue llamado Jether, porque la Torá contiene una sección "adicional" sobre él; Jetro, "rebosó" de buenas obras. Hobab, "el amado hijo de Dios"; Reuel, "el amigo de Dios"; Heber, "el asociado de Dios"; Putiel, "el que ha renunciado a la idolatría"; y Keni, el que era "celoso" de Dios y "adquirió" la Torá.

Como consecuencia de la relación hostil entre Jetro y los habitantes de la ciudad, sus hijas solían hacer su aparición en los abrevaderos antes de que llegaran los otros pastores. Pero la artimaña no tuvo éxito. Los pastores los ahuyentaban y daban de beber a sus propios rebaños en los abrevaderos que las doncellas habían llenado. Cuando Moisés llegó a Madián, fue en el pozo donde se detuvo, y su experiencia fue la misma que la de Isaac y Jacob. Como ellos, encontró allí a su ayudante. Rebeca había sido seleccionada por Eliezer como esposa de Isaac, mientras ella estaba ocupada sacando agua para él; Jacob había visto a Raquel primero, mientras ella estaba dando de beber a sus ovejas, y en este pozo en Madián Moisés conoció a su futura esposa Séfora.

La rudeza de los pastores alcanzó su punto culminante el mismo día de la llegada de Moisés. Primero privaron a las doncellas del agua que habían sacado para ellas e intentaron violentarlas, y luego las arrojaron al agua con la intención de matarlas. En ese momento apareció Moisés, sacó a las doncellas del agua y dio de beber a los rebaños, primero a Jetro y luego a los rebaños de los pastores, aunque estos últimos no merecían sus buenos oficios. Es cierto que les prestó el servicio sin apenas problemas para sí mismo, porque sólo tuvo que sacar un balde lleno, y el agua fluyó tan copiosamente que fue suficiente para todos los rebaños, y no dejó de fluir hasta que Moisés se retiró del pozo. , el mismo pozo en el que Jacob había conocido a Raquel, su futura esposa, y el mismo pozo que Dios creó al principio del mundo, cuya apertura abrió en el crepúsculo de la víspera del primer sábado.

Las hijas de Jetro agradecieron a Moisés por la ayuda que les había brindado. Pero Moisés rechazó su gratitud diciendo: "Debes dar las gracias al egipcio que maté, por el cual tuve que huir de Egipto. Si no hubiera sido por él, no estaría aquí ahora".

MOISÉS SE CASEA CON ZIPPORAH

Una de las siete doncellas que vio Moisés junto al pozo llamó su atención en particular debido a su comportamiento modesto, y le hizo una propuesta de matrimonio. Pero Séfora lo rechazó, diciendo: "Mi padre tiene un árbol en su jardín con el que prueba a todo hombre que expresa el deseo de casarse con una de sus hijas, y tan pronto como el pretendiente toca el árbol, es devorado por él".

Moisés: "¿De dónde tiene el árbol?"

Séfora: "Es la vara que el Santo, bendito sea, creó en el crepúsculo del primer sábado y se la dio a Adán. Él se la transmitió a Enoc, de él descendió a Noé, luego a Sem y a Abraham, y a Isaac, y finalmente a Jacob, quien lo trajo consigo a Egipto, y se lo dio a su hijo José. Cuando José murió, los egipcios saquearon su casa, y la vara, que estaba en su botín, la llevaron al palacio de Faraón. En ese momento mi padre era uno de los escribas sagrados más destacados del rey, y como tal tuvo la oportunidad de ver la vara, sintió un gran deseo de poseerla, la robó y se la llevó a su casa. En esta vara está grabado el Nombre inefable, y también las diez plagas que Dios hará sobre los egipcios en un día futuro. Durante muchos años estuvo en la casa de mi padre. lo clavó en el suelo. Cuando intentó sacarlo de nuevo, descubrió que había brotado y estaba ossoms. Esa es la vara con la que prueba todo aquel que desee casarse con sus hijas. Insiste en que nuestros pretendientes intentarán arrancarlo del suelo, pero tan pronto como lo tocan, los devora".

Después de haberle contado este relato de la vara de su padre, Séfora se fue a casa, acompañada de sus hermanas, y Moisés las siguió.

Jethro se asombró no poco al ver a sus hijas regresar tan pronto de los abrevaderos. Por regla general, las argucias que tuvieron que sufrir los pastores los detuvieron hasta tarde. Tan pronto como escuchó su informe sobre el egipcio obrador de maravillas, exclamó: "Tal vez sea uno de los descendientes de Abraham, de quien emana bendición para todo el mundo". Reprendió a sus hijas por no haber invitado a entrar a su casa al extraño que les había hecho un servicio tan valioso, y les ordenó que lo fueran a buscar, con la esperanza de que se casara con una de sus hijas.

Moisés había estado parado afuera todo este tiempo, y había permitido que las hijas de Jetro lo describieran como un egipcio, sin protestar y afirmar su nacimiento hebreo. Por esto Dios lo castigó haciéndolo morir fuera de la tierra prometida. José, que había proclamado en público que era hebreo, encontró su último lugar de descanso en la tierra de los hebreos, y Moisés, que aparentemente no tenía ninguna objeción a ser considerado egipcio, tuvo que vivir y morir fuera de esa tierra.

Séfora se apresuró a ejecutar el deseo de su padre, y apenas lo hizo entrar, Moisés pidió su mano en matrimonio. Jetro respondió: "Si puedes traerme la vara a mi jardín, te la daré". Moisés salió y encontró la vara de zafiro que Dios le había otorgado a Adán cuando fue expulsado del Paraíso, la vara que había llegado a Jetro después de múltiples vicisitudes y que él había plantado en el jardín. Moisés lo arrancó de raíz y se lo llevó a Jetro, quien concibió de inmediato la idea de que él era el profeta en Israel sobre quien todos los sabios de Egipto habían predicho que destruiría su tierra y sus habitantes. Tan pronto como este pensamiento lo golpeó, agarró a Moisés y lo arrojó a un pozo, con la esperanza de encontrar la muerte allí.

Y, de hecho, habría perecido si Séfora no hubiera ideado una estratagema para salvar su vida. Ella le dijo a su padre: "¿Quieres escuchar mi consejo? No tienes esposa, sino sólo siete hijas. ¿Deseas que mis seis hermanas presidan tu casa? Entonces me iré con las ovejas. Si no, que mis hermanas cuiden los rebaños, y yo me ocuparé de la casa ". Su padre dijo: "Has hablado bien. Tus seis hermanas saldrán con las ovejas, y tú permanecerás en la casa y cuidarás de ella y de todo lo que me pertenece".

Ahora Séfora podía proporcionarle a Moisés todo tipo de manjares mientras él yacía en el pozo, y ella lo hizo durante siete años. Al expirar este período, ella le dijo a su padre: "Recuerdo que una vez arrojaste en ese pozo a un hombre que había traído tu vara del jardín para ti, y cometiste una gran falta con eso. Si si te parece bien, destapa el pozo y mira en él. Si el hombre está muerto, tira su cadáver, no sea que llene la casa de hedor. Pero si está vivo, entonces debes estar convencido de que es uno de los los que son totalmente piadosos, de lo contrario, habría muerto de hambre ".

La respuesta de Jetro fue: "Has hablado sabiamente. ¿Te acuerdas de su nombre?" Y Séfora respondió: "Recuerdo que se llamó a sí mismo Moisés, hijo de Amram". Jetro no perdió el tiempo, abrió el pozo y gritó: "¡Moisés! ¡Moisés!" Moisés respondió y dijo: "¡Aquí estoy!" Jetro lo sacó de la fosa, lo besó y dijo: "Bendito sea Dios, que te guardó durante siete años en la fosa. Reconozco que mata y revive, que eres uno de los piadosos, que a través de ti Dios destruirá Egipto en el futuro, sacará a su pueblo de la tierra y ahogará al faraón ya todo su ejército en el mar ". Entonces Jetro le dio mucho dinero a Moisés, y él le dio a su hija Séfora como esposa, dándosela con la condición de que los hijos nacidos del matrimonio en la casa de Jetro se dividieran en dos clases iguales, la de los israelitas, el otro egipcio. Cuando Séfora le dio a luz un hijo, Moisés lo circuncidó y lo llamó Gersón, en memoria de la maravilla que Dios había hecho por él, porque aunque vivía en una tierra "extraña", el Señor no le había negado la ayuda ni siquiera "allí". "

Séfora amamantó a su primer hijo durante dos años, y en el tercer año dio a luz un segundo hijo. Al recordar su pacto con Jetro, Moisés se dio cuenta de que su suegro no le permitiría circuncidar a éste también, y decidió regresar a Egipto para tener la oportunidad de criar a su segundo hijo como israelita. En el viaje hacia allí, Satanás se le apareció en forma de serpiente y se tragó a Moisés hasta las extremidades. Séfora supo por esta señal que la cosa había sucedido porque su segundo hijo no había sido circuncidado, y se apresuró a subsanar la omisión. Tan pronto como ella roció la sangre de la circuncisión en los pies de su esposo, se escuchó una voz celestial que clamaba a la serpiente y le ordenaba: "¡Escúpelo!" y Moisés se acercó y se puso de pie. Así Séfora le salvó la vida a Moisés dos veces, primero del pozo y luego de la serpiente.

Cuando Moisés llegó a Egipto, Datán y Abiram, los líderes de los israelitas, se acercaron a él y le dijeron: "¿Vienes aquí para matarnos, o te propones hacer con nosotros lo mismo que hiciste con el egipcio?" Esto llevó a Moisés de regreso a Madián, y allí permaneció dos años más, hasta que Dios se reveló en Horeb y le dijo: "Ve, y saca a Mis hijos de la tierra de Egipto".

UN SANGRE REMEDIO

Los últimos años de la esclavitud de Israel en Egipto fueron los peores. Para castigar a Faraón por su crueldad hacia los hijos de Israel, Dios lo afligió con una plaga de lepra que cubrió todo su cuerpo, desde la coronilla hasta las plantas de sus pies. En lugar de ser castigado por su enfermedad, el faraón permaneció rígido y trató de restaurar su salud asesinando a niños israelitas. Consultó con sus tres consejeros, Balaam, Jetro y Job, sobre cómo podría ser sanado de la terrible enfermedad que se había apoderado de él. Balaam habló, diciendo: "Podrás recuperar tu salud sólo si matas a los niños israelitas y te bañas en su sangre". Jetro, reacio a participar en semejante atrocidad, dejó al rey y huyó a Madián. Job, por otro lado, aunque también desaprobó el consejo de Balaam, guardó silencio y de ninguna manera protestó contra él, por lo que Dios lo castigó con un año de sufrimiento. Pero después lo cargó con todas las felicidades de esta vida y le concedió muchos años para que este piadoso gentil fuera recompensado en este mundo por sus buenas obras y no tuviera derecho a reclamar la bienaventuranza del futuro. la vida.

Siguiendo el sanguinario consejo de Balaam, el faraón hizo que sus alguaciles arrancaran a los bebés israelitas del pecho de sus madres y los mataran, y él se bañó en la sangre de estos inocentes. Su enfermedad lo afligió durante diez años, y todos los días mataban por él a un niño israelita. Todo fue en vano; de hecho, al final del tiempo su lepra se transformó en forúnculos y sufrió más que antes.

Mientras estaba en esta agonía, le llevaron el informe de que los hijos de Israel en Gosén eran descuidados y ociosos en sus trabajos forzados. La noticia agravó su sufrimiento, y dijo: "Ahora que estoy enfermo, se vuelven y se burlan de mí. Engancha mi carro, y me iré a Gosén, y veré la burla con que los hijos de Israel se burlan de mí". Y lo tomaron y lo subieron a un caballo, porque él mismo no podía montarlo. Cuando él y sus hombres llegaron a la frontera entre Egipto y Gosén, el corcel del rey pasó a un lugar estrecho. Los otros caballos, corriendo rápidamente por el paso, se apretujaron unos contra otros hasta que el caballo del rey cayó mientras él se sentaba sobre él, y cuando cayó, el carro se volteó sobre su rostro, y también el caballo se echó sobre él. La carne del rey fue arrancada de él, porque esto era del Señor, él había escuchado el clamor de su pueblo y su aflicción. Los siervos del rey lo cargaron sobre sus hombros, lo llevaron de regreso a Egipto y lo colocaron en su cama.

Sabía que su fin había llegado para morir, y la reina Alfar'anit y sus nobles se reunieron alrededor de su cama, y lloraron con él un gran llanto.

Los príncipes y sus consejeros aconsejaron al rey que eligiera un sucesor, para que reinara en su lugar, a quien eligiera entre sus hijos. Tuvo tres hijos y dos hijas de la reina Alfar'anit, además de hijos de concubinas. El nombre de su primogénito fue Atro, el nombre del segundo Adikam y del tercer Moryon. El nombre de la hija mayor era Bithiah y el de la otra, Akuzit. El primogénito de los hijos del rey era un idiota, precipitado y descuidado en todas sus acciones. Adikam, el segundo hijo, era un hombre astuto e inteligente, y versado en toda la sabiduría de Egipto, pero de apariencia desgarrada, carnoso y de baja estatura; su altura era de un codo y un espacio, y su barba le caía hasta los tobillos.

El rey resolvió que Adikam reinaría en su lugar después de su muerte. Cuando este segundo hijo suyo tenía diez años, le dio por mujer a Gedida, la hija de Abilat, y ella le dio cuatro hijos. Después Adikam fue y tomó otras tres mujeres, y engendró ocho hijos y tres hijas.

La enfermedad del rey aumentó mucho sobre él, y su carne emitió un hedor como un cadáver arrojado al campo en verano bajo el calor del sol. Cuando vio que su desorden se había apoderado de él con fuerza, ordenó que le trajeran a su hijo Adikam, y lo hicieron rey de la tierra en su lugar.

Al cabo de tres años, el viejo rey murió avergonzado y deshonorado, despreciando a todos los que lo veían, y lo sepultaron en el sepulcro de los reyes de Egipto en Zoán, pero no lo embalsamaron, como era habitual entre los reyes. , porque su carne estaba podrida, y no podían acercarse a su cuerpo a causa del hedor, y lo enterraron apresuradamente. Así el Señor le pagó con mal el mal que había hecho en sus días a Israel, y murió

aterrorizado y avergonzado después de haber reinado noventa y cuatro años.

Adikam tenía veinte años cuando sucedió a su padre y reinó cuatro años. El pueblo de Egipto lo llamaba Faraón, como era su costumbre con todos sus reyes, pero sus sabios lo llamaban Akuz, porque Akuz es la palabra "breve" en el idioma egipcio, y Adikam era extremadamente torpe y de tamaño pequeño. El nuevo Faraón superó a su padre Malol y a todos los reyes anteriores en maldad, e hizo más pesado el yugo sobre los hijos de Israel. Él fue a Gosén con sus siervos, y aumentó su trabajo, y les dijo: "Completen su trabajo, la tarea de cada día, y no dejen que sus manos se aflojen del trabajo de este día en adelante, como lo hicieron en el día de mi padre." Colocó sobre ellos oficiales de entre los hijos de Israel, y sobre estos oficiales colocó capataces de entre sus siervos. Y ponía delante de ellos una medida de ladrillos, según el número que iban a hacer día a día, y siempre que se descubría alguna deficiencia en la medida de sus ladrillos diarios, los capataces del Faraón iban a las mujeres de los hijos de Israel, y les quiten a sus niños, tantos como el número de ladrillos que faltan en la medida, y estos niños los ponen en el edificio en lugar de los ladrillos que faltan. Los capataces obligaron a cada hombre de los israelitas a poner a su propio hijo en el edificio. El padre colocaba a su hijo en la pared y lo cubría con argamasa, mientras lloraba y sus lágrimas corrían sobre su hijo.

Los hijos de Israel suspiraban todos los días a causa de su terrible sufrimiento, porque habían pensado que después de la muerte del faraón su hijo aliviaría su trabajo, pero el nuevo rey era peor que su padre. Y Dios vio la carga de los hijos de Israel y su trabajo pesado, y decidió librarlos.

Sin embargo, no fue por su propio bien que Dios resolvió la liberación de los hijos de Israel, porque estaban vacíos de buenas obras, y el Señor sabía de antemano que, una vez que fueran redimidos, se levantarían contra Él e incluso adorarían el becerro de oro. Sin embargo, tuvo misericordia de ellos, porque se acordó de Su pacto con los Padres, y miró su arrepentimiento por sus pecados, y aceptó su promesa de cumplir la palabra de Dios después de su salida de Egipto, incluso antes de que la oyeran.

Después de todo, los hijos de Israel no carecían del todo de méritos. En un alto grado poseían cualidades de extraordinaria excelencia. No hubo relaciones incestuosas entre ellos, no tenían mala lengua, no se cambiaron de nombre, se aferraron al idioma hebreo sin renunciar nunca a él, y prevaleció entre ellos un gran afecto fraterno. Si uno terminaba la historia de sus ladrillos antes que sus vecinos, tenía la costumbre de ayudar a los demás. Por tanto, Dios dijo: "Merecen que yo tenga misericordia de ellos, porque si un hombre muestra misericordia a otro, yo tengo misericordia de él".

EL PASTOR FIEL

Cuando Jetro le dio a su hija Séfora a Moisés como esposa, le dijo a su futuro yerno: "Sé que tu padre Jacob tomó a sus mujeres, las hijas de Labán, y se fue con ellas en contra de la voluntad de su padre. Ahora jura que no me harás lo mismo a mí ", y Moisés juró no dejarlo sin su consentimiento, y se quedó con Jetro, quien lo hizo pastor de sus rebaños. Por la forma en que cuidaba las ovejas, Dios vio su idoneidad para ser el pastor de su pueblo, porque Dios nunca da un oficio exaltado a un hombre hasta que lo ha probado en las pequeñas cosas. Así Moisés y David fueron probados como pastores de rebaños, y solo después de haber demostrado su capacidad como tales, les dio dominio sobre los hombres.

Moisés cuidó de los rebaños con amoroso cuidado. Primero condujo a los animales jóvenes a pastar, para que tuvieran como alimento la hierba tierna y jugosa; a los animales algo mayores que condujo a continuación, y les permitió pastar las hierbas adecuadas para ellos; y finalmente llegaron los vigorosos que habían alcanzado su pleno crecimiento, ya ellos les dio la hierba dura que quedaba, que los demás no podían comer, pero que les proporcionaba buena comida. Entonces dijo Dios: "El que entiende cómo apacentar ovejas, y provee para cada uno lo que le conviene, apacentará a mi pueblo".

Una vez un cabrito se escapó del rebaño, y cuando Moisés lo siguió, vio cómo se detenía en todos los cursos de agua, y le dijo: "¡Pobre muchacho, no sabía que tenías sed y corría tras el agua! "Estoy cansado, estoy cansado", y se lo llevó a la manada sobre su hombro. Entonces dijo Dios: "¡Tú tienes compasión de un rebaño de un hombre de carne y hueso! Vive tú, pastorearás a Israel, rebaño mío".

Moisés no solo se preocupó de que los rebaños que estaban a su cargo no sufrieran ningún daño, sino que también tuvo cuidado de que no causaran daño a los hombres. Siempre eligió un prado abierto como su lugar de pasto, para evitar que sus ovejas pastaran en fincas privadas.

Jethro no tenía ninguna razón para estar descontento con los servicios que le prestó su yerno. Durante los cuarenta años que Moisés actuó como su pastor, ninguna oveja fue atacada por

bestias salvajes, y los rebaños se multiplicaron en un grado increíble. Una vez condujo a las ovejas por el desierto durante cuarenta días, sin encontrar un lugar de pasto para ellas. Sin embargo, no perdió una sola oveja.

El anhelo de Moisés por el desierto era irresistible. Su espíritu profético le hizo prever que su propia grandeza y la grandeza de Israel se manifestarían allí. En el desierto aparecerían las maravillas de Dios, aunque sería al

mismo tiempo la tumba de la manada humana que le sería confiada en el futuro, y también su propio último lugar de descanso. Así tuvo el presentimiento al comienzo de su carrera de que el desierto sería el escenario de su actividad, que no solo se cumplió en el orden actual de las cosas, sino que también lo será en los últimos días, cuando aparecerá en el desierto de nuevo, para conducir a la tierra prometida a la generación, surgida de sus tumbas, que él sacó de la esclavitud egipcia.

Deambulando por el desierto, llegó al monte Horeb, que recibe seis nombres, cada uno de los cuales expresa una de sus distinciones. Es "el monte de Dios", donde el Señor reveló Su ley; "Basban", porque Dios "vino allí"; "una montaña de jorobas", porque el Señor declaró que todas las demás montañas no eran aptas para la revelación, ya que los animales "torcidos" son declarados no aptos para los sacrificios; "montaña de la morada", porque es la montaña que Dios deseaba para su "morada"; Sinaí, porque el "odio" de Dios contra los paganos comenzó en el momento en que Israel recibió la ley sobre el mismo; y Horeb, "espada", porque allí la espada de la ley fue desenvainada sobre los pecadores.

LA ESPINA ARDIENTE

Cuando Moisés se acercó al monte Horeb, se dio cuenta de inmediato de que era un lugar santo, porque notó que las aves que pasaban no se posaban sobre él. Al acercarse, la montaña comenzó a moverse, como si fuera a avanzar y encontrarse con él, y volvió a quedarse quieta sólo cuando su pie reposó sobre ella. Lo primero que notó Moisés fue la maravillosa zarza ardiente, cuya parte superior era una llama ardiente, que no consumía la zarza ni le impedía dar flores al arder, porque el fuego celestial tiene tres cualidades peculiares: produce flores, no consume el objeto alrededor del cual juega, y es de color negro. El fuego que vio Moisés en la zarza era la aparición del ángel Miguel, que había descendido como precursor de la misma Shekinah para descender en el presente. Dios deseaba conversar con Moisés, quien, sin embargo, no estaba dispuesto a permitir ninguna interrupción de la obra a su cargo. Por eso Dios lo asustó con el maravilloso fenómeno de la zarza ardiente. Eso hizo que Moisés se detuviera, y luego Dios habló con él.

Había buenas razones para seleccionar el arbusto espinoso como recipiente para una visión divina. Estaba "limpio", porque los paganos no podían usarlo para hacer ídolos. La elección de Dios de morar en la zarza raquílica le transmitió a Moisés el conocimiento de que Él sufre junto con Israel. Además, a Moisés se le enseñó que no hay nada en la naturaleza, ni siquiera la insignificante zarza, que pueda existir sin la presencia de la Shekinah. Además, el arbusto espinoso puede tomarse como símbolo de Israel en varios aspectos. Así como el arbusto espinoso es la más humilde

de todas las especies de árboles, así la condición de Israel en el exilio es la más humilde en comparación con la de todas las demás naciones, pero como el arbusto espinoso no suelta ningún pájaro que se posa sobre él sin lacerarlo. sus alas, para que las naciones que subyugan a Israel sean castigadas. Además, como el seto de un jardín está hecho de zarza, así Israel forma el seto del mundo, el jardín de Dios, porque sin Israel el mundo no podría subsistir. Además, así como la zarza tiene espinas y rosas por igual, así Israel tiene miembros piadosos e impíos, y como la zarza necesita abundante agua para su crecimiento, así Israel puede prosperar solo a través de la Torá, el agua celestial. Y la zarza, cuya hoja consta de cinco folletos, debía indicarle a Moisés que Dios había resuelto redimir a Israel solo por los méritos de cinco hombres piadosos, Abraham, Isaac, Jacob, Aarón y Moisés. Los números representados por las letras que componen la palabra hebrea para arbusto espinoso, Seneh, suman ciento veinte, para indicar que Moisés alcanzaría la edad de ciento veinte años, y que la Shekinah descansaría en el monte Horeb durante mucho tiempo. ciento veinte días. Finalmente, para dar a Moisés una ilustración de su modestia, Dios descendió de los cielos exaltados y le habló desde un humilde arbusto de espinos en lugar de la cima de una montaña elevada o la copa de un cedro majestuoso.

LA ASCENSIÓN DE MOISÉS

La visión de la zarza ardiente se le apareció solo a Moisés; los otros pastores que estaban con él no vieron nada de eso. Dio cinco pasos en dirección a la zarza, para verla de cerca, y cuando Dios vio el rostro de Moisés distorsionado por el dolor y la ansiedad por el sufrimiento de Israel, dijo: "Este es digno del oficio de pastorear a mi pueblo. . "

Moisés era todavía un novato en profecía, por lo tanto Dios se dijo a sí mismo: "Si me revelo a él en voz alta, lo alarmaré, pero si me revelo con voz apagada, él tendrá la profecía en baja estima", por lo que se dirigió a él con la voz de su padre Amram. Moisés se llenó de alegría al escuchar a su padre hablar, porque le dio la seguridad de eso. todavía estaba vivo. La voz lo llamó por su nombre dos veces y él respondió: "¡Aquí estoy! ¿Cuál es el deseo de mi padre?" Dios respondió, diciendo: "Yo no soy tu padre. Sólo deseaba no aterrorizarte, por eso hablé con la voz de tu padre. Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Dios. de Jacob ". Estas palabras regocijaron enormemente a Moisés, porque no solo el nombre de su padre Amram se pronunciaba al mismo tiempo con los nombres de los tres Patriarcas, sino que estaba antes que el de ellos, como si tuviera un rango más alto que ellos.

Moisés no dijo una palabra. En silenciosa reverencia ante la visión divina se cubrió el rostro, y cuando Dios le reveló la misión que le había

encomendado, de sacar a los israelitas de la tierra de Egipto, respondió con humildad: "¿Quién soy yo para ir a Faraón, y sacar a los hijos de Israel de Egipto?" Entonces dijo Dios: "Moisés, eres manso, y te recompensaré por tu modestia. Entregaré toda la tierra de Egipto en tus manos, y además te dejaré ascender al trono de mi gloria y mirar sobre todos los ángeles de los cielos".

Entonces Dios ordenó a Metatrón, el Ángel del Rostro, que condujera a Moisés a las regiones celestiales en medio del sonido de la música y el canto, y le ordenó además que convocara a treinta mil ángeles, para que le sirvieran de guardaespaldas, quince mil a la derecha de él y quince mil a su izquierda. Con un terror abyecto, Moisés le preguntó a Metatrón: "¿Quién eres tú?" y el ángel respondió: "Soy Enoc, el hijo de Jared, tu antepasado, y Dios me ha encargado que te acompañe a Su trono". Pero Moisés objetó, diciendo: "Soy de carne y hueso, y no puedo mirar el rostro de un ángel", tras lo cual Metatrón transformó la carne de Moisés en antorchas de fuego, sus ojos en ruedas de Merkabah, su fuerza en la de un ángel, y su lengua en una llama, y lo llevó al cielo con un séquito de treinta mil ángeles, la mitad moviéndose a la derecha de ellos y la otra mitad a la izquierda de ellos.

En el primer cielo, Moisés vio arroyos sobre arroyos de agua, y observó que todo el cielo consistía en ventanas, en cada una de las cuales estaban estacionados ángeles. Metatrón nombró y le señaló todas las ventanas del cielo: la ventana de oración y la ventana de súplica; de llanto y de alegría; plenitud y hambre; riqueza y pobreza; guerra y paz; concepción y nacimiento; chubascos y lluvias suaves; pecado y arrepentimiento; vida y muerte; pestilencia y curación; enfermedad y salud; y muchas ventanas más.

En el segundo cielo, Moisés vio al ángel Nuriel, de pie a trescientos parasangs de altura, con su séquito de cincuenta miríadas de ángeles, todos formados con agua y fuego, y todos con el rostro vuelto hacia la Shekinah mientras cantaban un cántico de alabanza a Dios. Metatrón le explicó a Moisés, que estos eran los ángeles puestos sobre las nubes, los vientos y las lluvias, que regresan rápidamente, tan pronto como han ejecutado la voluntad de su Creador, a su posición en el segundo de los cielos, allí para proclama la alabanza de Dios.

En el tercer cielo, Moisés vio un ángel, tan alto que a un ser humano le tomaría quinientos años llegar a su altura. Tenía setenta mil cabezas, cada cabeza con tantas bocas, cada boca con tantas lenguas y cada lengua con tantos dichos, y él, junto con su grupo de setenta mil miríadas de ángeles hechos de fuego blanco, alabó y exaltó al Señor. "Estos", dijo Metatrón a

Moisés, "se llaman Erelim, y están asignados sobre la hierba, los árboles, los frutos y el grano, pero tan pronto como han hecho la voluntad de su Creador, regresan al lugar que les ha sido asignado y alaban a Dios. . "

En el cuarto cielo, Moisés vio un templo, cuyas columnas eran de fuego rojo, varas de fuego verde, umbrales de fuego blanco, tablas y broches de fuego llameante, puertas de carbunclo y pináculos de rubíes. Los ángeles entraban en el templo y alababan a Dios allí. En respuesta a una pregunta de Moisés, Metatrón le dijo que presidían la tierra, el sol, la luna, las estrellas y los demás cuerpos celestes. y todos entonan cánticos delante de Dios. En este cielo, Moisés notó también los dos grandes planetas, Venus y Marte, cada uno tan grande como la tierra entera, y con respecto a ellos preguntó con qué propósito habían sido creados. Metatrón explicó entonces que Venus yace sobre el sol para refrescarlo en verano, de lo contrario, quemaría la tierra, y Marte yace sobre la luna para darle calor, no sea que congele la tierra.

Al llegar al quinto cielo, Moisés vio huestes de ángeles, cuyas partes inferiores eran de nieve y sus partes superiores de fuego, y sin embargo, la nieve no se derritió ni el fuego se extinguió, porque Dios había establecido perfecta armonía entre los dos elementos. Estos ángeles, llamados Ishim, no han tenido nada que hacer desde el día de su creación más que alabar y ensalzar al Señor.

En el sexto de los cielos había millones y miríadas de ángeles alabando a Dios, se llamaban 'Irin y kadishim, "Vigilantes" y "Santos", y su jefe estaba hecho de granizo, y era tan alto que se necesitarían cinco cien años para caminar una distancia igual a su altura.

En el último cielo, Moisés vio dos ángeles, cada uno de quinientos parasangs de altura, forjados con cadenas de fuego negro y fuego rojo, los ángeles Af, "Ira" y Hemah, "Ira", a quienes Dios creó al comienzo del mundo, para ejecutar Su voluntad. Moisés estaba inquieto cuando los miró, pero Metatrón lo abrazó y dijo: "Moisés, Moisés, el favorito de Dios, no temas ni te aterrorices", y Moisés se tranquilizó. Había otro ángel en el séptimo cielo, de apariencia diferente a todos los demás y de semblante espantoso. Su estatura era tan grande que le habría costado quinientos años recorrer una distancia igual a ella, y desde la coronilla de la cabeza hasta las plantas de los pies estaba tachonado de ojos deslumbrantes, ante la vista de los cuales el espectador cayó postrado. Asombrado. "Éste", dijo Metatrón, dirigiéndose a Moisés, "es Samael, quien le quita el alma al hombre". "¿Adónde va ahora?" preguntó Moisés, y Metatrón respondió: "Para traer el alma de Job el piadoso". Entonces Moisés oró a Dios con estas palabras: "Oh, sea tu voluntad, Dios mío y Dios de mis padres, que no me dejes caer en las manos de este ángel".

Aquí, en las alturas del cielo, vio también a los serafines con sus seis alas. Con dos se cubren el rostro, para no mirar a la Shekinah; y con dos pies de ellos, los cuales, como pies de becerro, esconden, para mantener en secreto la transgresión de Israel del becerro de oro. Con el tercer par de alas vuelan y hacen el servicio del Señor, mientras exclaman: "Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria". Las alas de estos ángeles son de tamaño prodigioso, un hombre tardaría quinientos años en recorrer su longitud y su anchura, como de un extremo a otro de la tierra.

Y vio Moisés en el séptimo cielo al santo Hayyot, que sostiene el trono de Dios; y también contempló al ángel Zagzagel, el príncipe de la Torá y de la sabiduría, que enseña la Torá en setenta idiomas a las almas de los hombres, y de ahí en adelante aprecian los preceptos allí contenidos como leyes reveladas por Dios a Moisés en el Sinaí. De este ángel con los cuernos de gloria, Moisés mismo aprendió los diez misterios ".

Habiendo visto lo que hay en los siete cielos, le habló a Dios, diciendo: "No dejaré los cielos a menos que me des un regalo", y Dios respondió: "Te daré la Torá, y los hombres la llamarán el Ley de Moisés ".

MOISÉS VISITA EL PARAÍSO Y EL INFIERNO Cuando Moisés estaba a punto de partir del cielo, una voz celestial anunció: "Moisés, has venido acá y has visto el trono de Mi gloria. Ahora verás también el Paraíso y el infierno" y Dios envió a Gabriel a la misión de mostrarle el infierno. Aterrado por sus fuegos, cuando los vio al entrar en los portales del infierno, Moisés se negó a ir más lejos. Pero el ángel lo animó, diciendo: "Hay un fuego que no sólo quema, sino que también consume, y ese fuego te protegerá contra el fuego del infierno, de modo que puedas pisarlo y, sin embargo, no te quemes".

Cuando Moisés entró en el infierno, el fuego se retiró una distancia de quinientos parasangs, y el ángel del infierno, Nasargiel, le preguntó: "¿Quién eres tú?" y él respondió: "Yo soy Moisés, el hijo de Amram".

Nasargiel: "Este no es tu lugar, perteneces al Paraíso".

Moisés: "Vine aquí para ver la manifestación del poder de Dios".

Entonces Dios le dijo al ángel del infierno: "Ve y muéstrale el infierno a Moisés, y cómo los malvados son tratados allí". Inmediatamente fue con Moisés, caminando delante de él como un discípulo ante su maestro, y así entraron juntos al infierno, y Moisés vio hombres sometidos a tortura por los Ángeles de la Destrucción: algunos de los pecadores estaban suspendidos por los párpados, otros por las orejas, unos por sus manos y otros por sus lenguas, y lloraban amargamente. Y las mujeres estaban suspendidas de sus cabellos y de sus pechos, y de otras formas, todas con

cadenas de fuego. Nasargiel explicó: "Estos cuelgan de sus ojos, porque miraron con lujuria a las esposas de sus vecinos, y con un ojo codicioso sobre las posesiones de sus semejantes. Estos cuelgan de sus oídos porque escucharon un discurso vacío y vano, y apartaron su oído para no oír la Torá. Estos cuelgan de la lengua, porque hablaban calumnias y acostumbraban su lengua a balbucear tontos. Estos cuelgan de sus pies, porque caminaban con ellos para espiar a sus semejantes, pero no iban a la sinagoga para ofrecer oración a su Creador. Estos cuelgan de sus manos, porque con ellos robaron a sus vecinos de sus posesiones y cometieron asesinatos. Estas mujeres cuelgan de sus cabellos y de sus pechos, porque las descubrieron en la presencia de los jóvenes, de modo que concibieron deseo para ellos, y cayeron en el pecado ".

Moisés escuchó el infierno llorar con un grito fuerte y amargo, diciendo a Nasargiel: "Dame de comer, tengo hambre". - Nasargiel: "¿Qué te daré?" - Infierno: "Dame las almas de el piadoso ". Nasargiel: " El Santo, bendito sea, no te entregará las almas de los piadosos ".

Moisés vio el lugar llamado Alukah, donde los pecadores estaban suspendidos de los pies, con la cabeza hacia abajo y el cuerpo cubierto de gusanos negros, cada uno de quinientos parasangs de largo. Se lamentaron y clamaron: "¡Ay de nosotros por el castigo del infierno! ¡Danos la muerte para que muramos!" Nasargiel explicó: "Estos son los pecadores que juraron falsamente, profanaron el sábado y los días santos, despreciaron a los sabios, llamaron a sus vecinos con apodos indecorosos, agravaron al huérfano y a la viuda, y dieron falso testimonio. Por lo tanto, Dios los entregó a ellos. gusanos ".

Moisés se fue de allí a otro lugar, y allí vio a los pecadores boca abajo, con dos mil escorpiones azotándolos, picando y atormentándolos, mientras las víctimas torturadas lloraban amargamente. Cada uno de los escorpiones tenía setenta mil cabezas, cada cabeza setenta mil bocas, cada boca setenta mil picaduras y cada picadura setenta mil bolsas de veneno y veneno, que los pecadores se ven obligados a beber, aunque la angustia es tan desgarradora que sus ojos. derretirse en sus cuencas. Nasargiel explicó: "Estos son los pecadores que hicieron que los israelitas perdieran su dinero, que se exaltaron a sí mismos por encima de la comunidad, que avergonzaron a sus vecinos en público, que entregaron a sus compañeros israelitas en manos de los gentiles, que negaron la Torá". de Moisés, y quien sostenía que Dios no es el Creador del mundo ".

Entonces Moisés vio el lugar llamado Tit ba-Yawen, en el cual los pecadores están parados en el barro hasta el ombligo, mientras los Ángeles de la Destrucción los azotan con cadenas de fuego y les rompen los dientes con piedras de fuego, desde la mañana hasta la tarde, y durante el día. Por

la noche hacen que sus dientes vuelvan a crecer, hasta la longitud de un parasang, solo para romperlos nuevamente a la mañana siguiente. Nasargiel explicó: "Estos son los pecadores que comieron carroña y carne prohibida, que prestaron su dinero a la usura, que escribieron el Nombre de Dios en amuletos para los gentiles, que usaron pesos falsos, que robaron dinero de sus compañeros israelitas, que comieron en el Día de la Expiación, que comieron grasas prohibidas, y animales y reptiles que son una abominación, y que bebieron sangre ".

Entonces Nasargiel le dijo a Moisés: "Ven y mira cómo los pecadores son quemados en el infierno", y Moisés respondió: "No puedo ir allí", pero Nasargiel respondió: "Deja que la luz de la Shekinah te preceda, y el fuego del infierno no tienes poder sobre ti ". Moisés cedió y vio cómo los pecadores eran quemados, la mitad de sus cuerpos sumergidos en fuego y la otra mitad en nieve, mientras gusanos criados en su propia carne se arrastraban sobre ellos y los Ángeles de la Destrucción los golpeaban sin cesar. Nasargiel explicó: "Estos son los pecadores que cometieron incesto, asesinato e idolatría, que maldijeron a sus padres y maestros, y que, como Nimrod y otros, se llamaron dioses". En este lugar, que se llama Abaddon, vio a los pecadores tomando la nieve a escondidas y poniéndola en sus axilas, para aliviar el dolor infligido por el fuego abrasador, y estaba convencido de que el dicho era cierto: "Los malvados no reparan su caminos incluso a las puertas del infierno ".

Cuando Moisés partió del infierno, oró a Dios: "Sea tu voluntad, oh Señor, Dios mío y Dios de mis padres, salvarme a mí y al pueblo de Israel de los lugares que he visto en el infierno". Pero Dios le respondió y dijo: "Moisés, delante de mí no se respeta a las personas ni se aceptan dádivas. El que hace el bien entra en el Paraíso, y el que hace el mal debe ir al infierno" .

Por orden de Dios, Gabriel ahora llevó a Moisés al Paraíso. Cuando entró, dos ángeles se le acercaron y le dijeron: "Aún no ha llegado tu tiempo de dejar el mundo", y Moisés respondió: "Lo que dices es verdad, pero he venido a ver la recompensa de los piadosos en el Paraíso ". Entonces los ángeles ensalzaron a Moisés, diciendo: ¡Salve, Moisés, siervo de Dios! ¡Salve, Moisés, nacido de mujer, que has sido hallado digno de subir a los siete cielos! ¡Salve a la nación a la que perteneces!

Bajo el árbol de la vida, Moisés vio al ángel Shamshiel, el príncipe del Paraíso, que lo condujo a través de él y le mostró todo lo que había allí. Vio setenta tronos hechos de piedras preciosas, de pie sobre pies de oro fino, cada trono rodeado por setenta ángeles. Pero uno de ellos era más grande que todos los demás y estaba rodeado por ciento veinte ángeles. Este era el trono de Abraham, y cuando Abraham vio a Moisés y escuchó quién era y

cuál era su propósito al visitar el Paraíso, exclamó: "Alabad al Señor, porque es bueno, porque su misericordia es para siempre".

Moisés le preguntó a Shamshiel sobre el tamaño del Paraíso, pero ni siquiera él, que es su príncipe, pudo responder la pregunta, porque no hay nadie que pueda medirlo. No se puede medir, sondear ni numerar. Pero Shamshiel le explicó a Moisés acerca de los tronos, que eran diferentes entre sí, algunos eran de plata, otros de oro, algunos de piedras preciosas y perlas y rubíes y carbunco. Los tronos hechos de perlas son para los eruditos que estudian la Torá día y noche por su propio bien; las de piedras preciosas son para los piadosos, las de rubíes para los justos, las de oro para los pecadores arrepentidos y las de plata para los justos prosélitos. "El mayor de todos ellos ", continuó Shamshiel, "es el trono de Abraham, el siguiente en tamaño son los tronos de Isaac y Jacob, luego vienen los tronos de los profetas, los santos y los justos, cada uno de acuerdo con un hombre. valor, y su rango, y las buenas obras que ha realizado en su vida ". Moisés preguntó entonces para quién estaba destinado el trono de cobre, y el ángel respondió: "Para el pecador que tiene un hijo piadoso. Por los méritos de su hijo lo recibe como su parte".

Moisés miró de nuevo y vio un manantial de agua viva que brotaba de debajo del árbol de la vida y se dividía en cuatro arroyos, que pasaban bajo el trono de gloria y desde allí rodeaban el Paraíso de un extremo a otro. También vio cuatro ríos que fluían bajo cada uno de los tronos de los piadosos, uno de miel, el segundo de leche, el tercero de vino y el cuarto de bálsamo puro.

Al contemplar todas estas cosas deseables y placenteras, Moisés sintió gran gozo y dijo: "¡Oh, cuán grande es tu bondad, que has guardado para los que te temen, que has hecho para los que en ti confían, delante de los hijos de los hombres! " Y Moisés dejó el paraíso y volvió a la tierra.

En el momento de su partida, una voz celestial clamó en voz alta: "Moisés, siervo del Señor, tú que eres fiel en su casa, así como has visto la recompensa que está reservada para los piadosos en el mundo venidero, así también serás digno de ver la vida del mundo que será en el tiempo futuro. Tú y todo Israel, verás la reconstrucción del Templo y el advenimiento del Mesías, contemplarás la hermosura del Señor y meditarás en Su templo ".

En el mundo venidero Moisés, además de compartir las alegrías de Israel, continuará su actividad como maestro de Israel, porque el pueblo irá ante Abraham y le pedirá que los instruya en la Torá. Él los enviará a Isaac, diciendo: "Ve a Isaac, él ha estudiado más Torá de lo que yo estudié", pero Isaac, a su vez, los enviará a Jacob, diciendo: "Ve a Jacob, él ha tenido más

conversar con los sabios que nunca. " Y Jacob los enviará a Moisés, diciendo: "Ve a Moisés, él fue instruido en la Torá por Dios mismo".

En el tiempo mesiánico, Moisés será uno de los siete pastores que serán los líderes de Israel con el Mesías.

MOISÉS RECHAZA LA MISIÓN

Cuando Moisés se desvió para ver el gran espectáculo de que la zarza no se consumía, oyó una voz que le decía: "No te acerques aquí". Estas palabras debían transmitir que la dignidad que se le conferiría Dios la tenía para Moisés personalmente, no para sus descendientes, y además se le advirtió que no arrogara los honores asignados para otros, como el sacerdocio, que debía pertenecer a Aarón y a los descendientes de Aarón. , o realeza, que pertenecería a David y la casa de David.

Nuevamente la voz dijo: "Quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra santa". Estas palabras transmitían el deseo de Dios de cortar en pedazos todo vínculo que lo unía con las preocupaciones terrenales, hasta que renunciara a la vida conyugal. Entonces el ángel Miguel le habló a Dios: "Oh Señor del mundo, ¿puede ser tu propósito destruir a la humanidad? La bendición puede prevalecer solo si el hombre y la mujer están unidos, y sin embargo, le ordenas a Moisés que se separe de su esposa". Dios respondió diciendo: "Moisés ha engendrado hijos, ha cumplido con su deber para con el mundo. Deseo que se una ahora a la Shekinah, para que ella descienda a la tierra por su causa".

Dios habló además, dirigiéndose a Moisés: "Sólo ves lo que va a suceder en el futuro cercano, que Israel recibirá la Torá en el monte Sinaí, pero yo contemplo lo que vendrá después, el pueblo adorará al novillo, cuya figura verán sobre mi carro, mientras que mi revelación se hará en el Sinaí, así excitarán mi ira, pero aunque yo conozca toda la perversidad de sus corazones, en que se rebelarán contra mí en el desierto, los redimiré. ahora, porque le doy al hombre el trato que merece por sus acciones presentes, no el que merecerá en el futuro. Le prometí a su padre Jacob: 'Iré contigo a Egipto, y seguramente también te haré volver a subir. Y ahora iré allá, para hacer subir a Israel de acuerdo con mis palabras a Jacob, y llevarlos a la tierra que juré a sus padres que su descendencia la heredaría. había designado a su descendencia en Mi revelación a Abraham wa No es pasado, no escuché la súplica y el gemido de sus hijos, pero ahora ha llegado el fin. Por tanto, ve delante de Faraón para que despida a mi pueblo. Si tú no realizas la redención, nadie más lo hará, porque no hay otro que pueda hacerlo. En ti espera Israel, y en ti espera Israel. El asunto está en tus manos solamente ".

Moisés, sin embargo, se negó a asumir la misión. Él le dijo a Dios: "Tu promesa a Jacob fue: 'Ciertamente te haré volver de Egipto'. Tú te comprometiste a hacerlo tú mismo, y ahora es Tu propósito enviarme allí. ¿Y cómo, en verdad, sería posible para mí llevar a cabo este gran asunto de sacar a los hijos de Israel de Egipto? ¿Con comida y bebida? Muchas son las mujeres que dan a luz entre ellas, muchas son las mujeres embarazadas y los niños pequeños. ¿De dónde procuraré golosinas para las que han dado a luz bebés, de dónde dulces para las embarazadas, y de dónde golosinas para los pequeños? ¿Y cómo puedo aventurarme a ir entre los bandidos y asesinos egipcios? Porque me estás pidiendo que vaya a mis enemigos, a los que acechan para quitarme la vida. ¿Por qué debería arriesgar la seguridad de mi persona, ya que ¿No sabéis si Israel posee méritos que los hagan merecedores de redención? He contado los años con cuidado, y he descubierto que sólo han transcurrido doscientos diez desde el pacto de las piezas hecho con Abraham, y en ese momento ordenaste cuatrocientos años de opresión para su descendencia "

Pero Dios anuló todas sus objeciones. Habló a Moisés, diciendo: "Yo estaré contigo. Todo lo que desees, haré, para que la redención se realice en verdad por mí, de acuerdo con mi promesa a Jacob. Los pequeños que Israel llevará de Egipto proveeré comida para treinta días. Esto te demostrará de qué manera supliré las necesidades de todos. Y como estaré a tu lado, no tienes por qué temer a nadie. Respetando tu duda, Si Israel merece ser redimido, esta es Mi respuesta: se les permitirá salir de Egipto debido a los méritos que adquirirán en esta montaña, en la cual recibirán la Torá a través de ti. Y tu cálculo del fin no es correcto, porque los cuatrocientos años de servidumbre comenzaron con el nacimiento de Isaac, no con la bajada de Jacob a Egipto. Por tanto, ha llegado el fin señalado ". Persuadido ahora de la determinación inalterable de Dios de usarlo como Su instrumento en la redención de Israel de Egipto, Moisés suplicó a Dios que le impartiera el conocimiento de Su Gran Nombre, que no se confundiera si los hijos de Israel lo pidieran. Dios respondió diciendo: "¿Deseas conocer Mi Nombre? Mi Nombre es conforme a Mis actos. Cuando juzgo a Mis criaturas, Me llamo Elohim," juez "; cuando me levanto para luchar contra los pecadores, Yo soy el Señor. Zebaot, "el Señor de los ejércitos"; cuando espero con paciencia la mejora del pecador, me llamo El Shaddai; cuando tengo misericordia del mundo, soy Adonai. Pero a los hijos de Israel les dirás que Yo soy el que era, el que es y el que siempre será, y soy el que está con ellos en su servidumbre ahora, y el que estará con ellos en la servidumbre del tiempo por venir "

En respuesta a las últimas palabras de Dios, Moisés dijo: "Basta al día su maldad", y Dios asintió. Admitió que no era apropiado imponer a Israel el conocimiento del sufrimiento futuro en un presente que en sí mismo estaba

lleno de maldad y dolor. Y el Señor le dijo a Moisés: "Mis palabras sobre el futuro estaban destinadas solo a ti, no también a ellos. Diles, además, a los hijos de Israel, que por mi orden un ángel puede extender su mano desde el cielo y tocar la tierra con ella. y tres ángeles pueden encontrar lugar debajo de un árbol, y Mi majestad puede llenar el mundo entero, porque cuando fue Mi voluntad, se le apareció a Job en su cabello, y, nuevamente, cuando quise lo contrario, apareció en una espina. arbusto."

Pero la comunicación más importante de Dios a Moisés con respecto a los Nombres Divinos fueron las siguientes: "Con misericordia creé el mundo, con misericordia lo guío, y con misericordia volveré a Jerusalén. Pero a los hijos de Israel di que mi misericordia de ellos es por los méritos de Abraham, Isaac y Jacob".

Cuando Moisés escuchó estas palabras, le habló a Dios, diciendo: "¿Hay hombres que transgredan después de la muerte?" y cuando Dios le aseguró que no era posible que los muertos pecaran, Moisés volvió a preguntar: "¿Por qué, entonces, es que al principio te revelaste a mí como el Dios de mi padre, y ahora lo pasas por alto? ?" Entonces Dios dijo: "En el principio tenía el propósito de dirigirme a ti con palabras lisonjeras, pero ahora oyes toda la verdad exacta, yo soy sólo el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob".

Moisés oró a Dios, rogándole que le revelara Su Gran y Santo Nombre, para que pudiera invocarlo con él y asegurar el cumplimiento de todos sus deseos. El Señor concedió la oración de Moisés, y cuando los celestiales supieron que había revelado el secreto del Nombre inefable, clamaron: "¡Bendito eres, oh Señor, misericordioso dador de conocimiento!"

Dios siempre es respetuoso del honor de los ancianos de un pueblo, y le pidió a Moisés que reuniera a los de Israel y les anunciara la redención que se acercaba. Y como Dios sabía de antemano cómo se manifestaría la obstinación de Faraón, se lo dio a conocer a Moisés de inmediato, para que no le reprochara a Dios más tarde el atrevimiento del rey egipcio.

MOISÉS CASTIGADO POR SU OBSTINENCIA

A pesar de todas estas salvaguardas, Moisés aún no estaba listo para aceptar la misión que Dios deseaba imponerle. Él persistió en exhortar sus temores, diciendo: "Pero he aquí, no me creerán, ni oirán mi voz, porque dirán: 'El Señor no se te ha aparecido. Y el Señor le dijo:" ¿Qué es ¿Eso en tu mano? "Y él dijo:" Una vara ". Y el Señor dijo:" Tú mereces ser castigado con ella. Si no tuvieras la intención de asumir Mi misión sobre ti mismo, deberías haberlo dicho al principio. En cambio, te reprimiste con tu negativa, hasta que te revelé el gran secreto del Nombre inefable, para que lo supieras si los hijos de Israel te preguntaran acerca de él. Y ahora dices:

No iré. Ahora, por lo tanto, si no ejecutas Mi encargo a ti, será ejecutado con esta vara. Era Mi deseo distinguirte y convertirte en Mi instrumento para hacer muchos milagros. Pero mereces un castigo por haber sospechado de Mis hijos de falta de fe. Los hijos de Israel son creyentes e hijos de creyentes, pero tú mostrarás poca fe en tu carrera, y si sigues el ejemplo de la serpiente calumniadora, serás castigado con la lepra, con la cual la serpiente fue castigada ".

Entonces el Señor le pidió a Moisés que metiera la mano en su seno y la volviera a sacar, y cuando él la sacó, he aquí que su mano estaba leprosa, blanca como la nieve. Y Dios le ordenó que volviera a meter la mano en el pecho, y volvió a girar como su otra carne. Además de ser un castigo por sus palabras apresuradas, la plaga en su mano debía enseñarle que así como el leproso contamina, así los egipcios contaminaron a Israel, y como Moisés fue sanado de su inmundicia, así Dios limpiaría a los hijos de Israel de la contaminación. los egipcios habían traído sobre ellos.

La segunda maravilla relacionada con la vara de Moisés también transmitía un doble significado, ya que apuntaba a la redención venidera de Israel y le enseñó a Moisés una lección específica. Por orden de Dios, Moisés arrojó su vara en el suelo, y se convirtió en una serpiente, para mostrarle que cuando calumnió a Israel, estaba siguiendo el ejemplo de la serpiente abusiva, y también para mostrarle que el gran dragón que yace en medio de los ríos de Egipto, aunque ahora estaba cortando a Israel con sus dientes, se volvería inofensivo como la vara de madera, que no tiene poder para morder.

Y, nuevamente, a través del tercer milagro que se le pidió que realizara, Dios le comunicó a Moisés lo que sucedería en los últimos años de su propia vida. La señal que le dio fue para hacerle saber que, antes de que llegara el agua, la sangre brotaría de la roca en Meriba, cuando Moisés la golpearía después de pronunciar las palabras apresuradas e impacientes que estaban destinadas a traer la muerte sobre él.

Durante siete días, Dios instó a Moisés a emprender la misión que deseaba que cumpliera. Recurrió a la persuasión, para que los paganos no dijeran, que abusaba de Su poder como Gobernante del mundo, obligando a los hombres a hacer Su servicio en contra de su voluntad. Pero Moisés permaneció obstinado, no se le pudo convencer. Él dijo: "Me has hecho un mal al enviarme al Faraón. En el palacio del rey egipcio hay personas que saben hablar los setenta idiomas del mundo. No importa qué idioma pueda usar un hombre, hay alguien Si yo vengo como tu representante, y descubren que no soy capaz de conversar en los setenta idiomas, se burlarán de mí y dirán: 'Mira a este hombre, finge ser el embajador del Creador del mundo, y no puede hablar los setenta idiomas '". A esto Dios

respondió de la siguiente manera:" Adán, a quien nadie enseñó, pudo dar nombres a las bestias en los setenta idiomas. ¿No fui yo quien hizo él para hablar? "

Moisés aún no estaba satisfecho, continuó planteando objeciones y dijo: "Oh Señor del mundo, me encargarías la tarea de castigar a Egipto y redimir a Israel, y estoy listo para ser tu mensajero. ¿Que un hombre debe hacer dos recados a la vez? No, mi señor, porque estos dos hombres son necesarios ". Dios respondió, y dijo: "Moisés, sé bien a quién tienes en mente para tu petición, para que sea tu compañero en la misión que te asigne. Sabe, por tanto, que el espíritu santo ya ha venido sobre tu hermano Aarón, e incluso ahora te espera en el camino de Egipto, y cuando sus ojos se posen en ti, se regocijará ".

Además, Dios habló a Moisés, diciendo: "Cuando me aparecí a ti por primera vez, eras manso, y escondiste tu rostro para no ver la visión. ¿De dónde viene ahora esta desfachatez tuya, que te diriges a Mí como a un siervo suyo? Has hablado demasiadas palabras con mucho. Tal vez pienses que no tengo mensajeros, ejércitos, serafines, ofanim, ángeles ministradores y ruedas Merkabah, para enviar a Egipto, para traer a Mis hijos de allí, para que digas: mano de aquel a quien tú envías. En verdad, mereces un severo castigo. Pero, ¿qué puedo hacer, ya que soy el Amo de la misericordia? Si escapas impune, se lo debes a tu padre Amram, quien prestó grandes servicios a favor de la preservación del pueblo israelita en Egipto."

Pero Moisés respondió: "Oh Señor del mundo, yo un profeta e hijo de un profeta obedecí Tus palabras sólo después de muchas vacilaciones, y no puedo esperar al Faraón, un hombre malvado e hijo de un hombre malvado, y a los Egipcios, un pueblo desobediente y los hijos de un pueblo desobediente, para escuchar mis palabras. Oh Señor del mundo, Tú me envías a Egipto para redimir a sesenta miríadas de tu pueblo de la opresión de los egipcios. Si se trataba de entregar un par de cientos de hombres, era una empresa suficientemente difícil. ¿Cuánto más severa es la tarea de liberar sesenta miríadas del dominio de Faraón! Si hubieras pedido a los egipcios que abandonaran sus malos caminos poco después de que comenzaron a esclavizar a Israel, podrían haber escuchado tus amonestaciones. Pero si fuera a hablar con ellos ahora, después de que hayan gobernado sobre Israel estos doscientos diez años, el faraón diría: 'Si un esclavo ha servido a su amo durante diez años, y ninguna protesta se ha escuchado cuarto, ¿cómo puede un hombre concebir la idea de dejarlo en libertad de repente? En verdad, oh Señor del mundo, la tarea que me encomiendas es demasiado pesada para mis fuerzas ".

Moisés dijo además: "No soy un hombre elocuente, ni puedo ver de qué utilidad pueden ser las palabras en este asunto. Me estás enviando a uno que es él mismo un esclavo, al Faraón de la tribu de Cam, y un esclavo será no ser corregido con palabras. Doy mi consentimiento para seguir Tu recado sólo si Tú me invieres con el poder de castigar al Faraón con fuerza bruta ". A estas palabras pronunciadas por Moisés, Dios respondió: "No te preocupes por no ser un orador elocuente. Soy yo el que hice la boca de todos los que hablan, y yo el que enmudeció a los hombres. Uno hago para ver, a otro lo hago ciego; a uno lo hago oír, a otro lo hago sordo. Si así lo hubiera querido, tú habrías sido un hombre de buen habla. Pero deseaba mostrar una maravilla a través de ti. en tu boca saldrá sin vacilación. Pero lo que dices acerca de un esclavo, que no puede ser corregido con palabras, es verdad, y por eso te doy Mi vara para el castigo de Faraón ". Pero Moisés todavía se mantuvo firme. Presentó otras objeciones. "Su nieto", dijo, "está más cerca de un hombre que su sobrino. Sin embargo, cuando Lot fue llevado cautivo, Tú enviaste ángeles en ayuda del sobrino de Abraham. Pero ahora, cuando la vida de sesenta miríadas de descendientes directos de Abraham es En juego, tú me enviaste a mí, y no a los ángeles. Cuando la sierva egipcia Agar estaba en peligro, enviaste cinco ángeles para que estuvieran junto a ella, y para redimir sesenta miríadas de los hijos de Sara me enviaste. Oh Señor, envía Te lo ruego, de la mano de aquel a quien enviarás en los días venideros ". A esto respondió Dios, diciendo: No dije que te enviaría a Israel, sino a Faraón, y al que tú mencionaste, lo enviaré a Israel al final de los días. Elías se les aparecerá antes. el gran y terrible día ".

Si Moisés se negó a hacer la misión del Señor, había una razón. Dios le había revelado los tesoros de la Torá, de la sabiduría y del conocimiento, y del futuro del mundo entero. Ahora vio en la cámara interior de Dios filas de eruditos y jueces interpretando la Torá de cuarenta y nueve formas diferentes mientras estaban sentados en el patio de piedras labradas; y vio, además, al rabino Akiba explicando el significado de las coronas en las letras. Entonces dijo Moisés: "No me interesa ser el mensajero de Dios. Que más bien envíe a uno de estos grandes eruditos". Entonces Dios ordenó al Ángel de la Sabiduría que llevara a Moisés a un lugar de miríadas de eruditos, todos interpretando la Torá y haciendo uso de la fórmula: Esta es una Halakah revelada a Moisés en el Monte Sinaí. Ahora Moisés reconoció que incluso los más grandes eruditos de las generaciones futuras dependerían de él, y luego, por fin, estuvo listo para ejecutar la misión que Dios deseaba encomendarle.

Pero Moisés tuvo que pagar caro por haber dudado en la ejecución de la orden divina. Dios le dijo: "Se estableció que tú serías sacerdote y Aarón el levita. Por cuanto te has negado a ejecutar Mi voluntad, tú serás el levita y

Aarón será el sacerdote", un castigo que no caer sobre Moisés personalmente, sino sólo sobre sus descendientes, todos los cuales son levitas. En cuanto a él, realizó el servicio de un sacerdote en el Tabernáculo. Moisés le había dicho a Dios: "Me has estado hablando estos muchos días; sin embargo, aún soy tardo en el habla y en la lengua". Por esto recibió otro castigo. Dios le dijo: "Podría cambiarte en un hombre nuevo y curarte de tu habla imperfecta, pero debido a que has pronunciado tales palabras, me abstengo de curarte".

EL REGRESO A EGIPTO

Cuando Moisés finalmente cedió y se declaró listo para ir a Egipto como mensajero de Dios, su aceptación aún estaba condicionada a la promesa de Dios de cumplir todos sus deseos, y Dios le concedió todo lo que deseaba, excepto la inmortalidad y la entrada a Tierra Santa. Dios también apaciguó sus temores sobre el peligro que lo amenazaba desde sus enemigos Datán y Abiram, por lo que había tenido que huir de Egipto. Le dijo que se habían hundido en la propiedad de hombres pobres e insignificantes, privados del poder de hacerle daño.

Moisés fue leal al juramento que le había hecho a su suegro Jetro de no volver nunca a Egipto sin obtener su consentimiento. Por lo tanto, su primera preocupación fue volver a Madián y obtener su permiso, que Jetro le dio gratuitamente. Entonces Moisés pudo emprender su viaje. Se detuvo sólo para llevarse consigo a su esposa ya sus hijos, lo que hizo que su suegro dijera: "Los que están en Egipto deben dejarlo, ¿y tú deseas llevar más allá?" Moisés respondió: "Muy pronto los esclavos sometidos a servidumbre en Egipto serán redimidos, y saldrán de la tierra, se reunirán en el monte Sinaí y oirán las palabras: 'Yo soy el Señor tu Dios', y mis hijos no estar presente allí? " Jetro reconoció la justicia de las palabras de Moisés y le dijo: "Ve en paz, entra en Egipto en paz y deja la tierra en paz".

Por fin, Moisés partió en su viaje a Egipto, acompañado de su esposa y sus hijos. Estaba montado sobre el mismo asno que había llevado a Abraham a la Akedah en el monte Moriah, el asno sobre el que el Mesías aparecerá montado al final de los días. Incluso ahora, que había comenzado su viaje, Moisés estaba a medias acerca de su misión. Viajó tranquilamente, pensando: "Cuando llegue a Egipto y anuncie a los hijos de Israel que ha llegado el fin del período de la esclavitud egipcia, dirán: 'Sabemos muy bien que nuestra esclavitud debe durar cuatrocientos años, y el fin aún no es, "pero si tuviera que poner esta objeción ante Dios, él estallarían en ira contra mí. Es mejor para mí gastar tanto tiempo como sea posible en el camino hacia allí".

Dios estaba mal complacido con Moisés por este artificio, y le habló diciendo: "José profetizó hace mucho tiempo que la opresión de Egipto duraría sólo doscientos diez años". Por su falta de fe, Moisés fue castigado mientras se dirigía a Egipto. Los ángeles Af y Hemah aparecieron y tragarón todo su cuerpo hasta sus pies, y lo entregaron solo después de Séfora, ágil como un "pájaro", circuncidaron a su hijo Gershom, y tocaron los pies de su esposo con la sangre de la circuncisión. . La razón por la que su hijo había permanecido incircunciso hasta entonces era que Jetro había puesto la condición, cuando consintió en el matrimonio de su hija con Moisés, que el primer hijo de su unión se criara como gentil.

Cuando Moisés fue liberado por los ángeles, los atacó y mató a Hema, cuya hueste de ángeles, sin embargo, se mantuvo firme ante el asaltante.

La voz divina que escuchó Moisés en Madián diciéndole que regresara con sus hermanos en Egipto cayó al mismo tiempo sobre el oído de Aarón, que habitaba en Egipto, y le ordenó "ir al desierto para encontrarse con Moisés". Dios habla maravillosamente con Su voz y, por lo tanto, la misma revelación podría entenderse de una manera en Madián y de otra en Egipto.

El saludo de los dos hermanos fue muy cordial. La envidia y los celos no tenían lugar entre ellos. Aarón se regocijó de que Dios hubiera elegido a su hermano menor para que fuera el redentor de Israel, y Moisés se regocijó de que su hermano mayor hubiera sido divinamente designado sumo sacerdote en Israel. Dios conocía sus corazones, porque en el momento en que le encargó la misión en Egipto, Moisés había dicho: "Todos estos años Aarón ha estado activo como profeta en Israel, ¿y debo ahora invadir su provincia y causarle enojo?" Pero Dios lo tranquilizó, diciendo: "Moisés, tu hermano Aarón seguramente no se enfadará; más bien se regocijará en tu misión, sí, saldrá a encontrarte".

Aarón mostró su alegría libremente al ver a su hermano una vez más, después de su separación de muchos años. En cuanto a su alegría por la distinción otorgada a Moisés, era demasiado grande para expresarla en toda su profundidad y extensión. Por su espíritu bondadoso y generoso, recibió una recompensa de Dios, ya que se le permitió llevar el Urim y Tumim en su corazón, "porque", dijo Dios, "el corazón que se regocija por la exaltación de un hermano, llevará el Urim y Tumim".

Aarón corrió a encontrarse con su hermano, lo abrazó y le preguntó dónde había pasado todos los años de su separación. Cuando le dijeron en Madián, continuó interrogándolo, diciendo: "¿Quiénes son estos que viajan contigo?"

Moisés: "Mi esposa y mis hijos".

Aarón: "¿Adónde vas con ellos?"

Moisés: "A Egipto".

Aarón: "¡Qué! ¿Bastante grande es nuestro dolor por los que han estado en Egipto desde el principio, y tú tomas más a la tierra?"

Moisés reconoció que Aarón tenía razón y envió a su esposa y a sus hijos con su suegro Jetro.

No fue menos magnánimo que Aaron. Si el hermano mayor no sintió envidia debido a la dignidad del hermano menor, el hermano menor no ocultó al otro las enseñanzas y revelaciones que había recibido. Inmediatamente después de reunirse con Aarón, Moisés le contó todo lo que Dios le había enseñado, incluso el terrible secreto del Nombre Inefable que se le comunicó en el monte Horeb.

En obediencia al mandato de Dios, los ancianos del pueblo se reunieron, y ante ellos Moisés realizó las maravillas que serían sus credenciales como el redentor enviado para liberar al pueblo. Sin embargo, los hechos que hizo no fueron tan poderosos para convencerlos de la realidad de la misión como las palabras en las que Dios le había anunciado la redención inminente, que él repetía en sus oídos. Los ancianos sabían que Jacob le había impartido a José el ³¹⁴

marca secreta que designaba al redentor, y José, a su vez, se la había confiado a sus hermanos antes de su muerte. El último sobreviviente de los hermanos, Aser, se lo había revelado a su hija Serah, con las siguientes palabras: "El que vendrá y proclamará la redención con las palabras de Dios, 'De seguro te he visitado, y he visto lo que es hecho contigo en Egipto, 'él es el verdadero redentor". Serah todavía estaba viva al regreso de Moisés, y los ancianos se acercaron a ella y le contaron las palabras de Moisés anunciando la redención. Cuando escuchó que sus palabras habían sido las mismas que las que había citado Aser, supo que él era el redentor prometido, y toda la gente creyó en él.

Entonces Moisés invitó a los ancianos a ir con el Faraón, pero no tuvieron el valor de presentarse ante el rey. Aunque empezaron con Moisés, fueron cayendo sigilosamente en el camino, uno por uno, y cuando Moisés y Aarón se pararon en presencia del rey, se encontraron solos, abandonados por todos los demás. Los ancianos no salieron libres. Su castigo fue que Dios no les permitió subir al monte santo con Moisés. Se atrevieron a acompañarlo en el camino a Dios solo en la medida en que lo habían acompañado en el camino al Faraón, y luego tuvieron que esperar hasta que regresara.

MOISÉS Y AARÓN ANTE EL FARAÓN

El día en que Moisés y Aarón hicieron su aparición ante Faraón resultó ser el aniversario de su nacimiento, y estaba rodeado de muchos reyes, porque él era el gobernante de todo el mundo, y esta fue la ocasión en la que vinieron los reyes de la tierra. para rendirle homenaje. Cuando los asistentes anunciaron a Moisés y Aarón, el faraón preguntó si los dos ancianos le habían traído coronas y, al recibir una respuesta negativa, ordenó que no fueran admitidos en su presencia hasta que hubiera visto y despedido a todos los demás deseosos. de presentarle sus respetos.

El palacio del faraón estaba rodeado por un vasto ejército. Fue construido con cuatrocientas entradas, cien a cada lado, y cada una de ellas custodiada por sesenta mil soldados. Moisés y Aarón se sintieron intimidados por esta demostración de poder y tuvieron miedo. Pero apareció el ángel Gabriel, y los condujo al interior del palacio, sin que ninguno de los guardias lo observara, y el faraón decretó un severo castigo sobre los centinelas distraídos por haber admitido a los ancianos sin su permiso. Fueron despedidos y otros puestos en sus lugares. Pero lo mismo sucedió al día siguiente. Moisés y Aarón estaban dentro del palacio, y la nueva guardia no había podido impedir su paso. Faraón preguntó a sus sirvientes, cómo había sido posible que los dos ancianos entraran, y ellos dijeron: "¡No lo sabemos! Por las puertas no entraron. Seguramente, deben ser magos".

No bastaba con que el palacio estuviera custodiado por una hueste, en cada entrada estaban apostados dos leones, y con el terror de ser despedazados ninguno se atrevía a acercarse a las puertas, y nadie podía entrar hasta que llegara el domador de leones y se llevara a las bestias. Balaam y todos los demás escribas sagrados de Egipto advirtieron que los cuidadores soltarían a los leones cuando se acercaran Moisés y Aarón. Pero su consejo no sirvió de nada. Moisés no tenía más que levantar su vara, y los leones saltaban hacia él con alegría, y lo seguían a sus pies, brincando como perros ante su amo a su regreso a casa.

Dentro del palacio, Moisés y Aarón encontraron setenta secretarios ocupados con la correspondencia del faraón, que se llevaba a cabo en setenta idiomas. Al ver a los mensajeros de Israel, se sobresaltaron con gran temor, porque los dos hombres se parecían a ángeles. Eran en estatura como los cedros del Líbano, sus rostros irradiaban esplendor como el sol, las pupilas de sus ojos eran como la esfera del lucero de la mañana, sus barbas como ramas de palmera, y sus bocas emitían llamas cuando las abrían para hablar. En su terror, los secretarios arrojaron lápiz y papel y se postraron ante Moisés y Aarón.

Los dos representantes de los hijos de Israel se acercaron a Faraón y dijeron: "El Dios de los hebreos nos ha salido al encuentro; vamos, te rogamos, camino de tres días al desierto, y sacrifiquemos al Señor nuestro Dios, no sea que caiga sobre nosotros con pestilencia o con espada ". Pero Faraón respondió, diciendo: "¿Cuál es el nombre de tu Dios? ¿En qué consiste su fuerza y su poder? ¿Cuántos países, cuántas provincias, cuántas ciudades tiene bajo su dominio? ¿En cuántas campañas salió victorioso? ¿Cuántas tierras se sujetó a sí mismo? ¿Cuántas ciudades capturó? Cuando va a la guerra, ¿cuántos guerreros, jinetes, carros y aurigas conduce? " A lo que Moisés y Aarón respondieron: "Su fuerza y su poder llenan el mundo entero. Su voz apaga llamas de fuego; sus palabras rompen montañas en pedazos. El cielo es su trono, y la tierra es el estrado de sus pies. Su arco es fuego, su flechas son llamas, sus lanzas antorchas, su escudo nubes, y su espada relámpagos destella. Él creó los montes y los valles, sacó espíritus y almas, extendió la tierra con una palabra, hizo los montes con su sabiduría, Él forma el embrión en el útero de la madre, Él cubre los cielos con nubes, a Su palabra el rocío y la lluvia descienden hacia la tierra, Él hace que las plantas crezcan de la tierra, Él nutre y sostiene al mundo entero, desde los cuernos sobre la tierra. el rem hasta los huevos de las alimañas. Todos los días hace morir a los hombres, y todos los días llama a los hombres a la vida ".

Faraón respondió y dijo: "No lo necesito. Me he creado a mí mismo, y si decís que hace descender el rocío y la lluvia, tengo el Nilo, el río que tiene su nacimiento debajo del árbol de la vida, y la tierra impregnada de sus aguas da frutos tan enormes que se necesitan dos asnos para transportarlos. Y es palatable más allá de toda descripción, pues tiene trescientos sabores diferentes ".

Entonces Faraón envió a buscar los libros de las crónicas de su reino de sus archivos, donde están registrados los nombres de los dioses de todas las naciones, para ver si el nombre del Dios de los hebreos estaba entre ellos. Él leyó: "Los dioses de Moab, los dioses de Ammón, los dioses de Sidón - ¡No encuentro a tu Dios inscrito en los archivos!" Moisés y Aarón exclamaron: "¡Oh, necio! Buscas al Vivo en los sepulcros de los muertos. Estos que leíste son nombres de ídolos mudos, pero nuestro Dios es Dios de vida y Rey de vida eterna".

Cuando el Faraón dijo las palabras: "No conozco al Señor", Dios mismo respondió diciendo: "¡Oh, bribón! ¿Dices a Mis embajadores: 'No conozco la fuerza y el poder de tu Dios'? Te haré estar firme, para mostrarte Mi poder, y que Mi Nombre sea declarado en toda la tierra ".

Habiendo examinado en vano su lista de los dioses de las naciones en busca de una mención del Dios de los hebreos, Faraón citó ante sí a los sabios de

Egipto, y les dijo: "¿Habéis oído alguna vez el nombre del Dios de estos ¿personas?" Ellos respondieron: "Se nos ha dicho que es hijo de sabios, hijo de reyes antiguos". Entonces habló Dios, diciendo: ¡Oh necios! Os llamáis sabios, pero a mí me llamáis sólo hijo de sabios. En verdad, menospreciaré toda vuestra sabiduría y vuestro entendimiento.

Faraón persistió en su obstinación, incluso después de que Moisés y Aarón habían realizado el milagro de la vara. En el momento en que los dos hebreos lograron entrar en el palacio, custodiado como estaba por leones, el faraón había enviado a buscar a sus magos, a la cabeza de ellos Balaam y sus dos hijos, Jannes y Jambres, y cuando se presentaron ante él, les informó de el extraordinario incidente, cómo los leones habían seguido a los dos viejos como perros y los adulaban. Balaam opinaba que eran simplemente magos como él y sus compañeros, y le rogó al rey que los hiciera comparecer ante él junto con ellos, para probar quiénes eran los magos maestros, los egipcios o los hebreos.

Faraón llamó a Moisés y Aarón, y les dijo: "¿Quién les creerá cuando digan que son embajadores de Dios, como pretenden ser, si no convencen a los hombres haciendo maravillas?" Entonces Aarón arrojó su vara al suelo y se convirtió en una serpiente. El faraón se rió en voz alta. "¿Qué", exclamó, "es esto todo lo que puede hacer tu Dios? Es la forma de los comerciantes de llevar mercadería a un lugar si no hay nada allí, pero ¿alguien llevaría salmuera a España o pescado a Accho? ¿no sabes que soy un experto en todo tipo de magia!" Ordenó que trajeran a los niños de la escuela, y ellos repitieron la maravilla hecha por Moisés y Aarón; de hecho, la propia esposa del faraón lo realizó. Jannes y Jambres, los hijos de Balaam, se burlaron de Moisés, diciendo: "¡Ustedes llevan paja a Efraín!" a lo que Moisés respondió: "Al lugar de muchas legumbres, allá lleva legumbres".

Para mostrar a los egipcios que Aarón podía hacer algo con su vara que sus magos no podían imitar, Dios hizo que la serpiente en la que se había cambiado su vara se tragara todas las varas de los magos. Pero Balaam y sus asociados dijeron: "No hay nada maravilloso o asombroso en esta hazaña. Tu serpiente sólo ha devorado nuestras serpientes, lo cual está de acuerdo con una ley de la naturaleza, un ser viviente devora a otro. Si quieres que reconozcamos que el espíritu de Dios obra en ti, entonces arroja tu vara a la tierra, y si siendo madera se traga nuestras varas de madera, entonces reconoceremos que el espíritu de Dios está en ti ". Aaron resistió la prueba. Una vez que su vara recuperó su forma original, se tragó las varas de los egipcios y, sin embargo, su volumen no mostró ningún aumento. Esto hizo que Faraón reflexionara sobre si esta maravillosa vara de Aarón no podría tragarlo también a él y a su trono. Sin embargo, se negó

a obedecer el mandato de Dios, a dejar ir a Israel, diciendo: "Si tuviera al mismo Jacob-Israel aquí antes que yo, le pondría paleta y balde sobre el hombro". Y a Moisés y Aarón les dijo: "Porque vosotros, como el resto de la tribu de Leví, no estáis obligados a trabajar, por eso habláis:" Vayamos y ofrezcamos sacrificios al Señor ". Si hubieras pedido mil personas, o dos mil, habría cumplido tu pedido, pero nunca consentiré que se marchen seiscientos mil hombres ".

EL SUFRIMIENTO AUMENTA

Además de negarse a despedir a los hijos de Israel, ordenó, en el mismo día de la audiencia de Moisés y Aarón con él, que se exigiera al pueblo que entregara la historia prescrita de ladrillos, aunque los capataces no debían, como hasta ahora, darles paja para hacer ladrillo. Otro decreto fue que a los hijos de Israel no se les permitiría descansar en la

El sábado, porque el faraón sabía que usaban el tiempo libre para leer los rollos que describían su redención. Todo esto era parte del plan de Dios, la opresión de Israel iba a aumentar cuanto más se acercaba el fin. Mientras deambulaban por la tierra de Egipto recogiendo la paja que necesitaban para la producción de ladrillos, los egipcios los maltrataban si los atrapaban en sus campos. Actos tan crueles perpetrados por todo el pueblo les impidió echar toda la culpa de la esclavitud de Israel sobre el faraón. Todos los egipcios mostraron crueldad hacia los israelitas en sus expediciones de búsqueda de paja, y por lo tanto, el castigo divino descendió sobre todos por igual.

Este espantoso momento de sufrimiento extremo de Israel duró seis meses. Mientras tanto, Moisés fue a Madián y dejó a Aarón solo en Egipto. Cuando Moisés regresó al final del reinado del terror, dos de los oficiales israelitas lo abordaron a él y a Aarón, y los insultaron por haber aumentado las aflicciones de su pueblo en lugar de disminuirlas. Ellos hablaron, diciendo: "Si realmente sois embajadores de Dios, entonces Él juzgará entre nosotros y el Faraón. Pero si buscáis llevar a cabo la redención de Israel por vuestra propia cuenta, entonces Dios juzgue entre vosotros e Israel". Usted es responsable del hedor generalizado que ahora emana de los cadáveres israelitas utilizados como ladrillos para la construcción cuando nuestra historia no estaba completa. Los egipcios tenían una leve sospecha de que estábamos esperando nuestra redención. Es su culpa si son plenamente conscientes de ahora. Estamos en el dilema de la pobre oveja que ha sido arrastrada por un lobo. El pastor persigue al ladrón, lo alcanza y trata de arrebatarse la oveja de las fauces, y la desdichada víctima, tirada de esta manera por el lobo y así por el pastor, es despedazado. Así queda Israel entre tú y el faraón ".

Los dos oficiales que dijeron estas duras palabras fueron Datán y Abiram, y no fue ni la primera ni la última vez que infligieron una herida a Moisés. Los otros oficiales israelitas fueron amables y amables; se dejaron golpear por los capataces en lugar de aguijonear a los trabajadores de su propia gente puestos bajo su vigilancia.

El cruel sufrimiento al que estuvo expuesto su pueblo hizo que Moisés le hablara a Dios así: "He leído todo el libro del Génesis, y encontré la condenación pronunciada sobre la generación del diluvio. Fue un juicio justo. también los castigos decretados contra la generación de confusión de lenguas y contra los habitantes de Sodoma. Estos también eran justos. Pero, ¿qué te ha hecho esta nación de Israel, que está más oprimida que cualquier otra nación en la historia? ¿Es porque Abraham dijo: '¿En qué conoceré que heredaré la tierra?' y tú lo reprendiste por su poca fe, diciendo: 'Sabes con certeza que tu descendencia será extranjera en una tierra que no es de ellos.' ¿Por qué, entonces, los descendientes de Esaú e Ismael no están en servidumbre también? ¿No son también ellos de la simiente de Abraham, pero si tú dices: "¿Qué me importa?" Entonces te pregunto: ¿Por qué me enviaste aquí como tu mensajero? Tu grande, exaltado y terrible Nombre es temido en toda la tierra, pero Faraón me oyó pronunciarlo y se niega a obedecer. Sé que redimirás a Israel en Tu en su propio tiempo, y es de poca importancia para Ti que ahora estén enjaulando a israelitas vivos en estos edificios ".

Si fuera un Dios de justicia solamente, el Señor habría matado a Moisés por la audacia de sus últimas palabras, pero en vista de que había hablado como lo hizo solo por compasión con Israel, el Señor lo trató con gracia. Respondió a Moisés, diciendo: "Verás lo que le haré a Faraón", palabras que le transmiten a Moisés que, aunque sería testigo del castigo de Faraón, no estaría presente en el de los treinta y un reyes de Canaán. . Por eso fue reprendido por el lenguaje inapropiado que había usado al dirigirse a Dios. Al mismo tiempo, las palabras de Dios fueron una réplica a otro discurso de Moisés. Él había dicho: "Oh Señor del mundo, sé bien que traerás a tus hijos de Egipto. Oh, si harías uso de otro instrumento, porque no soy digno de ser el redentor de tus hijos". Dios respondió a esto: "Sí, Moisés, eres digno de él. Por ti Mis hijos serán sacados de Egipto. Verás lo que haré con Faraón".

Al mismo tiempo, Dios lo llamó a rendir cuentas por tener tan poca fe. Él dijo: "¡Oh, para los difuntos, ya no se puede encontrar a sus semejantes! Me aparecí a Abraham, Isaac y Jacob, como El Shaddai, Dios Todopoderoso, pero no me conocían por Mi nombre Adonai, Dios Todo Misericordioso. , como me aparecí a ti. Sin embargo, no echaron en falta mis actos. Le dije a Abraham: "A ti te daré la tierra", pero cuando estaba a

punto de enterrar a Sara, tuvo que pagar plata y comprar un lugar de descanso para su cuerpo; y sin embargo, él no me reprochó. Le dije a Isaac: 'A ti y a tu descendencia daré todas estas tierras', pero cuando quiso beber agua, tuvo que contienda con los pastores de Gerar; y sin embargo, él no me reprochó. Le dije a Jacob: "La tierra en que estás acostado, te la daré a ti y a tu descendencia", pero cuando quiso desplegar su tienda tenía que adquirir una parcela de terreno por cien piezas de dinero; y sin embargo, no me reprochó. Ninguno de ellos pidió saber Mi Nombre. Pero tú exististe saberlo desde el principio. , cuando quise enviarte a Egipto, y después de revelártelo, me hablaste diciendo: 'Tú me dijiste que eres llamado compasivo y misericordioso, paciente y misericordioso, pero tan pronto como pronuncié este nombre ante el faraón, la desgracia descendió sobre el pueblo de Israel '. Ahora deseo cumplir Mi alianza con los tres Patriarcas, y dar a su posteridad la tierra prometida, como recompensa por la fe incondicional de los Padres, y también como recompensa al pueblo que, a pesar de su sufrimiento, no lo hizo. critica Mis obras. Por esto les daré la tierra, que no merecen poseer por otras razones. ¡Juro que así haré! " Dios pronunció este juramento para desterrar todo temor de la mente de Moisés, para que Él pudiera actuar solo de acuerdo con Su atributo de justicia, y así demorar la redención de Israel por un tiempo, debido a los pecados del pueblo.

Ahora la redención de Israel era un hecho establecido. Pero antes de que Moisés y Aarón pudieran comenzar la obra de liberar a su pueblo, Dios llamó su atención sobre varios puntos, que les ordenó considerar en su empresa. Les habló, diciendo: "Mis hijos son perversos, apasionados y problemáticos. Deben estar preparados para soportar sus abusos, hasta el punto de ser apedreados por ellos. Los envió al Faraón, y aunque lo castigaré. conforme a sus méritos, sin embargo, no debes fallar en el respeto que se le debe como gobernante. Además, ten cuidado de tomar a los ancianos del pueblo en tu consejo, y deja que tu primer paso hacia la redención sea hacer que el pueblo abandone el adoración de ídolos ". La última fue una tarea sumamente difícil, y las palabras de Dios al respecto arrancaron la exclamación de Moisés: "Mira, los hijos de Israel no me escucharán. ¿Cómo, pues, me escuchará Faraón?" Fue la tercera vez que Moisés se negó a cumplir la misión de Dios. Ahora la paciencia divina se agotó y Moisés fue sometido a castigo. Al principio, Dios se había revelado solo a Moisés, y la intención original había sido que solo él realizara todos los milagros, pero de ahora en adelante la palabra de Dios también se dirigió a Aarón, y a él se le dio una participación en hacer las maravillas.

MEDIDA POR MEDIDA

Dios dividió los diez castigos decretados para Egipto en cuatro partes, tres de las plagas que le cometi6 a Aar6n, tres a Mois6s, una a los dos hermanos juntos y tres que se reserv6 para s6 mismo. A Aar6n se le encarg6 los que proced6an de la tierra y el agua, los elementos que se componen de partes m6s o menos s6lidas, a partir de los cuales se forman todas las entidades corporales distintivas, mientras que los tres encomendados a Mois6s eran los que proced6an del el aire y el fuego, los elementos m6s prol6ficos de la vida.

El Se6or es un hombre de guerra, y as6 como un rey de carne y hueso dise6a varias estrategias contra su enemigo, Dios atac6 a los egipcios de diversas maneras. 6l hizo caer sobre ellos diez plagas. Cuando una provincia se rebela, su se6or soberano primero env6a su ej6rcito contra ella, para rodearla y cortar el suministro de agua. Si la gente est6 contrita, bien y bien; si no, trae a los ruidosos al campo contra ellos. Si la gente est6 contrita, bien y bien; si no, ordena que se disparen dardos contra ellos. Si la gente est6 contrita, bien y bien; si no, ordena a sus legiones que los asalten. Si la gente est6 contrita, bien y bien; si no, causa derramamiento de sangre y carnicer6a entre ellos. Si la gente est6 contrita, bien y bien; si no, dirige un chorro de nafta caliente sobre ellos. Si la gente est6 contrita, bien y bien; si no, les lanza proyectiles con sus balistas. Si la gente est6 contrita, bien y bien; si no, tiene escaleras de mano colocadas contra sus paredes. Si la gente est6 contrita, bien y bien; si no, los arroja a las mazmorras. Si la gente est6 contrita, bien y bien; si no, mata a sus magnates.

As6 procedi6 Dios contra los egipcios. Primero les cort6 el suministro de agua convirtiendo sus r6os en sangre. Se negaron a dejar ir a los israelitas, y 6l envi6 a las ruidosas ranas que croaban en sus entra6as. Ellos se negaron a dejar ir a los israelitas, y 6l trajo piojos contra ellos, que traspasaron sus carnes como dardos. Se negaron a dejar ir a los israelitas, y envi6 legiones de b6rbaros contra ellos, hordas mixtas de bestias salvajes. Se negaron a dejar ir a los israelitas, y 6l trajo sobre ellos una matanza, una pestilencia muy grave. Ellos se negaron a dejar ir a los israelitas, y 6l derram6 nafta sobre ellos, quemando llagas. Ellos se negaron a dejar ir a los israelitas, y 6l hizo que Sus proyectiles, el granizo, descendiera sobre ellos. Ellos se negaron a dejar ir a los israelitas, y 6l coloc6 escaleras contra la pared para las langostas, que las treparon como hombres de guerra. Se negaron a dejar ir a los israelitas y 6l los arroj6 a la oscuridad de un calabozo. Se negaron a dejar ir a los israelitas y 6l mat6 a sus magnates, a sus primog6nitos.

Las plagas que Dios envi6 sobre los egipcios correspond6an a los hechos que hab6an perpetrado contra los hijos de Israel. Debido a que obligaron a los israelitas a sacar agua para ellos y tambi6n les impidieron el uso de los ba6os rituales, 6l transform6 el agua en sangre.

Como habían dicho a los israelitas: "Vayan y pesquen para nosotros", hizo subir ranas contra ellos, haciéndolos enjambrar en sus amasadores y en sus camas y brincar croando en sus entrañas. Fue la más severa de las diez plagas.

Debido a que habían dicho a los israelitas: "Id, barred y limpiad nuestras casas, nuestros patios y nuestras calles", Él transformó el polvo del aire en piojos, de modo que las alimañas se amontonaron en montones a una altura de un hoyo, y cuando los egipcios se pusieron ropa limpia, y de inmediato fueron infestados con los insectos.

La cuarta plaga fue una invasión de la tierra por hordas de todo tipo de animales salvajes, leones, lobos, panteras, osos y otros. Ellos invadieron las casas de los egipcios, y cuando cerraron sus puertas para mantenerlos fuera, Dios hizo que un animalito saliera del suelo, y entró por las ventanas, abrió las puertas y abrió un camino para los osos, panteras, leones y lobos, que pululaban y devoraban a la gente hasta los niños en sus cunas. Si un egipcio confiaba sus diez hijos a un israelita, para que pasara con ellos, un león vendría y se llevaría a uno de los niños, un oso se llevaría al segundo, una serpiente al tercero, y así sucesivamente, y en el Al final, el israelita regresó a casa solo. Esta plaga fue traída sobre ellos porque tenían la costumbre de pedir a los israelitas que fueran a atrapar lobos y leones para sus circos, y los enviaban a hacer tales diligencias, para hacer que se establecieran en desiertos distantes, donde serían separados de sus esposas, y no pudieron propagar su raza.

Entonces Dios trajo una grave murmuración sobre su ganado, porque habían presionado a los israelitas para que sirvieran como pastores y les habían asignado lugares de pastoreo remotos para mantenerlos alejados de sus esposas. Por tanto, vino el murrain y se llevó todo el ganado de los rebaños que estaban apacentando los israelitas.

La sexta plaga fue un sarpullido con úlceras en los hombres y en las bestias. Este fue el castigo de los egipcios, porque decían a los hijos de Israel: "Id y preparáanos un baño para el deleite de nuestra carne y nuestros huesos". Por tanto, estaban condenados a sufrir de furúnculos que les inflamaban la carne, y a causa del picor no podían dejar de rascarse. Mientras los egipcios sufrían así, los hijos de Israel usaban sus baños.

Por haber enviado a los israelitas a los campos a arar y sembrar, cayó granizo sobre ellos y sus árboles y cosechas fueron destruidos.

Habían tenido la costumbre de decir a los israelitas: "Salgan, plante árboles para nosotros y cuiden el fruto de ellos". Por tanto, Dios llevó las langostas a la frontera de Egipto, para que comieran el residuo de lo que había

escapado, que les había quedado del granizo; porque los dientes de la langosta son dientes de león, y él tiene dientes de gran tamaño. león.

Debido a que arrojarían a los israelitas a las mazmorras, Dios trajo oscuridad sobre ellos, la oscuridad del infierno, de modo que tuvieron que tantear su camino. El que estaba sentado no podía levantarse sobre sus pies, y el que estaba de pie no podía sentarse. La imposición de la oscuridad sirvió para otro propósito. Entre los israelitas había muchos hombres malvados que se negaban a salir de Egipto, y Dios decidió apartarlos del camino. Pero para que los egipcios no dijeran que habían sucumbido a la plaga como ellos, Dios los mató al amparo de la oscuridad, y en la oscuridad fueron enterrados por sus compañeros israelitas, y los egipcios no sabían nada de lo que había sucedido. Pero el número de estos hombres malvados había sido muy grande, y los hijos de Israel que se salvaron de salir de Egipto eran solo una pequeña fracción de la población israelita original.

La décima plaga fue la matanza del primogénito, y se apoderó de los egipcios debido a su intención de asesinar a los hijos varones de los israelitas en el momento de su nacimiento, y, finalmente, el faraón y su ejército se ahogaron en el Mar Rojo, porque los egipcios habían hecho que los hombres hijos de los israelitas quedaran expuestos en el agua.

Cada una de las plagas infligidas a Egipto tenía otro paralelo en el trato cruel otorgado a los israelitas. El primero fue un castigo por las arrogantes palabras pronunciadas por el faraón: "Mi río Nilo es mío, y lo he hecho para mí".

La plaga de las ranas que Dios trajo sobre los egipcios, "porque", dijo, "las ranas, que a veces habitan el agua, se vengarán de los egipcios por haber deseado destruir la nación destinada a ser los portadores de la Torá". , y la Torá se asemeja al agua ". Dios envió alimañas sobre ellos, diciendo: "Que los piojos del polvo de la tierra se venguen de los egipcios por haber deseado destruir la nación cuya simiente es semejante al polvo de la tierra".

Hordas de bestias, leones y lobos y enjambres de serpientes cayeron sobre ellos, "porque", dijo Dios, "estos animales se vengarán de los egipcios por haber deseado destruir la nación que se asemeja a leones, lobos y serpientes. . "

Una pestilencia fatal fue traída sobre ellos, "porque", dijo Dios, "la muerte se vengará de los egipcios por haber deseado destruir la nación que enfrenta la muerte para la glorificación del Nombre de Dios".

Fueron hechos sufrir con llamas ardientes, "porque", dijo Dios, "los furúnculos que salen de las cenizas del horno se vengarán de los egipcios

por haber deseado destruir la nación cuyo antepasado Abraham entró en el horno de fuego para la glorificación. del Nombre de Dios " .

Hizo que el granizo descendiera sobre ellos, "porque", dijo, "el granizo blanco se vengará de los egipcios por haber deseado destruir una nación cuyos pecados serán blancos".

Las langostas vinieron sobre ellos, "porque", dijo Dios, "las langostas, que son Mi gran ejército, se vengarán de los egipcios por haber deseado destruir la nación llamada Mis ejércitos".

"Oscuridad", dijo Dios, "que está separada de la luz, vendrá y tomará venganza sobre los egipcios por desear destruir la nación sobre la cual brilla la luz del Señor, mientras que las tinieblas cubren a los demás pueblos".

La décima plaga, la muerte del primogénito, Dios la infligió, diciendo: "Tomaré venganza de los egipcios por haber deseado destruir la nación que es Mi primogénito. Como la noche se dividió para Abraham, que sus enemigos podría ser vencido, así pasaré por Egipto en medio de la noche, y como Abraham fue probado por diez tentaciones, así enviaré diez plagas sobre Egipto, el enemigo de sus hijos. "

LAS PLAGAS PRODUCIDAS POR AARON

Desde que se infligió la primera de las plagas hasta que pasó la última, después de lo cual los egipcios entregaron todo lo que Moisés y Aarón exigieron, transcurrió un año entero, pues doce meses es el plazo fijado por Dios para la expiación de los pecados. El diluvio duró un año; Job sufrió un año; los pecadores deben soportar las torturas del infierno durante un año, y el juicio sobre Gog al final de los tiempos se ejecutará durante un año.

Moisés anunció la primera plaga al faraón una mañana cuando el rey caminaba por la orilla del río. Esta caminata matutina le permitió practicar un engaño. Se llamó a sí mismo un dios y fingió que no sentía necesidades humanas. Para mantener la ilusión, se dirigía a la orilla del río todas las mañanas y aliviaba la naturaleza allí mientras estaba solo y sin ser observado. En ese momento, Moisés se le apareció y le gritó: "¿Hay algún dios que tenga necesidades humanas?" "En verdad, yo no soy un dios", respondió el faraón, "sólo pretendo serlo ante los egipcios, que son tan idiotas que hay que considerarlos como asnos en lugar de seres humanos".

Entonces Moisés le dio a conocer que Dios convertiría el agua en sangre si se negaba a dejar ir a Israel. En la advertencia podemos discernir la diferencia entre Dios y el hombre. Cuando un mortal alberga la intención de herir a un enemigo, espera el momento en que pueda asestar un golpe inesperado. Pero Dios es franco. Advirtió al faraón y a los egipcios en

público cada vez que una plaga estaba a punto de descender, y Moisés repitió cada advertencia durante un período de tres semanas, aunque la plaga en sí duró una sola semana.

Como el faraón no se tomó en serio la advertencia, la plaga anunciada por Moisés se desató sobre él y su pueblo: las aguas se convirtieron en sangre. Es un proverbio muy conocido, "Golpea a los ídolos, y los sacerdotes se aterrorizan". Dios golpeó el río Nilo, que los egipcios adoraban como su dios, para aterrorizar al faraón y a su pueblo y obligarlos a hacer la voluntad divina.

Para producir la plaga, Aarón tomó su vara y extendió su mano sobre las aguas de Egipto. Moisés no participó en la realización del milagro, porque Dios le había dicho: "El agua que velaba por tu seguridad cuando estabas expuesto en el Nilo, no sufrirá daño por ti".

Apenas había ejecutado Aarón la orden divina, cuando toda el agua de Egipto se convirtió en sangre, incluso la que se guardaba en vasijas de madera y en vasijas de piedra. La misma saliva de un egipcio se convirtió en sangre tan pronto como la expulsó de su boca, y la sangre también goteó de los ídolos de los egipcios.

La transformación de las aguas en sangre estaba pensada principalmente como un castigo para los opresores, pero al mismo tiempo era una fuente de beneficio para los oprimidos. Les dio a los israelitas la oportunidad de acumular una gran riqueza. Los egipcios les pagaban grandes sumas por el agua, porque si un egipcio y un israelita sacaban agua del mismo abrevadero, la porción que el egipcio había llevado era inútil y se convertía en sangre. Ciertamente, nada ayudó a los egipcios en su angustia, porque aunque bebieron agua de la misma copa que un israelita, se convirtió en sangre en su boca.

Sin embargo, esta plaga no impresionó al Faraón como un castigo infligido en el nombre de Dios, porque con la ayuda de los Ángeles de la Destrucción los magos de Egipto produjeron el mismo fenómeno de convertir el agua en sangre. Por tanto, no escuchó las palabras de Moisés.

La siguiente fue la plaga de las ranas, y nuevamente fue Aarón quien realizó la maravilla. Extendió su mano con su vara sobre los ríos e hizo subir ranas sobre la tierra de Egipto. A Moisés, cuya vida había sido preservada por el agua, se le impidió envenenar a su salvador con los reptiles. Al principio solo apareció una rana, pero comenzó a croar, convocando a tantos compañeros que toda la tierra de Egipto se llenó de ellos. Dondequiera que un egipcio tomaba su puesto, aparecían ranas, y de alguna manera misteriosa podían perforar los metales más duros, e incluso los palacios de mármol de los nobles egipcios no brindaban protección

contra ellos. Si una rana se acercaba a ellos, las paredes se partían en dos de inmediato. "Abran paso", gritaban las ranas a la piedra, "para que yo haga la voluntad de mi Creador", y de inmediato la canica mostró una grieta, por donde entraron las ranas, y luego atacaron a los egipcios en cuerpo, y mutilados y abrumados. En su ardor por cumplir el mandato de Dios, las ranas se arrojaron a las llamas al rojo vivo de los hornos y devoraron el pan. Siglos más tarde, los tres santos niños, Ananías, Misael y Azarías, recibieron la orden de Nabucodonosor de rendir culto a sus ídolos bajo pena de muerte en el horno ardiente, y dijeron: "Si las ranas, que no tenían obligación de glorificar el Nombre de Dios, sin embargo se arrojaron al fuego para ejecutar la voluntad Divina concerniente al castigo de los egipcios, ¡cuánto más deberíamos estar dispuestos a exponer nuestras vidas al fuego para la mayor gloria de Su Nombre! " Y a las celosas ranas no se les permitió quedarse sin recompensa. Mientras que los otros fueron destruidos de Faraón y las casas egipcias en el momento señalado como el último de la plaga, Dios salvó vivos a los que estaban en los hornos de cocción, el fuego no tenía poder para hacerles el menor daño.

Ahora, aunque los magos egipcios también trajeron ranas a la tierra de Egipto con la ayuda de demonios, el faraón, sin embargo, se declaró listo para dejar ir al pueblo, para ofrecer sacrificios al Señor. La diferencia entre esta plaga y la primera era que el agua convertida en sangre no le había causado ningún inconveniente personal, mientras que los enjambres de ranas le infligían sufrimiento físico, y le hizo la promesa a Moisés de dejar ir a Israel, con la esperanza de librarse él mismo. del dolor que experimentó. Y Moisés, a su vez, prometió suplicar a Dios por él al día siguiente. No se pudo hacer de una vez, porque aún no había transcurrido el plazo de siete días. La oración ofrecida por Moisés en nombre del Faraón fue concedida, todas las ranas perecieron y su destrucción fue demasiado rápida para que se retiraran al agua. Por consiguiente, toda la tierra se llenó del hedor de las ranas en descomposición, porque habían sido tan numerosas que todos los egipcios reunieron cuatro montones. Aunque las ranas habían llenado todos los mercados, establos y viviendas, se retiraron ante los hebreos como si hubieran podido distinguir entre las dos naciones y hubieran sabido cuál de ellas era apropiado abusar y cuál tratar con consideración. Además de salvar a los hebreos en la tierra de Egipto, las ranas se mantuvieron dentro de los límites de la tierra, de ninguna manera abrieron zanjas en el territorio de las naciones vecinas. De hecho, fueron el medio para resolver pacíficamente una vieja disputa fronteriza entre Egipto y Etiopía. Dondequiera que aparecieran, hasta ahora se extendió el Dominio egipcio; todos más allá de su línea pertenecían a Etiopía.

El faraón era como los impíos que claman a Dios en su angustia, y cuando sus fortunas prosperan, vuelven a sus viejos e impíos caminos. Tan pronto

como las ranas se fueron de él, de sus casas, de sus siervos y de su pueblo, endureció de nuevo su corazón y se negó a dejar ir a Israel. Entonces Dios envió la plaga de piojos, la última de las que trajo a Egipto por mediación de Aarón. Moisés no podía participar en ello, "porque", dijo Dios, "la tierra que te brindó protección cuando te permitió esconder al egipcio asesinado, no sufrirá por tu mano".

Los magos egipcios se jactaron de poder producir las dos primeras plagas, una vana jactancia fue, porque no las llevaron a cabo con sus encantamientos, sino solo porque Moisés quiso que lo hicieran, Dios los puso para vergüenza con la tercera plaga. Intentaron en vano imitarlo. Los demonios no pudieron ayudarlos, porque su poder se limita a la producción de cosas más grandes que un grano de cebada, y los piojos son más pequeños. Los magos tuvieron que admitir: "Este es el dedo de Dios". Su fracaso puso fin de una vez por todas a sus intentos de hacer lo que hizo Moisés.

Pero el corazón de Faraón se endureció, y Dios habló a Moisés, diciendo: Este malvado permanece endurecido de corazón, a pesar de las tres plagas. La cuarta será mucho peor que las que la han precedido. Por tanto, ve a él y adviértele que le conviene dejar ir a mi pueblo, para que no le sobrevenga la plaga".

LAS PLAGAS PRODUCIDAS POR MOISÉS

La cuarta plaga también fue anunciada al rey temprano en la mañana al borde del río. El faraón iba allí con regularidad, porque era uno de los magos que necesitaban agua para sus encantamientos. Las visitas matutinas diarias de Moisés comenzaban a molestarlo, y salió temprano de la casa, con la esperanza de burlar a su monitor. Pero Dios, que conoce los pensamientos del hombre, envió a Moisés al faraón en el mismo momento de su partida.

La advertencia de la plaga que era inminente no había tenido ningún efecto sobre el faraón, Dios envió la cuarta plaga sobre Egipto, una horda mixta de animales salvajes, leones, osos, lobos y panteras, y tantas aves de presa de diferentes tipos que la luz del sol y la luna se oscureció mientras volaban en círculos por el aire. Estas bestias cayeron sobre los egipcios como castigo por desear forzar a la simiente de Abraham a fusionarse con las otras naciones. Dios tomó represalias trayendo sobre ellos una mezcla que les costó la vida.

Así como Faraón había sido el primero de los egipcios en trazar planes malvados contra los hijos de Israel, así fue el primero sobre el que cayó el castigo. A su casa, la horda mixta de bestias entró primero que todo, y luego a las casas del resto de los egipcios. Gosén, la tierra habitada por los

israelitas, se salvó por completo, porque Dios puso una división entre los dos pueblos. Es cierto, los israelitas habían cometido suficientes pecados como para merecer el castigo, pero el Santo, bendito sea, permitió que los egipcios actuaran como rescate por Israel.

Una vez más, el faraón expresó su disposición a permitir que los hijos de Israel ofrecieran sacrificios a su Dios, pero debían quedarse en la tierra y hacerlo, no salir al desierto. Moisés le señaló al faraón lo impropio que sería que los israelitas sacrificaran, ante los ojos de su pueblo, los animales que los egipcios adoraban como dioses. Entonces Faraón consintió en dejarlos ir más allá de los límites de su tierra, solo que no debían ir muy lejos, y Moisés, para engañarlo, pidió un viaje de tres días por el desierto. Pero, de nuevo, cuando Moisés había suplicado a Dios en nombre de Faraón, y la horda de bestias salvajes había desaparecido, el rey endureció su corazón y no dejó ir al pueblo.

El cese de la cuarta plaga fue tan milagroso como la plaga misma. Los mismos animales que habían sido asesinados por los egipcios en defensa propia volvieron a la vida y partieron de la tierra con el resto. Esto fue ordenado para evitar que los malvados opresores se beneficien del castigo tanto como el valor de las pieles y la carne de los animales muertos. No había sido así con las ranas inútiles, habían muerto en el lugar y sus cadáveres habían quedado donde cayeron.

La quinta plaga infligida por Dios a los egipcios fue una pestilencia grave, que arrasó con el ganado y las bestias principalmente, pero no perdonó por completo a los hombres. Esta pestilencia fue una plaga distinta, pero también acompañó a todas las otras plagas, y la muerte de muchos egipcios se debió a ella. Los israelitas nuevamente salieron ilesos. De hecho, si un israelita tenía un derecho justo sobre una bestia en poder de un egipcio, también se salvó, y la misma buena fortuna aguardaba sobre el ganado que era propiedad común de israelitas y egipcios.

La sexta plaga, la plaga de úlceras, fue producida por Moisés y Aarón juntos de manera milagrosa. Cada uno tomó un puñado de cenizas del horno, luego Moisés sostuvo el contenido de los dos montones en el hueco de una de sus manos, y esparció la punta de las cenizas hacia el cielo, y voló tan alto que alcanzó el trono divino. Al regresar a la tierra, se esparció por toda la tierra de Egipto, un espacio equivalente a cuatrocientos parasangs cuadrados. El pequeño polvo de las cenizas produjo lepra en la piel de los egipcios, y llagas de un tipo peculiar, suaves por dentro y secas por encima.

Las primeras cinco plagas los magos habían tratado de imitar, y en parte lo habían logrado. Pero en esta sexta plaga no pudieron estar de pie ante

Moisés, y desde entonces abandonaron el intento de hacer lo que él hizo. Su oficio siempre había sido perjudicial para ellos mismos. Aunque pudieron producir las plagas, no pudieron imitar a Moisés al hacerlas desaparecer. Se metían las manos en el pecho y se les ponían blancos de lepra, exactamente como Moisés, pero su carne permanecía leprosa hasta el día de su muerte. Y lo mismo sucedió con todas las demás plagas que imitaron: hasta el día de su muerte estuvieron afligidos por los males que produjeron.

Como Faraón había endurecido conscientemente su corazón con cada una de las primeras cinco plagas, y se negó a volverse de su propósito pecaminoso, Dios lo castigó a partir de entonces de tal manera que no podría enmendar sus caminos si así lo deseaba. Dios dijo: "Aunque desee hacer penitencia ahora, endureceré su corazón hasta que pague toda su deuda".

El faraón había observado que cada vez que caminaba por el borde del Nilo, Moisés lo interceptaba. Por tanto, abandonó su paseo matutino. Pero Dios le ordenó a Moisés que buscara al rey en su palacio en las primeras horas del día y lo instara a que se arrepintiera de sus malos caminos. Por tanto, Moisés le dijo lo siguiente, en el nombre de Dios: "¡Oh, villano! ¿Crees que no puedo destruirte del mundo. Considera, si lo hubiera deseado, en lugar de golpear el ganado, podría haberte golpeado y tu pueblo con la pestilencia, y tú habrías sido cortado de la tierra. Yo infligí la plaga sólo en el grado necesario para mostrarte Mi poder, y que Mi Nombre sea declarado por toda la tierra. Pero tú no Dejad de pisar a mi pueblo. He aquí, mañana, cuando el sol pase por este punto ", cuando Moisés golpeó el muro, haré que caiga un granizo muy doloroso, como sólo una vez. más, cuando aniquilo a Gog con granizo, fuego y azufre ". Pero la misericordia de Dios es tan grande que incluso en su ira tiene misericordia de los impíos, y como su objetivo principal no era dañar a los hombres y las bestias, sino dañar la vegetación en los campos de los egipcios, ordenó a Moisés que amonestara al faraón para que enviara y apresurarse en su ganado y todo lo que tenía en el campo. Pero la advertencia cayó en oídos negligentes. Job fue el único que se lo tomó en serio, mientras que Faraón y su pueblo no hicieron caso de la palabra del Señor. Por tanto, el Señor dejó que el granizo hiriera a hombres y animales, en lugar de limitarlo a las hierbas y a los árboles del campo, como había planeado desde el principio.

Por lo general, el fuego y el agua son elementos en guerra entre sí, pero en los granizos que azotaron la tierra de Egipto se reconciliaron. Un fuego reposaba en las piedras de granizo, como la mecha encendida nada en el aceite de una lámpara; el fluido circundante no puede extinguir la

llama. Los egipcios fueron heridos por el granizo o por el fuego. En un caso como en el otro, su carne fue chamuscada, y los cuerpos de los muchos muertos por el granizo fueron consumidos por el fuego. Las piedras de granizo se amontonaban como una pared, de modo que los cadáveres de las bestias muertas no podían ser removidos, y si la gente lograba dividir los animales muertos y llevarse su carne, las aves de rapiña los atacarían en su camino a casa. y arrebatárles su premio. Pero la vegetación del campo sufrió aún más que los hombres y las bestias, porque el granizo descendió como un hacha sobre los árboles y los partió. Que el trigo y la espelta no fueran triturados fue un milagro.

Ahora, por fin, Faraón reconoció y dijo: "El Señor es justo, y yo y mi pueblo somos impíos. Él era justo cuando nos ordenó apresurarnos en nuestro ganado desde antes del granizo, y yo y mi pueblo éramos impíos, porque no hicimos caso de su advertencia, y hombres y bestias fueron hallados en el campo junto al granizo, y fueron muertos ". Nuevamente le rogó a Moisés que suplicara a Dios por él, que apartara la plaga, y le prometió que dejaría ir a los hijos de Israel. Moisés consintió en hacer su voluntad, diciendo, sin embargo: "No penséis que no sé lo que sucederá después de que cese la plaga. Sé que tú y tus siervos temeréis al Señor Dios, una vez que Su castigo sea quitado, como poco como antes le temías. Pero para mostrar su grandeza, le rogaré que haga cesar el granizo ".

Moisés se alejó un poco de la ciudad de Faraón y extendió sus manos hacia el Señor, porque no deseaba orar a Dios en el interior, donde había muchos ídolos e imágenes. De inmediato el granizo quedó suspendido en el aire. Parte de ella cayó mientras Josué estaba en batalla con los amorreos, y el resto Dios enviará en su furia contra Gog. También cesaron los truenos por intercesión de Moisés, y fueron almacenados para más tarde, porque eran el estruendo que el Señor hizo oír al ejército de los sirios en el sitio de Samaria, por lo que se levantaron y huyeron en el crepúsculo.

Como Moisés había previsto, así sucedió. Tan pronto como cesó el granizo, Faraón abandonó su determinación y se negó a dejar ir a Israel. Moisés no perdió tiempo en anunciarle la octava plaga, la plaga de langostas.

Observando que sus palabras habían impresionado a los consejeros del rey, se volvió y se alejó del faraón para darles la oportunidad de discutir el asunto entre ellos. Y, de hecho, sus siervos instaron a Faraón a dejar ir a los israelitas y servir al Señor su Dios. Pero, nuevamente, cuando Moisés insistió en que todo el pueblo debía ir, los jóvenes y los ancianos, los hijos y las hijas, el Faraón objetó, diciendo: "Sé que es costumbre que los jóvenes y los ancianos tomen parte en los sacrificios, pero seguramente no niños pequeños, y cuando exiges su presencia, también traicionas tu malvado propósito. Es sólo una pretensión, tu decir que irás un viaje de tres

días por el desierto, y luego regresarás. y no volverás jamás. No quiero tener nada más que ver con el asunto. Mi dios Baal-zefón se opondrá a ti en el camino y te estorbará en tu viaje ". Las últimas palabras del faraón fueron un vago presentimiento. Como mago, previó que al salir de Egipto los hijos de Israel se encontrarían en una situación desesperada ante el santuario de Baalzefón.

El faraón no se contentó con simplemente negar la petición preferida por Moisés y Aarón. Ordenó que fueran expulsados por la fuerza del palacio. Entonces Dios envió la plaga de langostas anunciada por Moisés antes. Comieron toda la hierba de la tierra y todo el fruto de los árboles que había dejado el granizo, y no quedó nada verde. Y nuevamente Faraón envió por Moisés y Aarón, para pedirles perdón, tanto por su pecado contra el Señor Dios, por no haber escuchado su palabra, como por su pecado contra ellos, por haberlos perseguido y tener la intención de maldecirlos. Moisés, como antes, oró a Dios en nombre de Faraón, y su petición fue concedida, la plaga fue quitada y de una manera bastante sorprendente. Cuando los enjambres de langostas comenzaron a oscurecer la tierra, los egipcios las capturaron y las conservaron en salmuera como un manjar para comer. Ahora el Señor hizo girar un viento occidental muy fuerte, que se llevó las langostas y las arrojó al Mar Rojo. Incluso aquellos que guardaban en sus ollas volaron y se fueron, y no obtuvieron ninguna de las ganancias esperadas.

La última plaga, como las que la precedieron, duró siete días. Todo el tiempo la tierra estuvo envuelta en oscuridad, solo que no siempre tuvo el mismo grado de densidad. Durante los primeros tres días, no fue tan espeso, pero los egipcios podían cambiar de postura cuando lo deseaban. Si estaban sentados, podrían levantarse, y si estaban de pie, podrían sentarse. En el cuarto, quinto y sexto día, la oscuridad fue tan densa que no pudieron moverse de su lugar. O se sentaron todo el tiempo o se quedaron de pie; como eran al principio, así permanecieron hasta el final. El último día de tinieblas alcanzó a los egipcios, no en su propia tierra, sino en el Mar Rojo, en su persecución de Israel. La oscuridad no era del tipo terrenal ordinario; venía del infierno y se podía sentir. Era tan grueso como un dinar, y todo el tiempo que prevalecía, una luz celestial iluminaba las viviendas de los hijos de Israel, por lo que podían ver lo que estaban haciendo los egipcios al amparo de la oscuridad. Esto fue de gran ventaja para ellos, porque cuando estaban a punto de salir de la tierra, y pidieron a sus vecinos que les prestaran vestidos, y joyas de oro y joyas de plata, para el viaje, los egipcios trataron de negar que tenían alguna. en su poder. Pero los hijos de Israel, habiendo espionado todos sus tesoros durante los días de oscuridad, pudieron describir los objetos que necesitaban con precisión y designar sus escondites. Los egipcios razonaron que las palabras de los

israelitas podían tomarse implícitamente mientras las pronunciaban, porque si hubieran tenido la idea de engañarlos, pidiendo un préstamo cuando tenían la intención de conservar lo que habían puesto, podrían haberlo tomado sin ser vistos durante los días de las tinieblas lo que sea: deseaban. Por lo tanto, los egipcios no vacilaron en prestar a los hijos de Israel todos los tesoros que pidieron.

La oscuridad era de tal naturaleza que no podía disiparse por medios artificiales. La luz del fuego que se encendía para uso doméstico o se extinguía por la violencia de la tormenta, o bien se hacía invisible y se tragaba en la densidad de la oscuridad. La vista, el más indispensable de todos los sentidos externos, aunque intacta, fue privada de su función, porque no se pudo discernir nada, y todos los demás sentidos fueron derrocados como sujetos cuyo líder ha caído. Ninguno podía hablar ni oír, ni nadie podía aventurarse a comer, pero se acostaban en silencio y hambre, sus sentidos externos en trance. Así permanecieron abrumados por la aflicción, hasta que Moisés volvió a compadecerse de ellos y suplicó a Dios por ellos, quien le concedió el poder de restaurar el buen tiempo, la luz en lugar de las tinieblas y el día en lugar de la noche.

Intimidado por esta aflicción, el faraón permitió ir a la gente, tanto a los pequeños como a los hombres y las mujeres, solo pidió que se detuvieran sus rebaños y sus vacas. Pero Moisés dijo: "Vive tú, nuestro ganado también irá con nosotros. Sí, si la pezuña de un animal es de un israelita, la bestia no será dejada atrás en Egipto". Este discurso exasperó al faraón hasta tal punto que amenazó a Moisés con la muerte el día que volviera a ver su rostro.

En ese mismo momento, el Señor se apareció a Moisés y le pidió que informara al faraón de la infligir la última plaga, la muerte del primogénito. Fue la primera y la última vez que Dios se reveló en el palacio real. Eligió la residencia del Faraón en esta ocasión para que Moisés no fuera tildado de mentiroso, porque había respondido a la amenaza del Faraón de matarlo si volvía a ver su rostro, con las palabras: "Has hablado bien; veré tu cara de nuevo no más".

Moisés proclamó a gran voz la última plaga, cerrando su anuncio con las palabras: "Y todos estos tus siervos descenderán a mí y se postrarán ante mí, diciendo: Sal, y todo el pueblo que te sigue; y después de eso saldré". Moisés sabía muy bien que el mismo Faraón vendría y lo instaría a llevar a Israel con la mayor prisa posible, pero solo mencionó a los siervos del rey, y no al rey mismo, porque nunca olvidó el respeto debido a un gobernante.

LA PRIMERA PASCUA

Cuando se acercaba el tiempo en que, de acuerdo con la promesa hecha a Abraham, sus hijos serían redimidos, se vio que no tenían obras piadosas en su haber por el bien de las cuales merecían ser liberados de la esclavitud. Por tanto, Dios les dio dos mandamientos, uno que les ordenaba sacrificar el cordero pascual y otro que circuncidara a sus hijos. Junto con el primero, recibieron el calendario en uso entre los judíos, porque la fiesta de la Pascua se celebrará el día quince del mes de Nisán, y con este mes comenzará el año. Pero los cálculos del calendario son tan complicados que Moisés no pudo entenderlos hasta que Dios le mostró claramente los movimientos de la luna. Había otras tres cosas igualmente difíciles, que Moisés pudo comprender sólo después de que Dios le hizo verlas claramente. Eran la composición del aceite de la santa unción, la construcción del candelero en el tabernáculo y los animales cuya carne está permitida o prohibida. También la determinación de la luna nueva fue objeto de una enseñanza divina especial. Para que Moisés supiera el procedimiento exacto, Dios se le apareció en una prenda con flecos en las esquinas, le ordenó a Moisés que se pusiera a su derecha y a Aarón a su izquierda, y luego, citando a Miguel y Gabriel como testigos, dirigió preguntas inquisitivas a los ángeles en cuanto a cómo les había parecido la luna nueva. Entonces el Señor se dirigió a Moisés y Aarón, diciendo: "Así proclamarán Mis hijos la luna nueva, por el testimonio de dos testigos y por medio del presidente de la corte.

Cuando Moisés apareció ante los hijos de Israel y les entregó el mensaje Divino, diciéndoles que su redención se produciría en este mes de Nisán, ellos dijeron: "¿Cómo es posible que seamos redimidos? ¿No es todo Egipto? Llenos de nuestros ídolos? Y no tenemos obras piadosas que mostrar que nos hagan dignos de redención ". Moisés respondió y dijo: "Como Dios desea tu redención, no hace caso de tus ídolos; los pasa de largo. Tampoco mira tus malas obras, sino solo las buenas obras de los piadosos entre vosotros".

Dios, en verdad, no habría liberado a Israel si no hubieran abandonado su adoración de ídolos. Con este propósito les ordenó sacrificar el cordero pascual. Así debían demostrar que habían abandonado la idolatría de los egipcios, que consistía en la adoración del carnero. La ley primitiva era diferente de la práctica de épocas posteriores, porque se les pidió que seleccionaran su animal de sacrificio cuatro días antes del día señalado para la ofrenda, y que lo designaran públicamente como tal, para demostrar que no estaban asombrados por el Egipcios.

Con el corazón apesadumbrado, los egipcios observaron los preparativos de los israelitas para sacrificar los animales que adoraban. Sin embargo, no se atrevieron a interponer una objeción, y cuando llegó el momento de hacer

la ofrenda, los hijos de Israel pudieron realizar las ceremonias sin temblar, ya que sabían, a través de la experiencia de muchos días, que los egipcios temían acercarse. ellos con intenciones hostiles. Había otra práctica relacionada con la matanza del cordero pascual que debía mostrar a los egipcios lo poco que los israelitas les temían. Tomaron de la sangre del animal y la pusieron abiertamente en los dos postes laterales y en el dintel de las puertas de sus casas.

Moisés comunicó las leyes que regulaban el sacrificio de la Pascua a los ancianos, y ellos a su vez las dieron a conocer al pueblo en general. Se elogió a los ancianos por haber apoyado al líder en su primera aparición, porque su fe en Moisés hizo que todo el pueblo se adhiriera a él de inmediato. Por tanto, Dios habló, diciendo: "Yo recompensaré a los ancianos por inspirar al pueblo a confiar en Moisés. Tendrán el honor de librar a Israel. Llevarán al pueblo al sacrificio de la Pascua, y por medio de este se efectuará la redención. "

Las ceremonias relacionadas con el sacrificio de la Pascua tenían el propósito de transmitir instrucción a Israel sobre el pasado y el futuro por igual. La sangre puesta en los dos postes laterales y en el dintel de sus puertas era para recordarles a Abraham, Isaac y Jacob; y el manojito de hisopo para rociar la sangre en las puertas implicaba que, aunque la posición de Israel entre los pueblos de la tierra es tan baja como la del hisopo entre las plantas, esta pequeña nación está unida como el manojito de hisopo , porque es el tesoro peculiar de Dios.

El sacrificio pascual brindó a Moisés la oportunidad de inducir a los hijos de Israel a someterse a la circuncisión, lo que muchos se habían negado a hacer hasta entonces a pesar de sus urgentes llamamientos. Pero Dios tiene medios de persuasión. Hizo que soplara un viento que llevó los dulces aromas del Paraíso hacia el cordero pascual de Moisés, y la fragancia penetró por todas partes de Egipto, hasta la distancia de un viaje de cuarenta días. El pueblo se sintió atraído en multitudes por el cordero de Moisés y deseaba participar de él. Pero él dijo: "Este es el mandamiento de Dios: 'Ningún incircunciso comerá de él'", y todos decidieron someterse a la circuncisión. Cuando el Señor pasó por la tierra de Egipto, bendijo a cada israelita por el cumplimiento de los dos mandamientos, el mandamiento del sacrificio pascual y el mandamiento sobre la circuncisión "

El Señor realizó un gran milagro para los israelitas. Como no se puede comer ningún sacrificio más allá de las fronteras de Tierra Santa, todos los hijos de Israel fueron transportados allí en nubes, y después de haber comido del sacrificio, fueron llevados de regreso a Egipto de la misma manera.

EL FOLLADO DEL PRIMER NACIDO

Cuando Moisés anunció la muerte del primogénito, todas las víctimas designadas acudieron a sus padres y dijeron: "Todo lo que Moisés predijo se ha cumplido. Deja ir a los hebreos, de lo contrario todos moriremos". Pero los padres respondieron: "Es mejor que uno de cada diez de nosotros muera, que los hebreos ejecuten su propósito". Entonces el primogénito acudió a Faraón para inducirlo a despedir a los hijos de Israel. Lejos de concederles su deseo, ordenó a sus sirvientes que cayeran sobre los primogénitos y los golpearan, para castigarlos por su presuntuosa exigencia. Al ver que no podían lograr su fin por medios suaves, intentaron lograrlo por la fuerza.

El faraón y todos los que se oponían a los deseos de los primogénitos opinaban que la pérdida de un porcentaje tan insignificante de la población era una cuestión de poca importancia. Se equivocaron en sus cálculos, porque el decreto divino incluía no solo a los primogénitos, sino también a las primogénitas, y no solo al primogénito de los matrimonios entonces existentes, sino también al primogénito que emanaba de anteriores alianzas de padres y madres, y como los egipcios llevaban vidas disolutas, no era raro que cada uno de los diez hijos de una mujer fuera el primogénito de su padre. Finalmente, Dios decretó que la muerte golpeará al miembro más viejo de cada hogar, fuera o no el primogénito de sus padres. Lo que Dios resuelve se ejecuta. En el instante exacto que marca la mitad de la noche, tan preciso que solo Dios mismo pudo determinarlo y discernirlo, apareció en Egipto, acompañado por nueve mil miríadas de Ángeles de la Destrucción que están formados algunos de granizo y otros de llamas, y cuyas miradas llevan el terror y el temblor al corazón del espectador. Estos ángeles estaban a punto de precipitarse en la obra de aniquilación, pero Dios los contuvo, diciendo: "Mi ira no se aplacará hasta que yo mismo ejecute venganza sobre los enemigos de Israel".

Aquellos entre los egipcios que dieron crédito a las palabras de Moisés y trataron de proteger a sus primogénitos de la muerte, los enviaron a sus vecinos hebreos para que pasaran la fatídica noche con ellos, con la esperanza de que Dios eximiera a las casas de los judíos hijos de Israel de la plaga. Pero por la mañana, cuando los israelitas se levantaron de su sueño, encontraron los cadáveres de los fugitivos egipcios junto a ellos. Esa fue la noche en la que los israelitas oraron antes de acostarse a dormir: "Haznos, oh Señor Dios nuestro, que nos acuestemos en paz, quita a Satanás de delante y detrás de nosotros, y guarda nuestra salida y nuestra entrada a vida y para la paz ", porque era Satanás quien había causado un espantoso derramamiento de sangre entre los egipcios.

Entre los muertos había, además del primogénito egipcio, también el primogénito de otras nacionalidades que residían en Egipto, así como el primogénito egipcio que vivía fuera de su propia tierra. Incluso los muertos hace mucho tiempo de los primogénitos no se salvaron. Los perros sacaban a rastras sus cadáveres de sus tumbas en las casas, porque era costumbre egipcia enterrar a los muertos en sus casas. Ante la espantosa vista, los egipcios se lamentaron como si el duelo les hubiera sobrevenido recientemente. Los mismos monumentos y estatuas erigidos en memoria de los primogénitos muertos se convirtieron en polvo, que se esparció y desapareció de la vista. Además, sus esclavos tenían que compartir el destino de los egipcios, y no menos el primogénito del cautivo que estaba en el calabozo, porque nadie era tan bajo como él odiaba a los hebreos, y se regocijó cuando los egipcios decretaron su persecución. Las esclavas que molían maíz entre piedras de molino tenían la costumbre de decir: "No lamentamos nuestra servidumbre, si tan sólo los israelitas están amordazados también".

Al impartir castigo a estos extranjeros en la tierra de Egipto, Dios mostró que Él era a la vez el Amo de la tierra y el Señor sobre todos los dioses de las naciones, porque si los esclavos y los cautivos de la guerra no hubieran sido heridos, hubieran dicho: "Poderoso es nuestro dios, que nos ayudó en esta plaga". Por la misma razón, todos los ídolos de los egipcios desaparecieron esa noche. Los ídolos de piedra se convirtieron en polvo, los ídolos de madera se pudrieron y los de metal se derritieron, por lo que los egipcios no atribuyeron su castigo a la ira de sus propios dioses. Asimismo, el Señor Dios mató al primogénito del ganado, porque los egipcios rendían culto a los animales y les habrían atribuido sus desgracias. De todas estas formas, el Señor les mostró que sus dioses no eran más que vanidad.

LA REDENCIÓN DE ISRAEL DEL BONDAGE EGIPCIO

Faraón se levantó en la noche del azote del primogénito. No esperó hasta la tercera hora de la mañana, cuando los reyes suelen levantarse, ni esperó a que lo despertaran, sino que él mismo despertó a sus esclavos y a todos los demás egipcios, y juntos salieron a buscar a Moisés y a Aarón. . Sabía que Moisés nunca había dicho una mentira, y como había dicho: "No volveré a ver tu rostro", no podía contar con que Moisés acudiera a él. No le quedaba nada por hacer más que ir en busca del líder israelita. No sabía dónde vivía Moisés, y tuvo grandes dificultades y perdió mucho tiempo buscando su casa, porque los muchachos hebreos a los que les preguntó cuando los encontró en la calle le gastaron bromas pesadas, lo desviaron y lo guiaron. él por mal camino. Por lo tanto, deambuló durante mucho tiempo. todo el tiempo llorando y clamando: "¡Oh mi amigo Moisés, ruega por mí a Dios!"

Mientras tanto, Moisés, Aarón y todo Israel junto a ellos estaban en la cena pascual, bebiendo vino mientras estaban sentados y se inclinaban a un lado, y cantaban canciones de alabanza a Dios, el Hallel, que fueron los primeros en recitar. Cuando el Faraón finalmente llegó a la puerta de la casa donde moraba Moisés, lo llamó, y Moisés le vino la pregunta: "¿Quién eres tú y cuál es tu nombre?" - "Yo soy el Faraón, que está aquí humillado. "-- Moisés volvió a preguntar: "¿Por qué vienes a mí tú mismo? ¿Es costumbre de los reyes quedarse a las puertas de la gente común? "- " Te lo ruego, mi señor ", respondió Faraón, " ven y intercede por nosotros, de lo contrario no quedará ni un solo ser en Egipto. "- " No puedo salir, porque Dios nos ha mandado: 'Ninguno de vosotros saldrá por la puerta de su casa hasta la mañana' ". --Pero el faraón continuó suplicando: "Sal a la ventana y habla conmigo", y cuando Moisés cedió a sus importunidades y apareció en la ventana, el rey le dirigió estas palabras: "Ayer dijiste: 'Todos los primogénitos en la tierra de Egipto morirán', pero ahora han perecido hasta nueve décimas partes de los habitantes ".

El faraón iba acompañado de su hija Bitías, la madre adoptiva de Moisés. Ella le reprochó con ingratitud, por haber hecho caer el mal sobre ella y sus compatriotas. Y Moisés respondió, y dijo: "Diez plagas trajo Jehová sobre Egipto. ¿Te ha sobrevenido mal de alguno de ellos? ¿Te afectó alguno de ellos?" Y cuando Bitías reconoció que ningún daño la había tocado, Moisés continuó hablando: "Aunque seas el primogénito de tu madre, no morirás, y ningún mal te alcanzará en medio de Egipto". Pero Bitías dijo: "¿De qué me sirve mi seguridad, cuando veo al rey, a mi hermano y a toda su casa y a sus siervos en esta mala situación, y veo a su primogénito perecer con todos los primogénitos? de Egipto?" Y Moisés respondió: "En verdad, tu hermano, su casa y los demás egipcios no quisieron escuchar las palabras del Señor, por eso les sobrevino este mal. Volviéndose al Faraón, Moisés dijo: "A pesar de todo lo que ha sucedido, te enseñaré algo, si deseas aprender, y serás perdonado, y no morirás. Alza tu voz y di: 'Hijos de Israel, vosotros sois vuestros amos. Preparad vuestro viaje y apartaos de mi pueblo. Hasta ahora fuisteis esclavos de Faraón, pero desde ahora estáis bajo la autoridad de Dios. ¡Servid al Señor vuestro Dios! decir estas palabras tres veces, y Dios hizo que la voz de Faraón se escuchara en toda la tierra de Egipto, de modo que todos los habitantes, los nacidos en casa y los extranjeros, supieran que Faraón había liberado a los hijos de Israel de la servidumbre en la que habían languideció. Y todo Israel cantaba: "Aleluya, alabad, siervos del Señor, alabad el nombre del Señor", porque eran del Señor y ya no eran siervos del Faraón.

Ahora el rey de Egipto insistió en que abandonaran la tierra sin demora. Pero Moisés objetó y dijo: "¿Somos ladrones para escabullirnos al amparo de la noche? Espera hasta la mañana". Sin embargo, el faraón instó

y suplicó a Moisés que se fuera, confesando que estaba ansioso por su propia persona, porque era un hijo primogénito, y estaba aterrorizado de que la muerte también lo golpeará. Moisés disipó su alarma, aunque substituyó un nuevo horror por las palabras: "¡No temas, hay algo peor para ti!" El pavor se apoderó de todo el pueblo; todos los egipcios temían perder la vida, y todos unieron sus oraciones a las de Faraón y le suplicaron a Moisés que se llevara a los israelitas. Y Dios dijo: ¡Todos encontraréis vuestro fin, no aquí, sino en el Mar Rojo! "

EL ÉXODO

El faraón y los egipcios dejaron a sus muertos sin enterrar, mientras se apresuraban a ayudar a los israelitas a cargar sus posesiones en carros, para sacarlos de la tierra con la menor demora posible. Cuando se fueron, se llevaron consigo, además de su propio ganado, las ovejas y los bueyes que Faraón había ordenado a sus nobles que les obsequiasen. El rey también obligó a sus magnates a pedir perdón a los israelitas por todo lo que habían sufrido, sabiendo que Dios perdona un daño hecho por el hombre a su prójimo solo después de que el malhechor haya recuperado la buena voluntad de su víctima al confesar. y lamentando su falta. "¡Ahora, vete!" dijo Faraón a los israelitas: "No quiero nada de ustedes sino que oren a Dios por mí, para que pueda ser salvo de la muerte".

El odio de los egipcios hacia los israelitas se transformó ahora en su opuesto. Concibieron afecto y amistad por ellos, y bastante les obligaron a vestirse, y alhajas de plata y de oro, para llevarse consigo en su viaje, aunque los hijos de Israel aún no habían devuelto los artículos que habían pedido prestados a sus vecinos. en un momento anterior. Esta acción se explica en parte por la vanidad del faraón y su pueblo. Deseaban fingir ante el mundo que eran enormemente ricos, como todo el mundo concluiría cuando se mostrase a los observadores esta riqueza de sus meros esclavos. De hecho, los israelitas se llevaron tanto de Egipto que uno de ellos solo podría haber pagado los gastos de construcción y equipamiento del Tabernáculo.

Al salir de la tierra, solo la riqueza privada de los egipcios estaba en sus manos, pero cuando llegaron al Mar Rojo, también tomaron posesión del tesoro público, porque el Faraón, como todos los reyes, llevaba el dinero del estado con él en sus campañas, a fin de estar preparado para contratar un relevo de mercenarios en caso de derrota. Por grande que fuera el otro tesoro, el botín capturado en el mar lo excedió con creces.

Pero si los israelitas se cargaban de bienes, joyas y dinero, no era para gratificar el amor a las riquezas o, como diría cualquier usurero, porque codiciaban las posesiones de sus vecinos. En primer lugar, podían considerar su botín como el salario que les debían de aquellos a quienes

habían servido durante mucho tiempo y, en segundo lugar, tenían derecho a tomar represalias contra aquellos en cuyas manos habían sufrido daños. Incluso entonces los estaban pagando con una aflicción mucho más leve que cualquiera de todas las que ellos mismos habían soportado.

Las plagas no detuvieron la crueldad de los opresores egipcios hacia los hebreos. Continuó sin cesar hasta el final de su estancia en la tierra. El día del éxodo, Raquel, la hija de Shuthelah, dio a luz a un niño, mientras ella y su esposo juntos pisaban la arcilla para hacer ladrillos. El bebé cayó de su vientre a la arcilla y se perdió de vista. Apareció Gabriel, moldeó un ladrillo de la arcilla que contenía al niño y lo llevó a lo más alto de los cielos, donde lo convirtió en un escabel ante el trono divino. En esa noche fue cuando Dios miró el sufrimiento de Israel y golpeó al primogénito de los egipcios, y es una de las cuatro noches que Dios ha inscrito en el Libro de la Memoria. El primero de los cuatro es aquel en el que Dios apareció para crear el mundo; todo estaba desolado y vacío, y las tinieblas se cernían sobre el abismo, hasta que vino el Señor y difundió la luz por su palabra. La segunda noche es aquella en la que Dios se apareció a Abraham en el pacto de las piezas. En la tercera noche apareció en Egipto, matando al primogénito de los egipcios.

con su mano derecha, y protegiendo al primogénito de los israelitas con su izquierda. La cuarta noche registrada será aquella en la que se cumplirá el fin de la redención, cuando el yugo de hierro del reino inicuo se romperá y los malhechores serán destruidos. Entonces vendrá Moisés del desierto, y el Mesías de Roma, cada uno a la cabeza de su rebaño, y la palabra de Dios mediará entre ellos, haciendo que ambos caminen unánimes en la misma dirección.

La redención de Israel en los días futuros ocurrirá el quince de Nisán, la noche de la redención de Israel de Egipto, porque así dijo Moisés: "En esta noche Dios protegió a Israel contra los Ángeles de la Destrucción, y en esta noche Él también redimirá a las generaciones. del futuro."

Aunque la liberación real de Egipto tuvo lugar esa noche, los hebreos no abandonaron la tierra hasta el día siguiente.

Durante la misma noche, Dios retribuyó a los egipcios por sus malas acciones ante los ojos de todo el pueblo, siendo la noche tan brillante como el día en el momento del solsticio de verano. Nadie podía escapar del castigo general, porque por dispensación Divina nadie estaba ausente de casa en ese momento, de modo que nadie podía dejar de ver el castigo.

Los ángeles del cielo se enteraron de lo que sucedía en la tierra. Cuando estaban a punto de comenzar su cántico de alabanza a Dios, Él los silenció con las palabras: "Mis hijos en la tierra están cantando ahora", y las huestes celestiales tuvieron que detenerse y escuchar el cántico de Israel.

Por grande que fuera el gozo de los hebreos por su liberación de la servidumbre egipcia, fue excedido por el del pueblo de Faraón al ver partir a sus esclavos, porque con ellos se fue el pavor a la muerte que los había obsesionado. Eran como el caballero corpulento que monta un asno. El jinete se siente incómodo y añora el momento de descender, pero su anhelo no se compara en intensidad con el del asno que gime bajo la corpulenta carga, y cuando se llega al final de su viaje, el asno se regocija más que su amo. Así que los egipcios estaban más felices de deshacerse de los hebreos que estos de ser libres.

En general, los israelitas no estaban de buen humor. La fuerza de los hombres se agota fácilmente, mental y físicamente, por la tensión de un cambio repentino de la esclavitud a la libertad. No recobraron vigor y fuerza hasta que oyeron a las huestes de ángeles cantar cánticos de alabanza y gozo por la redención de Israel y la redención de la Shekinah, mientras el pueblo escogido esté en el destierro, la Shekinah, que habita entre Israel. también está, por así decirlo, en el exilio. Al mismo tiempo, Dios hizo que la tierra exhalara y enviara una fragancia curativa que los curó de todas sus enfermedades.

El éxodo de los israelitas comenzó en Ramsés, y aunque la distancia desde allí hasta la ciudad de Mizraim, donde moraba Moisés, era un viaje de cuarenta días, sin embargo, escucharon la voz de su líder instándolos a abandonar la tierra. Cubrieron la distancia de Ramsés a Sucot, una marcha de tres días, en un instante. En Sucot, Dios los envolvió en siete nubes de gloria, cuatro flotando al frente, detrás y a los dos lados de ellos, uno suspendido sobre ellos para evitar la lluvia, el granizo y los rayos del sol, y uno debajo de ellos para proteglos de espinas y serpientes. La séptima nube los precedió y les preparó el camino, exaltando los valles y abatiendo todo monte y collado. Así vagaron por el desierto durante cuarenta años. En todo ese tiempo no se necesitó iluminación artificial; un rayo de la nube celestial los siguió hasta la cámara más oscura, y si una de las personas tenía que salir del campamento, incluso allí estaba acompañado por un pliegue de la nube, cubriéndolo y protegiéndolo. Solo para que se pudiera hacer una diferencia entre el día y la noche, una columna de fuego tomó el lugar de la nube en la tarde. Nunca, ni por un instante, la gente sin uno u otro para guiarlos: la columna de fuego brillaba frente a ellos antes de que la columna de nube se retirara, y por la mañana la nube estaba allí antes de que el fuego se desvaneciera. Las nubes de gloria y la columna de

fuego fueron enviadas solo para la protección de Israel, para nadie más, ni para las naciones ni para la multitud mixta que subía con ellos; estos tuvieron que caminar fuera del recinto de nubes.

La cabalgata estaba formada por seiscientos mil jefes de familia a pie, cada uno acompañado por cinco niños a caballo, y a éstos debe agregarse la multitud mixta, que excedía enormemente a los hebreos.

Tan profunda era la confianza de Israel en el Señor, que siguieron a Moisés sin murmuraciones por el desierto, sin abastecerse de provisiones. Los únicos comestibles que tomaron fueron los restos del pan sin levadura y las hierbas amargas, y estos no para saciar su hambre, sino porque no estaban dispuestos a separarse de lo que habían preparado con amor por orden de Dios. Estas posesiones les eran tan queridas que no las confiaban a las bestias de carga, las llevaban sobre sus propios hombros.